

DOMINIQUE
LAPIERRE

LARRY
COLLINS

**¿ARDE
NUEVA YORK?**

 Planeta Internacional

3^A
EDICIÓN

Dominique Lapierre / Larry Collins
¿Arde Nueva York?

Planeta Internacional

Dominique Lapierre / Larry Collins
¿Arde Nueva York?

Traducción de Juana Bigozzi

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *New York brûle—t—il?*

© Pressinter y Larry Collins, 2004

© por la traducción, Juana Bignozzi, 2004

© Editorial Planeta, S. A., 2004

Diagonal, 662—664, 08034 Barcelona (España)

Realización de la sobrecubierta: Departamento de Diseño de Editorial Planeta

Ilustración de la sobrecubierta: © Derek P. Readfearn/Getty Images

Primera edición: marzo de 2004

Segunda edición: abril de 2004

Tercera edición: mayo de 2004

Depósito Legal: M. 11.909—2004

ISBN 84—08—05088—5

Composición: Zero pre impresión, S. L.

Impresión y encuademación: Brosmac, S. L.

Printed in Spain — Impreso en España

DE LOS MISMOS AUTORES:

¿Arde París?
...O llevarás luto por mí
Oh, Jerusalén
Esta noche, la libertad
El quinto jinete

LARRY COLLINS:

Juego mortal
Laberinto
Águilas negras
El futuro es nuestro

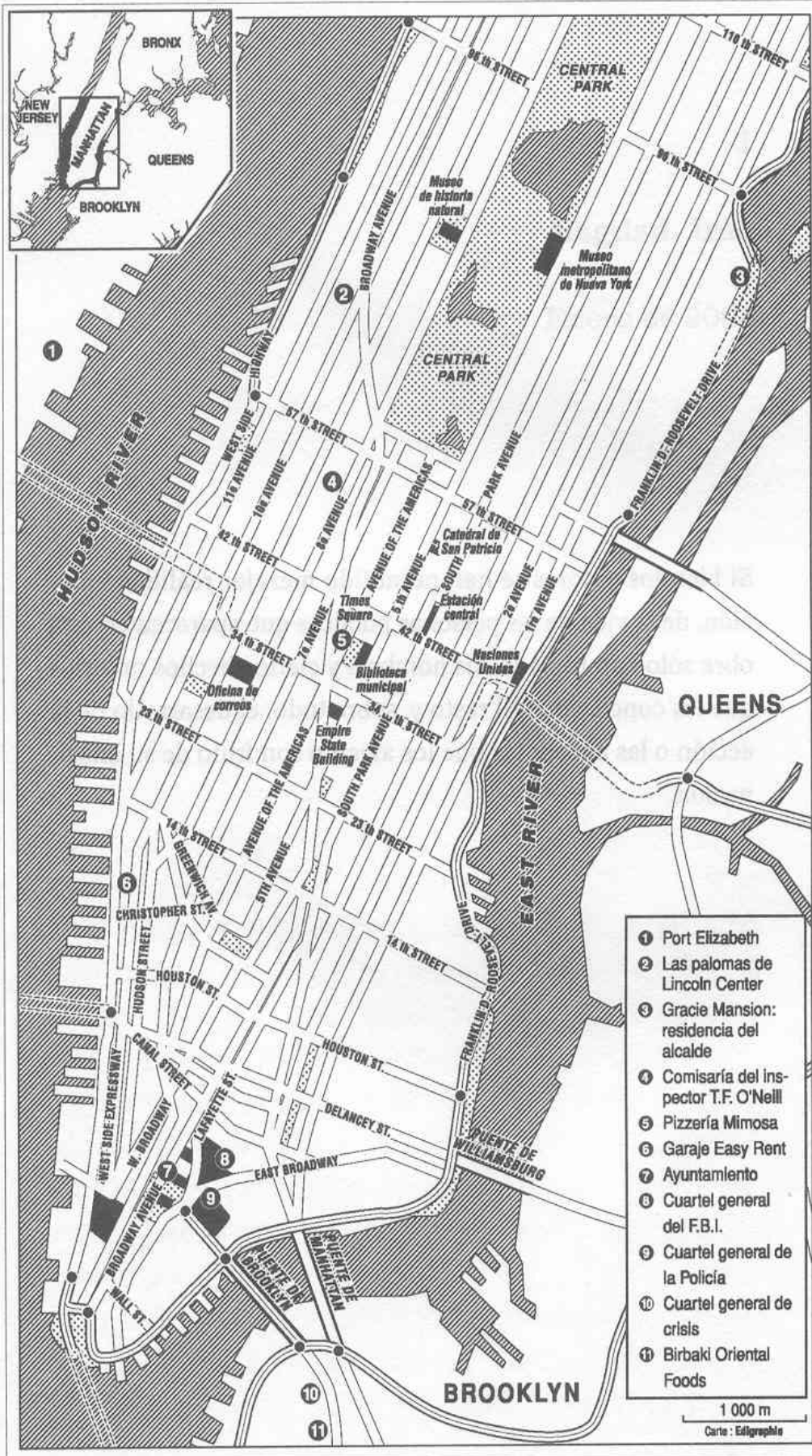
DOMINIQUE LAPIERRE:

La Ciudad de la Alegría
Los héroes de la Ciudad de la Alegría
Más grandes que él amor
Mil soles
Un dólar cada mil kilómetros
Luna de miel alrededor del mundo

Con la colaboración de Javier Moro:

Era medianoche en Bhopal

*A las víctimas de todos los terrorismos,
a todos los hombres y mujeres de buena voluntad
que trabajan por la verdad, la justicia y la paz*



Manhattan

Si bien los autores se han permitido mezclar realidad y ficción, de la vida de las personas públicas que aparecen en esta obra sólo han tomado sus nombres y ciertos hechos notorios que les conciernen. El resto y, sobre todo, el desarrollo de la acción o las anécdotas que los afectan son fruto de su imaginación.

1

Bagdad, Iraq

Enero de 2003

El Cadillac negro, con las cortinillas echadas, se deslizaba en la noche sin luna por el camino que unía las antiguas ciudades de los califas, Damasco y Bagdad. La limusina, propiedad del dictador iraquí Saddam Hussein, estaba equipada con sistemas electrónicos capaces de interferir en el radar de cualquier caza estadounidense que se sintiera tentado de interceptar su recorrido de setecientos kilómetros.

Al llegar a los suburbios de la capital iraquí, el coche se detuvo frente a la puerta de una primera residencia presidencial; no era el destino final de su único pasajero, al que dos guardias invitaron a subir a otro vehículo. El chófer se puso en marcha de inmediato hacia un palacio donde esperaba otro Cadillac. La maniobra se repitió una segunda vez y luego una tercera. Al igual que el primero, los dos vehículos llevaban las cortinillas cuidadosamente echadas.

En esos días de tensión que precedían a la invasión estadounidense de Iraq, ningún visitante de Saddam Hussein debía ser capaz de identificar en cuál de sus numerosas residencias era admitido; para reforzar aún más estas precauciones, sólo recibía visitas por la noche.

El largo recorrido del viajero terminó por fin en el puesto de guardia de un edificio rodeado por altos muros. Una media docena de oficiales de seguridad, vestidos de negro, lo hicieron pasar a una antecámara donde, a pesar de sus vehementes protestas, fue sometido a un exhaustivo registro. Luego, oficiales de la guardia próxima al dictador, vestidos de verde caqui, fueron a buscarlo para acompañarlo al ascensor que comunicaba con el bunker subterráneo del presidente iraquí.

Después de un largo descenso, la puerta se abrió a una sala llena

de ordenadores, pantallas de televisión y teléfonos. Dos oficiales de seguridad hicieron subir al visitante a un coche eléctrico que se dirigió al refugio del dictador, protegido por una doble puerta blindada. Saddam Hussein estaba sentado al extremo de una larga mesa de roble barnizado. Llevaba el uniforme verde oliva con el que solía aparecer por televisión. A diferencia de tantos jefes árabes que ostentaban con orgullo una pléyade de condecoraciones por hechos de armas en los que nunca habían participado, Saddam sólo llevaba dos pequeñas águilas doradas en las charreteras de la camisa y, en el dorso de la mano derecha, tres puntos tatuados de un azul intenso, el emblema de su tribu de Tikrit.

El dictador le indicó a su huésped que se sentara a su lado.

—Que Alá te prodigue sus bendiciones, hermano —dijo—. Te agradezco que me hayas hecho el honor de aceptar mi invitación.

El visitante se llevó la mano al corazón.

—*Ya Sidi*, el honor es mío. Y, sobre todo, el privilegio de descubrir hasta qué punto estás seguro aquí.

Saddam agradeció la observación con una sonrisa.

—Bush y sus chacales estadounidenses están a punto de invadir mi país. Su objetivo es capturarme o matarme, pero no tengo intención de facilitarles la tarea.

El visitante aprobó varias veces con la cabeza.

Saddam volvió a sonreír.

—Hermano, te he pedido que hicieras el largo y peligroso viaje hasta aquí porque tengo que darte algo muy importante. Pienso que nadie sabrá usarlo mejor que tú.

El visitante aceptó el homenaje con una reverencia.

Era un libanés de confesión chiíta, de cuarenta y tres años, hijo de palestinos refugiados en el Líbano. Hasta el 11 de setiembre de 2001, Imad Mugnieh había sido el líder terrorista más buscado por la CÍA. Los sesenta y tres muertos de la embajada estadounidense en Beirut en 1983, los doscientos cuarenta y un *marines* y los cincuenta y ocho legionarios franceses despedazados seis meses más tarde en sus cuarteles libaneses, las ciento catorce víctimas de la explosión suicida de la embajada de Israel en 1992 y del centro de la comunidad judía de Buenos Aires en 1994, los diecinueve aviadores norteamericanos de las Torres Khobar de Arabia Saudí, todas esas matanzas eran obra de este barbudo endeble de sonrisa tímida.

Desde hacía unos veinte años, todos los agentes secretos acosaban encarnizadamente al que había ordenado esos crímenes, pero Mugnieh tenía la genialidad de resultar inasible. Huía de la publicidad como un gato del agua. Ni entrevistas televisadas en la cadena vía satélite de información árabe Al Jazira ni vídeos: los servicios de información occidentales sólo tenían dos pequeñas fotografías suyas en las que se veía a un hombre de cara redonda, frente estrecha y barba finamente recortada.

Imad Mugnieh, criado en un pueblo cercano a Tiro, había entrado siendo muy joven en los campamentos de entrenamiento del Al Fatah de Yasser Arafat. Allí había aprendido técnicas de terrorismo junto con antiguos camicaces del Ejército Rojo japonés, chiítas iraníes que se preparaban para derrocar al sha, fedayín palestinos consagrados a la destrucción de Israel. Su entusiasmo y su aptitud para la violencia atrajeron la atención de Arafat. El jefe de Al Fatah lo destinó a la Fuerza 17, su guardia policial de élite.

La invasión israelí de el Líbano en 1982 y la expulsión de la OLP de Beirut arrojaron al joven Mugnieh a los brazos de otra organización terrorista, la Yihad Islámica de inspiración iraní, más conocida con el nombre de Hezbolá, de la que pronto se convertiría en uno de sus principales responsables. Mugnieh desarrolló la capacidad de la organización que debía atacar con atentados suicidas a los ocupantes israelíes del sur de el Líbano. Fue también el instigador de la ola de secuestros que aterrorizó a Beirut en la década de los ochenta, acciones criminales que culminaron con el rapto del periodista estadounidense Terry Adam, del enviado del arzobispo de Canterbury, Terry Waite, y con la tortura y la muerte de los agentes de la CÍA William Buckley y William Higgins. También organizó el desvío de los vuelos de la TWA y de la Kuwait Airways. Hasta logró utilizar a sus rehenes para humillar a Estados Unidos al obligarlos a entregar armas clandestinamente al régimen del ayatolá Jomeini, que desencadenó el escándalo del «Irangate» y a punto estuvo de provocar la caída del presidente Reagan.

Mugnieh, maestro en el arte del disfraz, incluida la cirugía estética, y hombre dotado de una capacidad diabólica para escurrirse de entre las manos de sus perseguidores —hasta el punto de que los periodistas hicieron de él un mito inventado por los israelíes para alimentar la paranoia de la CÍA—, no dejó de recorrer el mundo para establecer contactos y entretejer redes terroristas. Hablaba francés, bastante bien inglés y también español, por lo que circulaba por

todas partes sin llamar la atención.

Uno de sus viajes lo llevó en 1994 a Sudán, donde conoció a otro hermano enemigo de Occidente, Osama Bin Laden. Aunque nada concreto surgió de este encuentro, ambos sabían que llegaría el día en que su guerra santa contra Occidente les daría la ocasión de actuar juntos.

—Los perros del Gran Satán están listos para lanzar su ofensiva salvaje contra nuestra nación árabe —profetizó Saddam Hussein frente a su visitante—. Están listos para destruir nuestras ciudades y nuestros pueblos con sus bombas. A pesar de su gran valor, hay que temer que nuestros soldados sean aplastados por el peso de las armas del enemigo. En cuanto a mí, estoy destinado a convertirme en un *shahid*, un mártir, como dicen los creyentes. A no ser, por supuesto, que las células cancerígenas que recientemente me han descubierto mis médicos franceses actúen más de prisa que los estadounidenses...

Imad Mugnieh había escuchado su parlamento sin pestañear hasta que la referencia al cáncer lo sobresaltó.

—Seguro que tus médicos franceses se equivocan, *Ya Sidi...*

—*Inch Allah!* —suspiró Hussein, alzando los brazos. Luego continuó—: Para justificar su invasión, ese demonio de George Bush trata de convencer al mundo de que tenemos armas de destrucción masiva; concretamente, armas nucleares. Y bien, hermano, puedo confesártelo: por desgracia, no tenemos armas nucleares. Pero nuestros científicos y nuestros físicos, que son mucho más astutos de lo que cree Occidente, me han proporcionado algo casi tan eficaz como un mecanismo nuclear. Han penetrado en los secretos mejor guardados para poner a mi disposición los planos de una bomba atómica capaz de reducir a polvo ciudades enemigas, como Tel—Aviv, Londres o Nueva York. Me han asegurado que sus planos son perfectos. Para fabricar esa bomba necesitaríamos una fuente de uranio altamente enriquecido. Hasta ahora, los estadounidenses han logrado frenar todos nuestros esfuerzos para llegar a ella. Unos meses más y podríamos haber reunido los veinticinco o treinta kilos de uranio necesarios para fabricar al menos una.

Imad Mugnieh sacudió la cabeza. Estaba bastante cerca de los numerosos *mullah* extremistas que participaban en el poder en Irán como para conocer sus dificultades para conseguir las centrifu-

gadoras indispensables para enriquecer el uranio.

Saddam Hussein se levantó para descolgar de la pared que estaba a su espalda un cuadro donde aparecía blandiendo un sable sobre un caballo blanco. La tela ocultaba una caja fuerte encastrada en el tabique, y marcó la combinación. Tras abrir la caja, sacó un maletín de cuero y lo depositó sobre la mesa.

—Hermano —dijo en tono solemne—, aunque no comparto las tendencias islamistas extremistas que amáis tú y muchos de los tuyos, no cedo a nadie el derecho a odiar a Estados Unidos más que yo por el mal que se prepara a infligir a mi pueblo y por el mal que ellos y sus aliados israelíes ya han infligido a nuestros hermanos de Palestina. —Saddam empujó el maletín hacia Imad Mugnieh—. Aquí encontrarás planos que detallan todos los pasos que hay que seguir para fabricar una bomba atómica de una potencia devastadora. Para ello necesitarás veintitrés kilos de uranio altamente enriquecido. En nuestro caso, por supuesto, para realizar un verdadero programa nuclear, nuestros aviones necesitan no sólo veintitrés kilos, sino seiscientos o setecientos. Para ti, la misión debería ser fácil. Tal vez tus amigos iraníes puedan ayudarte. Además, con contactos y dinero, encontrarás lo que necesitas en Rusia. Llévate estos planos; representan mis últimas voluntades y mi testamento. Gracias a ellos, tú y tus hermanos sabréis vengar mi alma. *Inch Allah...*

Emocionado, intimidado, Imad Mugnieh se levantó para inclinarse ante su anfitrión.

—Descuida, *Ya Sidi*, serás vengado.

—No busques una venganza ciega y sangrienta —declaró Saddam Hussein con calma—. De nada serviría. Utiliza la fuerza que te confiere la posesión de estos planos para hacer algo positivo y obtener una verdadera justicia para nuestros hermanos de Palestina, algo que ellos y el mundo aceptarán y reconocerán como una verdadera victoria.

Imad Mugnieh volvió a inclinarse con respeto.

—No temas —juró—, serás vengado. Conseguiremos justicia en tu nombre para nuestros hermanos.

2

Waziristán, Pakistán

10 meses después

La multitud ruidosa y desordenada se apretujaba a la salida del gran vestíbulo del aeropuerto internacional Qaid—e—Azam de Karachi para recibir a los pasajeros del vuelo 63 de la Pakistán International Airlines procedente de Teherán. Familias, niños, algunos *mullah* chiítas con turbante negro —signo de que descendían del Profeta—, hombres de negocios occidentales con traje de verano que trataban de encontrar su nombre en las pancartas que mostraban los chóferes que habían ido a recogerlos... La presencia de numerosos militares y policías de civil recordaba que Karachi era una ciudad peligrosa, infestada de espías y extremistas islámicos tanto chiítas como sunitas. Unas semanas antes, por consejo de la guardia, que afirmaba que no podía garantizar su seguridad, el general Pervez Musharraf, presidente del país, tuvo que renunciar a desembarcar en el aeropuerto.

Entre los últimos pasajeros en salir de la terminal había una mujer envuelta en un amplio chador negro que llevaba en la mano un maletín de cuero. Un joven con un gorro deliciosamente bordado acudió a su encuentro.

—Los creyentes combaten —susurró.

—Por los caminos de Alá —contestó la desconocida.

Era la frase convenida, pero la voz que había contestado nada tenía de femenina. El recién llegado no era otro que Imad Mugnieh, el jefe terrorista buscado por todas las policías occidentales, el hombre al que Saddam Hussein, un año antes, había entregado los planos que permitían fabricar una bomba atómica.

Ese viaje a Pakistán era para él la confesión de una derrota. Los planos que el dictador iraquí le había confiado nunca habían salido de

su maletín. Meses de búsqueda en Rusia y en los estados de la ex Unión Soviética no le habían permitido comprar un solo gramo de uranio enriquecido, a pesar de las enormes sumas propuestas y de los esfuerzos de sus asociados de la rebelión chechena. Mugnieh sabía que, para él, esa visita a Pakistán era su última posibilidad. Dentro de unas horas, de unos días, *inch Allah*, se encontraría en su escondite de las montañas pakistaníes al jefe islamista con el que se había visto brevemente en Jartún en abril de 1994.

Como aceptaba ser tratado con la deferencia debida a una mujer, permitió que el joven pakistaní llevara su maletín, y lo siguió hasta el coche. Éste tomó el camino del barrio residencial de Defense Colony, situado en el corazón de Karachi, la mayoría de cuyos habitantes eran oficiales retirados del ejército pakistaní. Osama Bin Laden aprovechó sus estrechas relaciones con el ejército del presidente Musharraf para tener allí una serie de escondites, así como el principal centro de mando de Al Qaeda para el sur de Pakistán. A Mugnieh lo esperaban en uno de esos refugios.

Dos días más tarde, sus anfitriones lo subieron a un Toyota 4x4, escoltado por tres muyahidines que escondían sus metralletas AK—47 debajo de los asientos. El libanés había cambiado su disfraz de mujer por un turbante de color crema y un *salwar kamiz*, el pantalón bombacho y la larga camisa de los comerciantes pakistaníes. Su destino era la legendaria ciudad de Peshawar, al pie del paso de Kyber, que había visto cruzar por él a diversos gigantes de la historia como Alejandro Magno, Marco Polo, los emperadores mogoles Babur y Akbar, antes de convertirse en 1850 en la puerta occidental del Imperio británico de la India. Necesitaron dos duras jornadas de camino para llegar a la ciudad.

Una vez allí, se dirigieron a un nuevo escondite que habían preparado los agentes de Al Qaeda. Mientras su escolta organizaba la continuación del viaje, Mugnieh fue a pasear por los pintorescos barrios de la ciudad, donde se cruzaban guerreros patanes con holgados *salwar*, nómadas baluches con sus dromedarios cargados de alfombras y jinetes de las altas mesetas de Pamir, que llegaban a aprovisionarse de té y especias.

Después de la invasión soviética de Afganistán en 1979 y del avance del extremismo islámico que le siguió, Peshawar se había convertido en una base privilegiada para los espías de todo tipo,

traficantes de armas y drogas, ex talibanes en fuga, muyahidines árabes ex combatientes de la guerra contra los rusos, policía secreta pakistaní... En la actualidad, los agentes de la CÍA se mantenían al acecho en los bazares que antes invadían los hippies en busca de hachís.

Mugnieh se asombró al descubrir docenas de carteles en las paredes que mostraban la foto del hombre que se preparaba a reencontrar. Ofrecían una recompensa colosal de veinticinco millones de dólares por su captura, vivo o muerto y registró con satisfacción el poco interés que parecía suscitar esa tentadora oferta.

La última parte del viaje llevaría al jefe terrorista libanés al corazón de la provincia fronteriza del noroeste, una región de tribus celosamente independientes que los colonizadores británicos nunca habían intentado someter a su poder. Sesenta años después de que Pakistán accediese a la independencia, la región seguía siendo una *no man's land*, donde las tropas del presidente Musharraf prácticamente no se aventuraban fuera de los centros urbanos. El ascenso al poder en numerosos distritos de fundamentalistas islámicos puros y duros y la situación geográfica casi inaccesible de una gran parte de la región proporcionaban a Osama Bin Laden y a los jefes de Al Qaeda un refugio irremplazable.

El viaje empezó por la noche en otro Toyota cuyo chófer, un guerrero patán, iba armado con una AK—47. Apenas el coche salió de la ciudad, el conductor se detuvo para buscar debajo de su asiento y sacar unas gafas de visión nocturna con las que inspeccionó el cielo.

—¡Norteamericanos! ¡Norteamericanos! —repetía, escudriñando la noche.

Una vez tranquilizado por la ausencia de cualquier amenaza aérea, prosiguió la marcha y le contó a su pasajero la última operación aerotransportada estadounidense que se había montado en los alrededores para intentar capturar al jefe de Al Qaeda. Éste había logrado escapar gracias a la niebla, frecuente en invierno. De todas maneras, explicó, Bin Laden nunca se quedaba en el mismo lugar más que algunas noches seguidas. Ni él ni ninguno de sus guerrilleros utilizaban jamás sus teléfonos móviles, lo que impedía a las antenas de espionaje de la Agencia de Seguridad Nacional interceptar sus conversaciones y localizar sus escondites. En las montañas y en los valles del Hindu Kuch, en esa primavera del año 2004, Osama Bin

Laden dirigía su guerra terrorista mundial sin la ayuda de los medios de comunicación modernos, sino con mensajeros a lomos de muía.

Dos días después de su partida de Peshawar, Mugnieh comprendió que la excursión tocaba a su fin. Un muyahidín árabe que se había deslizado durante la noche a través de la frontera afganopakistaní llevó un paquete para el jefe de Al Qaeda. Contenía varias ampollas de insulina, jeringas y un frasco de un medicamento para la insuficiencia renal.

A la noche siguiente, por un camino lleno de baches, el pequeño grupo llegó al pueblo de Mirin Shah, colgado en las laderas del Hindu Kuch. Mugnieh y su chófer abandonaron el 4 x 4 para recorrer a pie los tres kilómetros del abrupto sendero que conducía hasta el refugio de Osama Bin Laden. Ningún ronroneo de motor, ninguna vibración mecánica, ninguna emanación excesiva de transpiración humana debía ser localizable para los aviones espías teledirigidos y para los detectores ultrasensibles con los que los estadounidenses habían sembrado la región.

El encuentro entre los dos mayores jefes del terrorismo islámico mundial tuvo lugar justo antes del alba y de la llamada a la oración del muecín de Mirin Shah. Al contrario que en sus fotos, Bin Laden no llevaba al hombro su habitual Kaláshnikov, pero varios hombres muy armados velaban en la penumbra. «Árabes», juzgó el libanes por su aspecto. El visitante se sorprendió por la aparente degradación física de su anfitrión. La mirada cansada y el rostro enflaquecido de la figura legendaria traslucían una gran fatiga. Se apoyaba en dos bastones y era evidente que le dolía el brazo izquierdo. Esa herida sufrida en Afganistán y los diez tumultuosos años que habían pasado desde su encuentro en Jartún se habían cobrado un pesado tributo a su salud.

—¡Que Alá bendiga tu llegada! —lo saludó Osama Bin Laden con voz fuerte, que contrastaba con la fragilidad de su aspecto.

Guió al visitante al interior de su cuartel general provisional, una vasta gruta natural que se hundía profundamente en el interior de la ladera de la montaña. El suelo y las paredes estaban cubiertos de alfombras hasta la mitad de su altura. Sobre una de éstas había una banderola blanca en la que estaban escritas en gruesos caracteres árabes de color verde las palabras «*Alla Akbar*», «Alá es grande». Libros, papeles, pistolas, metralletas, cargadores y un ordenador

colmaban aquí y allá los camastros y las alfombras. Sorprendido por el desorden, Mugnieh se preguntó cómo Bin Laden podía dirigir su organización y animar su combate mundial para un renacimiento islámico con todo aquel caos. ¿Había cometido un error? ¿Acaso se había equivocado de dirección en sus esfuerzos desesperados por llevar a término la misión que le había confiado Saddam Hussein?

En seguida se tranquilizó. Ciertamente, el hombre había envejecido, la enfermedad y las adversidades de una vida errante habían vuelto frágil su cuerpo, pero seguía siendo el jefe carismático de Al Qaeda, el líder más emblemático del islam. Desde hacía tres años no se había difundido ningún vídeo; muchos lo creían muerto o muy debilitado. Pero se equivocaban. El hombre contra quien Bill Clinton no había dudado en firmar una autorización de asesinato; el hombre contra quien el presidente George W. Bush había lanzado una orden suprema de captura; el hombre por quien las Fuerzas Aéreas estadounidenses habían gastado ochenta millones de dólares al enviar sesenta misiles Tomahawk sobre el campo de entrenamiento de Afganistán donde se suponía que estaba escondido; ese hombre no sólo estaba más vivo que nunca, sino más que nunca al frente de su *yihad* mundial, destinada a devolverle todo su poderío al islam.

Ciertamente, en aquella gruta reinaba una atmósfera extraña. ¿Pero acaso Bin Laden y sus lugartenientes no deberían estar preparados para liar el petate y huir en unos minutos a otro escondite? En todo caso, desde ese refugio sumario, custodiado por un grupo de pashtunes fanáticamente devotos, había inspirado en los últimos meses los atentados de Bali, Kuwait, Riad, Djerba, Casablanca y Yakarta, así como las diferentes masacres en Bagdad, entre éstas, la de los representantes de la ONU. A pesar de su tecnología, a pesar de los millones de dólares de recompensa ofrecidos, los estadounidenses nada habían podido hacer para frenar esos actos de terrorismo. «No me equivoqué —pensó Mugnieh—. Era el jefe que quería encontrar.»

Los dos hombres se sentaron frente a frente con las piernas cruzadas mientras un criado servía té, galletas de trigo duro, un cuenco con sal y un bote de labna, el queso blanco de la región.

Mugnieh escuchó con atención las palabras de bienvenida de Bin Laden. Luego depositó ceremoniosamente entre ambos, sobre la alfombra, el maletín de Saddam Hussein y empezó la exposición que había preparado durante su largo viaje. Contó cómo el jefe de Iraq lo había hecho ir a Bagdad para entregarle los planos de la bomba

atómica que sus científicos no habían podido fabricar por falta de tiempo. En el momento en que los norteamericanos estaban a punto de atacar su país, el líder iraquí había ofrecido esos planos a la causa de la *yihad* con el fin de que sirvieran para abatir al Gran Satán. Ese regalo era su testamento, su última venganza antes de ser aplastado y luego capturado.

Osama Bin Laden asintió varias veces con la cabeza para demostrar la importancia que daba a las palabras de su visitante. Gracias a su red de agentes islamistas, sabía que desde hacía varios años Iraq había logrado crear un artefacto nuclear. Mugnieh describió luego sus búsquedas en Rusia y en otros países para conseguir el indispensable uranio.

—Pero he fracasado —reconoció.

—Hermano, no me sorprende —lo reconfortó Bin Laden—. Yo también traté de obtener el material necesario para la fabricación de un mecanismo nuclear. Hace unos diez años, nuestro valiente hermano Jamal al—Fadl, al que conociste en Jartún, ofreció un millón y medio de dólares para comprar el uranio, pero los que decían tenerlo eran impostores. Otro de mis emisarios cayó en una trampa que le tendió la policía de Hamburgo, en Alemania, en 1998. En cuanto a los chechenos, les he hecho saber que estaba dispuesto a pagar hasta treinta millones de dólares por el precioso metal. ¿Con qué resultado? —Osama Bin Laden levantó la mano derecha y formó un cero con el pulgar y el índice. Luego, irguiendo el busto, con los rasgos del rostro de pronto endurecidos, continuó—: En este momento estoy convencido de que no es el camino que debemos seguir para obtener lo que buscamos; ese camino sólo conduce a un timo. Hay que seguir otra vía, una vía islámica.

Echó una mirada al contenido de la maleta que Mugnieh había abierto mientras él hablaba, una mirada desprovista de cualquier curiosidad.

—Hermano, sin duda conoces la *fatwa* que he lanzado. Es un deber sagrado para los musulmanes obtener esos artefactos que los infieles llaman armas de destrucción masiva, único medio de hacer fracasar a esos infieles. Debemos reunir todas las fuerzas posibles para aterrorizar a los enemigos de Dios. Matar judíos y estadounidenses en todo el mundo es uno de los objetivos más sagrados de los musulmanes, porque goza del favor de Alá. —Inclinó la cabeza en señal de respeto antes de continuar—. La creación de Israel es un crimen. Todos los responsables de ese crimen deben pagar por ello, y

pagar bien pagado; el pueblo estadounidense, el primero. El Señor de los mundos nos autoriza a ejercer esta venganza. Los norteamericanos han sido los primeros en fabricar y utilizar esas armas. ¿Por qué deberíamos ahorrarles el horror?

Osama volvió a guardar silencio y alzó los ojos como para invocar la bendición divina.

—Ese martes bendito del 11 de setiembre de 2001, gracias a nuestra espléndida y valerosa operación, única en la historia de la humanidad, arrastramos a Estados Unidos y a su orgullo por el lodo de la infamia.

Levantó el índice de la mano derecha y apretó la base de la uña con el pulgar y el índice de la izquierda.

—Ese primer ataque era así de grande —dijo, señalando la uña—. El próximo será así —prometió, mostrando toda la longitud de su dedo—. ¡Matará a millones de estadounidenses! Será nuestra venganza por todo el daño que han infligido a nuestros hermanos —profirió esa terrorífica amenaza con voz calma y segura, desprovista de toda emoción—. Las oleadas de sangre que corren en Palestina deben acarrear una venganza de la misma amplitud —declaró.

Un rictus imperceptible curvó la boca del representante de Hezbolá ante la evocación de los sufrimientos de Palestina, esa tierra donde habían nacido sus padres, ese país por el cual luchaba contra Israel desde hacía veintidós años. Imad Mugnieh sabía que los sufrimientos de sus hermanos palestinos nunca habían ocupado el primer plano en las preocupaciones de Bin Laden, al menos hasta su cuarto llamamiento a las armas lanzado el 7 de octubre de 2001, cuando los norteamericanos empezaron su campaña de bombardeos contra los talibanes en Afganistán.

La llegada de un miembro de su guardia interrumpió la reflexión silenciosa de los hombres. Éste se inclinó respetuosamente y luego le susurró unas palabras al oído.

—¡Ah! —exclamó Bin Laden—. Soldados infieles procedentes de Afganistán han franqueado la frontera y se dirigen hacia Mirin Shah, el pueblo donde dejaste el vehículo antes de llegar aquí. ¿Sospechan de nuestra presencia? Lo dudo, pero debemos tomar precauciones.

Acto seguido, se levantó bruscamente, ayudado por los bastones se desplazó con sorprendente agilidad y llevó a su visitante hacia una

plataforma que conducía a otra gruta. Detrás de él, sus hombres ya se dedicaban a borrar los signos de cualquier ocupación en la cueva que acababa de abandonar.

La segunda gruta estaba iluminada por una sola vela. Una gran roca disimulaba la entrada. El guardia que había dado la alerta colocó alfombras en el suelo para que los dos hombres pudieran continuar la entrevista. Luego sacó una jeringa de los pliegues de su camisa e inyectó una dosis de insulina en el antebrazo del jefe de Al Qaeda.

—¿Ves en qué condiciones me obligan a vivir esos perros norte—americanos? —Sonrió y sopló la vela—. Qué importa el sufrimiento —continuó en la oscuridad total—. Sufrir en el camino de la *yihad* es una bendición de Alá. La *yihad* es un deber para la nación islámica, que el pecado ha apartado de la enseñanza del Libro y ha arrastrado hacia los goces de la vida. Hemos dejado que los judíos y los cristianos nos corrompieran con sus viles placeres y sus sórdidos valores materialistas.

Su mano derecha barrió la oscuridad en un gesto de cólera.

—Pero volvamos, hermano, al gran sueño que te ha traído aquí. Por supuesto que podríamos haber fabricado lo que los infieles llaman una bomba sucia utilizando cesio 137 o cobalto 60. Hemos experimentado con esos materiales en Afganistán antes de la invasión de los norteamericanos. Tenemos laboratorios en Kabul, Jalalabad y Kandahar, científicos rusos trabajan con nosotros. Pero este tipo de artefactos no es la respuesta a nuestro problema. Dado el dominio aplastante de Estados Unidos en materia de armamento convencional, tenemos que equiparnos con armas de destrucción masiva como la que tú, en vano, has tratado de fabricar. Sólo entonces estaremos en condiciones de triunfar en este combate contra el mal.

Bin Laden se interrumpió como si quisiera que el silencio y la oscuridad impregnaran a su visitante de lo trágico de sus palabras. Luego, con voz sepulcral, resumió su pensamiento:

—Hoy el islam está en una posición de debilidad porque los musulmanes han dejado de recorrer el camino del Profeta. El amor a la muerte para servir a la causa de Alá ha desertado de nuestros corazones. Como descubrí en Afganistán, no es en el camino de los infieles donde encontraremos las armas que necesitamos. Nuestra vía debe ser la del islam. Tenemos que apelar a los verdaderos discípulos del Profeta para acompañarnos a la cabeza de la *yihad* y obtener esas armas, armas islámicas. Conozco a dos creyentes dispuestos a

aportarnos su ayuda. Y te aseguro, hermano, que pueden permitirnos alcanzar nuestro objetivo. Si les envío un mensaje hoy, estarán aquí dentro de cuarenta y ocho horas. Te invito a esperarlos. Juntos, encontraremos el medio de saciar nuestra venganza.

Cuarenta y ocho horas más tarde invitaron a Imad Mugnieh a reunirse de nuevo con Osama Bin Laden en la gruta de su primer encuentro. El jefe de Al Qaeda llevaba un turbante blanco immaculado y se había hecho recortar cuidadosamente la barba y teñir de negro cada pelo gris. «Incluso el más devoto de los hombres es capaz de sucumbir a la vanidad», pensó. Los dos hombres acecharon la llegada de sus visitantes teniendo cuidado de mantenerse apartados para no correr el riesgo de que los descubrieran las cámaras de un Predator espía. Exactamente a la hora prevista, los dos invitados de Bin Laden llegaron a lomos de mula, escoltados por varios guerreros de una de las tribus patanes pagados con generosidad por su protección. El primer jinete en echar pie a tierra era un pequeño hombre delgado de unos cincuenta años, cuya rígida silueta traslucía la educación militar. Mugnieh no lo conocía. El otro, un poco mayor, tenía bigote gris, los cabellos cuidadosamente peinados hacia atrás y una mirada melancólica. Mugnieh conocía la reputación de Abdul Sharif Ahmad, el brillante físico nuclear que había participado en la creación de la bomba atómica pakistaní junto al doctor Abdul Qadeer Kan, el padre del programa atómico pakistaní, a quien llamaban el «Oppenheimer del islam». Ahmad y Bin Laden se saludaron efusivamente. Por la calidez de su abrazo, Mugnieh comprendió que los rumores sobre los encuentros secretos y regulares de los dos hombres en Afganistán en la época de los talibanes eran ciertos. Pero no sabía que Ahmad también era miembro del movimiento extremista «Lashkar e—Toiba, los Soldados de la Causa», una organización muy cercana a Al Qaeda. Bin Laden presentó a Mugnieh a los dos visitantes. El hombre pequeño que acompañaba al científico era el general Habib Bol, ex comandante del ISI, el servicio secreto militar pakistaní, una organización de miembros cuidadosamente escogidos que se encargaban, entre otras cosas, de la protección de las instalaciones nucleares pakistaníes. El nombre de este personaje, a falta de su rostro, le resultaba familiar al terrorista libanés.

Lo que Mugnieh ignoraba era que la CIA consideraba al general Bol el hombre más peligroso de Pakistán. Sin embargo, durante diez años

había luchado con coraje y determinación al lado de los agentes estadounidenses durante su guerra contra los rusos en Afganistán. Y lo habían bautizado como «BGL, *the Brave Little General*» (el «pequeño y valiente general»), tanto por su altura como por su valor.

A sus ojos, los ex aliados del pequeño general se habían convertido en los peores traidores desde que en octubre de 1990, después de la derrota del Ejército Rojo, el gobierno de Washington impuso sanciones económicas y militares a su país como consecuencia de su programa nuclear, ante el cual los estadounidenses habían cerrado los ojos mientras consideraron esencial la cooperación de Pakistán y Afganistán.

El odio de Bol por los norteamericanos se volvió feroz, y se apresuró a retirar a su hijo de la universidad texana, donde había ingresado gracias al apoyo de la CÍA; ningún miembro de su familia estudiaría en el país del Gran Satán. Abandonó luego la dirección del ISI para unirse a las filas del movimiento islamista extremista UTN, la Umma Tameer e—Nun (Reconstrucción de la Comunidad Musulmana). Con esa tapadera había creado una serie de células clandestinas compuestas de oficiales del ISI, la tarea de algunos de los cuales era la seguridad de las armas nucleares del país.

El jefe de Al Qaeda condujo a sus invitados al interior de la gruta, donde se había preparado una frugal pero acogedora comida de bienvenida. Mugnieh reprimió una sonrisa al comprobar con qué esmero se había borrado el desorden que había encontrado a su llegada. Los papeles, las pistolas, los cargadores, los disquetes, todo estaba ordenado, y unas lámparas de aceite iluminaban el lugar. Actuando como un anfitrión respetuoso, Bin Laden esperó a que sus invitados terminaran de comer y a que se hubiera servido el té para abordar el objeto del encuentro.

—Hermanos —dijo con su voz monocorde—, os he rogado que vinierais porque creo que ha llegado el momento de que nuestra *yihad* se alce por encima de las tácticas de guerrilla a las que hemos recurrido hasta ahora. Enviar a heroicos mártires a hacer explotar sus camiones en los cuarteles y las embajadas de los infieles, o en los mercados de los judíos, colocar bombas en las discotecas de una juventud decadente, lanzar aviones colmados de pasajeros contra los rascacielos del Gran Satán, todos estos actos de valor y abnegación hoy deben dar lugar a un combate más amplio. En adelante

—continuó— la *yihad* debe utilizar las mismas armas que idearon los infieles para imponer su dominio sobre nuestro universo. Los estadounidenses, el Gran Satán, se han lanzado a una guerra de exterminio contra los pueblos de nuestra Umma, nuestra bienamada comunidad islámica. ¿Veis lo que han hecho en Iraq? ¿Veis como han ayudado a los judíos a reducir a la esclavitud a nuestros hermanos de Palestina? ¿Y qué han hecho nuestros dirigentes? ¡Nada! —Suspiró como para subrayar el peso de ese fracaso—. El Corán nos manda dar a los musulmanes todas las fuerzas necesarias para defenderse, por eso digo: ¡que Bush sufra el horrible castigo de Dios por lo que ha hecho! Somos capaces de infligirle nuestra venganza. —Bin Laden se interrumpió, bebió un sorbo de té y concluyó—: Gracias a los trabajos inspirados por nuestro eminente hermano el muy respetado doctor Abdul Qadeer Kan, el sable de Dios se encuentra en este momento en manos vengadoras. Las bombas almacenadas en los arsenales de este país no son bombas pakistaníes. Son bombas islámicas. Pertenecen a la comunidad de los creyentes, a nuestra Umma. Tienen que permitir vengarnos de los tiranos que quieren destruirnos. ¿No es cierto, querido Abdul Sharif Ahmad?

Éste asintió con solemnidad.

—Osama Bey —intervino entonces el general Bol—, nuestros cohetes perfeccionados con la ayuda de los amigos norcoreanos pueden lanzar una carga nuclear sobre Madrás o sobre Bombay, pero no sobre Washington. No tenemos misiles ni aviones que puedan amenazar a Estados Unidos.

—Pero nuestras armas nucleares pueden destruir a su gran aliado Israel, ¿no? —protestó Bin Laden.

—Así es —asintió Bol—. Nuestros nuevos cohetes podrán atacar muy pronto Israel sin el menor problema.

—Hermanos —intervino Ahmad con autoridad—, estoy de acuerdo con Osama cuando dice que nuestras bombas atómicas son islámicas y no sólo pakistaníes. Cuando en diciembre de 1974 el primer ministro Bhutto me pidió que trabajara con nuestro hermano el gran doctor Abdul Qadeer Kan en la fabricación de una bomba atómica, inmediatamente pensé que debía ser un arma islámica, y no sólo un arma para defender a Pakistán contra una agresión india. Me dije: «Los norteamericanos tienen la bomba. Los israelíes tienen la bomba. Los indios la tendrán pronto. ¿Por qué nosotros, los musulmanes, no íbamos a tenerla?» Hoy, gracias a nuestros esfuerzos, disponemos de cuarenta y siete proyectiles nucleares en nuestros arsenales. Por

cierto, seríamos capaces de lanzar seis sobre Israel con la garantía de que por lo menos tres alcanzarían su objetivo. Geográficamente, Israel es un país muy pequeño. Tres bombas bastarían para destruirlo por completo, y conservaríamos todo nuestro potencial nuclear para defendernos de los vecinos indios.

Las palabras de Ahmad hicieron nacer una sonrisa en el rostro ascético del jefe de Al Qaeda.

—Ésa, hermanos, debe ser nuestra respuesta.

—No exactamente, querido Osama —objetó Ahmad, sintiendo mucho contradecir a su anfitrión—. La fuerza nuclear de Israel es más importante que la nuestra, aún más importante que la de grandes países como Gran Bretaña y Francia. La mayoría de las bombas israelíes ya están emplazadas en sus misiles Jericó, enterrados en silos fortificados en las colinas de Judea. Sobrevivirían a nuestro ataque. Nuestras bombas podrían matar a tres millones de israelíes, pero quedarían los suficientes para disparar cohetes y borrar a nuestro país del mapa con el exterminio de cuarenta millones de nuestros compatriotas. He fabricado una bomba para defender a mi país, no para destruirlo.

Un silencio respetuoso acogió esas palabras. Nadie en Pakistán estaba más calificado para discutir el empleo del arma nuclear pakistaní que Abdul Sharif Ahmad.

Nacido en Jullundur, en Punjab, había huido de la India durante el sangriento verano de 1947 que siguió a la partición del subcontinente para ir al nuevo Estado de Pakistán. Traumatizado por esta experiencia, juró consagrar su vida a proveer a su patria de los medios militares más modernos para defenderse de sus enemigos. Al no encontrar en el nuevo Estado islámico la posibilidad de aprovechar sus dotes para las ciencias, viajó a Inglaterra a estudiar metalurgia. Más tarde, en 1972, se trasladó a Holanda para entrar en Urenco, una multinacional especializada en el desarrollo de centrifugadoras de alta velocidad destinadas a enriquecer el uranio.

Herido en carne propia por la humillante derrota que en 1971 había llevado a Pakistán Oriental a convertirse, con la ayuda de la India, en el Bangladesh independiente, el primer ministro Zulfikar Ali Bhutto decidió dotar a su país de armas atómicas para contrarrestar la superioridad de la India en armamentos convencionales. Poco después, en 1974, el jefe de Estado de Pakistán le pidió a Abdul

Sharif Ahmad que, junto al doctor Kan, se lanzara a la aventura nuclear: «Pakistán debería verse obligado a comer hierba para pagar su coste.» Ahmad aceptó y volvió a Holanda, donde, durante un año, perfeccionó sus conocimientos sobre las centrifugadoras y tradujo al alemán muchos de los dossiers clasificados como «secretos». De pronto, en enero de 1976, con sus maletas colmadas de documentos pacientemente acumulados durante su estancia en aquel país, volvió a Karachi. Seis meses más tarde inició un programa de enriquecimiento del uranio en la pequeña ciudad de Kahuta, cerca de Islamabad.

La CIA, que estaba perfectamente al corriente de estos acontecimientos, había advertido a Washington. Pero la administración Reagan decidió cerrar los ojos a cambio de la cooperación del general Zia ul-Haq, el sucesor de Ali Bhutto, en la guerra contra los soviéticos en Afganistán. En 1981, las primeras centrifugadoras de Ahmad empezaron a producir uranio enriquecido. Tres años más tarde funcionaban más de un millar de aparatos bajo su dirección, mientras su equipo realizaba pruebas «en frío» en ordenadores para la puesta a punto de una bomba de implosión.

Cuando el primer presidente Bush decidió imponer sanciones a Pakistán después de la salida de los rusos de Afganistán en 1990, ya era demasiado tarde. Con una docena de bombas de una potencia comparable a la lanzada sobre Hiroshima, el «País de los Puros» ya había hecho su entrada en el club de las naciones que poseían el arma nuclear.

—Nadie aquí odia a los norteamericanos más que yo —declaró el general Bol, ex oficial de los servicios secretos militares pakistaníes—. Pero, en mi calidad de soldado, comprendo y acepto la postura de Abdul Sharif Ahmad. No debemos utilizar de esa manera el arma suprema que él y sus colegas físicos han puesto a nuestra disposición.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó Bin Laden con una sombra de impaciencia.

—Sabes, hermano, que he creado una organización clandestina en las filas de los oficiales del ISI —respondió Bol—. Lleva por nombre «Combatientes por el Islam». Sus miembros comparten todos nuestros ideales y comprenden, como tú, la necesidad de iniciar una *yihad*.

Bin Laden inclinó la cabeza.

—Cuando los norteamericanos decidieron aniquilar a los talibanes

—continuó Bol—, el traidor de Musharraf les vendió nuestro país para ayudarlos en su guerra. Aceptó el desmantelamiento parcial de nuestra fuerza nuclear y vació el arsenal de Kahuta para dispersarlo en media docena de refugios diferentes. Uno de ellos está situado en Tikrim Mir, no lejos de aquí. Su responsable, un oficial del ISI, es un combatiente por el islam. Como también lo es el oficial responsable del centro de Chasma, donde están almacenados los detonadores. —Bol hizo una pausa para reflexionar sobre las precisiones importantes que quería hacer—. Tal vez podría convencer al oficial encargado de Tikrim Mir de que nos dejara sustraer, por la noche, alguno de los artefactos depositados en su silo. Gracias a la neutralización previa de los sistemas de seguridad y del banco de datos de stocks de los que tengo los códigos, los burócratas de Islamabad no serán alertados. Llevaremos la bomba a Chasma, donde, con la complicidad de otro combatiente por el islam, y según los mismos procedimientos de neutralización de los sistemas de seguridad, la equiparemos en secreto con el sistema de encendido.

Bin Laden había escuchado al pequeño general con los ojos cerrados. Una expresión de beatitud absoluta iluminaba su rostro.

—Gracias a tus redes, sin duda encontrarás el medio de introducir esta bomba en el territorio del Gran Satán, y la haremos explotar en el corazón de lo que les es más querido —continuó el general Bol—. Los norteamericanos ignorarán su procedencia y, por tanto, no podrán tomar represalias, ya que no sabrán dónde ni a quién atacar.

Un relámpago de complicidad cruzó el rostro de Bin Laden mientras se volvía hacia Abdul Sharif Ahmad. El científico no mostraba emoción alguna. Bin Laden conocía su amor por la naturaleza y la poesía, pero también su odio por los norteamericanos, demasiado vivo para que la perspectiva de ver a varios millones desaparecer en un holocausto nuclear no podía suscitar en él el menor remordimiento. Luego se volvió hacia Mugnieh.

—Hermano, estoy seguro de que, entre tus militantes, hay jóvenes valientes dispuestos a morir como mártires para ganarse la vida eterna —dijo—. Hombres que, con la ayuda de los especialistas de mi organización, podrían introducir esa bomba en el país del Gran Satán.

Estas palabras despertaron en la memoria del jefe terrorista penosas imágenes de jóvenes amontonados en el campo de refugiados palestinos de Ain el-Hilweh, al sur de Beirut. Un campo de los más siniestros del Oriente Próximo, un muladar de odio y

desamparo, donde la esperanza siempre había sido nada más que una promesa ilusoria.

—Sí, hermano, conozco a hombres y mujeres que hablan bastante bien inglés como para infiltrarse sin problemas en Estados Unidos, creyentes que han consagrado su existencia a estudiar y prepararse para la ocasión que Dios les ofrece hoy. ¿Puedo saber cuál será el tamaño de la bomba?

—Digamos que será fácil de transportar —respondió Abdul Sharif Ahmad después de pensarlo un momento—. Tras equiparla con su sistema de encendido, colocaremos en éste un teléfono móvil cuyo número únicamente conocerás tú, hermano Osama. Regularé el detonador de manera que active la bomba sólo después de recibir tu llamada. Así, pase lo que pase en su transporte, sólo explotará si recibe tu llamada codificada, Osama. Con sus accesorios, la bomba pesará un centenar de kilos —concluyó—. Viajará dentro de una caja del tamaño de esas de cartón que se utilizan para transportar televisores. Se la podrá cargar sin dificultad sobre el lomo de un camello.

Hasta ese momento, Bin Laden y Mugnieh no habían dejado de mostrar su aprobación a las explicaciones del científico. La idea de que la bomba sería llevada «a lomos de camello» los intrigaba. Adelantándose a la pregunta, intervino el general Bol:

—Hermanos, llevar esa bomba directamente a Karachi para embarcarla luego en un barco con destino a Estados Unidos representaría un doble riesgo. En primer lugar, que agentes de la CÍA o policías pakistaníes la interceptaran entre Chasma y Karachi. Después, en caso de que surgieran problemas, los norteamericanos podrían identificar el origen pakistaní del artefacto, lo cual sería catastrófico. Por eso, la bomba debe transitar por la India antes de su embarque final hacia Estados Unidos. Los puntos de paso entre nuestros dos países están oficialmente cerrados, habrá que transportarla en una de esas caravanas de contrabandistas que cruzan con regularidad la frontera india en el desierto de Rajasthán. Este viaje es más largo y más lento, pero tiene la ventaja de no presentar peligro alguno. Los traficantes están de acuerdo con los policías de ambas partes. Bastará con que un equipo de Al Qaeda espere a la caravana en Jaisalmer para que le entreguen el «paquete».

—¿Y después de Jaisalmer? —quiso saber Mugnieh, que no estaba familiarizado con la geografía de la India.

—A partir de Jaisalmer, a nuestros hombres les resultará fácil transportarla por la ruta de Bombay —explicó Bin Laden—. Después habrá que encontrar un barco para enviarla a Estados Unidos. Si los norteamericanos llegaran a descubrirla, incriminarían a los indios, no a nosotros.

La observación provocó una sonrisa sardónica en los labios de los cuatro. Luego Ahmad preguntó:

—Hermano Osama, ¿tienes intención de hacer explotar esa bomba?

—Eso es algo que debo estudiar con cuidado con nuestra gente instalada en Estados Unidos —respondió Bin Laden—. ¿En Washington? ¿En Chicago? ¿En Nueva York? Personalmente me inclinaría por Nueva York, porque, después de todo, hay tantos judíos en esa ciudad como en todo el Estado de Israel.

A nadie se le escapó la importancia de la observación.

—Con la destrucción de las Torres Gemelas el 11 de setiembre de 2001 destruimos también un símbolo —continuó Bin Laden—. Ahora nuestros héroes deben envolver en llamas, en nombre de Dios, la capital del mal y del pecado.— Un intenso resplandor de alegría inundó de pronto el rostro del jefe de Al Qaeda, como si Nueva York ardiera en esos momentos frente a sus ojos.

—Hermanos... —con timidez, Mugnieh pidió la palabra. De pronto se sentía investido de un papel mucho más importante que el que había supuesto en un principio—. ¿Puedo hacer una pregunta? —dijo con respeto.

—Por supuesto —se apresuró a decir Bin Laden.

—Según vosotros, ¿qué ganará nuestra causa con la explosión de esa bomba en una gran ciudad de Norteamérica?

Bin Laden tenía la respuesta preparada.

—Hará que comprendan que lo que los ha afectado hasta el momento es sólo un preludio, que ahora empieza la verdadera guerra.

Una sombra de duda apareció en el rostro de Mugnieh.

—Hermanos, temo que esa acción incite a los estadounidenses a ejercer una venganza brutal y ciega contra los musulmanes. En comparación, el odio que despertaron los atentados del 11 de setiembre no será nada. Porque hay algo que aprendí en el transcurso de las operaciones que he realizado a lo largo de mi vida, empezando por la destrucción del cuartel de los *marines* en el Líbano. Y es que, para ser eficaz, una operación debe tener un objetivo

preciso. En Beirut, yo ambicionaba expulsar a los norteamericanos del Líbano. Y funcionó. Cuando Reagan vio cuántos de sus queridos *marines* habían muerto, puso pies en polvorosa.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Bin Laden—. ¿Que les pidamos que fueren a sus aliados de Israel a dejar nuestro Dar el-Islam, nuestra tierra del islam?

—No, hermano. Eso sería inútil. Israel no lo dejará voluntariamente para contentar a George Bush. Hay que elegir un objetivo que podamos alcanzar. Supongamos, por ejemplo, que les decimos: «Nuestra bomba atómica explotará en Nueva York, o en Washington, o en Chicago, dentro de cinco días, a menos que en ese plazo hayan podido obligar a sus aliados israelíes a comprometerse delante de todo el mundo a retirarse de los asentamientos ilegales que han instalado en la tierra arrancada a nuestros hermanos palestinos en 1967.» —Mugnieh se irguió para intentar descifrar una primera reacción en las miradas y luego continuó—: Éste es un objetivo que podemos alcanzar. El mundo entero, incluido el pueblo estadounidense, es consciente de la terrible injusticia que esas colonias representan. El mundo entero, salvo un puñado de fanáticos en Israel, apoyará nuestra reivindicación. Y si cinco o seis millones de estadounidenses mueren, será culpa de los israelíes, no nuestra.

—En efecto, es una buena idea —convino Abdul Sharif Ahmad, feliz de entrever para su bomba otra perspectiva que la muerte de varios millones de inocentes.

Como cada vez que estaba a punto de lanzar una acción terrorista, Osama Bin Laden necesitaba que lo tranquilizaran. Se volvió hacia el general Bol.

—Hermano, ¿de verdad crees que vamos a poder conseguir una de esas bombas? —preguntó, subrayando cada palabra.

Bol cerró los ojos durante unos segundos. Luego respondió:

—Lo creo, hermano. Necesitaremos tiempo porque la operación tendrá que desarrollarse en el mayor secreto. Pero conozco a mis Combatientes por el Islam; sé que puedo contar con ellos.

Ante tal consenso, Osama Bin Laden sólo tenía que concluir.

—¡Magnífico! —declaró—. Nuestra bomba islámica por fin va a hacer justicia a nuestros hermanos de Palestina. De una manera que el mundo entero podrá aceptar y comprender. ¡Hasta el pueblo de Estados Unidos!

Seis semanas más tarde, un Toyota 4x4 negro con las insignias del ISI dejó la ruta que unía Islamabad con Hyderabad a la altura de la pequeña ciudad de Rahimyar Kan, para tomar a la izquierda la pista de arena que se hundía en el desierto del Rajasthán. Su destino eran unas chozas de barro seco del pueblo de Quadr, a doce kilómetros del territorio indio.

El chófer era un teniente coronel con uniforme del ISI, vestimenta que imponía respeto en esa zona fronteriza. A su lado, de civil, se encontraba el general retirado Habib Bol. En el asiento de atrás viajaban Osama Bin Laden e Imad Mugnieh. Como impresionados por el alcance de su proyecto, los cuatro hombres guardaban silencio.

Los planes del general Bol se habían desarrollado exactamente según lo previsto. El chófer era miembro de la organización de Combatientes por el Islam implantada en el seno del ISI, y responsable de la instalación nuclear secreta de Tikrim Mir, una pequeña ciudad del Punjab pakistaní donde había almacenadas ocho bombas. A favor de la noche y gracias a la complicidad de uno de sus camaradas, se había apoderado de uno de los proyectiles confiados a su cuidado. La operación había sido delicada. Los ingenieros encargados de la protección de los armamentos nucleares habían instalado un sistema informático de seguridad en cada uno de los ocho artefactos almacenados en el arsenal. Ante el menor desplazamiento de cualquiera de éstos, el cuartel general del mando nuclear en Islamabad recibía automáticamente una señal. Pero el general Bol había elegido cuidadosamente a sus cómplices. El teniente coronel era uno de los dos oficiales depositarios del código que permitía manipular el sistema de seguridad, lo había puesto en posición de espera, el tiempo necesario para extraer la ojiva nuclear de donde estaba alojada y salir del silo. Bastarían unos minutos. Luego había modificado los parámetros del sistema de seguridad para que retomara sus funciones como si la bomba siguiera en su lugar, sólo una inspección material del arsenal podía señalar la desaparición del artefacto. Por suerte, los militares del ISI que custodiaban los arsenales nucleares del país confiaban ciegamente en sus sistemas informáticos de seguridad. No formaba parte de sus prioridades verificar con regularidad los stocks. El cómplice del general Bol se enteró de que no había prevista una inspección de Tikrim Mir hasta comienzos del Ramadán del año 2004. Los hombres de Bin Laden tendrían tiempo de hacerse a la mar con su preciosa ojiva.

El general Bol y el teniente coronel llevaron de inmediato la bomba

a Chasma, donde Abdul Sharif Ahmad instaló un sistema de encendido unido a un teléfono móvil. El aparato estaba equipado con un escáner en miniatura de fabricación estadounidense que interfería la recepción eventual de falsos números que pudieran desencadenar la explosión por error. Tal como Ahmad lo había prometido, Osama Bin Laden era el único dueño de la operación. En caso de incapacidad, Mugnieh tomaría el relevo.

Después de unos kilómetros de pista por el desierto de Rajasthan, Bol percibió detrás de un matorral espinoso algunos camellos que bebían agua de un pozo.

—¡Es aquí!—le indicó al chófer, que detuvo el vehículo.

Tres hombres con turbantes escarlata salieron entonces de la protección de una tela tendida entre cuatro palos, detrás de los camellos.

—Son mis hombres, Imad —explicó Bol, al tiempo que se volvía hacia Mugnieh—. Conocen perfectamente este desierto. No tengas ningún temor, ellos te ayudarán a pasar a la India con total seguridad.

Bol, Mugnieh y el chófer bajaron del Toyota. Bin Laden se quedó en el interior del vehículo, protegido de las miradas por las cortinillas echadas. Era mejor evitar que ese rostro célebre fuera reconocido, aun por inofensivos camelleros. El chófer abrió el maletero e hizo señas a los dos caravaneros de que retiraran la caja y la colocaran sobre la albarda de uno de los animales. Una vez fuertemente atada con cuerdas, la cubrieron con una doble alfombra de oración afgana, como el resto de las mercaderías que transportaba la caravana. Era evidente que ni los camelleros ni los oficiales del ISI encargados de escoltarlos tenían la menor idea de qué contenía la caja.

Mugnieh volvió a subir al coche para despedirse de Osama. Los dos hombres se abrazaron; luego, el jefe de Al Qaeda deslizó un sobre en la mano del viajero.

—Hermano, mis hombres te esperarán en Jaisalmer, del otro lado de la frontera —susurró—. Te conducirán a tu destino. En este sobre encontrarás todo lo que necesitas saber para continuar tu viaje.

La noche caía sobre el desierto. En cuanto la oscuridad fue completa, el general Bol se dirigió discretamente a buscar a Bin Laden para que pudiera, a favor de las tinieblas, bendecir la bomba sobre el animal que la llevaba.

—Por la gloria de Alá pueda este instrumento de nuestra venganza aterrorizar a los enemigos de Dios —murmuró el jefe de Al Qaeda

con una voz tan baja que nadie pudo entender lo que decía.

Uno de los camelleros ayudó a Mugnieh a subir a su montura. Luego, el jefe de la caravana dio un golpe con una varilla en el cuello del animal. En seguida, rodando y balanceándose en su contoneo inmemorial, los camellos se pusieron en camino, cargados con el arma diabólica que había concebido la imaginación destructora de los hombres.

Bol, Bin Laden y el teniente coronel siguieron con la mirada la partida de la caravana, los tres amurallados en un silencio cómplice. Cuando el último camello desapareció de su vista tras una duna, Osama Bin Laden exclamó triunfalmente:

—¡A nosotros, por fin la venganza de los justos!

El transporte de la bomba y su recepción en Bombay por parte de los hombres de Al Qaeda se desarrollaron exactamente según las previsiones de Bin Laden. A su llegada a Bombay, Imad Mugnieh volvió a usar su disfraz favorito —el amplio chador con el que había desembarcado en Karachi siete semanas antes—, para subir al avión de Air India con destino a Teherán. Allí, sus contactos organizaron con mucha discreción su regreso a Beirut.

Lo esperaba una misión de extrema importancia: reclutar, como le había prometido a Bin Laden, a los voluntarios que partirían al país del Gran Satán para recibir el arma de la venganza, organizar su colocación y supervisar el desencadenamiento del apocalipsis que había programado Abdul Sharif Ahmad. El estado mayor del jefe terrorista reunió una lista de voluntarios palestinos que hablaban lo bastante bien inglés como para cumplir esta misión. El Líbano estaba plagado de campos de refugiados donde millares de palestinos esperaban febrilmente integrarse en las filas de la *yihad*.

Mugnieh conocía en especial la situación desesperada de uno de esos campos situados en los suburbios del puerto de Sidón, el campo de Ain el-Hilweh. Verdadero pudridero, detentaba el triste récord de la mayor concentración humana de todos los campos de refugiados de Oriente Próximo. En él se amontonaban cuarenta mil quinientas personas. Los niños nunca habían visto un jardín, un bosque, un estanque; ni siquiera el mar, que bordeaba todo el lado oeste del campo, pero que se había vuelto negro a causa del vertido de excrementos y de las cloacas. El aire estaba tan contaminado que para muchos se había vuelto mortal. Durante los tres meses de

verano, la canícula petrificaba a hombres y animales; las lluvias transformaban las callejuelas en arroyos pestilentes; la tuberculosis, el paludismo, las disenterías y muchas otras enfermedades reducían la esperanza de vida a uno de los niveles más bajos del mundo.

A pesar de las ayudas alimentarias que Naciones Unidas distribuía, en Ain el-Hilweh se vivía una pobreza extrema. La tasa de desempleo era altísima. Como temían que los palestinos se infiltraran en los engranajes de su economía, los libaneses habían sometido el ejercicio de más de setenta profesiones a la posesión de un permiso de trabajo. En cincuenta y cinco años habían concedido menos de dos mil quinientos. En Ain el-Hilweh, nueve de cada diez refugiados contaban con menos de un dólar al día para sobrevivir.

Más desgarrador todavía era el sentimiento de desesperación que aplastaba a la gente y que duraba desde el éxodo de 1948, durante el cual seiscientos mil árabes palestinos habían huido de su país apenas se creó el Estado de Israel, para ir a amontonarse en campos que nunca más abandonaron. Hasta ese momento, tres generaciones habían vivido en esos guetos convertidos en la vergüenza del mundo civilizado. En esos trozos de infierno modelados en miseria, odio y violencia habían nacido las intifadas palestinas y la vocación por el martirio de los que llamábamos fedayín antes de darles el nombre de camicaces. Aunque situado en territorio libanes, a varias decenas de kilómetros de la frontera israelí, Ain el-Hilweh era una mina de voluntarios para las acciones armadas contra el Estado hebreo. En cada interior, o en casi todos, se encontraba la foto de un hombre con *keffieh* que había dado su vida por la liberación de Palestina. Desde hacía algún tiempo se veían retratos de adolescentes con la frente ceñida por una venda negra. Los jóvenes de Ain el-Hilweh, como en otros campos palestinos del Líbano, en la actualidad se integraban en las células terroristas de Hamás y de los Mártires de Al-Aqsa implantadas en los Territorios. Ofrecían sus vidas en Israel haciendo estallar sus cinturones cargados de explosivos.

Ain el-Hilweh no sólo era un lugar de desesperación donde la violencia era la única salida, sino también una escuela de valor y de voluntad por la reconquista de una dignidad perdida. La tradicional sed de educación y saber de los palestinos había empujado a numerosos refugiados a intentar estudiar, pero los diplomas obtenidos no les sirvieron de nada. La frustración y el rencor de esos hombres y esas mujeres, eternamente condenados a ejercer únicamente empleos subalternos, había aportado a los responsables

de las organizaciones terroristas un vivero de ensueño donde conseguir los combatientes que necesitaban.

Imad Mugnieh estaba seguro de poder encontrar allí a los voluntarios que había prometido a Osama Bin Laden. Sus emisarios organizaron una reunión con tres de ellos en una casucha de piedra sin revocar que era la vivienda de una mujer cuyo esposo había sido asesinado por la aviación israelí durante una acción en el sur del Líbano. Nahed Jihari, de treinta y dos años, tenía unos grandes ojos negros pintados con kohl, cuya intensidad contrastaba con su fragilidad. En la pared, al lado de una gran fotografía de su marido vestido de *fedai*, había colgado dos pequeños cuadros. Uno contenía el certificado de propiedad de tres *dunums* de tierra en la costa sur de Jaffa, otorgados al abuelo de su marido por la administración del Mandato británico. El otro era su diploma en lengua inglesa obtenido en la universidad estadounidense de Beirut.

La joven estaba encantada con la visita del legendario responsable de Hezbolá. Había preparado té y una bandeja de dulces. No se habían visto desde que él había ido a su casa después de los tumultuosos funerales de su marido, cuando le prometió que su memoria sería vengada.

Al lado de Nahed se encontraban los otros dos voluntarios que los contactos de Mugnieh deseaban proponerle. Omar Tahiri era un hombre de treinta y seis años, con barba, de rostro dulce y melancólico. Había llegado a Ain el-Hilweh en brazos de su madre después de la guerra de junio de 1967, y había vivido toda su infancia y su adolescencia acunado por las promesas de su padre, que le repetía que iría «muy pronto a Jaffa a comer las mejores naranjas del mundo». Por supuesto, nunca había vuelto a Palestina. La primera naranja de Jaffa que probó la compró en Fortnum & Masón, en Londres, de paso hacia Montreal, donde la Universidad de MacGill le había concedido una beca de estudios. Ambicioso y trabajador, Omar había logrado escapar durante unos años a su siniestro destino de refugiado, primero gracias a una beca de la universidad estadounidense de Beirut y luego a otra en Canadá, donde obtuvo el diploma de arquitecto. Pero, a su regreso, a falta de obtener el sacrosanto permiso de trabajo libanes, sólo había podido utilizar sus conocimientos en la construcción de letrinas en Ain el-Hilweh.

Como consecuencia de ello, había ofrecido sus servicios a los combatientes de Hezbolá, comprometidos contra las fuerzas israelíes que ocupaban el sur del Líbano. Su valor y su sangre fría bajo el fuego de las metralletas de Tsahal habían atraído la atención de los jefes de la organización. Después de un breve entrenamiento como artificiero, Omar Tahiri había sido nombrado responsable de la preparación de las cargas explosivas que utilizaban los combatientes de Hezbolá. En 1996, una explosión prematura le había despedazado la mano izquierda. Ocho años después, se regocijaba con la visita del líder que tanto admiraba. «Qué importa que yo sea manco, me llama a seguir combatiendo», pensó.

El tercer invitado a la reunión, Khalid Ben Amr, era el más joven. A los veintiséis años, el muchacho gozaba de una enorme popularidad entre las jóvenes del campo. No había adquirido sus conocimientos de inglés en ninguna universidad; el norteamericano que hablaba a la perfección lo había aprendido de las series de televisión que había visto durante su adolescencia. A los dieciocho años, Khalid se había unido a los combatientes de Hezbolá que actuaban en el sur del Líbano. Tres peligrosas misiones de sabotaje en Israel y la destrucción de un helicóptero con un cohete Stinger lo habían aureolado de una reputación de valor y audacia que en ese momento Mugnieh necesitaba especialmente.

Los tres palestinos besaron al visitante con efusión; luego los cuatro se instalaron alrededor de la bandeja de té. Mugnieh no tardó en tomar la palabra. Sabía que su tarea sería fácil, que no tendría problemas en movilizar a su auditorio, pero le parecía importante dramatizar la situación.

—Amigos —empezó con fervor—, vivimos acontecimientos de extrema gravedad. Por impulso del Gran Satán, una vasta parte del mundo se ha solidarizado contra la nación musulmana para eliminar a los combatientes de nuestra *yihad*. Ha llegado la hora de vengarnos utilizando las armas más terribles que poseemos. Sin duda seremos calificados de «enemigos de la humanidad» y de «terroristas sanguinarios», pero debemos despreciar esos insultos. Nuestro profeta Mahoma fue ridiculizado con calificativos aún peores, pero eso no le impidió continuar su combate. Para llevar a cabo nuestra venganza necesitamos tres combatientes dispuestos al martirio. Hoy no puedo revelaros la misión; sólo puedo deciros que se llevará a cabo lejos de aquí. Además de valor se necesitará habilidad y determinación, cualidades que los tres poseéis, lo sé.

Llegado el momento, recibiréis los papeles y el dinero, así como las instrucciones necesarias para el éxito de vuestra misión. —Mugnieh miró uno a uno a sus interlocutores—. ¿Queréis saber si esta misión es peligrosa? —preguntó—. Sí, lo será; es posible que los tres perdáis la vida. Pero, si lo lográis, vuestros nombres se inscribirán para siempre en el palmarés de los mayores héroes del islam.

Siguió un largo silencio que Mugnieh interpretó como la voluntad de cada uno de impregnarse de su mensaje. Luego los tres palestinos se levantaron con un mismo impulso. Omar, el de más edad, hizo de intérprete de todos ellos.

—Hermano, agradecemos a Dios que nos haya elegido para esta misión suprema.

3

Port Elizabeth, Nueva Jersey

Un contenedor de arroz basmati

«*Jewel of India*, procedente de Bombay, solicita autorización para atracar al muelle.»

El teniente de los guardacostas estadounidenses Bob Farrelly observó en la pantalla de su radar un pequeño punto blanco que indicaba la entrada de un navio en los Narrows, el canal de acceso al puerto de Nueva York. Una ojeada a su ordenador le confirmó que se esperaba ese jueves por la mañana, al *Jewel of India*, y que su destino era Port Elizabeth, una de las dos instalaciones portuarias reservadas para el transporte de mercancías en contenedores construidas frente a la isla de Manhattan.

«*Jewel of India* —contestó Farrelly por el micrófono situado delante de él—. Tiene el número de identificación X 49472. Pare las máquinas y espere nuestras instrucciones. Examinamos su dossier.»

Esta orden respondía a los nuevos procedimientos que reglamentaban el acceso al puerto de Nueva York después de los atentados terroristas del 11 de setiembre de 2001.

Varios oficiales de uniforme trabajaban en el ordenador del teniente Farrelly instalado en el viejo Fort Wadsworth. Construido a la entrada de los Narrows durante la guerra de la Independencia para defender Nueva York de los británicos, en la actualidad el edificio servía de puesto de vigilancia del tráfico marítimo. Las cámaras instaladas en las boyas filmaban las veinticuatro horas del día el incesante ir y venir de las embarcaciones.

Farrelly consultó su banco de datos. El *Jewel of India* era el navio número 6448 que se presentaba a la entrada del puerto de Nueva York desde comienzos de año, y el séptimo en esa lluviosa mañana de otoño. A bordo viajaba una fracción de los veintiún mil

contenedores que entraban todos los días en los puertos estadounidenses. En la pantalla apareció toda la información concerniente al navio. La menor infracción que se hubiera encontrado en el transcurso de su existencia —el descubrimiento de un paquete de heroína, una pelea de dos marineros borrachos, la sospecha de un tráfico ilícito o de una tentativa de violar las leyes marítimas— figuraría automáticamente en ese dossier.

El examen del legajo del *Jewel* sólo duró unos instantes. El carguero, de veinte mil toneladas, hacía escala en Nueva York y en Nueva Orleans cuatro o cinco veces al año, y siempre había respetado escrupulosamente los reglamentos marítimos y aduaneros estadounidenses. Los ciento setenta y cinco contenedores amontonados en sus bodegas y en los puentes transportaban las últimas creaciones de la artesanía india —sedas, camisas bordadas, pantalones, cazadoras de cuero, calzado...— encargadas por los compradores de las grandes marcas estadounidenses de *prêt-à-porter*. Otros estaban llenos de muebles, alfombras, telas, vajilla y platería, e iban destinados a las tiendas más prestigiosas, como Macy's y Bloomingdale's. También los había cargados con bolsas de arroz basmati del Punjab, té de Darjeeling, café de Kerala, *chutney* de Goa, cajas de gambas y cangrejos de Bengala, y toda una variedad de especias por las cuales en otras épocas las naciones de Europa habían librado salvajes guerras coloniales.

La autorización de paso fue una simple formalidad transmitida por ordenador. Luego Farrelly conectó su micrófono: «*Jewel of India*, está autorizado a atracar al muelle.»

El capitán del navío volvió a encender las máquinas e invitó al piloto estadounidense que había subido a bordo a tomar el timón para conducirlo a los Narrows. Ignoraba que a lo largo del canal varias boyas estaban equipadas con detectores de rayos gamma capaces de descubrir el paso de cualquier sustancia nuclear.

Y en ese momento atrajo la atención del oficial indio el prodigioso espectáculo que lo impresionaba en cada viaje: la llegada a Nueva York. Vio la noria de Coney Island, plantada en medio de un barrio en el que habitaban miles de inmigrantes rusos. Se maravilló ante el fantástico encaje del puente de Verrazano y finalmente descubrió, a la izquierda, la estatua de la Libertad, que blandía su antorcha, antaño símbolo de esperanza para millones de hombres que llegaban a la tierra prometida. Después, a través de la bruma de las primeras horas, despuntaron los rascacielos de Manhattan, alucinante selva de

vidrio y acero que subía al asalto del cielo.

Desde hacía tres años, cada vez que llegaba a Nueva York, los ojos del capitán se fijaban en el espacio abierto que desfiguraba el grandioso panorama, el emplazamiento donde antes se levantaban las Torres Gemelas del World Trade Center. «¡Qué espectáculo desolador ofrece la punta de Nueva York sin sus majestuosas Torres!», pensaba en cada viaje.

El navio viró junto a las orillas de Staten Island para entrar en la bahía de Newark, justo delante de Manhattan.

«¡Hola, *Jewel of India!*» —llamó una voz por radio—. Aquí, la capitanía de Port Elizabeth. Atracará en el puesto 17 de la terminal n.º 4. ¡Bien venidos a Nueva York!»

La terminal marítima de Port Elizabeth y su gemela de Port Newark se extendían desde las pistas del aeropuerto internacional de Newark hasta la bahía situada frente a Manhattan. Era el más vasto y moderno ámbito portuario del mundo y el mejor equipado para la expedición y la recepción de las mercancías de los contenedores. Sus instalaciones, desde los años sesenta, habían relegado a las mazmorras de la historia el legendario Waterfront de Brooklyn, de donde habían partido a combatir en Europa los miles de soldados de las dos guerras mundiales.

Las facilidades que ofrecían los puertos gemelos de Nueva York reflejaban lo más nuevo y lo más dinámico que había en la industria del transporte marítimo estadounidense. Pero desde el 11 de setiembre esas instalaciones hacían temer que fuera una vía a través de la cual los terroristas podían introducir, sin ser vistos, cualquier artefacto de destrucción masiva en territorio estadounidense. El riesgo desafiaba a la imaginación.

Los centros científicos del país, como el laboratorio Lawrence Livermore de California, trabajaban sin cesar para perfeccionar nuevas técnicas de detección. A finales del año 2002, el puerto de Nueva York recibió tres ejemplares de un nuevo invento, en el cual tenían puestas muchas esperanzas. Se trataba de vehículos equipados con largos brazos metálicos que podían desplazarse por las paredes de un contenedor o un camión. En teoría, sus poderosos detectores de rayos gamma eran capaces de descubrir cualquier presencia de material nuclear. Transmitían en una pantalla una radiografía comparable a la de los escáneres que controlan los

equipajes en los aeropuertos. Bautizados como «Vacis» por «Vehicle and Cargo Inspection System», esos camiones costaban un millón de dólares cada uno. Por desgracia, en veinticuatro horas, los Vacis de Port Elizabeth sólo podían inspeccionar un centenar de contenedores, es decir, menos del dos por ciento del tráfico diario.

Según una rutina bien experimentada, las operaciones de descarga del *Jewel* empezaron al día siguiente. Primero, dos enormes grúas se colocaron junto al navio para descargar ochenta y siete de los ciento setenta y cinco contenedores destinados a la región de Nueva York. Cada uno llevaba, pintadas en el costado, las iniciales de su propietario, el acrónimo «INOS» de Indian Ocean Shipping, y una serie de cuatro cifras correspondiente a las mercancías que figuraban en la declaración que el capitán había hecho llegar a los guardacostas cuatro días antes de su arribada a puerto. Los aduaneros se acercaron, provistos de pequeños aparatos semejantes a teléfonos portátiles, que pasearon por los diferentes costados de cada contenedor. Eso era nuevo. «¡Tal vez creen que mis gambas desprenden radiaciones atómicas!», se dijo el capitán del *Jewel*. Al final de cada inspección, un aduanero ponía un sello en la puerta del contenedor. En seguida, el representante del agente marítimo encargado de recibir la carga llamaba a un camión para llevar la entrega. El chófer iba luego con la declaración al despacho de la aduana para pagar los derechos y las tasas y hacer que le pusieran el timbre oficial que lo autorizaba a sacar la mercancía del puerto.

La descarga del *Jewel* y las formalidades de importación terminaron a media tarde. Entonces, dos oficiales de inmigración subieron a bordo. El capitán reunió a su tripulación en la cámara de oficiales para permitir que los inspectores procedieran a una nueva formalidad en vigor después del 11 de setiembre. Cada marino debía presentar un pasaporte con visado estadounidense. Cuando verificaron que todos los documentos estaban en regla, los oficiales entregaron a quienes lo pidieron un formulario 1-95 que les permitía bajar a tierra durante la escala.

—¿No hay pasajeros? —preguntó uno de los oficiales antes de retirarse.

El capitán indio rió, y le señaló las chicas de los calendarios que abigarraban las paredes de la cámara de oficiales, que olía a aceite rancio.

—¡Vamos! ¿Acaso creen que mi viejo cascarón es el *Queen Mary II*?

Dos horas más tarde, tres marineros abandonaron el *Jewel* para tomar el autobús con destino a Manhattan. Los sex-shops, los peep-shows, las cohortes de prostitutas que acogían antes a los visitantes en la calle Cuarenta y Dos y la Séptima Avenida hacía tiempo que habían desaparecido. El marinero de más edad tomó como testigos a sus jóvenes compañeros.

—¡Deberían haber visto esta ciudad hace diez años! Antes de que ese loco del alcalde Giuliani hiciera de un paseo por Nueva York una experiencia tan excitante como la travesía del desierto de Gobi.

El trío dio unos pocos pasos por la Octava Avenida y se sumergió en una cervecería para degustar carne asada poco hecha como no se la comía en la cantina del *Jewel*.

—¿Y para beber? —les preguntó el camarero.

—¡Cerveza para todos! —dijo el mayor.

—¡No! —corrigió uno de los marineros—. Para mí, una limonada.

Mientras sus amigos saboreaban sus espumosas cervezas, este último se deslizó discretamente hacia los lavabos. De camino, entró en la cabina telefónica y marcó un número.

—Hola —dijo al contestador que recibió su llamada—.

Llegué a Nueva York. Todo fue bien. Levamos anclas mañana al alba. —Y antes de colgar agregó—: *Inch Allah* («Si Dios quiere»).

A los ojos de numerosos turistas, el mejor negocio de Nueva York era la subida exprés al Empire State Building por nueve dólares. La destrucción de las Torres Gemelas del World Trade Center había devuelto al venerable edificio su posición de rascacielos más alto de Nueva York.

Construido en 1931 en la Quinta Avenida, entre las calles Treinta y Cuatro y Treinta y Cinco por dos financieros a los que entonces se consideró locos, este rascacielos de ciento tres pisos había encarnado durante mucho tiempo el poderío estadounidense y la voluntad de superar la Gran Depresión. Anclado en la imaginación popular por las proezas cinematográficas del gorila King Kong subido a su cima, el Empire State era una de las atracciones turísticas más populares de Nueva York. Todos los días, setenta y cuatro ascensores llevaban entre diez y veinte mil visitantes a su terraza del piso 86.

Desde el 11 de setiembre, esa oleada de visitantes estaba sometida a rigurosos controles llevados a cabo mediante detectores de metales, escáneres de rayos X y cacheos que practicaban los

guardias. El edificio, desde los cafés y las tiendas del inmenso subsuelo estilo art déco hasta el piso más alto, era hoy uno de los más seguros de Estados Unidos.

Ese día, una multitud impaciente se apretujaba desde muy temprano delante de los ascensores. No era sorprendente, porque el cartel luminoso anunciaba que esa jornada iba a haber una «visibilidad superior a sesenta kilómetros a la redonda».

A su llegada al piso 86, un guía recibió al primer grupo de visitantes y lo condujo hacia el ángulo sureste de la plataforma. En la actualidad, todas las visitas empezaban por la contemplación de la «Zona Cero», el lugar donde se habían levantado las Torres Gemelas, y un minuto de silencio en homenaje a las víctimas de la tragedia. Luego, el paseo continuaba alrededor de la plataforma.

Federico González, el agente de seguridad de guardia esa mañana en la plataforma, se asombraba siempre del entusiasmo de los visitantes que descubrían desde lo alto de ese mirador los mil espectáculos de la inmensa metrópoli, las rectas avenidas que acarreaban una ola incesante y ruidosa de taxis amarillos, los grupos de inmuebles aglutinados alrededor del Empire State, las aceras hormigueantes de una multitud multicolor, el ballet acuático de los *ferry-boats* por el Hudson y el East River.

Pero esa mañana atrajeron su mirada tres visitantes que se habían separado del grupo. En lugar de contemplar el panorama que se extendía hasta el horizonte, su curiosidad parecía concentrarse en las vistas inmediatas del rascacielos. «Probablemente sean cineastas que buscan ángulos para las tomas de un documental o de una película», se dijo González. Por el color mate de su piel pensó que eran, como él, de origen hispano. La primera era una joven con pantalón, los cabellos ocultos por un pañuelo y los ojos disimulados tras unas enormes gafas de sol. El segundo, el más joven, parecía el perfecto ligón neoyorquino: mocasines, vaqueros ceñidos y cazadora de cuero. El tercero era un hombre de unos cuarenta años, con traje oscuro, camisa blanca y corbata. Un hilo de barba cuidadosamente recortada daba un aire estricto a su rostro, algo redondo. Los tres visitantes permanecían en silencio, absorbidos por el prodigioso espectáculo que se descubría desde lo alto del piso 86.

En ese momento, la visión refrescante de un grupo de escolares francesas con minifalda y camisetas ajustadas, que daban la vuelta a la plataforma, atrajo la atención de González. Cuando su mirada volvió a los tres visitantes que había tomado por cineastas, éstos

estaban acodados en la balaustrada y miraban hacia la punta sur de Manhattan. Y entonces asistió a un espectáculo sorprendente. El mayor de los tres sacó del bolsillo una pequeña bolsa de celofán y González vio que tenía amputada la mano izquierda. A pesar de ello, logró abrir la bolsa y lanzar al vacío lo que parecían granos de polvo o de ceniza. Mientras la brisa matinal los llevaba lejos, las manos de los tres visitantes se unieron en una plegaria común. La joven apretaba el muñón de su compañero con fervor.

«¡Ah! —pensó González—. No son cineastas, sino fieles que realizan un peregrinaje. Tal vez quieren conmemorar la destrucción de las Torres esparciendo allí las cenizas de un pariente desaparecido.»

4

Washington, D. C.

Una carta firmada
Por los "Guerreros de la Yihad"

Los funcionarios de la Casa Blanca que trabajaban en el inmenso centro de comunicaciones situado en el subsuelo del edificio administrativo de la presidencia le habían puesto un sobrenombre gracioso: *the cyberspace soup kitchen* («el comedor de beneficencia cibernético»). En él había una batería de impresoras HPL para la recepción del correo electrónico presidencial que se enviaba a la Casa Blanca a la dirección <president@white-house.gov>, así como a su sitio de internet <whitehou-se.gov.webmail>. Aunque, obviamente, el presidente de Estados Unidos disponía de otras direcciones electrónicas reservadas para los asuntos de Estado, que sólo conocían los ministros y los miembros de su gabinete. Su correo llegaba a otro centro de recepción situado en la Casa Blanca.

Habitualmente, las impresoras de la *soup kitchen* escupían una media diaria de quince mil mensajes. Su procedencia y su objeto desafiaban la imaginación: desde el criador de cerdos de Iowa que anunciaba el envío de un cochinito para el aniversario del presidente, hasta la madre de familia de Baton Rouge, en Louisiana, que decía que había llamado George a su bebé en homenaje al jefe del Estado. Y también, por supuesto, un montón de diatribas procedentes de los enemigos del presidente, adversarios políticos u otros.

Desde que la campaña para la reelección presidencial había entrado en su fase activa, el número de mensajes se había duplicado. El equipo de la *soup kitchen* los clasificaba en diferentes categorías, cada una de las cuales expresaba las reacciones populares sobre los mayores problemas de la campaña: la reducción de impuestos, el déficit presupuestario, el aumento del paro, la protección médica, las consecuencias preocupantes del conflicto iraquí, la lucha contra el

terrorismo... El origen geográfico de cada mensaje era catalogado, lo que permitía a los consejeros del presidente medir el impacto de sus declaraciones en las diferentes regiones del país.

Ese domingo por la mañana, la encargada de clasificar el correo era Ann McCormick, una encantadora joven morena de veintinueve años, diplomada en Vassar, que tenía fama de trabajar con meticulosidad de archivera. Mientras seleccionaba una pila de reacciones al vigoroso discurso sobre la protección social que el presidente había pronunciado el día anterior, una de sus colegas se acercó a ella.

—¡Ann! Deberías echarle una ojeada a esto. Acaba de salir de la impresora número cuatro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la joven al leer las primeras líneas. Los mensajes fantasiosos formaban parte de la rutina de la *soup kitchen*, pero ése parecía serio—. Hay que advertir al oficial de guardia del Servicio Secreto —ordenó—; que venga de inmediato.

El Servicio Secreto es el organismo presidencial encargado de la seguridad del jefe de Estado y del gobierno de Estados Unidos.

A pesar de su corpulencia, el cincuentón Bill Malley sólo necesitó cinco minutos para acudir desde su despacho situado en el ala oeste de la Casa Blanca.

—¿Qué pasa? —preguntó casi sin aliento.

—Lea —contestó Ann tendiéndole la hoja—. Acaba de llegar. Esta vez, a lo mejor va en serio.

Al servidor del Gran Satán, George W. Bush.

Alá, el Señor del Mundo, proclama que, ya que nuestros enemigos destruyen nuestros pueblos y ciudades, es nuestro deber responderles del mismo modo. Han aniquilado las ciudades y los pueblos de nuestros hermanos de Iraq. Con sus aliados israelíes destruyen cada día los pueblos y las ciudades robadas a nuestros hermanos de Palestina en 1967. Por tanto, hemos decidido colocar en la gran ciudad de Nueva York la más terrible de las armas, una bomba atómica. Dentro de cinco días exactamente a mediodía, hora de Nueva York, la haremos explotar si hasta entonces no han obligado a sus vasallos israelíes a comprometerse ante todo el mundo a evacuar cada colonia judía construida en la tierra sustraída a nuestros hermanos y hermanas de Palestina. Estas colonias constituyen un crimen que deben reparar; si no lo hacen, ustedes y sus conciudadanos corren el riesgo de pagar muy cara su

complicidad. En el caso de que intenten salvar a los habitantes de Nueva York mediante su evacuación, haremos explotar la bomba de inmediato. Sabiendo que, con su inmenso orgullo, se negarán a creer que somos capaces de castigarlos, aportamos una prueba de la realidad de esta amenaza. La encontrarán en una maleta marrón depositada en la consigna de la estación Pennsylvania de Nueva York, con la etiqueta número 102475/04.

El texto estaba firmado con el nombre de «Los Guerreros de la Yihad», y había sido enviado desde la dirección <tombald@australialine.com>.

El oficial dobló la hoja en cuatro y estudió tranquilamente los rostros inquietos que lo rodeaban.

—Escuchen —dijo—, probablemente sea una nueva tentativa de chantaje como las que recibimos regularmente. ¿Chalados del islam en Australia? ¡Bah! —Sacudió la cabeza y luego apoyó el índice sobre los labios—: ¡Atención!, ni una palabra a nadie de esto antes de que yo aclare la situación. ¿De acuerdo?

Se tratara o no de una broma, Marley sabía que debía comunicar de inmediato la existencia del mensaje al Centro de Control del Terrorismo, situado en el cuartel general de la CÍA en Langley, Virginia. Descartó hacerlo por el teléfono móvil y fue de prisa a su despacho para llamar por su línea protegida. Al entrar en el cuarto echó una ojeada al *threat board*, el tablón de las amenazas, colgado de la pared. Gracias a Dios, esa mañana, estaba vacío. La vida del presidente y la seguridad de la Casa Blanca no corrían un riesgo especial.

—¡Mierda! —exclamó mientras descolgaba el teléfono—, tal vez esto vaya a cambiar.

Bill Bernhart, el funcionario de servicio en Langley, con seguridad habría preferido pasar su domingo disputando el torneo de tenis organizado por su club del Washington Hilton. Con sólo treinta y dos años, ese alfeñique pelirrojo era ya uno de los veteranos de la CÍA, con más de diez años de experiencia, cuatro de ellos en Yakarta, en Indonesia. El texto que le leyó Malley lo dejó helado. Aun antes de recibir el fax del mensaje, tecleó «Guerreros de la Yihad» en el ordenador que almacenaba todas las informaciones relativas al terrorismo. Su búsqueda resultó infructuosa.

Llamó entonces al funcionario de servicio de la NSA, la Agencia de

Seguridad Nacional, y le transmitió el texto para que hiciese identificar de inmediato al propietario australiano de la dirección electrónica. Luego alertó a la delegación de la CÍA en Melbourne de que estuviera lista para intervenir en el domicilio del interesado en cuanto fuera localizado.

Luego se ocupó de la maleta depositada en la consigna de la estación de Nueva York. Este tipo de emergencias eran competencia de la seguridad federal, por lo que pidió a su homólogo del FBI en Washington que enviara un equipo a la estación Pennsylvania de Nueva York.

Finalmente, respetando el orden que se seguía en casos semejantes, alertó al centro de urgencias nucleares en el Departamento de Energía. Si la amenaza era de naturaleza nuclear, ese organismo se encargaría, bajo la autoridad del nuevo Departamento de Seguridad Interior, de tomar las medidas necesarias.

Antes de que Bernhart hubiera colgado, dos agentes de la brigada de explosivos del FBI, con casco y trajes ignífugos, salían en tromba del cuartel general del FBI en Manhattan y se lanzaban hacia la estación Pennsylvania. Despachada de urgencia, una escuadra de policías ya se había precipitado en el lugar para alejar a los viajeros de los alrededores de la consigna. Su llegada sorprendió al encargado haitiano de los equipajes. «¡Los de inmigración!», se dijo, aterrado. Cuando supo la verdadera razón de su presencia allí se sintió tan aliviado que casi tomó de la mano a los dos federales con cascos para conducirlos hasta la maleta que estaban buscando. Pero los policías avanzaron prudentemente, escrutando las filas de bultos con contadores Geiger.

—No hay explosivos en mis paquetes —dijo el haitiano—. Cada mañana y cada noche, colegas suyos hacen que un perro los olfatee para ver si hay bombas o coca oculta...

—Uno de los agentes ya había llamado al centro de urgencias nucleares del Departamento de Energía en Washington para informar del descubrimiento de la maleta. El testimonio sobre el perro policía bastó para que Washington ordenara a los artificieros que la revisaran. Con la precaución de los cirujanos que abren un corazón humano, los dos hombres forzaron la pequeña cerradura de la maleta y levantaron la tapa con prudencia. Se quedaron estupefactos al ver su contenido.

—Hay un paquete de planos industriales —explicó el primer federal

por teléfono—. Hay disquetes de ordenador. Sí, también una bola dos veces mayor que una pelota de béisbol. Se diría que está envuelta en una funda de plomo. Ni rastro de radiaciones: los contadores Geiger dan negativo. ¡Espere!... hay una etiqueta pegada con una inscripción. Se la leo: «A la atención del presidente de Estados Unidos. Esto es una muestra del U-235 que hemos utilizado para la fabricación de nuestra bomba.» ¡Demonios! ¿Qué es eso del U-235?

—Uranio altamente enriquecido —respondió uno de los especialistas de Washington, irritado por la ignorancia de los agentes federales—. Coja la bola y descríbala.

—¡Santo Dios! —exclamó el federal—. Pesa una tonelada. Parece de metal; de metal gris.

En Washington, los dos especialistas se miraron con perplejidad.

—¿Qué opinas? ¿Podría ser uranio altamente enriquecido? —dijo uno de ellos.

—En todo caso, no debemos correr riesgos —declaró su jefe, que había retomado el contacto con los dos federales de la estación—. ¡Muchachos! Llevad volando esa maleta y todo lo que contiene a la Marine Air Terminal del aeropuerto de La Guardia. Nosotros alertaremos a la base de McGuire para que un jet vaya a buscarla y la transporte a nuestro laboratorio de Livermore en California.

—¡Dios mío! —farfulló el especialista de Washington después de haber cortado la comunicación—, puede ser el golpe que todos temíamos uno de estos días.

—Tal vez —asintió su colega—, pero creo que no hay que hacer sonar la sirena de alarma enseguida. Esperemos que Livermore nos envíe sus primeras observaciones sobre los planos y la bola de metal. De aquí a las cinco de la tarde tendrán tiempo de pasarla por rayos gamma, así como el resto del contenido de la maleta. Entonces sabremos si se trata de verdad de uranio altamente enriquecido. Como siempre, hay que esperar lo peor, convoquemos al equipo de las respuestas de urgencia aquí mismo para las cinco de la tarde. Mientras tanto, vamos a tratar de averiguar si en alguna parte del mundo han notado la desaparición de U-235. Informaré de inmediato a Andrew Card, el secretario general de la Casa Blanca, para que esté al corriente.

—¿Y de Nueva York a quién? ¿Al alcalde, al gobernador?

—Es un asunto del presidente. Lo conozco: deseará tomarse su tiempo, esperar que tengamos una evaluación precisa de la situación. Muévete, avisa a todo el mundo. Nos encontramos todos aquí a las cinco.

A las cinco menos cinco, todo estaba listo en el despacho B 26 de la dirección de respuestas de urgencia del Departamento de Energía. Se había establecido contacto de videoconferencia en circuito cerrado con los laboratorios de Livermore, de Los Álamos y de Sandia, en Nuevo México, de Brookhaven a Long Island, así como con las direcciones de la CÍA, del FBI y de la NSA, y con Andrew Card, el secretario general de la Casa Blanca. Dos físicos nucleares adjuntos al equipo de respuestas de urgencia habían sido arrancados de su domingo en familia, así como Dick Hawkins, el representante en Washington del NEST (1), el organismo especializado en la búsqueda de fuentes criminales de radioactividad nuclear en las ciudades norteamericanas.

La reunión se desarrollaría con la dirección de Paul Anscom, el atlético cincuentón responsable de las urgencias nucleares en el nuevo Departamento de Seguridad Interior. Doctorado en física en la Universidad de Carnegie Tech, Anscom podía ganar en el campo privado cuatro o cinco veces su salario de funcionario. Había preferido hacer toda su carrera en los departamentos de Energía y de Defensa, en lugar de los puentes de plata que le ofrecían una vida en el corazón del poder.

—Hola a todo el mundo —saludó con su sonrisa habitual—. Mientras esperamos el informe preliminar de Livermore sobre ese trozo de metal, me gustaría saber si nuestro colega de la CÍA encontró algo sobre esos llamados Guerreros de la Yihad.

—Por desgracia, no —deploró Bill Bernhart—. Buscamos ese nombre en todos nuestros bancos de datos informáticos, pero no obtuvimos resultado. Sin embargo, creo que no hay que sacar conclusiones precipitadas. Esos islamistas suelen inventar nuevos nombres para cubrir sus operaciones. Como ese Segundo Ejército de Mahoma, que ha reivindicado el atentado contra el cuartel general de la ONU en Bagdad. O Hezbolá, cuando atacaba las instituciones judías de Buenos Aires utilizando nombres de los que nadie había oído hablar y de los que nunca volvimos a saber.

—¿Esto apunta a Hezbolá? —preguntó Anscom.

(1) *Nuclear Emergency Search Teams*, Equipos de búsqueda para urgencias nucleares.

—Es posible. A menos que Al Qaeda se inspire a su vez en esa táctica.

—¡Señores! —El director del laboratorio nacional de Livermore acababa de aparecer en pantalla. Junto a él había un hombre de unos cuarenta años, en mangas de camisa, con los cabellos recogidos en una coleta, al que presentó—: El doctor Bob Mott está preparado para comunicarles sus primeras comprobaciones.

—La bola de metal enviada a nuestro laboratorio para su análisis es, en efecto, uranio altamente enriquecido —declaró el científico—. El examen espectrográfico ha revelado una tasa de enriquecimiento de, por lo menos, el noventa por ciento, pero creo que nuestros próximos análisis nos darán una tasa de pureza del noventa y dos o noventa y tres por ciento.

—En otras palabras, uranio de calidad militar —subrayó Anscom.

—No hay ninguna duda al respecto. Si esos terroristas poseen veintitrés kilos de esta materia fisible, tienen con qué hacer una bomba atómica.

—¿Y qué resultado ha dado el examen de los planos que había junto con la muestra de metal? —preguntó Anscom.

—Al parecer se trata de una copia exacta de los planos iraquíes para la fabricación de un artefacto nuclear que los inspectores de la ONU para el desarme descubrieron en 1995 cerca de Bagdad. Dicho de otra forma, planos muy creíbles.

—¡Un momento, por favor! —interrumpió con autoridad el secretario general Andrew Card, que hablaba desde la Casa Blanca—. Me parece que este asunto está tomando un cariz extremadamente serio. El presidente debe ser informado; estoy seguro de que querrá participar en esta discusión.

—¿Dónde está? —quiso saber Anscom.

—Acaba de volver de Alabama y ahora está descansando en sus habitaciones privadas viendo un partido de béisbol por televisión.

—Perfecto —dijo Anscom—. Suspendamos nuestra reunión durante media hora para permitirle al jefe de Estado reunirse con nosotros.

—Propongo que nos encontremos en la sala de conferencias del Consejo Nacional de Seguridad, en el subsuelo del ala oeste de la Casa Blanca —precisó Andrew Card, preocupado por limitar los desplazamientos del presidente.

En su mano izquierda, George W. Bush tenía el teléfono móvil que lo comunicaba con su padre, que descansaba en su propiedad de Kennebunk Port, en Maine, y en la derecha, el mando a distancia del televisor. Con el rostro risueño, saludando cada proeza de los Astros con un grito de alegría, miraba uno de esos partidos memorables que adoraba.

Fue entonces cuando la alta silueta distinguida de Andrew Card apareció en la puerta.

—Perdone que lo interrumpa, señor presidente, pero hay algo importante —declaró el secretario general de la Casa Blanca.

—¿Importante? —se rió el presidente—. ¿Qué puede haber más importante que un buen tanto de los Astros?

—Esto —respondió Card al tiempo que le tendía el mensaje de los terroristas, así como el informe preliminar del laboratorio de Livermore sobre la naturaleza del metal encontrado en la maleta.

—¡Santo Dios! —se sobresaltó Bush en cuanto empezó a leer. Acto seguido pulsó una tecla de su teléfono—: ¿Hola, papá? Esto es una pesadilla o una broma pesada. ¡Escucha! —y le leyó el texto lentamente.

Siguió un largo silencio. El padre del presidente trataba de evaluar la gravedad de la situación.

—Tal vez sea sólo una vulgar tentativa de chantaje —terminó por decir para tranquilizar a su hijo—. Lleva las cosas con calma mientras no sepas con absoluta certeza que realmente hay un artefacto nuclear escondido en Nueva York. Si me necesitas, iré.

Él era la única persona capaz de reconfortar al presidente de Estados Unidos. Sus frecuentes discusiones desembocaban siempre en consejos prudentes y análisis políticos sensatos. Aunque sus compatriotas ignoraran estos intercambios, para George W. Bush constituían un pilar fundamental del ejercicio del poder.

—Señor presidente —interrumpió el secretario general—, tengo prevista una reunión de un comité de crisis con sus principales colaboradores en la sala del Consejo de Seguridad. Las mismas personas que reunió cuando los conflictos con Afganistán e Iraq, más nuestros expertos nucleares de los departamentos de Energía y Seguridad Interior. El comienzo de la conferencia está previsto —miró su reloj— para dentro de veinte minutos.

—Muy bien —asintió el jefe del Estado mientras apagaba el teléfono y el televisor—. Esto me deja algunos instantes para reflexionar.

Tenía una confianza total en su secretario general. Lo sabía siempre listo para tomar una buena decisión, para tomarla de prisa, con un mínimo de vacilaciones. Apenas la puerta del salón se cerró tras él, George W. Bush se hundió en su sillón y cerró los ojos. «Señor —murmuró para sus adentros—, protégenos. ¡Te lo suplico, haz que todo sea una broma!».»

Esta manera instintiva de volverse a la plegaria reflejaba un aspecto profundo y significativo de la personalidad del presidente de Estados Unidos. Desde el día en que, cediendo a las súplicas de su esposa Laura, había renunciado al alcohol, su mayor debilidad desde sus años de universidad en Yale, no había dejado de buscar en la religión una fuente de fuerza y apaciguamiento. Por más que sus detractores bautizaran su conversión como «Adiós, whisky, salud, Jesús», ésta era real.

Hoy no sería presidente de Estados Unidos si no hubiera dejado de beber —confiaba a menudo George W. Bush a sus amigos íntimos—; sólo pude lograrlo con la ayuda de Dios.»

Si el mensaje de los Guerreros de la Yihad a la Casa Blanca no era una broma pesada, estaba seguro de que necesitaría una buena dosis de apoyo espiritual. Los nueve primeros meses de su presidencia habían estado marcados por una extrema trivialidad. El fallo de las máquinas electorales había privado a muchos estadounidenses de sus votos, y éstos empezaban a reprochar a los jueces de la Corte Suprema que lo hubieran conducido al poder. Toda su política exterior durante esos primeros meses se había reducido a una breve visita a México y a una indiferencia obstinada por los problemas de Oriente Medio. Sólo había sabido ofrecer a una economía nacional con algunas deficiencias una reducción de impuestos que favorecía a las mayores fortunas.

Luego, al igual que Pearl Harbor había marcado con un sello indeleble el tercer mandato de Franklin Roosevelt, los ataques terroristas del 11 de setiembre de 2001 lo habían alzado, a su pesar, al rango de jefe de un Estado en guerra, al mando de una cruzada contra las fuerzas del mal. Si bien su carrera militar se había distinguido por su insignificancia, no había dudado en comprometer a su país en dos guerras extranjeras, una contra los talibanes en Afganistán y otra contra Saddam Hussein en Iraq. En ambas había obtenido una victoria militar, aunque, en realidad, ninguno de los dos

conflictos había terminado. Por el contrario, estaba lejos de haber ganado la guerra contra el terrorismo.

George W. Bush se levantó, se ajustó la corbata, se puso la chaqueta y dio algunos pasos hacia la ventana. La abrió y respiró profundamente el olor de las hojas muertas que colmaba el aire húmedo de esa tarde de otoño. Más allá del césped y de las verjas vio los faros de los pocos coches que subían por la avenida Pennsylvania. Y en ese momento lo invadió una certeza: si esa amenaza era real, ésta iba a ser la crisis más grave que tendría que afrontar su presidencia. No obstante, él no era el primer presidente de Estados Unidos que debía hacer frente a semejante crisis. Gerald Ford había tenido ese triste privilegio en 1974, y también a propósito de un conflicto en Oriente Próximo. Unos palestinos lo amenazaron con hacer explotar una bomba atómica en pleno corazón de la ciudad de Boston si no liberaban a once de sus camaradas de las prisiones israelíes. Al igual que la mayoría de los casos similares que siguieron, ese chantaje había resultado un engaño. Pero durante varias horas un presidente de Estados Unidos debió considerar un holocausto nuclear en una ciudad estadounidense. Los habitantes de Boston nunca lo supieron.

—Señor presidente...

George W. Bush se volvió y vio el rostro tranquilizador de Andrew Card.

—Todo el mundo lo está esperando en la sala del Consejo de Seguridad.

Hasta ese momento, aun en las horas más cruciales en Afganistán y en Iraq, George W. Bush siempre había empezado sus reuniones con una sonrisa y unas palabras de aliento o una broma irónica inspirada en los títulos de los periódicos del día. Pero ese día nada de eso sucedió. Con el rostro tenso, la espalda ligeramente arqueada, se dirigió con paso rápido hacia su sillón en el centro de la mesa de conferencias sin echar siquiera una mirada hacia los que habían compartido con él las horas intensas de los últimos meses.

Aunque impregnada de historia, la sala de conferencias del Consejo Nacional de Seguridad seguía teniendo un aspecto trivial. Muchos de los que la frecuentaban la comparaban con una sala de conferencias de un banco de provincias. Sin embargo, entre esos muros pintados de verde claro, Kennedy había considerado desencadenar la tercera guerra mundial durante la crisis de los misiles de Cuba; Johnson había ordenado el envío de medio millón de

estadounidenses a Vietnam; Nixon había proyectado la caída de Salvador Allende y el reconocimiento de China; Cárter se había enterado del fracaso de la operación de salvamento de los rehenes estadounidenses en manos del ayatolá Jomeini; el primer presidente Bush había lanzado la operación «Tormenta del Desierto» en el golfo Pérsico, y el actual jefe del Estado había decidido lanzar sus fuerzas contra Saddam Hussein.

La aparente trivialidad del cuarto era engañosa. Detrás de los revestimientos de madera, un sistema de comunicaciones ultrasofisticado permitía al jefe del Estado y a sus colaboradores entrar de inmediato en contacto con todos los engranajes de la potencia norteamericana en el mundo.

Apenas se sentó, el primer gesto de George W. Bush fue inclinar la cabeza en una plegaria silenciosa, actitud que todos juzgaron especialmente apropiada para ese domingo de otoño y, habituados al ritual, bajaron asimismo la cabeza. Acto seguido, el presidente tomó la palabra:

—En estos momentos, tal vez nos estemos enfrentando de nuevo a esa pesadilla que me atormenta desde el comienzo de mi presidencia, un arma de destrucción masiva en manos de terroristas.—Sus pequeños ojos debajo de las espesas cejas se volvieron hacia el representante del Departamento de Seguridad Interior—: ¡Anscom! —dijo, blandiendo el informe que le había entregado su secretario general—, ¿hay algo nuevo que deberíamos conocer antes de empezar?

—En absoluto, señor presidente. Los científicos del laboratorio de Livermore confirman que los planos encontrados en la maleta son la réplica exacta de los planos para la confección de una bomba de uranio enriquecido que los inspectores de la ONU descubrieron en 1995 en Iraq.

—¿Y cómo llegaron a esa conclusión?

—Gracias a dos observaciones. Los investigadores iraquíes sabían que no podían realizar un ensayo nuclear para verificar sus cálculos. Por tanto, decidieron aumentar el volumen de material fisible para su bomba hasta los veintitrés kilos en lugar de los veinte habituales; era una manera de asegurarse de que su artefacto explotara con seguridad. Luego, la gente de Livermore comprobó que los códigos informáticos destinados a sincronizar los encendidos de la bomba iraquí eran los mismos en los planos encontrados en Iraq que en los recuperados en la maleta dejada en la estación Pennsylvania de

Nueva York.

—Es probable que esos Guerreros de la Yihad sean, pues, iraquíes.

—Señor presidente —intervino una voz. La luz de neón acentuaba la melancolía habitual del rostro de Milt Anderson, el especialista en asuntos árabes recientemente nombrado por el presidente al frente de la CIA—. Yo no me precipitaría en esa conclusión —declaró Anderson—. El mundo islámico está repleto de extremistas que lo odian a usted, que odian nuestro país y todos los valores que representa.

De sus veinticinco años de carrera en Oriente Próximo y en Oriente Medio, Anderson se llevó una úlcera de estómago y una desconfianza tenaz respecto de los árabes. Nadie en esa sala conocía el mundo islámico como él. Nacido en el Líbano, donde su padre enseñaba en la universidad estadounidense de Beirut, había aprendido árabe en las rodillas de su nodriza. Apenas salió de la universidad, fue reclutado por la CÍA, al servicio de la cual estuvo en Sudán, en Iraq y en Bahrein y, más recientemente, en Afganistán, en calidad de director de operaciones de la Agencia durante la guerra contra los soviéticos.

George W. Bush cruzó las manos sobre la mesa como solía hacerlo en los momentos solemnes.

—El 4 de julio del año pasado, en ocasión de la fiesta nacional, juré que combatiría a cualquier grupo terrorista que amenazara a Estados Unidos —declaró—. ¿Pero cómo puedo mantener ese juramento si no sé quién nos amenaza? ¿Bin Laden podría estar detrás de este chantaje?

—Es una posibilidad —asintió Anderson, echando hacia atrás sus anchos hombros, que en otra época habían dado días de gloria a su equipo de fútbol en la Universidad de Oklahoma—. Encuentro en el texto del mensaje un tono muy similar a algunos de sus escritos. La posesión de bombas atómicas islámicas representaría a sus ojos el medio de trastocar el equilibrio de las fuerzas entre el islam y Occidente. En setiembre de 1998, en Munich, los alemanes detuvieron a uno de sus principales lugartenientes con una maleta llena de dólares que le hubieran permitido comprar uranio altamente enriquecido en Ucrania. Por otra parte, tenemos buenas razones para creer que Bin Laden estaba dispuesto a pagar treinta millones de dólares a los chechenos para conseguir los materiales necesarios para fabricar dos o tres bombas sucias. —Anderson consultó furtivamente sus anotaciones—. Pero hay algo más preocupante —continuó—.

Sabemos que Bin Laden está muy relacionado con Abdul Sharif Ahmad, uno de los responsables de la construcción de la bomba atómica pakistaní. Se han encontrado en secreto por lo menos dos veces en Kandahar, justo antes del comienzo de la guerra de Afganistán. Por desgracia, nada ha trascendido de lo que se dijeron en esos encuentros, pero puede estar seguro de que no hablaron de la serie «Sexo en Nueva York».

La observación distendió brevemente la tensión que se respiraba en la estancia. El presidente se volvió entonces hacia el joven funcionario que representaba a la Agencia de Seguridad Nacional, el organismo encargado de interceptar y decodificar los millones de mensajes y comunicaciones que transitaban todos los días a través del ciberespacio.

—Señor Putnam, ¿su gente ha podido saber quién está detrás de la dirección electrónica australiana que figura en el mensaje que hemos recibido? —preguntó.

—Sí —respondió el joven funcionario—. Hemos enviado a uno de nuestros agentes a la casa del propietario de esa dirección... Es un chico de trece años que vive en Adelaide.

—¡Un chico de trece años! —exclamó el presidente, en cuyo rostro apareció de pronto una amplia sonrisa—. ¡Así pues, se trata de una broma!

—Mucho me temo que no es así —repuso tímidamente Putnam.

Su traje, demasiado grande para sus frágiles hombros, y su poca altura no correspondían a la idea que uno tenía habitualmente de un agente federal. A la salida de la Universidad de Cal Tech, donde sus camaradas lo llamaban «la alondra», el joven Putnam se había convertido en un pirata informático, lo que no tardó en ocasionarle algunos disgustos con la justicia. Finalmente salió de ese mal paso al aceptar poner su talento al servicio del país.

—Ese joven australiano fue víctima de un robo informático —explicó. El verdadero autor del mensaje ha utilizado toda una cadena de relevos para disimular su procedencia. Es una técnica que conocen muy bien los piratas informáticos, así como los terroristas hábiles y los criminales que saben manipular internet. Entraron en el ordenador del muchacho para mandar desde él su mensaje a la Casa Blanca. Luego destruyeron su disco duro para que no quedara rastro del mensaje ni de su procedencia. Por suerte, el servidor Australia on Line pudo encontrar el mensaje introducido en el ordenador justo antes de que lo borrarán. Logramos seguirle la pista hasta una

maestra que vive en Dorset, Inglaterra, que había sido víctima de la misma manipulación. Gracias a la ayuda de los servidores AOL en Estados Unidos y Wanadoo en Francia, llegamos hasta ordenadores de Polonia, Alemania, Francia e incluso un cibercafé de Sanaa, la capital de Yemen. Allí se perdía la pista. Uno de nuestros agentes fue a ese cibercafé. Teniendo en cuenta la diferencia horaria, allí es más de medianoche. El propietario le dijo que ignoraba la identidad de quienes habían utilizado sus ordenadores a la hora en que pensamos que el mensaje había sido enviado.

El presidente había palidecido. Como no era un experto en informática, se inquietó:

—¿Me está diciendo que nunca se podrá identificar al cabrón que mandó el mensaje?

—Me temo que sí —respondió el ex pirata informático.

—Algo está claro —observó entonces el director de la CIA—: la complejidad de los medios que esos terroristas han desplegado para disimular la procedencia del mensaje. Son verdaderos profesionales.

—Verdaderos profesionales como tienen que serlo todos los que están en esta sala —comentó vivamente el jefe del Estado—. ¡Quiero saber quiénes son los autores de este chantaje! Empiezo todas mis jornadas, al amanecer, con la lectura de los informes y las evaluaciones de las amenazas terroristas que han redactado nuestras diferentes agencias de información. ¿Acaso en los informes de la última semana había el menor indicio de esta amenaza? La respuesta es no.

Que el presidente de Estados Unidos pudiera sentir tal cólera se debía a la naturaleza especial del chantaje. George W. Bush presidía los destinos de la nación más poderosa del mundo, el último súper Estado del globo, un país cuyo poder superaba ampliamente el de los imperios de Roma y Babilonia, de la Francia de Luis XIV y de Napoleón, del Oriente de los califas, de la China de los Ming, de la Rusia de los zares. Disponía de un poderío militar que no se podía comparar con el de todos los césares de la historia, los Gengis Kan, los grandes mogoles, los reyes y los kaiserres. Pero, no obstante, estaba desarmado ante ese adversario fantasma. Sabía que el terrorismo era el instrumento privilegiado de todos los que querían atacar su país. «Ocultándose en el anonimato, hacen de nosotros un gigante impotente privado de capacidad para devolver los golpes», deploraba.

Desde su «conversión», George W. Bush observaba una notable disciplina de vida: nada de alcohol, una hora al día de ejercicio físico intensivo, acostarse a las diez. Y, al contrario de su predecesor, ningún navajazo al contrato conyugal. Como muchos de sus colaboradores habían podido percibir, ese comportamiento sensato no dejaba de ocultar a un ser hiperactivo, gobernado por el instinto más que por la razón. Esa tarde, el instinto de George W. Bush le decía que el asunto de los Guerreros de la Yihad tal vez no fuera una broma.

Inclinó la cabeza con una sonrisa amistosa hacia Condoleezza Rice, su consejera de Seguridad Nacional; luego se volvió hacia el conjunto de los asistentes.

—Señora, señores, tengo que plantearles cuatro preguntas. Primera, ¿cuáles son las posibilidades de que esos terroristas hayan logrado obtener el uranio altamente enriquecido que necesitan para fabricar su bomba? Segunda, suponiendo que lo hayan conseguido, ¿podrían haber introducido esa bomba en suelo norteamericano sin ser detectada? Tercera, ¿qué actitud debemos adoptar respecto a la ciudad de Nueva York? ¿A quién debemos advertir? ¿Al alcalde Bloomberg? ¿Al gobernador Pataki? ¿A la policía? ¿Al senador Schumer? ¿A Hillary Clinton? ¡Dios no lo quiera! Y, cuarta, si esa bomba existe realmente y ha sido colocada en Nueva York, ¿qué tipo de destrucción podría provocar si estallara? Como saben, creo en la realidad de los hechos. Consideremos estas preguntas una después de otra. Anscom, la primera es para usted.

El representante del Departamento de Seguridad Interior se enderezó en su asiento. Su tono era grave, casi solemne.

—Señor presidente, durante los últimos cuatro años nuestros esfuerzos han tendido a contener la proliferación nuclear para impedir que diversos países del eje del mal como Irán, Libia y Corea del Norte se conviertan en potencias nucleares. Para que una nación sea considerada una potencia nuclear no basta con poseer una bomba; hay que tener por lo menos una docena y, sobre todo, lo más importante, hay que disponer de una fuente de materias fisibles. Por el contrario, para ser terroristas nucleares como reivindican esos Guerreros de la Yihad, basta con procurarse el material necesario para la confección de una sola bomba.

—¿Dónde han podido conseguir ese material?

—En Rusia y en Ucrania. A pesar de la diferencia horaria, hemos podido hablar con nuestros contactos en esos dos países. Parece que algunos cientos de gramos de material de calidad militar han desaparecido en el transcurso de los últimos años. Sabemos que hubo siete tentativas de hacer salir clandestinamente de esos países uranio enriquecido, pero cada vez en cantidades inferiores a las necesarias para la fabricación de una bomba. Nuestros contactos nos han asegurado que, hasta anoche, ningún informe había señalado una desaparición significativa de material de calidad militar.

—¿Podemos confiar en esas informaciones?

—En realidad, no, señor presidente. Sin embargo, mantenemos las mejores relaciones posibles con los servicios del presidente Putin. Justo antes de que tomaran el teatro de Moscú en octubre de 2002, los chechenos intentaron entrar en una antigua instalación nuclear soviética. No lo lograron. Así pues, podemos pensar que a los terroristas les ha resultado difícil encontrar en Rusia el uranio que necesitan. —Anscorn hizo una pausa. Sabía que al presidente no le gustaría lo que iba a agregar—. Por desgracia, aquí, en Estados Unidos, existen instalaciones nucleares insuficientemente protegidas y, en consecuencia, vulnerables a las tentativas de robo. Por ejemplo, varias toneladas de uranio altamente enriquecido están depositadas en un viejo almacén casi abandonado de Oakridge, en Tennessee. No se necesitaría mucho para...

—¡Cómo! —saltó el jefe del Estado—. ¿Y por qué no están debidamente protegidas esas instalaciones?

Anscorn levantó los brazos en un gesto de impotencia.

—Siempre la misma historia. Hermosas promesas por parte de nuestros amigos del Congreso, pero pocos medios para cumplirlas.

—¿Y China? —presionó el presidente.

—Nuestras informaciones sobre su programa nuclear son muy limitadas. Los chinos protegen con tanto celo todo lo que concierne a sus actividades nucleares que parece poco probable que los terroristas hayan podido violar una de sus instalaciones. Además, no olvidemos que los chinos tienen problemas con sus propios separatistas islámicos.

—¿Corea del Norte?

—Su programa utiliza plutonio, no uranio.

—¿India?

—Lo mismo, señor presidente.

—¿Pakistán?

Anscom sacudió varias veces la cabeza.

—A pesar de las buenas relaciones que usted mantiene con el general Musharraf desde el 11 de setiembre, Pakistán es nuestra principal preocupación. Ha escuchado lo que nos dijo Milt Anderson a propósito de los científicos que han construido la bomba atómica pakistaní. El jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Mohammed Aziz Kan, ha declarado recientemente en público que «Estados Unidos es el enemigo número uno del mundo musulmán». Muchos militares y responsables de la comunidad científica pakistaní consideran que su bomba es un arma islámica, lo que sugiere que podría utilizarse en otros conflictos además de los que enfrentan a Pakistán y a la India.

El presidente Bush se secó con un pañuelo las gotas de sudor que perlaban sus sienes.

—Si he comprendido bien, no tenemos el menor indicio sobre la procedencia de esa bomba satánica, suponiendo que exista.

—No todavía, señor presidente, pero, con un poco de suerte, tendremos información dentro de poco.

—¿Cómo?

—Nuestros científicos de Livermore están tratando de analizar la bola de uranio altamente enriquecido que se encontró en la maleta. En el mundo existen pocas instalaciones capaces de enriquecer el uranio. Si se estudian las firmas radiactivas contenidas en ese trozo de metal y se descuenta el número de isótopos que hay en ellas, nuestros especialistas deberían poder hacerse una idea de la técnica y del lugar donde se trató ese uranio.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—No mucho.

—¡Bien! —contestó el jefe del Estado, esbozando una breve sonrisa—. Segunda pregunta: si esa bomba existe realmente, ¿puede pensarse que esos Guerreros de la Yihad han logrado introducirla en Nueva York?

El director adjunto de la Administración de Aduanas hizo un gesto que indicaba que estaba listo para contestar. Larry Schorr hacía olvidar lo banal de su apariencia con un floreciente bigote en medio de su cara redonda. Ni un par de gafas italianas, un automóvil japonés, un camembert de Normandía o una Biblia impresa en Bangladesh entraban en el territorio de Estados Unidos sin satisfacer las formalidades de su administración. Desde el 11 de setiembre y la creación de un Departamento de Seguridad Interior, las aduanas

formaban parte integrante de la planificación antiterrorista.

—Señor presidente, como sabe, en la actualidad, la mayor prioridad de las aduanas estadounidenses es impedir la introducción de artefactos nucleares o sustancias radiactivas en el país —declaró. Exigimos recibir la declaración de carga de todos los navios que hacen escala en nuestros puertos cuatro días antes de su llegada. Además, hemos colocado agentes en una treintena de puertos extranjeros con la misión de vigilar todas las mercancías que embarcan hacia Estados Unidos.

—¡Todo eso son nimiedades!

La exclamación de Andy Mears, un hombre corpulento con el rostro marcado, sorprendió a los presentes. Era el director de la oficina de contraterrorismo en la Casa Blanca. Después de treinta años de buenos y leales servicios en el Consejo Nacional de Seguridad con cinco presidentes, Mears seguía siendo miembro del Partido Demócrata y le gustaba decir bromeando que era «el liberal de turno» en el seno de la Administración republicana de George W. Bush.

—La cantidad de mercancías en contenedores que entran en nuestro país sin ningún control es enorme —se apresuró a explicar—. Registramos los equipajes de cualquier paleta que llega por avión, pero dejamos entrar miles de contenedores en nuestros puertos sin siquiera echarles una ojeada. Las aduanas pretenden que inspeccionan el dos por ciento de esos contenedores, pero el verdadero porcentaje, señor presidente, está más cerca del cero cincuenta por ciento.

—¿Qué responde a eso, señor Schorr? —preguntó en seguida George W. Bush.

—Señor presidente —comenzó con embarazo el funcionario—, los industriales y los comerciantes de este país, desde General Motors hasta el más pequeño fabricante de artículos deportivos, dependen para su actividad de mercancías importadas. Si empezáramos a registrar a fondo cada uno de los veintiún mil contenedores que desembarcan a diario en nuestros puertos, provocaríamos un caos económico. General Motors pararía sus cadenas de producción. En cuanto a la gran distribución y a los pequeños comercios, despedirían a millones de asalariados.

—Pero yo creía que habíamos instalado nuevas tecnologías capaces de detectar cualquier intrusión de artefactos nucleares—se asombró el jefe del Estado.

Andy Mears no iba a perder la ocasión de atrapar la pregunta al vuelo. Se dedicaba al tema desde hacía semanas, con pobres resultados.

—Señor presidente, no se engañe. Un artefacto nuclear envuelto en una protección adecuada tiene todas las posibilidades de pasar desapercibido sin que los detectores más sofisticados que podamos instalar actualmente lo descubran.

—Mi pregunta concernía a los *nuevos* sistemas sobre los que se supone que hemos empezado a trabajar —replicó el jefe del Estado.

Andy Mears sabía que naufragaba, pero la situación le parecía lo suficientemente seria como para no callarse.

—No abriguemos ilusiones, señor presidente. Este país derrocha ocho mil millones de dólares al año en un sistema de defensa contra los misiles rusos, que tal vez ni existen, y apenas seiscientos millones en la seguridad de los puertos. En esta guerra que tenemos que librar contra el terrorismo, a nuestras promesas nunca siguieron actos concretos. Engañamos de manera regular a nuestros compatriotas cuando les aseguramos que hacemos todo lo necesario para protegerlos del terrorismo.

Un silencio incómodo cayó sobre los asistentes.

A continuación el oficial de los *marines* encargado de las transmisiones levantó la mano desde el fondo de la sala.

—Señores, el laboratorio de Livermore reclama una conexión de vídeo inmediata —anunció.

En seguida bajó una pantalla del techo, y unos segundos más tarde aparecieron los rostros del director y de su ayudante con los cabellos recogidos en la nuca.

—El doctor Mott ha terminado el análisis de la bola de uranio altamente enriquecido encontrada en la maleta de Nueva York —anunció el director—. Bob, le toca a usted.

—Nuestro análisis isotópico ha revelado que la muestra de U-235 en cuestión ha sido enriquecida gracias a una técnica que el laboratorio de enriquecimiento de uranio de Urenco, en Anselm, Holanda, perfeccionó a mediados de los setenta —explicó el doctor Mott.

—¡En Holanda! —se asombró George W. Bush.

—Sí, señor presidente —confirmó el científico—. No olvide que Abdul Sharif Ahmad, uno de los principales responsables de la bomba

atómica pakistaní, trabajó durante varios años en Europa. En 1976 volvió a Pakistán con una colección de planos destinados a la construcción de una fábrica de enriquecimiento de uranio en sus maletas. Los análisis preliminares demuestran que las técnicas de enriquecimiento practicadas en Holanda y la utilizada para la muestra examinada son idénticas. Nuestra conclusión es que ese trozo de uranio enriquecido procede del arsenal nuclear pakistaní.

Paul Anscom se apresuró a intervenir:

—Señor presidente, por preocupante que sea, esta comprobación no debe arrastrarnos a conclusiones precipitadas. El hecho de que esos terroristas hayan podido conseguir los planos de una bomba y algunos kilos de uranio no es suficiente para hacernos creer que han fabricado un artefacto capaz de producir una explosión nuclear. El ensamblaje de ese artefacto exige conocimientos científicos y una sofisticación que parece fuera del alcance de la gente con la que tratamos.

—No comparto su opinión— objetó vivamente Milt Anderson, el jefe de la CIA—. Para mí, este informe de Livermore abre todo un campo de nuevas inquietudes. Supongamos que esos terroristas cuentan con complicidades entre los militares pakistaníes, que los han ayudado a sustraer una o dos bombas del arsenal nuclear nacional...

—¿Es una hipótesis plausible? —interrumpió el presidente.

—Lo suficiente para provocar sudores fríos—aseguró Anderson—. ¿Acaso no ha sido con la complicidad de los compatriotas militares que el padre de la bomba atómica pakistaní, el doctor Abdul Qadeer Khan, ha podido vender secretos nucleares a Irán, Libia y Corea del Norte durante diez años? ¡Recuerden el sobresalto internacional que provocó a inicios de año la revelación de esta proliferación nuclear! Consideramos que, hoy, los pakistaníes poseen entre treinta y cinco y cincuenta bombas. Por razones de seguridad, almacenan las materias fisibles de sus artefactos y los sistemas de encendido en lugares diferentes: las bombas cerca de la pequeña ciudad de Kahuta, al sur de Rawalpindi, y los detonadores en Chasma, cerca de Islamabad. Sabemos muy poco acerca de estos sitios y de la seguridad que hay en ellos. Cuando se trata de dejar que los extranjeros se acerquen a sus instalaciones, los pakistaníes son tan paranoicos como los chinos. En todo caso, sabemos que sus bombas no están equipadas con códigos secretos de encendido.

El presidente consultó su reloj.

—Deben de ser casi las siete de la mañana en Islamabad. Como todos los viejos soldados, el general Musharraf es madrugador. Voy a llamarlo de inmediato para pedirle su opinión y, si es necesario, su asistencia. Les recomiendo que vayan a cenar ahora. Nos encontraremos de nuevo aquí exactamente dentro de una hora.

George W. Bush arrastró a algunos de sus consejeros más próximos hacia el comedor de sus habitaciones privadas antes de ir a encerrarse en el Despacho Oval para llamar al presidente de Pakistán. Los otros aprovecharon este respiro para bajar a la cafetería de la Casa Blanca. Paul Anscom se instaló solo en una mesa. Después de mordisquear algunas hojas de lechuga y un poco de queso, abrió su portafolios y sacó una foto que contempló con ternura antes de darle un beso. Era el retrato de Jane, su hija mayor, de diecinueve años, estudiante de tercer año en el Hunter College de Nueva York.

Según el deseo del jefe del Estado, los miembros del comité de crisis se encontraron a las nueve en punto en la sala de conferencias.

—El presidente Musharraf está consternado —anunció Bush—. Me ha asegurado su total cooperación. Ha ordenado proceder a una inspección inmediata de los diferentes arsenales del país para contar una a una sus bombas. Deberíamos tener noticias tuyas muy pronto. Mientras esperamos, me gustaría que examináramos la situación en Nueva York.

—Señor presidente —dijo Anscom—, he hecho poner en alerta a todos nuestros equipos de búsqueda de explosivos nucleares y he ordenado que un primer destacamento se ponga de inmediato a disposición del cuartel general del FBI de Nueva York. Debido a la amenaza contenida en el mensaje de los terroristas, dije que se trataba de un simple ejercicio de seguridad.

Anscom estaba a punto de dar otras explicaciones cuando el oficial de los *marines* responsable de las transmisiones se deslizó detrás del jefe del Estado.

—Señor, el presidente Musharraf lo llama por su línea de seguridad del Despacho Oval.

George W. Bush se excusó y salió de prisa de la estancia.

Tres minutos más tarde estaba de regreso con el rostro lívido.

—El presidente Musharraf acaba de informarme de que ha desaparecido una bomba atómica del arsenal nuclear pakistání.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Condoleezza Rice, la consejera de Seguridad Nacional del presidente. O sea, que esta amenaza no es una broma...

Un silencio horrorizado petrificó a los asistentes. Por primera vez, cada uno de ellos imaginaba la realidad de la espantosa pesadilla. El presidente retomó la palabra:

—Es la crisis más grave que haya conocido nuestro país —declaró—. Sugiero que guardemos algunos minutos de silencio para pedirle al Señor que inspire nuestra respuesta a este acto de barbarie.

Las cabezas se inclinaron todas a la vez. Luego, George W. Bush volvió a hablar para dirigirse a Anscom:

—Paul, si esos llamados Guerreros de la Yihad han logrado introducir su asquerosa bomba en Nueva York y la hacen explotar, ¿cuáles serían las consecuencias?

—Una hecatombe inimaginable —respondió Anscom—. Nuestros cálculos, basados en los planos hallados en la maleta recuperada en la estación, nos permiten prever una explosión de una potencia de entre diez y doce kilotones, o sea, más o menos la potencia de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. —Anscom hizo una señal con la cabeza y dos hombres que estaban sentados al fondo de la sala se acercaron a la mesa de conferencias—. Como estaba seguro de que me haría esa pregunta, señor presidente, pedí a dos de nuestros expertos que estuvieran aquí para responderle.

Mientras que el de más edad se sentaba al lado de Anscom y colocaba delante de él un ordenador portátil, su colega más joven desplegaba un inmenso mapa de Nueva York en un extremo de la mesa. Con las mejillas rosadas, unas pequeñas gafas con montura metálica y unas pajaritas del mismo color, Jerry McPherson y Tom Fraser parecían gemelos. Ambos habían consagrado la mayor parte de su vida profesional al estudio de los efectos apocalípticos que tendría la explosión de bombas nucleares y termonucleares en las ciudades estadounidenses. Esas terribles estadísticas les resultaban tan familiares como a un experto contable las columnas de un balance. Era su primera intervención ante el presidente de su país, un honor que consagraba el trabajo de toda su existencia.

McPherson encendió su ordenador. El aparato contenía las respuestas a todas las preguntas que le podían plantear: presión por centímetro cuadrado necesaria para romper un cristal, para hacer estallar una arteria pulmonar, para doblar una barra de hierro; grado

de las quemaduras de la piel causadas por una bomba de diez kilotones que explotara a dos, cuatro u ocho kilómetros de distancia; naturaleza e intensidad de las radiaciones registradas a cincuenta kilómetros del lugar de la explosión, etc.

—Se nos ha pedido que describamos los efectos de la explosión de un artefacto nuclear de entre diez y doce kilotones en la península de Manhattan —empezó McPherson con el tono sentencioso de un arqueólogo que se aprestara a describir los vestigios de una civilización desaparecida—. No cabe duda: serian devastadores. Hemos supuesto que el artefacto esté colocado en alguna parte en el centro de Manhattan. —Hizo un gesto a su ayudante para que dirigiera el puntero luminoso al mapa—. Podemos afirmar que los primeros efectos de la explosión serán catastróficos en un primer círculo de alrededor de dos mil metros de radio.

El ayudante señaló el primero de los cuatro círculos que tenían como centro Times Square. Se trataba de una zona que, trasladada a la ciudad parisiense, representaría el espacio comprendido entre el arco de Triunfo, la torre Eiffel, la plaza de la Concorde y el Sacre Cœur de Montmartre.

—Virtualmente, en el interior de este primer círculo nada subsistirá, salvo que sea en forma de vestigio calcinado —explicó McPherson—. El calor de la explosión inflamará el menor elemento combustible, lo que es muy probable que desencadene un huracán de fuego análogo a los que envolvieron Hamburgo, Dresde y Tokio al final de la segunda guerra mundial.

—¡Dios santo! —murmuró el secretario de Estado Colin Powell, sentado a la derecha del presidente.

El jefe de la diplomacia estadounidense sobrevolaba periódicamente la ciudad a bordo del helicóptero que lo llevaba a sus reuniones en la sede de Naciones Unidas. ¿Cómo imaginar que las brillantes paredes de vidrio y acero que se extendían desde Wall Street hasta el Empire State Building pudieran desaparecer en un abrir y cerrar de ojos? Pero él sabía que esa pesadilla no era una elucubración surgida del cerebro de un burócrata al que sus cálculos habían vuelto loco. Powell había pasado gran parte de su carrera militar estudiando esos escenarios.

—¿Y las víctimas? —preguntó Bush.

McPherson tenía respuesta para todo:

—La población residencial de Manhattan es de unos cincuenta mil habitantes por kilómetro cuadrado, pero, durante el día, debido a la

afluencia de trabajadores que llegan del exterior y a los turistas, esta cifra puede multiplicarse por diez. Por tanto, hay que esperar un millón de víctimas inmediatas —explicó.

—¡Un millón! —se atragantó Condoleezza Rice.

El tío y la tía que habían criado a la consejera del presidente después de la muerte de sus padres acababan de llegar a Nueva York para participar en un congreso de los Misioneros Baptistas Unificados que se celebraría durante toda la semana en el Greenwich Village, dentro de la línea roja del primer círculo.

—Estimamos que la explosión provocará entre doscientas y doscientas cincuenta mil víctimas más allá del primer círculo —continuó el experto con su disertación—. No habrá una sola cama de hospital disponible en un radio de ciento cincuenta kilómetros. El centro financiero del país habrá dejado de existir. Los daños se contarán en trillones de dólares.

—¿Y las radiaciones? —se inquietó Rice.

—¡Que Dios nos proteja, señora! Pero si, por desgracia, el viento soplara procedente del mar en el momento de la explosión, la nube radiactiva podría cubrir toda la ciudad de Nueva York antes de ser empujada hacia el interior del país. Entonces, millones de personas correrían el riesgo de verse afectadas, y decenas de miles de kilómetros cuadrados podrían quedar contaminados. Nadie podría vivir allí durante años, tal vez durante generaciones.

Al decir esto, McPherson sacó de su cartera un voluminoso dossier con tapas de cartón duro negro en las que se leía «Top Secret». El informe contenía un documento informático. Se trataba de una especie de guía de lo inconcebible, una proyección, barrio por barrio, de la muerte y la destrucción, hasta el número exacto de enfermeras, pediatras, osteópatas, fontaneros, bocas de incendio, pistas de aeropuertos y, naturalmente, archivos oficiales que subsistirían en cada una de las zonas afectadas.

El gobierno estadounidense había invertido millones de dólares en reunir toda esa información y procesarla en los ordenadores de Olney, en Maryland. Y había llegado el momento de resumir todo el horror que había implicado en esas columnas de cifras, estadísticas y porcentajes.

—Estados Unidos habrá dejado de ser el que conocemos —concluyó McPherson, cerrando su cartera.

Un silencio pesado cayó sobre los asistentes a la reunión, inmovilizados por esa trágica perspectiva. El presidente estaba

hundido en su sillón. Algunos se tapaban la cara con las manos. Otros sacudían la cabeza con incredulidad o parecían aniquilados por el estupor.

El primero en reaccionar fue Andrew Card, el secretario general de la Casa Blanca.

—Señor presidente, para permitirle permanecer al frente de esta crisis durante los días venideros tenemos que redistribuir su empleo del tiempo sin despertar la menor sospecha. Sin duda hay que hacer como Kennedy en el momento de la crisis de los misiles de Cuba. Se encontraba de campaña electoral en Chicago y pretextó unas anginas para volver a Washington. Debemos pedir al doctor Marcuso que le diagnostique una severa infección intestinal que justifique la anulación de sus compromisos fuera de Washington. Así, nadie se extrañará que no abandone la Casa Blanca.

—Excelente idea —aprobó George W. Bush—. Hable con Marcuso. Además, no hay necesidad de mentirle —agregó tras recuperar un poco de humor—, porque este asunto ya me ha provocado un maldito cólico...

—Otra cosa —continuó Card—. ¿Qué actitud adoptamos con el alcalde de Nueva York y el gobernador?

—Llámelos ahora mismo y díales que deseo recibirlos mañana por la mañana, que la razón de esta convocatoria es «Alto secreto, seguridad nacional». Otra pregunta importante —añadió el presidente—. ¿Qué hacemos para impedir que la prensa meta la nariz en este asunto?

Era una preocupación vital. En ese país, que había erigido en principio sagrado el derecho a la información, nada podía escapar a la curiosidad de la prensa más poderosa y mejor organizada del mundo. Había dos mil periodistas acreditados en la Casa Blanca. Entre cuarenta y cincuenta corresponsales montaban guardia allí prácticamente día y noche. Todas las mañanas, la mayoría de ellos se levantaban convencidos de que el gobierno iba a mentirles al menos una vez antes de que terminase el día. La recolección de fugas era uno de los deportes favoritos en Washington, donde los «secretos» gubernamentales aportaban los principales temas de conversación en los cócteles, las cenas diplomáticas o los reservados de los restaurantes, empezando por el establecimiento francés La Maison Blanche que, a pesar de la frialdad en las relaciones entre Estados

Unidos y Francia después de la invasión de Iraq, seguía siendo el más de moda en Washington.

—Hay que alertar en seguida a Gerry —sugirió Card.

Gerry Thomas ocupaba uno de los puestos más delicados del entorno presidencial: era el portavoz oficial de la Casa Blanca. Dos veces al día, a las once y las dieciséis horas, bajaba a la sala de prensa para informar a los corresponsales, contestar a sus preguntas y recibir sus banderillazos.

—Tendrá que construir una muralla de mentiras susceptibles de resistir todos los asaltos —recomendó la débil voz de Condoleezza Rice.

—Señor presidente, ¿cómo piensa abordar la situación con Ariel Sharon y los israelíes? —se inquietó a su vez Colin Powell—. ¿Cuándo piensa que conviene ponerlos al corriente?

George W. Bush tosió con el fin de darse tiempo para reflexionar y acto seguido se volvió hacia Condoleezza Rice.

—Esperemos un poco —sugirió ella—. De todas formas, allí es medianoche.

—¿Cree que se puede confiar en ellos, que guardarán el secreto? —se inquietó el presidente.

—A mi parecer, se puede tener confianza en Sharon —contestó—. Por el contrario, no diría lo mismo de la banda de extremistas del Likud que lo rodean. Esos asentamientos en Cisjordania son la justificación de su existencia. Para ellos, su desmantelamiento representaría una especie de suicidio.

—Tal vez —cortó vivamente Milt Anderson, el jefe de la CÍA—, ¿pero se imagina el huracán de odio y cólera que envolvería a nuestro país si un millón de norteamericanos perecieran a causa de esas colonias? ¿Colonias a las que todos los presidentes estadounidenses, desde Lyndon Johnson —se volvió hacia Bush—, y muy especialmente su padre, se opusieron?

El jefe del Estado sacudió la cabeza con aire resignado. Luego volvió a tomar la palabra:

—¿Cómo podemos localizar a esos Guerreros de la Yihad? ¿Cómo podemos establecer contacto con ellos para tratar de hacerlos entrar en razón?

—Lo malo es que esos tipos son impermeables a cualquier razón o lógica —observó Anderson—. El hombre clave en este asunto es Musharraf. La investigación que ha iniciado para saber cómo ha desaparecido esa bomba de sus arsenales quizá nos dé los indicios

que necesitamos.

—¿Y nuestros aliados? —preguntó Colin Powell—. ¿Qué les decimos a ellos?

—Por el momento, nada —contestó con firmeza el presidente.

—¿Ni a Tony Blair?

Bush se frotó el mentón.

—Nada de nada. En mi opinión, esta crisis no debe salir de esta estancia.

—Sin duda —aceptó el vicepresidente Dick Cheney con su voz siempre baja—, pero si nuestros compatriotas se enteran de que los habitantes de Nueva York están amenazados de muerte por algunos miles de colonos israelíes, podría desencadenarse la violencia en seguida. Y entonces no tendríamos otra salida que obligar a Israel a aceptar las exigencias de estos terroristas.

—Tiene razón, Dick —aprobó el jefe del Estado—, y por eso debemos tomar en serio a esos «Guerreros» de no sé qué cuando amenazan con hacer estallar su bomba si prevenimos a la población. Es probable que con esto nos hagan un favor.

Su expresión se endureció. Paseó su mirada solemne alrededor de la mesa y luego por quienes se encontraban en el exterior del primer círculo.

—Así pues, creo esencial recordarles a todos las obligaciones morales inquebrantables que esta situación ha creado. Algunos de ustedes sin duda tienen seres queridos a quienes este drama puede llegar a preocupar de manera directa. Sin embargo, todos debemos recordar que, por el momento, la vida de cientos de miles de compatriotas depende de nuestra capacidad de mantener esta amenaza absolutamente en secreto. Por mi parte, tengo la intención de hablar de esta tragedia con mi padre, es evidente, y también con Laura, porque ya saben cuánto valoro su opinión. Les doy permiso para hacer lo mismo a aquellos de ustedes que compartan un sentimiento semejante hacia su esposa. Pero recuerden que ella también debe respetar el imperativo del secreto. Tenemos cuatro días para resolver la crisis más terrible de toda la historia de Estados Unidos. Volveremos a encontrarnos aquí mañana por la mañana a las nueve. Si pueden, traten de descansar un poco. Necesito que rindan al máximo de su capacidad.

5

Nueva York

Día D menos cuatro

Con su barba de chivo gris, sus largos cabellos desordenados y su gran delantal de tela marrón, Charles Birbaki se parecía más a un monje del monte Athos que a un rey del comercio internacional de la alimentación. Había nacido en Estados Unidos hacía cincuenta y cuatro años, de padres turcos que habían ido a visitar la Feria Internacional de Nueva York. En la actualidad era uno de los mayores comerciantes de productos gastronómicos orientales de todo el este de Estados Unidos. Su catálogo, enviado a treinta mil clientes desde Maine hasta Florida, incluía más de tres mil especialidades. Desde la pequeña cabina de cristal que le servía de despacho, a la entrada de su almacén de Brooklyn, vigilaba incesantemente el ir y venir de camiones cargados con todos los alimentos exóticos del mundo: arroz, cafés, té, especias, condimentos y también, desde hacía poco, una selección de las mejores especialidades francesas, como el *foie gras* y el *cassoulet*. Birbaki Oriental Foods era una verdadera cueva de Alí Baba, cuyas estanterías estaban repletas de productos que se amontonaban desde el suelo hasta el techo, entre un olor de especias y almendras tostadas que mareaba.

Charles Birbaki importaba mercancías de todos los países de Oriente. En Port Elizabeth, un agente marítimo vigilaba el desembarco y el pago de los derechos aduaneros. El sistema funcionaba de maravilla. A Birbaki le bastaban menos de tres días para recibir las mercancías. Esa mañana esperaba cuatro contenedores, dos de los cuales transportaban arroz basmati procedente de Bombay.

Esperaba la llegada de esa entrega con un interés muy especial. Seis meses antes, un desconocido que llevaba una camiseta con el

escudo del equipo de béisbol de los Yankees se había presentado a la entrada de su despacho para hacerle una proposición.

—Aquí hay veinte mil dólares —le dijo, sacando discretamente de su bolsillo un fajo de billetes de cien sujetos por una goma elástica—. A cambio, debe pedirles a los muchachos de Bombay que le mandan el arroz que deslicen entre sus sacos un paquete que le llevarán a la salida de cada barco. A la llegada, esto será para usted —concluyó el visitante, golpeteando el fajo de billetes que había vuelto a guardarse en el bolsillo—. No hay ningún riesgo. Ignorará de dónde proceden esos paquetes, dónde van y qué contienen. Es puro beneficio, hermano.

Birbaki no sabía en qué consistía la mercancía, pero, coca o no, veinte mil dólares no se rechazaban. Tres veces, en el transcurso de los últimos seis meses, el desconocido con la camiseta de los Yankees había ido a buscar los paquetes de Bombay que llegaban a su almacén con los sacos de arroz.

La carga de esa mañana se entregó puntualmente. El turco hizo que sus empleados desembalaran las mercancías de los tres primeros contenedores y se encargó de vaciar él mismo el cuarto, cuyo número de identificación le habían señalado. En lugar del paquete habitual deslizado entre los sacos de arroz encontró una caja que pesaba por lo menos cien kilos. «Esta vez han exagerado con la mercancía», se dijo sin demasiado asombro.

En ese mismo momento, una furgoneta blanca de la empresa de alquiler Easy Rent, que conducía una joven rubia con abrigo de lana, se detuvo a la entrada del almacén. La acompañaba un hombre de unos cuarenta años con barba y traje gris. Birbaki nunca los había visto antes.

—Venimos a buscar el paquete que recibió de Bombay —dijo la joven—. No se preocupe. Todo está en regla.

Birbaki condujo a los visitantes hasta el contenedor y sacó varios sacos para despejar la caja.

La joven sonrió.

—A gran paquete, gran regalo —murmuró, tendiéndole al turco un sobre grueso de papel de embalar.

Al tantearlo, estimó que contenía por lo menos el doble de las gratificaciones anteriores. Mientras el tipo de la barba trataba de sacar la caja del contenedor, Birbaki vio que tenía amputada la mano izquierda.

—¡Eh! —le gritó a uno de sus empleados—, échame una mano

para llevar esta caja hasta la camioneta de los señores.

Unos minutos más tarde, después de dirigirle una deslumbrante sonrisa al propietario de Birbaki Oriental Foods, la joven y su compañero desaparecieron en dirección a la avenida Flatbush.

«¿Easy Rent? Las otras veces, los muchachos venían siempre con un vehículo Hertz», se dijo el turco mientras los observaba alejarse.

Con ojeras por la falta de sueño, Paul Anscom descubría con asombro el mísero suburbio que atravesaba en coche. La rodadura de la calzada, la grasa de los humos industriales, la basura que se amontonaba en las aceras y los pilares del puente de Brooklyn que dominaban las aguas verdes del East River constituían un decorado inesperado para el cuartel general de la organización antiterrorista más sofisticada del mundo. El coche se detuvo delante del número 11 de la calle Water. Era la dirección de la OEM, la Oficina para la Administración de Emergencias.

La competencia de esta organización concernía a la vez a la gestión de catástrofes naturales o accidentales que podían suceder en Nueva York (huracanes, accidentes de aviones, descarrilamientos, rupturas de canalizaciones...) como a las de los actos terroristas susceptibles de afectar a la ciudad. Sus responsabilidades se extendían a todos los sectores de actividad, ya se tratara de transportes (aeropuertos, estaciones, metro, transbordadores, helipuertos, estaciones de autobuses...), edificios gubernamentales (correos, tribunales, FBI, impuestos, centros de reclutamiento del ejército...), monumentos históricos (Empire State Building, Radio City, estatua de la Libertad...), sectores financieros (Wall Street, Federal Reserve Bank, bancos locales...), comercios al por menor (grandes almacenes, centros comerciales, calles especializadas en algunos comercios, como la Cuarenta y Siete, la calle de los diamantistas...), los servicios públicos (centrales telefónicas, centrales eléctricas, estaciones de televisión y de radio, redes de cables subterráneos...), y los lugares de culto y diversión (iglesias, mezquitas, sinagogas, templos, museos, parques de atracciones, teatros, estadios...).

Ray Kelly, el jefe de policía de Nueva York, un ex coronel de los *marines* vivaz y enjuto con el pelo rapado, gracias a quien los neoyorquinos podían pasearse por la noche sin miedo a que los desvalijaran, esperaba al enviado de Washington a la entrada de lo que, desde el exterior, parecía un vulgar almacén.

A Paul Anscorn siempre le impresionaba el espectáculo inaudito que ofrecía el interior de ese inmenso edificio. En el centro, en un estrado rectangular, se encontraba el corazón propiamente dicho de la célula de crisis. Las hileras de consolas informáticas que lo equipaban estaban conectadas a las diferentes instancias del poder: el Departamento de Seguridad Interior, el FBI, la policía de Nueva York, las direcciones de aduanas y hospitales, el cuartel general de los bomberos... Una de las consolas estaba conectada a la sala del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca. En el centro de ese dispositivo de alta tecnología se alzaba la consola de mando del alcalde de Nueva York.

Alrededor de ese núcleo central se desplegaban cinco zonas específicas, todas igualmente equipadas con consolas informáticas. La primera, que llevaba por nombre Intelligence Center, proporcionaba imágenes vía satélite procedentes de los principales puntos neurálgicos del globo, como Jerusalén, Tel Aviv, Bagdad, Kabul, Islamabad, Moscú y Londres. La segunda, llamada Global Intelligence Room, difundía día y noche las emisiones en directo de Al Jazira, Al Arabia y todas las cadenas de televisión que emitían en lugares sensibles del planeta. Un equipo de intérpretes que hablaban árabe, urdu, farsi y pashtu se alternaban para traducir de manera simultánea los comentarios. El jefe Kelly estaba muy orgulloso de este progreso, del que era responsable. En efecto, el 11 de setiembre de 2001, la policía de Nueva York contaba en esas filas con un solo funcionario que hablaba árabe, un israelí originario de Jerusalén.

Más lejos, unidades de trabajo reagrupaban equipos especializados en la búsqueda de informaciones. Sus ordenadores tenían acceso a bancos de datos que aportaban las noticias más recientes sobre los terroristas más buscados en el mundo. También estaban conectados con cámaras que transmitían imágenes vía satélite de los barrios de Nueva York en sus menores detalles, por lo que se podía ampliar tanto la imagen de dos enamorados que se besaban en la esquina de la avenida Amsterdam y la calle Setenta y Cinco como la de un mendigo que birlaba una naranja de un colmado de Queens.

Ese cuartel general de alta tecnología, naturalmente, era el orgullo del jefe de policía. Persuadido de que Nueva York necesitaba una estructura integrada capaz de hacer frente a las nuevas amenazas que se perfilaban en el horizonte, había concebido todos sus elementos y arrancado uno a uno los treinta millones de dólares que le había costado. A Kelly le gustaba jactarse de que ninguna otra

ciudad de Estados Unidos, incluso del mundo, podía ofrecer a sus ciudadanos tal garantía de seguridad. Los Guerreros de la Yihad tal vez iban a darle la ocasión de demostrarlo.

El jefe presentó al enviado de la Casa Blanca a sus principales colaboradores: una docena de oficiales superiores de la policía de Nueva York, el director neoyorquino del FBI y su adjunto. A las órdenes de esos hombres había unos cuarenta mil policías y cerca de dos mil agentes federales. Quizás iba a depender de ellos que Nueva York escapara a una tragedia nuclear.

El pequeño grupo se acomodó en el estrado. Anscom se sentó en el sillón del alcalde y tomó la palabra. Expuso la situación con unas pocas frases, haciendo una corta pausa después de cada una de ellas para que todos se impregnaran de la gravedad de los hechos. Luego declaró:

—Antes de que el jefe Kelly, con quien me entrevisté esta pasada noche, les indique las primeras medidas de su plan de acción, es necesario que decidamos un punto capital. ¿Debemos decirles la verdad a nuestros hombres?

—Si anuncia que hay una bomba atómica oculta en Manhattan pero que nadie debe abandonar la ciudad porque los terroristas han amenazado con hacerla explotar al primer signo de evacuación, provocará un pánico inmediato —respondió vivamente Michael Sheehan, el funcionario de gafas que ocupaba el puesto de jefe de policía adjunto encargado del contraterrorismo—. Nuestros hombres son hombres... Llamarán a sus mujeres, les dirán que vayan a buscar a los niños a la escuela y escapen al campo. El rumor se extenderá, y toda la ciudad empezará a huir, como pasó en parte el 11 de setiembre, después del atentado contra las Torres. Los terroristas sólo tendrán que cumplir su amenaza y hacer estallar la bomba.

—Mi querido Sheehan, no parece tener una confianza ciega en sus hombres —se asombró el director del FBI.

Los pequeños ojos del prefecto Kelly fusilaron al austero representante de la seguridad federal con traje y corbata.

—Tenemos una confianza absoluta en nuestros hombres, señor Donovan. Pero ellos no vienen de Montana, de Dakota del Sur o de Oregón, como los suyos, sino de Brooklyn, del Bronx, de Queens. Tienen a sus mujeres, a sus hijos, a sus madres, a sus tíos, a sus tías, a sus amigos, a sus amiguitas, a sus perros, a sus gatos, a sus canarios atrapados en esta ciudad. Son hombres, ¡no Superman, como sus federales! Por eso va a haber que inventar algo para

disimular la verdad.

—Esta cuestión preocupa de manera muy especial al presidente —intervino Anscom, tratando de poner fin al enfrentamiento—. Dentro de un momento va a recibir al gobernador Pataki y al alcalde Bloomberg. Teniendo en cuenta la amenaza que encierra el chantaje de los Guerreros de la Yihad, les propondrá aceptar un argumento de este tipo: «Terroristas no identificados han escondido en alguna parte de Manhattan un barril lleno de cloro mortal que amenazan con hacer explotar.»

—Eso puede funcionar al comienzo —observó el director del FBI—, pero ¿qué les vamos a decir a los periodistas cuando vean que nuestros hombres se pasean con contadores Geiger? ¿Cuánto tiempo cree que podremos mantener ese argumento?

—Es una pregunta crítica —reconoció Anscom—. Sin duda, habrá que manejar el tema paso a paso. Por el momento, no tenemos elección.— Luego, después de mirar uno a uno a sus interlocutores, declaró—: Señores, ahora espero que me aporten respuestas concretas al problema que nos reúne esta mañana: ¿cómo impedir una catástrofe nuclear?

La respuesta era evidente: había que encontrar la bomba y desarmarla antes de que estallara. Pero, ¿cómo lograrlo? Durante toda la noche esa pregunta había atormentado al jefe Kelly, que no había dejado de reflexionar sobre las soluciones que podía aportar.

—Propongo enviar de inmediato equipos mixtos de policías y federales a Port Elizabeth / Port Newark —declaró—. Deberán examinar la declaración de carga de todos los barcos que hayan hecho escala en los últimos treinta días; verificar todas las indicaciones consignadas en esos documentos: quiero saber qué transportaban todos los contenedores, y dónde y a quién fueron entregados; buscar la menor anomalía, la mínima cosa extraña que podría ponernos en la pista de un artefacto nuclear introducido clandestinamente. Después tenemos que movilizar todas nuestras brigadas de inspectores. En principio nos espera un trabajo policial, el tipo de trabajo de campo que nuestros muchachos hacen todos los días: contactar con sus informantes, buscar pistas, seguirlas; en resumen, reunir de manera masiva todas las informaciones susceptibles de conducirnos hasta los autores del chantaje.

—¿Están bien infiltrados en la comunidad islámica? —preguntó Anscom.

—Bastante bien —respondió Kelly—. Después del 11 de setiembre,

ésa fue una de nuestras prioridades. Tenemos sobre todo una red de informantes dentro de la gran mezquita de la calle Noventa y Seis, construida con el dinero saudí. Es un centro neurálgico de la actividad islámica en Nueva York y en el este del país.

—Sugiero que hagamos que intervenga ahora mismo la unidad antiterrorismo del FBI y de la policía de Nueva York que creamos después del 11 de setiembre —intervino Kevin Donovan, el director del FBI de Nueva York—. Sus doscientos cincuenta miembros proporcionarán un precioso apoyo a las fuerzas que el jefe de policía ha lanzado a la batalla.

—¡Perfecto! —asintió Anscom, satisfecho de comprobar que todos sus interlocutores colaborarían sin reticencias en la movilización general—. Agrego que los equipos de búsqueda de explosivos nucleares estarán a pie de obra dentro de una hora, si no lo están ya, con sus aparatos de alta tecnología.

—En este sentido, tenemos suerte —comentó con humor el hombrecito rapado que dirigía el servicio de información de la policía de Nueva York—. En general, los terroristas no avisan del lugar en el que van a atacar. ¡Esta vez parece que han querido facilitarnos la tarea!

Aunque no era momento para bromas, la observación hizo sonreír a los presentes. Anscom terminó con una nota de firmeza:

—¡Bien, señores! Estableceremos nuestro cuartel general aquí. Y ahora, ¡a trabajar! El destino de Nueva York y de sus habitantes está en sus manos.

A unos kilómetros de allí, en el coqueto suburbio de Glendale, la institución Notre-Dame-de-la-Passion se preparaba para presentar esa mañana un pequeño espectáculo a los padres de sus internas. Con dulzura y ternura, la hermana Mary-Francis Auchelle guió a un grupo de niñas hacia el estrado del auditorio de la escuela. Sus pasos inseguros y los ojos rasgados delataban la enfermedad que las afectaba, eran trisómicas. Para tratar de estimular su inteligencia, la religiosa les había enseñado canciones y poesías que aprendieron de memoria durante las vacaciones de verano. Ahora se disponían a mostrar con orgullo a sus padres el alcance de sus progresos.

La hermana MaryFrancis se adelantó para dirigirse a los asistentes.

—Katy O'Neill abrirá nuestra fiesta —dijo—. Nos va a recitar

algunos versos del gran poema épico de Walt Whitman sobre la guerra civil «¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!».

Acto seguido, tomó de la mano a una niña de unos diez años con largas trenzas de color castaño, la llevó suavemente hasta el centro del estrado y se hizo a un lado para dejarla sola delante del público.

Paralizada por el terror, la niña permaneció inmóvil. Emitió una especie de quejido ronco y, presa de un violento temblor, empezó a dar patadas. Todo su cuerpo se sacudía como si estuviera bajo el efecto de una descarga eléctrica.

Un hombre de hombros imponentes vestido con un estricto traje gris que estaba sentado en la primera fila se secaba la frente. Cada convulsión de la pequeña, cada sonido incoherente que escapaba de sus labios lo golpeaban dolorosamente. Era su padre, el inspector T. F. O'Neill de la policía neoyorquina. Desde la muerte de su esposa en un accidente de tráfico, tres años antes, había confiado a su hija a las hermanas de Notre-Dame-de-la-Passion. En ese momento la miraba con tanto amor que la pequeña terminó por calmarse. Por fin pronunció una primera palabra, luego otra, y otra más.

*¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!
Nuestro espantoso viaje ha terminado,
la nave ha salvado todos los escollos,
hemos ganado el anhelado premio,
próximo está el puerto, ya oigo las campanadas
y el pueblo entero que te aclama.*

Una enorme sensación de orgullo invadía al policía mientras la fina voz pronunciaba la última invocación:

*Mientras yo, con doloridos pasos,
recorro el puente donde mi capitán
yace extendido, helado, muerto.*

Quería subir al estrado para estrechar a su hija entre sus brazos cuando oyó la marcha de *Aida* que surgía de su bolsillo. Era su teléfono móvil. En la pantalla vio que se trataba de una llamada urgente. O'Neill mandaba la brigada de inspectores de la comisaría de Manhattan Sur, y el número al que debía llamar era el del jefe de inspectores en el Estado Mayor de la policía. «Tiene que ser grave», pensó. Le lanzó un beso a su hija y salió de puntillas del auditorio.

Ignoraba que en ese mismo momento, cientos de teléfonos móviles sonaban en toda la ciudad, en un concierto ininterrumpido.

—El jefe lo espera en el puesto de mando de Police Plaza —le anunció un secretario—. Pero le pide que, de camino a Manhattan, pase por el puente de Williamsbourg para verificar si funcionan los detectores de radiaciones que instalamos hace unos meses a la entrada.

George W. Bush empezaba cada una de sus jornadas con la atenta lectura del informe diario que le preparaba la CÍA. Su padre le había repetido muchas veces que era el documento más importante de los que encontraría a diario en su despacho. Esa mañana nada contenía que ya no supiera. «Por lo menos, la prensa no parece alimentar la menor sospecha sobre la crisis que amenaza el país», pensó. En cuanto a su «problema intestinal», la noticia no se comentaba. «Es probable que nuestros queridos amigos periodistas estén encantados de que el presidente se haya pescado una diarrea», ironizó al oído de Colin Powell, el austero general sentado a su lado.

Eran las nueve y diez. La primera conferencia del comité de crisis reunido en la sala del Consejo de Seguridad acababa de empezar. Andrew Card, el secretario general de la Presidencia, había advertido a los asistentes que de un momento a otro esperaban la asistencia del gobernador del estado de Nueva York y del alcalde de la ciudad, y que Paul Anscom informaría en el transcurso de la mañana de su reunión con los responsables neoyorquinos de la seguridad.

—Por el momento —anunció Andrew Card—, la noticia más importante es que el presidente Musharraf acaba de llamar desde Islamabad para decir que la investigación sobre la bomba desaparecida ha avanzado y que desea entrevistarse con el jefe del Estado.

—Llámelo de inmediato —ordenó Bush—, y conecte el altavoz para que todos podamos oír lo que tiene que decirnos.

Se oyó un clic, luego una serie de chirridos y, de pronto, la voz perfectamente clara del presidente de Pakistán. Después de un breve intercambio de amabilidades, George W. Bush expresó su reconocimiento a su interlocutor por la ayuda que quería aportar a la solución de la crisis.

A su vez, Musharraf le dio las gracias brevemente y entró en materia.

—Hemos detenido al oficial del ISI a cargo del depósito nuclear donde se encontraba el proyectil desaparecido —declaró—. Ha confesado haber sustraído la ojiva y que pertenece a una organización islámica secreta dirigida por el ex líder del ISI, el general Habib Bol.

Al oír el nombre de Bol, las cejas de Anderson, el jefe de la CÍA, se levantaron como diciendo: «¿Lo ven?, ¡ya se lo había dicho yo!»

—Hemos iniciado una operación de búsqueda contra Bol —continuó Musharraf—, ya que en estos momentos se encuentra en paradero desconocido. También supimos que uno de nuestros eminentes científicos nucleares, el doctor Abdul Sharif Ahmad, fue visto en Chasma la noche del robo de la bomba. Allí almacenamos nuestros sistemas de encendido.

—¿Sabe dónde se encuentra el doctor Ahmad en este momento? —preguntó el presidente.

—Sí. Está de vacaciones en Siria.

—¡En Siria! —casi se ahogó Bush—. Sin duda vacaciones para aportar a los sirios informaciones que sean de interés para sus proyectos nucleares...

—No lo creo, señor presidente —protestó enérgicamente el general Musharraf, todavía traumatizado por el escándalo internacional que en febrero había provocado el padre de la bomba pakistaní—. El doctor Abdul Sharif Ahmad tiene familia en Damasco. De todas formas, mañana vuelve a Karachi.

El presidente George W. Bush suspiró, aliviado.

—¿Podría «acoger» al doctor Ahmad a su llegada y retenerlo algunas horas para permitirnos hablar con él? Puede que eso represente nuestra única posibilidad de llegar hasta los que están detrás de todo este asunto.

—Quédese tranquilo, señor presidente, he encargado a un equipo de mi guardia personal que lo lleve a un lugar seguro.

Los dos jefes de Estado se prometieron seguir en contacto durante las próximas horas, que iban a resultar cruciales.

—Milt —pidió entonces Bush—, ¿siguen haciendo en la CÍA estudios de la personalidad y del carácter de toda la gente importante del planeta? Si es así, tal vez tengan en sus archivos un perfil de este doctor Ahmad...

—Por desgracia, no, señor presidente. El servicio encargado de esos estudios se suprimió al comienzo de la presidencia Clinton, por falta de medios.

El presidente hizo un gesto de impaciencia.

—Arrégleselas para reunir de inmediato toda la información que pueda acerca de ese hombre. Quiero saberlo todo acerca de él, a partir del día de su nacimiento. Todas las facetas de su carácter, su carrera científica, su vida privada, sus gustos, sus aversiones; en resumen, todo lo que pueda ayudarnos a establecer un contacto personal. Sobre todo, quiero evaluar el papel exacto que desempeña la religión en su vida. ¿Es fanático o sólo creyente? ¿Quiénes están cerca de él? ¿Quiénes lo apoyan? Con toda probabilidad, extremistas islámicos, pero debemos tratar de comprender su psicología, los motivos que lo mueven, sus modos de acción.

La doctora Lisa Holmgren tomó la palabra. Era una joven morena con el pelo corto y aire decidido que ocupaba desde hacía ocho años las funciones de experta en terrorismo nuclear en el Consejo Nacional de Seguridad.

—Es una tarea muy delicada la que nos pide, señor presidente. Hasta ahora, nuestros estudios sobre la utilización de un arma nuclear con fines terroristas nos llevaban a pensar que sólo se la elegiría en la hipótesis de una venganza inmediata. Si unos fanáticos introdujeran una bomba atómica en Estados Unidos para hacerla explotar, en seguida podría imaginarse que el odio y la venganza fueran sus únicas motivaciones. Como el odio y la venganza son las únicas motivaciones de los camicaces que se hacen saltar por los aires con sus cinturones de explosivos en los autobuses y en los restaurantes de Jerusalén o de Tel Aviv.

—Como fue el caso del 11 de setiembre —intervino el doctor Clint Hartwell, del Departamento de Seguridad, que reemplazaba a Paul Anscom mientras éste cumplía su misión en Nueva York—. Bin Laden estrelló sus aviones contra las torres del World Trade Center sin haber presentado el menor requerimiento previo. Un acto de terror en estado puro.

—En éste —continuó la joven— nos enfrentamos a un grupo que formula reivindicaciones, lo que nos lleva a la época de los desvíos de aviones, la captura de rehenes y los raptos que envenenaron las décadas de los sesenta y los setenta.

—Lisa tiene razón —la secundó el doctor Hartwell—, pero esto no debe hacernos olvidar ni por un instante que tratamos con fanáticos

de Dios dispuestos a morir. Ignoro si sus *mullah* les han prometido el Paraíso y sus setenta y dos vírgenes, pero sé que nuestros terroristas van a hacer de canguros al lado de la bomba y que no dudarán en apretar el botón si se sienten descubiertos. Por eso es tan peligrosa la búsqueda de ese artefacto antes de que expire el plazo.

El jefe del Estado mostraba signos de nerviosismo; mordisqueaba la punta de un lápiz. Se volvió hacia el representante de la Agencia de Seguridad Nacional.

—¿Cómo pueden hacer estallar la bomba? —preguntó—. ¿Mediante una señal de radio, una llamada telefónica, un teléfono portátil, un interruptor eléctrico?

—Por cualquier medio —respondió el funcionario—. Existen mil maneras de activar ese artefacto.

—¿Es posible envolver Nueva York en una especie de escudo electrónico para impedir la llegada de cualquier señal de radio o de teléfono?

—No, señor presidente, eso es imposible. Si lo lográramos, cortaríamos a la vez todas nuestras redes de comunicación. La policía, el FBI, el Ejército, los bomberos, los hospitales, todos los contactos indispensables en caso de urgencia quedarían paralizados.

A nadie escapó el aire de desaliento del presidente Bush. La entrada de un oficial de los *marines* rompió el pesado silencio.

—Señor —anunció—, el gobernador del estado de Nueva York, el señor George Pataki y el alcalde de la ciudad de Nueva York, el señor Michael Bloomberg han llegado.

—Muy bien —contestó el jefe del Estado, levantandose—, los recibiré en el Despacho Oval. —Acto seguido hizo una seña a Colin Powell y a Condoleezza Rice para que lo acompañaran. Después, señalando con el dedo al vicepresidente Dick Cheney, se dirigió a los asistentes—: Traten de encontrar algunas buenas ideas junto con Dick para salir de este embrollo. Hasta luego.

Los dos hombres que acababan de entrar en el Despacho Oval tenían una cosa en común con el presidente de Estados Unidos: pertenecían al Partido Republicano. Pero ahí terminaban las semejanzas. Michael Bloomberg acababa de llegar a Washington a bordo de su lujoso Falcon 900—X. El rostro bronceado y el traje de verano de lino azul oscuro demostraban que no venía de Nueva York, la ciudad de la que era alcalde, sino de las Bermudas, donde solía

pasar los fines de semana en su inmensa casa al borde del mar.

A sus cincuenta y dos años, Bloomberg encarnaba el sueño norteamericano del *self-made man*. Nacido en una modesta familia de los suburbios de Boston, gracias a diversas becas de estudios, había obtenido los diplomas de las escuelas de comercio de Johns Hopkins y de Harvard. A los veinticinco años había entrado en Salomón Brothers, la célebre firma de inversiones neoyorquinas, y rápidamente se había convertido en socio de pleno derecho. Aprovechando un cambio en la dirección, había fundado su propia empresa, una sociedad de informaciones financieras. El prodigioso éxito de Bloomberg Inc. lo convirtió en multimillonario, y él coronó ese logro con una carrera política deslumbrante. Después de invertir cuarenta millones de dólares de su fortuna personal, literalmente había comprado la alcaldía de Nueva York. Para ese supermuchacho de oro, más acostumbrado a seguir los valores del Dow Jones que los humores imprevisibles de una de las mayores metrópolis del mundo, el desafío era colosal. Después de la presidencia de Estados Unidos, el puesto de alcalde de Nueva York es el cargo más pesado y más complejo que un hombre puede ocupar.

De la noche a la mañana, Michael Bloomberg se había encontrado al frente de un ejército de trescientos mil funcionarios, entre los cuales se contaban cuarenta mil policías encargados de la seguridad de diez millones de neoyorquinos. La extensión y la variedad de sus responsabilidades superaba lo imaginable. Éstas concernían tanto al funcionamiento de novecientas cincuenta escuelas públicas y de una universidad a la que asistían un millón doscientos cincuenta mil alumnos, como al mantenimiento de nueve mil kilómetros de calles y siete mil vagones que circulaban por los trescientos cincuenta kilómetros del metro; la marcha de dieciséis hospitales municipales; la recogida diaria de veinte mil toneladas de basura, incluidos doscientos veintisiete mil kilos de excrementos dejados por un millón cien mil ciudadanos de cuatro patas. Además debía atender las necesidades de cerca de un millón de parados y de cien mil personas sin domicilio fijo.

Michael Bloomberg ejercía su mandato con método y rigor, aunque seguía siendo el alcalde más atípico de los que alguna vez había elegido la ciudadanía de Nueva York. De su salario sólo guardaba un dólar simbólico y el resto lo daba para obras de caridad, pero se negaba a mezclarse en los espectáculos dominicales de la Quinta Avenida, verdaderos mosaicos étnicos de la población neoyorquina.

Detestaba los ruidosos mítines políticos, y nunca se había instalado en su residencia oficial de Gracie Mansions, pues prefería la intimidad de su soberbia casa de la calle Setenta y Tres decorada con dibujos de Fragonard.

George Pataki, el gobernador del estado de Nueva York, había nacido en una granja del valle del Hudson. Como Bloomberg, había trabajado duro para cursar estudios superiores, primero en Yale y luego en la Facultad de Derecho de Columbia. Después de un breve paso por un despacho de abogados lo atrapó el virus de la política y fue elegido alcalde de su pueblo natal, luego diputado a la asamblea del estado de Nueva York, de donde entonces era gobernador. Se enorgullecía de haber hecho votar las leyes antiterroristas más draconianas del país.

Ninguno de los dos hombres tenía la menor idea de las razones que habían empujado al presidente a llamarlos a Washington. Éste les transmitió el texto de la amenaza terrorista, luego les resumió todo lo que había sabido desde la llegada del mensaje, así como las medidas tomadas por su gobierno para afrontar la crisis.

—¡Esto tenía que pasar, señor presidente! —exclamó Bloomberg al tiempo que se levantaba de un salto—. Hace meses que Bin Laden, Al Qaeda y todos los asesinos islámicos de la Tierra nos prometen un nuevo 11 de setiembre todavía más terrorífico y devastador. Desde hace meses lucho por arrancar a su Administración los dos mil millones de dólares necesarios para crear una defensa verdadera contra el terrorismo en la ciudad de Nueva York. ¿La respuesta? ¡Aire! ¡Nada más que aire!

El alcalde se aflojó la corbata para tomar aliento. La violencia de su reacción sorprendió al jefe del Estado. Condoleezza Rice y el general Powell bajaron la cabeza ante el chaparrón.

—Señor presidente —continuó el alcalde de Nueva York—, su gobierno envía todos los años a Wyoming veinte dólares por habitante destinados a financiar las medidas antiterroristas. ¿Para qué? ¿Acaso Bin Laden amenaza a las vacas de Wyoming? Por el contrario, ¿cuánto da su gobierno por cada neoyorquino? Tres miserables dólares, señor presidente. Cuando asumí mis funciones de alcalde, inmediatamente después del 11 de setiembre, Washington y todo Estados Unidos juraron por Dios que iban a socorrer a Nueva York. ¿Qué he recibido? Nada, salvo las cajas vacías que dejé mi

predecesor Giuliani. Para salvar la ciudad de la quiebra he tenido que cargar a los neoyorquinos con nuevos impuestos; tuve que despedir a miles de funcionarios; hasta debí cerrar varios cuarteles de nuestros heroicos bomberos, señor presidente. Y ahora, ¡un millón de neoyorquinos, o tal vez más, están amenazados de exterminio!

Bloomberg se dejó caer en su asiento y se secó la frente. Pataki tomó en seguida el relevo con la misma virulencia.

—¡Mike tiene razón, señor presidente! Ha obligado al Congreso a enterrar ochenta y siete mil millones de dólares para reparar los gastos de su desastrosa guerra en Iraq. ¿Qué ha dado para financiar su llamada guerra contra el terrorismo? ¡Nada en absoluto! ¡Sus promesas siempre siguieron siendo promesas!

El jefe del Estado estaba lívido; la vehemencia de aquellos dos hombres lo trastocaba. Había esperado una reacción de solidaridad, patriotas codo a codo en torno de su presidente. Trató de calmar a sus visitantes:

—Escuchen, sus críticas tal vez son justificadas, pero ahora no es momento de discutir. Tenemos una crisis sobre la mesa. ¿Cómo vamos a hacerle frente?

Bloomberg se había vuelto a ajustar la corbata, se había tragado su furor y había reencontrado un poco de calma.

—En primer lugar, ¿realmente hay una bomba atómica escondida en alguna parte de Nueva York? ¿Es una certeza? —preguntó.

—No. Pero debemos hacer como si lo fuera. En principio, debido a la amenaza expresada en el mensaje y, luego, a causa de la desaparición de una bomba del arsenal nuclear pakistani. Actuar de otra manera sería una locura.

—¿Cuáles son las posibilidades de encontrar esa bomba antes de que expire el plazo que han fijado los terroristas? —se inquietó Pataki.

—Hemos movilizado todos nuestros recursos científicos y tecnológicos y apelado a todas las fuerzas de policía disponibles —respondió el presidente con un tono que quería ser tranquilizador—. Hemos activado la Oficina de Gestión de Crisis de su municipalidad, señor alcalde, para que sea el cuartel general de todas las operaciones de búsqueda. Con el fin de garantizar mejor el secreto e impedir que algunos de nuestros policías se vieran tentados de precipitarse a sus casas para evacuar a sus familias, hemos decidido hablarles a nuestras fuerzas de policía de un barril de cloro que los terroristas han ocultado en la ciudad, y no de un artefacto nuclear.

Imagino que estarán de acuerdo.

—Absolutamente, señor presidente —dijeron al unísono los dos visitantes.

Luego Bloomberg preguntó:

—¿Cree de verdad que los terroristas harían estallar la bomba si advirtiéramos a la población y empezáramos a evacuar la ciudad?

El presidente hizo una seña a Condoleezza Rice para que contestara al alcalde.

—Si evacuamos la ciudad y la bomba estalla, hay muchas posibilidades de que carguemos con el peso de la muerte de un millón de neoyorquinos sobre nuestra conciencia —respondió la mujer en tono severo.

—Pero si no encontramos la bomba a tiempo y explota, también tendremos un millón de muertos sobre nuestra conciencia —observó el alcalde de Nueva York.

—Señores —continuó el jefe del Estado—, creo que antes de nada es necesario ganar tiempo, guardar el secreto y manejar la crisis día a día, hora a hora, minuto a minuto. —Se volvió hacia el general Powell y hacia su consejera de Seguridad Nacional—. El secretario de Estado y la señora Rice están de acuerdo conmigo, ¿no es cierto?

Sin esperar respuesta, el alcalde de Nueva York preguntó vivamente:

—¿Ha hablado con Ariel Sharon? ¿Los israelíes están al corriente?

—Todavía no. Pero no tardaré en hacerlo.

—Toda mi vida he sido un sionista convencido —continuó el alcalde—. Pero siempre fui hostil a esas colonias, y no creo que Sharon vaya a bajarse los pantalones por este chantaje.

—¿Aunque esté en juego la vida de un millón de estadounidenses?

—Sharon es un fanático, señor presidente; tan fanático como los que dicen haber ocultado una bomba en Nueva York. Tal vez simule desmantelar uno o dos asentamientos. Pero esperar más sería como creer en Papá Noel.

El gobernador Pataki asintió tristemente con la cabeza.

—En todo caso, señor presidente, es responsabilidad suya y de su gobierno manejar y resolver esta crisis —declaró—. Sepa que Michael y yo haremos lo que sea necesario para apoyarlo. Y, en principio, para mantener el asunto en secreto todo el tiempo posible.

—¡Por supuesto! —confirmó Bloomberg al tiempo que se levantaba de su asiento—. Regreso de inmediato a Nueva York a fin de

ponerme al frente de nuestro cuartel general de crisis. Si un millón de mis conciudadanos deben morir por este monstruoso chantaje, yo moriré con ellos. ¡Buena suerte, señor presidente!

El tipo que acababa de aterrizar en la base militar de McGuire, cerca de Nueva York, hacía pensar en el cowboy de la publicidad de Marlboro: la cara tostada debajo de su Stetson, camisa de cuadros, vaqueros y botas. Sin embargo, a sus cuarenta y ocho años, David Graham dirigía una organización única en el mundo: el NEST, el organismo encargado de la búsqueda de artefactos nucleares. Esta organización ofrecía la única posibilidad científica de hacer fracasar una amenaza terrorista como la que acababa de recibir el presidente de Estados Unidos. Se componía de un millón de ingenieros y técnicos equipados con detectores de radiaciones ultraperfeccionados. Alertas las veinticuatro horas en la sede del Departamento de Energía en Washington y de varios laboratorios atómicos dispersos por todo Estados Unidos, estos policías del átomo habían intervenido en más de cincuenta ocasiones con peligro para sus propias vidas en respuesta a una amenaza nuclear. Felizmente, hasta el momento, ninguna de esas amenazas se había concretado.

Desde el día siguiente al 11 de setiembre, equipos del NEST habían patrullado día y noche alrededor de la Casa Blanca y de otros centros neurálgicos de Washington. Después, dos veces, habían actuado en zonas urbanas donde se sospechaba que los terroristas habían ocultado una bomba «sucia». Nadie, empezando por la prensa, supo nada; secreto y rapidez eran las reglas de oro de las operaciones del NEST. Secreto, para que los terroristas, si se sentían descubiertos, no hicieran explotar su artefacto; secreto, también, para evitar el pánico en la población; y rapidez porque cada minuto podía significar la muerte de miles de personas.

Exactamente seis horas después de que la orden de movilización lanzada por Paul Anscom interrumpiera su cena dominical con su mujer y sus tres hijos en la ciudad de Los Álamos, David Graham estaba listo para ponerse al frente de una nueva operación del NEST. Como siempre, sentía náuseas ante la idea de lo que lo esperaba. Cada vez que su teléfono móvil lo enviaba en misión a la cabeza de sus equipos sentía ese malestar, sin embargo, mucho antes de que un novelista imaginara el primer thriller que contaba un chantaje atómico en una ciudad estadounidense, Graham había sentido la

amenaza del terrorismo nuclear y sus riesgos. Había sido en la tundra canadiense, donde en 1978 se había estrellado un satélite soviético de propulsión nuclear. Con la movilización de su flota de helicópteros H21 especializados en la detección de radiaciones, había ayudado a los canadienses a buscar los restos del aparato, pero sólo consiguieron recoger un pequeño puñado de guijarros radiactivos. Graham sabía que si no había podido recuperar un reactor nuclear en campo raso sería casi imposible encontrar un artefacto atómico oculto en un sótano o en un granero en el corazón de la ciudad. Superando su pesimismo, no había dejado de preparar a Estados Unidos para afrontar la crisis que, si estaba en lo cierto, golpearía un día una de sus ciudades.

Algunos minutos antes del aterrizaje de Graham en la base de McGuire, una flota de helicópteros especializados y media docena de grandes transportes C141 habían llegado de los cuatro puntos cardinales de Estados Unidos con unos doscientos cincuenta ingenieros y técnicos a bordo, así como una carga de material ultrasecreto y sofisticado que viajaba en furgonetas con los distintivos de Hertz y Avis.

Entre estos vehículos había cuatro camionetas equipadas con espectrómetros de radiaciones gamma, el último grito en técnicas de detección que los científicos del laboratorio de Livermore habían puesto a punto. Por otra parte, varias decenas de mochilas y maletas con ruedas camufladas contenían material de investigación miniaturizado que permitiría a los equipos del NEST explorar los inmuebles, los hoteles y los rascacielos de Nueva York haciéndose pasar por inocentes turistas. Cada detector estaba conectado por radio con los ordenadores colocados en vehículos aparcados en las proximidades. Éstos seleccionaban y analizaban al instante las radiaciones detectadas. En una ciudad como Nueva York, las fuentes de radiaciones son innumerables, desde las que producen las agujas fosforescentes de un vulgar despertador en un apartamento hasta las de las paredes de un rascacielos que contienen polvo de cobalto. Si una emisión se consideraba sospechosa, el investigador de campo recibía en sus oídos la señal de «Rayos gamma, alarma 4», y entonces sabía que se encontraba cerca de un blanco eventual.

Esa mañana, mientras se dirigía a Nueva York, David Graham rogaba que el mensaje «Rayos gamma, alarma 4» no volviera a sonar en los auriculares de sus hombres. Con melancolía, dejó vagar la mirada por las llamas de las refinerías de Nueva Jersey que ardían

en el cielo gris. De pronto vio, compacto y espléndido, el promontorio iluminado de Manhattan sin sus torres. Pensó entonces en una frase de Scott Fitzgerald que había leído en el instituto. Descubrir Nueva York, así, de lejos, era captar «una enloquecida imagen del misterio y de la belleza del mundo». Se estremeció. Esa mañana, los rascacielos de Manhattan no ofrecían a sus ojos promesa alguna de belleza, sino más bien de un anticipo del infierno que los esperaba, el desafío más terrible al que sus tropas y él mismo se hubieran enfrentado alguna vez.

La joven recorrió unos cientos de metros antes de detener la furgoneta. Se quitó la peluca rubia que se había puesto antes de ir al almacén de productos exóticos Birbaki y la guardó en el fondo de un bolso. Luego volvió a peinar con cuidado sus cabellos recogidos en un moño y arrancó. Ella y Omar, su compañero de la mano cortada, habían señalado con sumo cuidado su itinerario para volver a Manhattan. Al cabo de menos de veinte minutos llegaron al bajo Broadway, donde quedaron atrapados en un atasco y una ensordecedora cacofonía de cláxones.

—¡Es peor que Beirut! —rió Nahed.

Su compañero señaló con la mano buena la parte trasera del vehículo.

—No te inquietes, hermanita, lo que tenemos detrás muy pronto les va a cerrar el pico.

Y ambos se echaron a reír.

Los dos enviados de Imad Mugnieh, así como su cómplice Khalid, habían llegado a Nueva York hacía tres días. Antes de dejar el campo de refugiados de Ain el-Hilweh se habían sacado unas fotos de carnet. Un miembro francoargelino de Al Qaeda las había llevado a Montreal para dárselas a un falsificador de documentos pakistaní. Farid al-Mansour no pertenecía a Al Qaeda, se contentaba con ser falsificador y cobrar muy caros sus servicios. Los pasaportes indios, los visados estadounidenses, las partidas de nacimiento y los permisos de conducir del estado de Nueva Jersey para los tres terroristas costaron casi cien mil dólares.

Desde Beirut, el trío llegó a París, luego voló a Montreal, donde tomaron el tren hacia la mayor atracción turística norteamericana, las

cataratas del Niágara. Después de una velada endiablada en las mesas de juego y las máquinas tragaperras del casino local, tomaron el autocar para Búfalo en compañía de un grupo de turistas norteamericanos, que estaban de juerga. Una hora más tarde cruzaban el Peace Bridge mostrando sus pasaportes falsos al policía medio dormido que custodiaba la frontera del lado estadounidense. Una vez en territorio de Estados Unidos, un agente de Al Qaeda los escoltó hasta un motel de Yonkers, en los suburbios de Nueva York, frecuentado por inmigrantes clandestinos.

Alquilar una furgoneta para recuperar la bomba no había supuesto problema alguno. Easy Rent era una de las numerosas agencias que alquilaban vehículos en Nueva York sin exigir una tarjeta de crédito, sino tan sólo la presentación de un permiso de conducir y un depósito de mil dólares en efectivo.

La joven palestina dobló hacia el este, en dirección al centro de Manhattan, donde se encontraba el escondite que el trío había elegido para ocultar la bomba. Se detuvo en doble fila delante de la entrada de una pequeña casa donde los esperaba Khalid, el tercer miembro, y el más joven del equipo. Era un edificio del siglo XIX cuya fachada se ocultaba bajo una profusión de carteles en coreano, japonés, inglés y hasta árabe. Los cuatro pisos estaban ocupados por una multitud de pequeños comercios de aparatos electrónicos, talleres de piratería de discos y casetes y varios comerciantes afganos de alfombras. Una pizzería con el nombre primaveral de Mimosa y una tienda de recuerdos tapizada de camisetas que proclamaban «I love New York» enmarcaban el inmueble. En la calle flotaba el penetrante olor de los perritos calientes que un vendedor ambulante asaba en su carrito.

—Todo ha salido bien —le dijo la joven a Khalid—, pero esta caja es extremadamente pesada.

—¡No te preocupes, Nahed! Le daremos cincuenta dólares al conserje para que nos eche una mano.

El viejo mal afeitado ya había recibido del comando seis mil dólares en efectivo correspondientes a tres meses de alquiler por un apartamento de dos piezas en el cuarto piso. La suma iría directamente a su bolsillo. El propietario de la casa, una compañía de seguros de Texas, no se enteraría de esa transacción económica realizada sin contrato ni recibo.

Khalid y el conserje sacaron con esfuerzo la caja de la furgoneta y la trasladaron hasta el vetusto ascensor del inmueble, cuya puerta daba a una peluquería coreana. Después de una sofocante subida llegaron al cuarto piso. El pasillo estaba lleno de rollos de alfombras que el vecino afgano había amontonado.

El apartamento se componía de un modesto salón con una pequeña cocina, un cuarto y un lavabo.

—Vamos a darle ocasión de renovar este antro —dijo Omar, observando el lamentable alojamiento.

Se echaron a reír. En cuanto se fue el conserje, empezaron a abrir la caja y a quitar la funda de plomo que protegía a la bomba. Entonces, como les habían enseñado a hacerlo en Beirut antes de su partida, instalaron el sistema de encendido. La operación más delicada consistía en conectar luego el detonador al móvil que les habían confiado y empalmar el aparato destinado a impedir el paso de llamadas ajenas susceptibles de desencadenar una explosión por error.

Una vez terminado el trabajo, se acercaron con precaución a la ventana para echar una ojeada a los inmuebles de alrededor.

—Muy pronto no quedará gran cosa de todo esto —declaró Khalid, triunfante.

En ese momento, una mujer con un niño en brazos apareció detrás de una ventana de un apartamento de enfrente. El niño se reía a carcajadas mientras golpeaba el vidrio con sus manitas. De pronto, la tragedia que se preparaba tenía rostro. Omar, el mayor de los tres terroristas, sintió un cierto malestar.

—¡Pobre niño! —murmuró. Pero se recuperó en seguida y se volvió hacia su compañera—: Nahed, ve a devolver la furgoneta a Easy Rent.

El inspector T. F. O'Neill detuvo su Chevrolet camuflado delante del puesto de guardia, a la entrada del puente de Williamsburg que unía Brooklyn con la isla de Manhattan, y le mostró su placa de policía al centinela de servicio.

—Vengo a echar una ojeada a los detectores de radiaciones que colocamos aquí a finales de 2002 —anunció.

Esos detectores formaban parte de un programa de protección ultrasecreto que la policía de Nueva York había puesto en práctica ese año. Se trataba de receptores de radiaciones comparables a los

del NEST de David Graham, aunque menos sofisticados. Los habían instalado en todos los puntos de entrada a la isla de Manhattan, en las cabinas de peaje, en los accesos de los puentes y de los diferentes túneles. La idea era interceptar a cualquier individuo que intentara introducir material nuclear en la ciudad. O'Neill iba a descubrir que esa idea, que sobre el papel parecía insoslayable, en el terreno había resultado totalmente ineficaz.

—¿Esos malditos detectores? —se rió el centinela—. Supongo que bromea, inspector. ¡Hace un siglo que los desconectaron! Empezaban a sonar cada vez que un tipo que salía de una sesión de radioterapia en el hospital cruzaba el puente. Un día hasta detuvieron al mismísimo jefe de inspectores de policía. ¡Acababa de tomar una solución de bario para que le hicieran una radiografía de estómago!

—¿El jefe de inspectores? —se asombró O'Neill—. Ahora mismo lo llamo a su despacho.

Marcó un número en su móvil. El adjunto que contestó le confirmó que, en efecto, la mayoría de los detectores habían sido desconectados.

—En los primeros seis meses de su instalación registraron más de setenta mil falsas alarmas. Nuestros policías se volvían locos —explicó el adjunto—. ¡No es la tecnología la que protegerá a esta ciudad, O'Neill! Pero el jefe de policía acaba de ordenar que los aparatos vuelvan a conectarse a plena potencia. De inmediato. ¡Y no olvides que te espera de urgencia en el cuartel general, a ti y a todos tus colegas!

O'Neill transmitió el mensaje al centinela y volvió a subir a su coche. «Debe de haber pasado algo muy grave para que nos llamen a todos al cuartel general —se dijo—; si el comisario pide que se pongan en marcha de urgencia estos malditos detectores, es que podría tratarse de una amenaza nuclear.»

—¿Es todo? —exclamó el presidente, blandiendo la única hoja mecanografiada que le había entregado el jefe de la CIA—. ¿Es esto todo lo que sus muchachos de Islamabad, de Nueva Delhi, de Kabul y sus expertos en proliferación nuclear han reunido sobre ese individuo?

Bush se refería a Abdul Sharif Ahmad, el físico nuclear que había desempeñado un papel esencial en la concepción de la bomba atómica pakistani.

—¿Hay en este informe algo con lo que poder entablar un diálogo con él? ¿Algo con lo que intrigarlo, interesarlo, emocionarlo? ¿Recitarle sus poemas preferidos, discutir con él su afición por las rosas? ¿Y los holandeses, los alemanes, los británicos con quienes trabajó? ¿Qué les han dicho sobre su carácter, sus costumbres o sus gustos que pueda servirnos?

—Usted no es del todo justo, señor presidente —se excusó Anderson, cuyos colaboradores habían trabajado toda la noche para redactar ese breve documento—. Ahí tiene dos informaciones susceptibles de facilitar nuestros contactos con el doctor Ahmad.

—¿Cuáles?

—En principio, el hecho de que sea miembro de una red de extremistas islámicos, el Lashkar e-Toiba, los «Soldados de la Causa», cuyas vinculaciones con Al Qaeda y Osama Bin Laden conocemos. Estamos relacionados con un apóstol de la *yihad*. Dicho esto, parece haber contradicciones en su comportamiento. Aunque no lleva la barba de los «locos de Dios», no bebe alcohol. Y por lo que sabemos lleva una existencia estrictamente monógama con su esposa.

—¿A pesar de sus escapadas a Damasco?

—Esas «escapadas», como usted dice, señor presidente, siempre parecen tener un carácter más científico que lúdico. Este pakistaní se nos presenta como alguien honorable, lo que debería facilitar un diálogo racional y positivo con él.

—¿Honorable? —se rebeló, con los ojos semicerrados, Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa—. ¿Cómo puede calificar de honorable a alguien que proclama que la bomba atómica que ha contribuido a crear no pertenece sólo a Pakistán, sino a todo el mundo musulmán?

—Señores, no nos desviemos del tema —intervino Bush—. El problema ya no es saber por qué el doctor Ahmad ha fabricado su bomba, sino convencerlo de que nos ayude a resolver esta crisis. Si he comprendido bien, se trata de un hombre profundamente religioso. ¿No deberíamos apelar a una autoridad islámica para aconsejarnos sobre la manera de entablar un diálogo con él?

—Tiene toda la razón, señor presidente —declaró Anderson—. Por eso hemos hecho venir al jeque Omar Habibullah, una autoridad religiosa pakistaní que dirige el Instituto de Estudios Islámicos aquí en Washington. Está dispuesto a aconsejarle sobre la manera de discutir con el doctor Ahmad, así como a hablarle directamente. Pero

el caso es ¿querrá el doctor Ahmad hablar con nosotros...?

George W. Bush consultó su reloj.

—Su avión ha aterrizado en Karachi hace una hora y media. Sugiero que llamemos al presidente Musharraf para precisar la situación.

Unos instantes más tarde apareció en la pantalla de vídeo de la sala del Consejo de Seguridad el rostro regordete y con bigotes del presidente pakistaní.

—El doctor Ahmad está en la habitación de al lado —anunció—. Ha reconocido que sustrajo el artefacto nuclear que falta en uno de nuestros arsenales por orden del general Habib Bol y con la complicidad de su grupo de extremistas. También ha reconocido que él mismo activó el sistema de encendido del artefacto. Lo que quiere decir que esa bomba, dondequiera que se encuentre, es perfectamente operacional. Sin embargo, he decidido aplazar de manera provisional cualquier sanción oficial contra él y lo he convencido de que le hable. Pero sólo lo hará sobre las razones que han llevado al general Bol y a sus acólitos a emprender esta acción.

Mientras el presidente le daba las gracias al jefe del Estado pakistaní, un hombre pequeño con chilaba beige y un turbante blanco había entrado en la sala. El presidente se levantó y lo saludó con gran cordialidad antes de indicarle con un gesto de la mano que se sentara frente a él. Sabía que Anderson le había hecho una exposición detallada de la situación.

—Antes de que se dirija al doctor Ahmad, deseo decirle unas palabras —advirtió el presidente.

La iniciativa provocó sorpresa entre los asistentes, ya que estaba en total contradicción con la doctrina que habían elaborado los especialistas en negociaciones con los terroristas. En el curso de su carrera militar, Colín Powell había estudiado diferentes casos de chantaje terrorista y recordaba algunas lecciones esenciales.

—Señor presidente, sería un grave error que se dirigiera directamente al doctor Ahmad —declaró el secretario de Estado.

—¿Por qué?

—En una situación de este tipo, el primer objetivo es ganar tiempo, el tiempo que necesita la policía para descubrir la bomba. Al saber que habla con el presidente de Estados Unidos, el doctor Ahmad puede formular de inmediato exigencias insoportables para las que va a exigir respuestas inmediatas. Sabe que usted es el único que puede conceder lo que reclaman los terroristas a los que les dio

su bomba.

Bush levantó los brazos en gesto de impotencia.

—Se equivoca, mi querido Colin —repuso—, el único que puede darles a los terroristas lo que reclaman no es el presidente de Estados Unidos. ¡Es el primer ministro de Israel, Ariel Sharon!

Tomó el micro que tenía delante y esperó a que el oficial de transmisiones le indicara que su interlocutor estaba en línea.

—Doctor Ahmad, en primer lugar quiero agradecerle que haya aceptado responder a esta llamada en un momento tan delicado.

Si el presidente había imaginado que iba a establecer una conversación cordial con ese asalto de cortesía, muy pronto perdió sus ilusiones.

—Señor presidente de Estados Unidos de América —contestó secamente el pakistaní—, sepa que mi único objetivo al prestarme a este intercambio es hacerle comprender por qué nuestros valerosos combatientes están dispuestos a cometer su acto de venganza. Porque su guerra contra el terrorismo no es, como usted proclama, una guerra contra el terror, sino una guerra contra el islam.

—Doctor Ahmad —replicó el presidente—, sé que usted, como yo, es un hombre de profundas convicciones religiosas. Su libro santo, el Corán, ¿no reconoce a un profeta en el Jesús que yo venero?

—Señor Bush, usted es un impostor —cortó Ahmad—. Ha invadido el país de mis hermanos iraquíes con el pretexto de buscar armas de destrucción masiva que nunca han existido. Su pretendida hoja de ruta para la paz en Oriente Próximo es una broma grotesca. Nunca ha levantado un dedo para impedir que su cómplice, Sharon, masacre a mis hermanos y a mis hermanas de Palestina con sus helicópteros Cobra, sus F15 y sus cohetes. No manifestó ni una sombra de protesta cuando sus tanques aplastaban sus ciudades y sus casas. Y ahora, señor Bush, un artefacto de destrucción masiva se encuentra oculto en alguna parte de su territorio. Si no fuerza a Sharon y a su camarilla de asesinos a devolver al pueblo palestino los territorios que les robaron en 1967, y digo cada metro cuadrado de esos territorios, sus compatriotas pagarán por ellos.

Una oleada de estupor se abatió sobre los presentes en la sala. El presidente había palidecido. «Nunca lograré hacer entrar en razón a este fanático —se dijo—. Más vale pedir ayuda a su compatriota.»

—Te saludo, hermano —empezó el jeque con respeto—. Es un honor para mí dirigirme a un gran sabio unánimemente admirado en nuestra gloriosa patria.

—¿Quién eres? —preguntó Ahmad con un tono que mostraba su desdén por las adulaciones.

—Soy un ciudadano pakistaní como tú, nacido en Lahore. Enseño derecho coránico en el instituto islámico de Washington. El presidente Bush me ha pedido que hablara contigo. Sé que eres un discípulo ardiente de nuestra fe islámica; por tanto, deseo hablarte en el nombre del espíritu de tolerancia y de fraternidad, esas dos virtudes que predica nuestro venerado Profeta, que Dios bendiga su alma. Con seguridad conoces a esos terroristas fanáticos que han ocultado una de tus bombas en alguna parte de Estados Unidos.

—¡No llames terroristas a esos hermanos! —replicó Abdul Sharif Ahmad irritado—. ¡Son soldados del islam! Si un día los encuentro, les expresaré mi admiración.

—Pero, hermano, si esa bomba existe es gracias a la inteligencia y a todos los otros dones que Alá te ha concedido. Si tienen que morir cientos de miles de inocentes, todo el ideal de amor y de generosidad que predica el Profeta quedará manchado para siempre.

—Escucha, doctor Habibullah —lo interrumpió el científico, encolerizado—, nunca he visto a esos hermanos, pero te aseguro que apruebo su combate. La *yihad* es un acto de fe. Si Alá me ha bendecido con el saber necesario para participar en la concepción de esa bomba y luego poder ponerla en sus manos es para obtener justicia para nuestros hermanos de Palestina y repartir en su tierra herida las bendiciones de una recompensa divina. Deseo que triunfen.

—Una bomba «puesta en sus manos» por ese cabrón de Habib Bol —refunfuñó el jefe de la CÍA con una voz lo suficientemente ahogada como para que el interlocutor de Karachi no pudiera oírla.

El jeque continuó su alegato sin descorazonarse.

—Querido doctor Abdul Sharif Ahmad, estoy seguro de que conoces como yo los suras de nuestro libro santo que nos enseñan la tolerancia, la piedad y el perdón de nuestros enemigos.

—Evidentemente, y también conozco de memoria todos los que señalan recurrir a la *yihad* contra los que extienden la injusticia en esta tierra y aplastan a los débiles. Mis suras preferidos son los que proclaman: «Combate en los caminos de Alá a los que te combaten» y «Tú tienes derecho a defenderte si eres atacado». Ambos son

versículos que los mártires de Palestina recitan antes de sacrificar sus vidas en sus blancos israelíes. Y si sus actos son fruto de la desesperación es porque nadie, empezando por tus amigos estadounidenses, les ha dado la esperanza de un futuro. Al amenazar hoy a cientos de miles de vidas norteamericanas, esa bomba tal vez desbloquee la situación al forzar a nuestros enemigos a ofrecer un futuro a nuestros hermanos de Palestina. Sí, eso tal vez obligue a los enemigos del islam a establecer la paz. No tengo nada más que decirte, hermano. ¡Que Dios te guarde!

El clic agudo del teléfono al colgar repercutió a través de la sala.

—¡Hijo de mala madre! —chilló el vicepresidente Cheney—. Con esa clase de tipos no solucionaremos nada.

En la habitación se hizo un silencio, como si cada uno de los presentes tratara de digerir la reacción del sabio pakistaní. Y acto seguido se dejó oír una voz femenina que había permanecido casi en silencio desde el comienzo de la crisis, la de Condoleezza Rice, la consejera de Seguridad de George W. Bush.

—Señor presidente —dijo—, dejemos pasar unos minutos y veamos si puedo retomar la conversación con el doctor Ahmad.

—Condi —objetó de inmediato el vicepresidente Cheney—, a pesar de todo el respeto que te tengo, sería muy mala idea. Es evidente que ese tipo es un islamista puro y duro. Nunca aceptará hablar con una mujer.

—Eso no es cierto, Dick —respondió con calma Condoleezza Rice—. El informe de la CÍA lo describe como un hombre «honorable», ¿no es cierto? Pasó su infancia en la India en la época de los británicos y vivió varios años en Inglaterra y en Holanda. Tal vez es más abierto de lo que creemos, y, si es así, yo podría establecer contacto con él.

Salvo su secretario general Andrew Card, no había persona en quien el presidente tuviera más confianza que en aquella mujer, siempre ataviada con un estricto traje chaqueta gris. Su dominio perfecto del ruso y su profundo conocimiento de la Unión Soviética le habían permitido tener un papel clave al lado de Bush padre en la década de los ochenta, en los días críticos de la caída del Imperio comunista. En la actualidad, la que llamaban «the calm mediator» era casi siempre la primera de sus colaboradores con la que el presidente se reunía a la madrugada y a menudo la última con quien hablaba por la noche. Admiraba su inteligencia vivaz y la manera tranquila que tenía de analizar y luego hacer la síntesis de los problemas que exigían una decisión por su parte. Además, y no era

el aspecto menor de su complicidad, compartían el mismo placer al mirar juntos las retransmisiones televisadas de los partidos de béisbol y de fútbol en el salón de la Casa Blanca.

—Le voy a pedir a Condi que retome la conversación con el doctor Ahmad —declaró con firmeza el presidente—. ¿Qué podemos perder?

Y acto seguido ordenó que se restableciera la comunicación con el general Musharraf para pedirle que convenciera a Abdul Sharif Ahmad de que aceptara continuar el diálogo.

Para sorpresa general, el científico pakistaní se mostró de acuerdo.

—Doctor Ahmad —se apresuró a decir Condoleezza Rice con calidez, casi con zalamería—, le agradezco que haya aceptado hablar conmigo. Esperaba esta ocasión con impaciencia. En efecto, ansiaba tener la posibilidad de hablar con usted porque pienso que estoy en buena situación para comprender algunas de sus preocupaciones y hasta de simpatizar con ellas.

—¿Simpatizar? —murmuró Donald Rumsfeld, irritado—. ¡Exagera un poco!

—Señora Rice, ha sido por petición apremiante del presidente Musharraf que he aceptado hablar con usted. Sepa que no es de buena gana. Porque si usted es la consejera privilegiada del presidente de Estados Unidos, nunca he comprobado que su influencia haya servido de algún modo a la causa de la justicia en el mundo. Por el contrario, siempre ha alentado a su presidente en iniciativas belicosas. Si hoy esta crisis afecta a su país, en gran parte es por culpa suya, señora Rice.

Ninguna emoción se reflejó en el rostro de Condoleezza Rice. De hecho, permaneció impasible ante la agresividad del científico pakistaní. Luego echó a un lado el mechón de pelo negro que le cubría una parte de la frente y se dispuso a contestar. Su voz se hizo aún más suave; sabía por experiencia que con dulzura se amansa a los adversarios más duros.

—Doctor Ahmad —continuó en tono casi confidencial—, la historia nos ha legado, tanto a usted como a mí, cierta cantidad de puntos comunes —y sin vacilar en hacer alusión discreta a su color de piel, explicó—: Nuestros pueblos, el suyo y el mío, sufrieron en el pasado las discriminaciones que les imponían las sociedades que los rodeaban. Usted, en tanto que musulmán en una India bajo

dominación británica y los valores hindúes; yo, como afroestadounidense, descendiente de esclavos, en una sociedad donde prevalecían los valores de la mayoría blanca. Para nuestros dos pueblos, la fe religiosa ha representado un punto de anclaje esencial al que nos hemos aferrado en los momentos difíciles. El Islam, para usted; la religión cristiana baptista para la mayoría de mis hermanos negros. Para usted, como para mí, la conquista del saber ha sido un medio vital para superar los prejuicios y los obstáculos de los que éramos víctimas. Usted y yo compartimos esa herencia, doctor Ahmad, como compartimos nuestro color de piel, que tan a menudo nos ha supuesto ser dejados al margen del resto de la humanidad.

Se interrumpió un instante para permitir que su interlocutor respondiera. Como él guardaba silencio, continuó:

—La lucha que ha librado nuestro pueblo para que se reconocieran sus derechos a menudo ha estado marcada por el odio y el rencor hacia nuestros hermanos y hermanas de raza blanca.

—¡Odio y rencor muy justificados! —intervino bruscamente el científico pakistání—. Debido a ese cortejo de violencias, expoliaciones e injusticias que hoy golpea a nuestros hermanos palestinos. ¡Por no hablar de nuestros hermanos iraquíes!

—En efecto —asintió Condoleezza Rice—, pero los mensajes de sensatez, tolerancia y fraternidad de apóstoles como Martin Luther King han logrado exorcizar esos odios para llevarnos donde estamos hoy, doctor Ahmad.

—¡Ah, sí, el doctor Luther King! —aprobó el pakistání—, un sabio como el mahatma Gandhi, a quien veneraba en la época de mi juventud en la India.

—Cualquier sentimiento que tengan sobre lo justo de su causa —continuó Rice—, los fanáticos que se autoinmolan con las bombas son tan poco representativos del islam como, entre nosotros, Timothy McVeigh, el asesino de Oklahoma, lo es de la cristiandad (1). El verdadero islam no se encarna en Osama Bin Laden, al igual que los valores del cristianismo no están representados por los excesos de las cruzadas del papa Urbano II.

(1) La bomba que el extremista estadounidense Timothy McVeigh colocó en el edificio administrativo de la ciudad de Oklahoma causó trescientos muertos. Posteriormente, fue condenado a muerte y ejecutado.

—Ésas son comparaciones interesantes —reconoció Abdul Sharif Ahmad con simpatía.

—Yo sé, doctor Ahmad, que usted es, como yo, un gran enamorado de la poesía —continuó Condoleezza Rice.

—Está bien informada, señora Rice.

—Siempre he tenido gran inclinación por el poeta persa Omar Khayyam.

—Su obra es, efectivamente, magistral.

Condoleezza declamó entonces de memoria el verso número 20 de *Rubaiyat*, que dice «esta breve vida del hombre, esta vida que sólo el espacio de un soplo separa de la muerte».

—¡Cuántas veces he meditado sobre el sentido de esas palabras, doctor Ahmad!

—Son tan verdaderas... —aceptó el científico con evidente emoción.

—Así es, por lo que un hombre de su nivel sólo puede desear ver que sus proezas científicas desembocan en la victoria de la justicia y el entendimiento entre los hombres —continuó la mujer alzando la voz—. No en el odio y la sangre. No en la desdicha que privaría de un último aliento la corta vida de cientos de miles de inocentes.

Se interrumpió unos segundos como para subrayar por adelantado lo que iba a decir.

—Doctor Ahmad, partamos juntos tras los pasos de Martin Luther King, que llevan hacia las cumbres generosas de la reconciliación y de la comprensión entre los hombres, y no hacia el infierno de odio y venganza que la explosión de su bomba no dejaría de suscitar. Todavía estamos a tiempo, doctor Ahmad. Reflexione y ayúdenos a superar esta crisis que nos concierne a todos.

Un silencio casi palpable siguió a estas palabras. Luego una voz contenida salió de los altavoces:

—La felicito por su valiente alegato, señora Rice. Le aseguro que reflexionaré sobre todo lo que me ha dicho. *Inch Allah*, tal vez volvamos a hablar...

De nuevo se oyó el ruido del teléfono al colgar. Y fue entonces cuando, en el austero recinto de la sala de conferencias, se produjo un acontecimiento que no se había visto desde el día en que Jruschov anunció su decisión de retirar los misiles atómicos de Cuba: todos los presentes empezaron a aplaudir.

El jefe de policía Ray Kelly subió de cuatro en cuatro los escalones del estrado, seguido del director del FBI de Nueva York y del jefe de la brigada de inspectores de la policía. Después de su reunión con Paul Anskom en el Estado Mayor de crisis de Brooklyn, en ese momento iba a dirigirse al conjunto de sus tropas en el vasto auditorio del One Police Plaza, que albergaba el cuartel general de la policía neoyorquina en el Bajo Manhattan. La sala estaba abarrotada. Había varios cientos de inspectores como T. R O'Neill, agentes del FBI, representantes de aduanas, de estupefacientes, del tesoro, de inmigración, de la policía del estado de Nueva York... En resumen, todos los hombres que la ciudad podía reunir como responsables del orden y la seguridad. Asombrado por la importancia de la movilización, O'Neill se preguntó si también estarían invitados los responsables de la Liga Protectora de Animales.

Eran apenas las once de la mañana del lunes cuando el jefe Kelly avanzó hacia el atril situado al borde del estrado. Paseó una mirada satisfecha por la concurrencia, respiró hondo y se inclinó hacia el micrófono.

—Amigos, tenemos algo serio entre manos —anunció.

Esta entrada en materia provocó un estremecimiento entre los asistentes al que de inmediato siguió un silencio atento.

—Un grupo de terroristas ha escondido un barril de cloro en Nueva York, casi con toda probabilidad, en la isla de Manhattan. Creo que sobra recordarles las propiedades extremadamente tóxicas del cloro. Si esos terroristas logran expandir ese gas en la atmósfera podría producirse la muerte de cientos, de miles de nuestros conciudadanos.

«¿Cloro? —se asombró O'Neill—. ¿Para encontrar cloro han decidido conectar otra vez sus detectores de rayos gamma a la entrada de puentes y túneles?», se preguntó, dubitativo.

—Pero, atención —continuó Kelly—. El hecho de que un barril de cloro haya sido ocultado en Manhattan y que estemos buscándolo debe ser rigurosamente secreto. Repito: ¡Rigurosamente secreto!

Repitió los argumentos utilizados ante los responsables del cuartel general de Brooklyn. Había que impedir una reacción de pánico entre la población a toda costa.

—¿Qué piden los terroristas? —preguntó una voz.

—Sus reivindicaciones no nos conciernen a nosotros, sino al presidente y al gobierno. Nuestra misión es descubrir ese maldito barril de cloro antes de que lo hagan explotar. Por desgracia, todavía tenemos muy poca información sobre los autores de este chantaje.

Cedo la palabra a Dave Cohén, el responsable de nuestro Servicio de Información.

Un hombre de apenas un metro sesenta, que se parecía al actor Bruce Willis, con su cabeza lisa como una bola de billar, se acercó al micro.

—Este asunto tiene todo el aspecto de haber sido montado por Al Qaeda —empezó—. Por tanto, hay que volver a poner en marcha todas nuestras redes de información sobre los activistas árabes que se encuentran en Nueva York y alrededores, y tratar de detener a los que pudieran haber provisto de documentos falsos, un refugio o una logística a los terroristas que buscamos...

Acto seguido, Ray Kelly recuperó el micro y enumeró las disposiciones que se habían tomado para llevar a cabo las investigaciones, y luego hizo una llamada al sentido del deber de cada uno de los asistentes.

—Se trata básicamente de un trabajo de campo —resumió a modo de conclusión—. ¡Buena suerte a todos!

A la salida, O'Neill consultó en la pizarra de servicio la lista de los equipos mixtos de inspectores y de agentes del FBI destinados a las investigaciones en los muelles de Port Elizabeth. «¡Vaya! —descubrió, encantado—, es una suerte que los federales me hayan puesto como compañero de equipo.» Emocionado con esa perspectiva, se deslizó entre la multitud de policías para tratar de ver la placa de una joven agente del FBI llamada Olivia Philips.

El alivio que se respiraba en la sala de conferencias de la Casa Blanca después de la conversación de Condoleezza Rice con el físico nuclear pakistaní Abdul Sharif Ahmad iba a durar muy poco.

—Señor presidente, creo que es necesario que llame de inmediato al primer ministro Sharon —le dijo Colín Powell a Bush—. Hemos preparado para él un documento de una página en hebreo que resume la situación, con la traducción del mensaje que hemos recibido de los terroristas. Estamos listos para enviárselo por nuestra línea de fax protegida.

El presidente frunció el entrecejo. Sus relaciones con el líder israelí nunca habían sido del todo tranquilas, por lo que este nuevo contacto podía desembocar en una pesadilla.

—¿Sabe si está en Jerusalén? —preguntó.

—Según nuestras informaciones, cena en su casa, en el número 3

de la calle Balfour —contestó el jefe de la CÍA.

—Milt, usted debe de saberlo casi todo sobre ese hombre. ¿Hay algo en su personalidad, en su pasado, que nos permita esperar que se mostrará cooperante ante las exigencias de los terroristas?

—Por desgracia, no, señor presidente. Ariel Sharon es un tipo duro que en absoluto tiene reputación de ser cordial. En 1949, cuando era un joven oficial, condujo a su compañía a un raid de castigo contra un pueblo jordano que se sospechaba cobijaba a fedayín. Hizo ejecutar a todos los hombres del pueblo. Su carrera militar es una sucesión de golpes de mano y de trampas que muestran a un hombre brutal e inflexible. La guerra de Yom Kippur en 1973 lo convirtió en un héroe en Israel; debo decir que con toda justicia. No dudó en lanzar sus blindados del otro lado del canal de Suez y cercar a la mitad del Ejército egipcio; una proeza de la que hablarán los libros de historia israelíes hasta el final de los tiempos. A él se debe la invasión del Líbano en 1982. Para proteger la frontera norte de Israel persuadió a Begin, el primer ministro en ese momento, de adelantar Tsahal una veintena de kilómetros. En realidad, Sharon quería conquistar el Líbano; lo hizo, pero sin llegar a cumplir el sueño de su vida: liquidar a Arafat.

—Entonces fue cuando se vio involucrado en las matanzas de dos campos de refugiados, ¿no?

—Sabrá y Chatila, señor presidente.

—¿Y fue él el responsable de esa carnicería?

Anderson esbozó una sonrisa que lo decía todo.

—Digamos que dejó que lo hicieran.

—¿Es un hombre religioso? —preguntó entonces Bush—. Cada vez que viene a desayunar o a cenar a la Casa Blanca, el embajador de Israel nos bombardea con instrucciones a propósito de esa comida *kasher* que hay que servirle.

La observación distendió la tensión que flotaba en el ambiente.

—Digamos que parece respetuoso de las costumbres judías, pero de ahí a saber si de verdad es religioso en el fondo de su alma, es difícil decirlo —observó Condoleezza Rice.

—En todo caso, sabe utilizar de maravilla el contexto místico en que baña tan intensamente a esa región del mundo para dirigir su política —precisó Anderson.

—¿Qué quiere decir, Milt?

—Cuando en setiembre de 2000 fue a desafiar a los palestinos paseándose por la explanada de las mezquitas de Jerusalén, sabía

que enterraba el proceso de paz. No se engañó.

—¿Y las colonias en los territorios ocupados?

—No por nada los israelíes lo han apodado «Señor bulldozer», señor presidente. Sharon es el campeón de los asentamientos judíos en Cisjordania. Construyó toda su carrera política sobre su multiplicación y no dudó en exhortar a sus compatriotas para que se apoderaran de todas las colinas de Judea y de Samaría. Desde que hace tres años es primer ministro, hay más de ochenta colonias nuevas. Hace trece años, inmediatamente después del tratado de paz con Egipto, cuando era ministro de Defensa, tuvo que hacer evacuar la ciudad de Yamit, en el norte del Sinaí. Entonces juró que nunca más lo obligarían a cumplir una misión tan dolorosa.

—En el fondo, el único aspecto tranquilizador de su personalidad, si me permiten utilizar la palabra «tranquilizador» —intervino Colin Powell—, es que su apego a esas colonias no se inspira en un fanatismo religioso. Considera que la seguridad de Israel exige llevar sus fronteras lo más lejos posible para impedir la formación de un Estado palestino poderoso y homogéneo situado a tiro de piedra de Jerusalén. Su decisión de levantar un muro entre Israel y las zonas palestinas es una nueva manifestación de esta política.

—Todo eso no es muy alentador —suspiró Bush, agobiado por la idea de la prueba que lo esperaba en el teléfono.

La llamada de Washington resonó unos instantes más tarde en el comedor de la vasta mansión de la calle Balfour, en Jerusalén, donde residía Ariel Sharon. El pequeño hombre corpulento, con unos ralos cabellos blancos como la nieve, cuello de toro y barriga que desbordaba el cinturón, acababa de cenar, solo, delante del televisor. No le gustaba que lo molestaran por teléfono a esas horas.

—Ariel, te llama el presidente Bush —se disculpó la telefonista, con la familiaridad propia de Israel.

En ese mismo momento, una secretaria entró en la habitación con dos hojas en la mano que acababan de llegar por fax procedentes de la Casa Blanca. Sharon se puso las gafas y las recorrió rápidamente con la vista, salpicando su lectura con una letanía de juramentos. El presidente percibió sin dificultad la extrema irritación de su interlocutor.

—¡Esto es la más odiosa tentativa de chantaje de la historia! —estalló el israelí después de unos breves saludos—. En su calidad de

jefe de la única superpotencia del planeta, no tiene elección, señor presidente: debe denunciar públicamente esta amenaza y el horrible chantaje que significa.

—¿Y poner en peligro la vida de un millón de mis compatriotas?

—No es usted quien pone en peligro a sus compatriotas, señor presidente. Son los terroristas pakistaníes instigadores de este chantaje. Por cierto, están compinchados con Osama Bin Laden. Hágalos saber de inmediato que, si esa bomba explota, usted hará desaparecer de la superficie de la Tierra la provincia fronteriza del noreste y el Balutchistán, donde se encuentran sus madrigueras. ¡Y no tendrá que preocuparse más por encontrar a Bin Laden! Su nube atómica se encargará de él.

—¡Ariel! —los dos presidentes a veces se llamaban por el nombre de pila—. Su sugerencia es monstruosa. ¡Sacrificar a cinco o seis millones de inocentes!

—¿Y qué? Esa gente gritará y saltará de alegría cuando sepan que la bomba ha explotado en Nueva York. ¡Exactamente lo mismo que hicieron el 11 de setiembre!

Condoleezza Rice le pasó al presidente una nota garabateada de prisa: «Dígale que es indispensable que haga un primer gesto, desmantelar al menos algunas colonias —le sugería—. Recuérdele que todos los presidentes estadounidenses desde Lyndon Johnson se opusieron a esas colonias porque constituyen verdaderas expoliaciones de tierras que pertenecen a otros. ¡Sea firme!»

El presidente Bush respiró hondo antes de retomar el diálogo. Hizo caso del mensaje de su consejera y, en tono severo, agregó:

—Mi padre siempre se opuso a esas colonias, Ariel.

—Ése no es el problema —replicó vivamente Sharon—. Dios ha dado esos territorios al pueblo judío. Nosotros, los judíos, tenemos un derecho histórico sobre todo el territorio de Israel. Aquí nos hemos instalado y aquí nos quedaremos. Para nuestros hijos, nuestros nietos, para las generaciones que nacerán aquí. ¡Jamás los abandonaremos! En todo caso, no nos marcharemos por la presión de una monstruosa y odiosa tentativa de chantaje. George, ésa es la voluntad de Dios; ni usted, como presidente de la nación más poderosa del mundo, ni yo, como responsable de la supervivencia del pueblo de Israel, tenemos derecho a desafiar la voluntad de Dios.

Esas alusiones a la voluntad de Dios no sorprendieron al presidente de Estados Unidos ni a los demás presentes en la sala. Siempre habían permitido a los primeros ministros de Israel justificar

su intransigencia. Pero Sharon se preparaba para esgrimir otros argumentos más sutiles.

—Querido George —continuó, esta vez con el tono de un amigo que quiere mostrar complicidad—, en mi opinión, cometería un grave error político si tratara de forzarnos a dismantelar esos asentamientos. Recuerde lo que le pasó a su padre en 1992, cuando nos amenazó con suprimir las garantías de nuestros créditos si no deteníamos la colonización. Ese chantaje le costó la reelección; los judíos estadounidenses no lo votaron. Dentro de algunas semanas le tocará a usted, George, intentar ser reelegido. No lo olvide, ni siquiera en el corazón de esta espantosa crisis.

La voz del líder israelí flotó algunas fracciones de segundo como una nube envenenada en la sala de conferencias.

—¡Es fuerte! —suspiró el vicepresidente Cheney, y de inmediato lo hicieron Colín Powell, Condoleezza Rice, Donald Rumsfeld y los demás. Pero el argumento no lo había desarmado.

—Ariel, mi futuro político no tiene importancia. Lo que cuenta es hallar un compromiso con esos terroristas. La mayor parte de su pueblo está de acuerdo en dismantelar esas colonias. Usted sabe tan bien como yo cuánto le cuestan a su país: más de quinientos sesenta millones de dólares cada año en una u otra forma de subvenciones, subvenciones que nosotros, los estadounidenses, siempre tenemos que pagar. Hemos sido sus mejores amigos y sus aliados más cercanos en todo momento. ¿Qué nos quedará de nuestro amor por Israel si esa bomba estalla?

—George —replicó Sharon con calma—, si me dejo aplastar por este chantaje, será el final de Israel. Nunca, en el pasado, he hecho la mínima concesión en cuanto a la seguridad de Israel. No voy a hacerlo hoy ni lo haré mañana. Porque ésa es mi responsabilidad histórica si quiero asegurar el futuro de mi país. Dígale a su amigo Musharraf que, si esos criminales no renuncian a su proyecto, van a morir seis millones de pakistaníes, y si no tiene estómago para solucionar este problema con sus propios cohetes, yo mismo me encargaré con nuestros misiles Jericó. Afrontamos una crisis sin precedentes, George, pero es nuestro deber, tanto el suyo como el mío, resolverla sin debilidad. *Shalom!*

Un silencio consternado envolvió la sala del consejo.

—¡Señor —imploró el jefe de la CÍA—, haz que encontremos esa maldita bomba antes de que sea demasiado tarde!

El inspector T. F. O'Neill estaba de un humor de perros. Años de escuchar latir el corazón de su territorio de Manhattan Sur, de reinar en una de las más prestigiosas comisarías que un policía neoyorquino pudiera inscribir en su palmares, lo habían vuelto muy casero, por lo que salir de su barrio, aunque sólo fuera para cruzar el Hudson, le resultaba insoportable. Pero esa mañana O'Neill formaba parte de uno de los cincuenta comandos de inspectores que el jefe de policía había despachado precipitadamente a Port Elizabeth/Port Newark con la misión de escudriñar las declaraciones de todos los contenedores descargados en los últimos treinta días en los muelles de la principal instalación portuaria neoyorquina; una tarea colosal que tenía por objeto descubrir si los terroristas habían podido utilizar un buque de carga para introducir un artefacto mortal en Nueva York.

El Chevrolet del inspector estaba atrapado en un gigantesco atasco a la entrada del Holland Tunnel, lo que permitió a O'Neill examinar a la bonita federal afroestadounidense que el FBI le había asignado como compañera.

—Pareces una modelo de *Ebony* —le dijo, admirando sus cabellos muy cortos, su tez más bien clara, la nariz apenas achatada y los hermosos labios carnosos. Ceñida en una cazadora y una falda de cuero, la joven, en efecto, se parecía a la modelo de la publicidad de la célebre tienda destinada a los negros estadounidenses.

—Usted es demasiado bueno, inspector —contestó, riéndose, Olivia Philips, de veintinueve años y diplomada recientemente por la Academia Nacional del FBI de Quantico.

—¿Hace mucho que estás en el FBI?

—Desde mi salida de la Facultad de Derecho de Tulane, hace tres años.

—¿Eres de Nueva Orleans?

—De Thibodaux, en el *bayou* de Louisiana. Mi padre tiene allí una agencia Toyota.

Unos días antes de la ceremonia de entrega de diplomas, un representante del FBI había ido a exponer a los estudiantes de la Tulane University las ventajas de una carrera en la filas de la seguridad nacional. En el curso siguiente, Olivia Philips, la única negra de diez mujeres jóvenes, fue admitida en la mítica academia instalada en la base naval de Quantico, en Virginia. Durante once meses había seguido la instrucción intensiva de los futuros agentes de la seguridad estadounidense: cursos de procedimiento criminal, escuela de contraespionaje, iniciación a las ideologías revoluciona-

rias, lecciones de vigilancia policial, ejercicios prácticos en escenarios de secuestro, de infiltración extranjera, de terrorismo político, de chantaje nuclear... Un entrenamiento físico a lo James Bond —ejercicios de defensa táctica, de combate cercano, de tiro real— había completado esa formación, cuyo punto final había sido una prueba de resistencia a la tortura.

Pero, sobre todo, Olivia había aprendido a someterse a las reglas de comportamiento que funden en el mismo molde a los nueve mil agentes de la seguridad federal estadounidense. Para hablar: nada de discursos locuaces, de conversaciones sin ton ni son, sino una estricta economía en el lenguaje. Tampoco originalidad en el trabajo, sino una observación escrupulosa de los métodos en vigor. Un policía anónimo, dispuesto a diluir su individualidad en la organización, esto es lo que el FBI había hecho de la joven de Louisiana.

—Por lo que veo, hermanita —comentó O'Neill, mientras los ojos se le iban hacia las piernas de su compañera, enfundadas en unas medias de rejilla—, han hecho grandes progresos en el FBI. No sólo no fichaban nunca a ninguna belleza, sino que, además, vestían a sus federales como si fueran curas: nada de camisas de fantasía o gorras de béisbol; trajes oscuros, sombreros grises, gafas de cura; pelo no demasiado largo ni demasiado corto. Tampoco barba ni bigote.

—Hoy todos los colegas visten vaqueros y camisetitas, llevan barbas, rastas, coleta, o van rapados, y hasta un pendiente en la oreja —explicó Olivia—. Se trata de camuflarse en el entorno.

O'Neill se echó a reír.

El embotellamiento se había despejado y el Chevrolet avanzaba hacia Nueva Jersey. El inspector señaló la explanada erizada de grúas que apareció a través del parabrisas. Grandes carteles anunciaban la dirección de las múltiples dársenas y de los muelles que los comunicaban. Un universo en las antípodas de los viejos muelles de Brooklyn donde O'Neill había empezado su carrera. Pródigo en confidencias, se puso a desgranar sus recuerdos.

—Si hubieras visto los muelles carcomidos de Brooklyn, con esos barquichuelos que descargaban sus montañas de mercancías... Y los estibadores, que se abalanzaban sobre los palets como hordas de ratas, birlando todo lo que podían a su paso. Mientras que aquí todo es níquel, como en las cadenas de montaje de la General Motors. Los barcos llegan, los descargan, los camiones se llevan los contenedores... ¡pero es menos pintoresco!

Olivia percibió una vaga nostalgia en su voz. Luego, cambiando de

tema, O'Neill dijo:

—Es curioso que te hayan mandado de Dallas por un simple barril de cloro, ¿no?

—Sí, algo me dice que se trata de un asunto extremadamente peligroso —observó la joven.

—¡Seguro! ¿Sabes el número de federales que van a venir? ¡Por lo menos, dos mil!

—¿Tantos? —Dudó un momento. Luego, de pronto, preguntó—: ¿Tú no debes de estar lejos de la jubilación, no?

—¿Te parece que tengo el aspecto de un carcamal? —protestó O'Neill, ofendido.

—¡No, en absoluto! —se excusó Olivia, dirigiéndole una sonrisa encantadora.

—Si quisiera, ya me habría jubilado —soltó el inspector mientras tragaba un cacahuete—. Tengo la antigüedad, pero me gusta este trabajo. ¿Matar el tiempo en alguna parte de Long Island mientras observas crecer la hierba? ¡Eso no es para mí!

T. F. O'Neill había empezado su carrera donde había nacido, en el corazón del enorme distrito de Brooklyn donde, durante la Ley Seca, su abuelo había regentado un bar clandestino. Hijo y sobrino de policías, la telenovela policial que lo había mantenido clavado durante su adolescencia frente al televisor familiar lo propulsó a las filas de las fuerzas neoyorquinas. El día que le entregaron su diploma fue para él como entrar en la religión. Pero no había tardado en descubrir la extraordinaria corrupción que favorecía el uniforme azul marino, el gorro hexagonal y el calibre 38 de los cuarenta mil policías de Nueva York. Había cerrado los ojos ante los chanchullos de su sector, y había cobrado sin escrúpulos el diezmo de los padrinos de los muelles de Brooklyn. Después de pasar por el Bronx, cruzó el East River para llegar al despacho de investigación criminal de Manhattan, donde había abandonado el uniforme de los polis para navegar de civil en el ambiente fraudulento de los juegos clandestinos, las apuestas ilegales y la extorsión comercial e industrial.

Un año en la brigada de Carteristas de Manhattan Sur y luego trece meses en la brigada de Costumbres de la comisaría 18 de la calle Cincuenta y Cuatro Oeste habían enriquecido aún más su experiencia. Se había revelado como un excelente comediante. Su arte en el disfraz había hecho caer en sus redes a algunas *belles de*

nuít de Times Square, todas sorprendidas al descubrir que el apacible comerciante de cerveza de Munich o el representante de ojos rasgados de Su Majestad Honda llevaba un revólver debajo de la chaqueta. El escudo dorado de los inspectores de primera clase había terminado por recompensarlo abriéndole las puertas de la aristocracia de la fuerza pública neoyorquina, el cuerpo de tres mil inspectores que formaban un poderoso *lobby* cortejado por el poder y por la prensa.

—¿Estás casado? —preguntó Olivia a su compañero.

—Perdí a mi mujer hace tres años, en un accidente de coche.

Había pronunciado esas palabras de forma que no autorizaba comentario alguno.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tienes familia?

—Tengo novio. Pero mi chico está a doce mil kilómetros —suspiró—. ¿Conoces Tikrit? Parece que no está lejos de Babilonia, en Iraq. Mi novio es capitán en la 3.^a División. Se fue hace un año.

—¿Cómo se llama?

—Jimmy. Jimmy Stewart, como el actor.

Una ráfaga de viento helado les lanzó en plena cara el relente de las olas que lamían los muelles. O'Neill se levantó el cuello de la chaqueta y detuvo el coche a la entrada de la primera dársena. Ambos mostraron sus placas y rellenaron el cuestionario que les presentó el guardia. No se entraba a Port Elizabeth como antes en el Brooklyn Ocean Terminal.

El edificio de la administración de aduanas era un inmueble funcional dividido en una docena de despachos, cada uno de los cuales correspondía a uno de los muelles del puerto. Varios equipos de inspectores y agentes del FBI trabajaban ya ante los ordenadores de los despachos de la planta baja. O'Neill arrastró a Olivia al primer piso. Un agente de aduanas encendió las dos pantallas de ordenador correspondientes a las llegadas y partidas de navios que habían atracado en la terminal número 4. Al contrario que en los muelles de Brooklyn, donde las declaraciones de carga se apilaban en clasificadores a la antigua, las de Port Elizabeth aparecían en una pantalla con sólo pulsar una tecla.

—¡Vamos, nena, manos a la obra! Tú pégate a la primera pantalla.

Yo iré a la otra. Empieza por los primeros quince días de este mes; yo comprobaré los siguientes. ¡Valor, querida!

O'Neill y Olivia no tardaron en saber que ciento veintiún navios habían llegado a la terminal número 4 durante las últimas cuatro semanas. Treinta y siete eran *ferries*. Los treinta y dos mil cuatrocientos cincuenta vehículos diferentes procedentes de Japón, Corea, Alemania y Gran Bretaña que habían descargado de inmediato los habían recibido sus destinatarios, o sea, doscientos cincuenta y cuatro concesionarios dispersos a través de la costa Este de Estados Unidos. Lanzarse sobre las huellas de cada uno de esos treinta y dos mil cuatrocientos cincuenta automóviles para tratar de descubrir si habían podido transportar un artefacto terrorista a bordo era una tarea imposible. Sólo el examen de las declaraciones correspondientes a mercancías llegadas en contenedores podía aportar una pista. O'Neill aspiró con placer el delicado perfume que desprendía Olivia.

—Decididamente, te lo han enseñado todo en el FBI, hasta hacer flipar a tus compañeros —bromeó mientras pasaba los primeros documentos por la pantalla.

—Es Joy, de Patou, un verdadero lujo para el salario de una federal.

Once horas más tarde habían examinado un millar de documentos aunque sin obtener resultado. Con los ojos enrojecidos de cansancio después de haber visto pasar en las pantallas el inventario increíblemente variado de mercancías que importaba un país como Estados Unidos, O'Neill y Olivia se preparaban a terminar esa primera jornada de investigación. Los otros equipos se habían marchado ya, y sus sustitutos todavía no habían llegado. Ese primer trabajo se saldaba con un fracaso.

—Vamos, nena, te llevo al restaurante de Salvatore. Es el mejor italiano de Newark. Vienen hasta de Manhattan para degustar sus espaguetis a la carbonara. ¡Y nos consolaremos con un Chianti del que ya me dirás qué te parece!

Como le había enseñado el FBI, la joven no mostró reacción alguna ante la invitación. Por el contrario, siguió tecleando para que apareciera un nuevo documento y luego otro. Esta vez se trataba de dos contenedores llenos de sacos de arroz indio. Ambos habían sido descargados el jueves del *Jewel of India*, un barco procedente de

Bombay, y entregados cuatro días más tarde a un importador de productos alimentarios exóticos de Brooklyn.

O'Neill apoyó una mano paternal en el hombro de la joven federal; empezaba a impacientarse.

—Vamos, nena. Cierra tu máquina, no nos vamos a quedar toda la noche en esta barraca. Ya hemos visto pasar cientos de documentos como éste. Son todos *kasher*, como se diría en Brooklyn. ¡Aquí no vas a encontrar nada!

Olivia hizo como si no lo hubiera oído. Continuó buscando en el ordenador hasta que, de pronto, hizo entrar y salir dos documentos que correspondían a dos contenedores de arroz indio.

—Mire, señor inspector —dijo con orgullo—. ¿No encuentra algo raro en estos dos documentos?

Con pocas ganas, O'Neill se inclinó hacia la pantalla. Sin esperar su respuesta, Olivia continuó:

—Sí, señor gran inspector, ¿no le asombra que estos dos contenedores que transportan exactamente el mismo número de sacos de arroz no pesen lo mismo? Uno pesa mil doscientos kilos y el otro mil trescientos diez. ¿No habrán puesto un pequeño paquete de más en el segundo contenedor? ¿Y si ese paquete fuera nuestro barril de cloro?

O'Neill siguió el cursor en la pantalla de su compañera, que se desplazaba a lo largo del primer documento.

Nombre del barco: *Jewel of India*.

Expedidor: Maharashtra Oriental Foods.

Designación: Arroz basmati.

Cantidad: 1 contenedor.

Descripción: 24 sacos de 50 kilos.

Peso bruto: 1200 kilos.

Identificación: LOS 8477/8484.

Consignatario: Exotic Groceries, Albany, Nueva York.

Destinatario: Birbaki Oriental Foods, Brooklyn, N. Y.

—Imprímelo, nena, y pon el documento siguiente.

El segundo documento daba exactamente las mismas informaciones, con excepción de esos ciento diez kilos de más que había observado la joven federal.

O'Neill garrapateó rápidamente los nombres del consignatario y del destinatario en una punta del periódico y llamó a la central para que le dieran sus direcciones y sus números de teléfono. A esa hora tardía, los dos números tenían el contestador puesto. Las empresas

abrían al día siguiente a las ocho.

El inspector cruzó los brazos para reflexionar.

—Seguramente haya vigilantes nocturnos allí, y deben de conocer el número de teléfono del patrón. Por si hay fuego o algo, ¿no?

La federal esbozó una sonrisa de admiración.

—¡Carbura bien esto, eh! —dijo dando unos golpecitos en la frente del policía.

Ambos rieron.

—Para otra noche los espaguetis de Salvatore. Vamos a Brooklyn —anunció O'Neill, sentándose al volante de su coche—, esto me recuerda los viejos tiempos.

Olivia contemplaba la línea de rascacielos iluminada de Manhattan, del otro lado de la bahía.

—¡Nueva York es una ciudad realmente preciosa! —se maravilló, mientras encendía un cigarrillo.

—¡Qué lástima que ese maldito Bin Laden no opine lo mismo!

El coche pasó a la altura del hueco que había dejado la destrucción de las Torres. Después de un largo silencio, la joven federal preguntó:

—¿Por qué esos cabrones quieren volver a atacar Nueva York? Hay otros blancos en este país. Podrían dedicarse a Chicago, Los Ángeles, Londres, hasta París. ¡Les daría un buen escarmiento a esos comedores de ranas!

O'Neill cloqueó de placer. ¡Todo un carácter, esa pequeña federal!

—Porque Nueva York es la encarnación de todo lo que esos cabrones odian. El dinero, el poder, el éxito... Pero, tranquilízate, les daremos por el culo. Encontraremos ese puto barril.

El inspector tomó la avenida Flatbush. Las aceras estaban casi desiertas. Aunque la delincuencia había descendido en Nueva York a un nivel que envidiaba todo Estados Unidos, los habitantes de Brooklyn casi no salían de sus casas por la noche. Olivia admiró la silueta de la noria de Coney Island, que iluminaba el paseo marítimo hacia el oeste, mientras que O'Neill trataba de ver los números que desfilaban por las fachadas. Finalmente se detuvo delante de un largo edificio de ladrillos rojos. Un cartel luminoso anunciaba «Birbaki Oriental Foods».

—Aquí debieron de llegar nuestros contenedores —anunció—. Hay que encontrar al vigilante nocturno.

Los dos policías rodearon el almacén y terminaron por hallar un timbre cerca de una puerta que daba a una callejuela. Olivia pulsó el botón varias veces. En vano. No había vigilante nocturno en Birbaki Oriental Foods.

—Podríamos llamar a la central y pedirles que buscaran los números de todos los Birbaki de Brooklyn. ¡No pueden ser muchos! —sugirió la joven.

—¿Y si nuestro Birbaki vive en Queens?

—Señor inspector, me han enseñado que siempre hay que ser positivo.

O'Neill le dirigió una mirada admirativa a su compañera. «Esta chica llegará lejos», pensó mientras llamaba a la central.

Había siete Birbaki en Brooklyn. El policía empezó por llamar al que vivía más cerca de la avenida Flatbush. Pero ese Birbaki era inspector de Correos. El segundo había muerto la semana anterior. El número del tercero era de abonados ausentes. El cuarto tenía una laringitis que le impedía hablar. Según los mensajes grabados en sus contestadores, el quinto y el sexto estaban de viaje.

—Ya ves, nena, la mayor cualidad de un buen policía es la paciencia —masculló O'Neill, mientras marcaba el séptimo número. Estaba convencido de gastar saliva en balde.

—Hola, ¿señor Birbaki? —gritó O'Neill a la persona que terminó por atender. Se oía muy mal. La batería de su portátil estaba en las últimas—. Estoy buscando al propietario de Birbaki Oriental Foods.

—Soy yo. ¿Qué quiere a semejante hora?

—¡Policía federal!, señor Birbaki. Agente especial del FBI Olivia Philips —anunció secamente la joven, que sabía que la etiqueta del FBI impresionaba más que la de inspector de policía—. Deseamos hablar un momento con usted. Es urgente.

Diez minutos más tarde, los dos policías irrumpían en el salón de una casa acomodada de la avenida Glendale, en la parte residencial de Brooklyn. Charles Birbaki estaba en pijama. O'Neill fue directo al grano.

—Señor Birbaki, en los dos contenedores de arroz procedentes de Bombay que le entregaron esta mañana no había sólo arroz, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere decir? —se asombró el comerciante turco con barba de chivo.

—¡Que los expedidores pusieron un paquete suplementario en su envío! —precisó Olivia.

Birbaki trató de disimular su embarazo pasándoles un cuenco con pistachos a sus visitantes. O'Neill había percibido su incomodidad.

—Escuche, señor Birbaki —dijo en tono de confidencia—, no somos de la brigada de estupefacientes. Sus trapicheos no nos interesan; lo que queremos saber es qué aspecto tenía el paquete que encontró entre sus sacos de arroz.

De pronto, el negociante pareció aliviado.

—Oh —dijo—. Era una caja rectangular más o menos así de grande —respondió señalando la mesilla situada junto al sillón del inspector.

—Esa caja, ¿cuánto pesaba?

—Bastante, sí, bastante —dudó—. Diría que unos cien kilos.

Olivia grababa la conversación en el magnetófono de bolsillo que era el compañero inseparable de cualquier agente del FBI.

O'Neill se frotaba el mentón.

—¿Cien kilos? —repitió, dubitativo—. Por tanto, no era cocaína lo que había en su interior —observó revolviendo en su bolsillo para buscar cacahuetes—. Una caja de cocaína no pesa tanto.

Charles Birbaki parecía cada vez más aliviado. Ofreció una botella de raki y copas a sus huéspedes.

—¿Beberán un trago conmigo? —bromeó.

Los dos policías declinaron educadamente la invitación.

—Dígame, señor Birbaki —dijo entonces Olivia—, ¿qué se ha hecho de esa caja?

El tendero bebió un sorbo de su licor oriental.

—Unas personas vinieron a buscarla hoy mismo.

—¿Unas personas?

—Sí. Un hombre y una mujer a los que nunca había visto.

—¿Y por qué les entregó la caja? —se asombró Olivia.

—Me dijeron que estaban autorizados a recogerla. Además, me dieron una gratificación por los gastos de transporte.

—Usted ha dicho que nunca los había visto. ¿Acaso cuando llega cada uno de sus contenedores alguien viene a recuperar algo que no figura en la declaración de carga? —preguntó O'Neill.

Birbaki de pronto pareció incómodo. «Estos malditos policías están husmeando en mi fructífero tráfico», pensó, y decidió jugar a la verdad.

—Escuchen —reconoció—, cada dos meses, cuando vuelve el *Jewel of India*, hay un paquete entre los sacos de arroz de uno de los

contenedores que me entregan. No sé quién lo envía, ni qué contiene, ni a quién está destinado. Pero, cada vez, un tipo con una camiseta con el escudo del equipo de los Yankees viene a buscarlo, y me entrega un sobre con dinero para pagar el transporte. Esta vez, la gente de Bombay aumentó la importancia de la mercancía, y no vino a recuperarla el muchacho de la camiseta. Eso es todo lo que sé.

—Describa a los que se llevaron la caja —pidió la federal—. ¿Eran árabes?

—En todo caso, me hablaron en árabe.

—¿Pudo reconocer el acento?

—Palestinos... o libaneses.

—¿Otros detalles?

Birbaki puso cara de reflexionar.

—No, nada destacable... La mujer que conducía la camioneta era rubia. Llevaba un abrigo largo de lana. Ah, recuerdo que el muchacho que la acompañaba tenía una mano amputada. Hubo que ayudarlo a cargar la caja en el vehículo. Y otra cosa más: el muchacho con la camiseta de los Yankees siempre venía a buscar su paquete con una camioneta de Hertz. Ellos llevaban una de Easy Rent.

O'Neill hizo señas a su compañera de que se levantara.

—Gracias por su hospitalidad, señor Birbaki, y perdone que hayamos interrumpido su velada —dijo O'Neill con cortesía. Luego, con un tono que parecía una orden, agregó—: Nos veremos mañana por la mañana a las ocho en la agencia de alquiler de vehículos Easy Rent. Arrégleselas para encontrar la dirección. Pero ¡jojo! Sea puntual si no quiere aprender a serlo detrás de los barrotes de Sing Sing. Tráfico de estupefacientes... deben de caer entre diez y veinte años, ¿no?

O'Neill arrastró a Olivia hacia la puerta. En la escalera la tomó del brazo.

—Esto empieza bien —dijo, visiblemente encantado con el giro que había tomado la investigación.

A cuatrocientos kilómetros de la sala donde el gobierno de Estados Unidos acababa de tener su última reunión de crisis alrededor del presidente, los tres terroristas que habían ocultado una bomba en un inmueble del centro de Manhattan empezaban a cenar. Una pizza a los cinco quesos proveniente de la cercana pizzería Mimosa constituía lo esencial de ese primer picnic en compañía de su artefacto de

muerte. Una vez liberado de su funda protectora contra las radiaciones, se parecía a una gruesa ojiva de unos treinta centímetros de diámetro y alrededor de un metro de longitud. En un rincón de la caja que le había servido de embalaje había un pequeño contacto eléctrico unido por un cable al detonador. En caso de súbita irrupción de la policía, el miembro del trío que estuviera de guardia al lado de la bomba sólo tendría que apretar el botón de ese contacto para desencadenar la explosión.

Una vez terminada la pizza, los miembros del comando decidieron dar cuenta a su jefe de los felices comienzos de la misión. Imad Mugnieh se encontraba en su cuartel general de los suburbios de Beirut. En el Líbano eran las ocho de la mañana. Omar sacó de su bolsillo el teléfono Nokia que Mugnieh le había dado antes de su partida. En Beirut, el jefe de Hezbolá tenía un aparato exactamente igual. Ambos estaban equipados con las mismas tarjetas SIM y disponían de crédito para cincuenta minutos de comunicación. Como las conversaciones en árabe eran vigiladas sistemáticamente, el corto intercambio se hizo en inglés.

—Su amigo lo escucha —anunció una voz del otro lado del hilo.

—Hemos llegado a destino —declaró Omar.

—Felicitaciones y buena suerte —respondió la voz.

Eso fue todo. Pero ni la extrema brevedad de esta relación ni el uso de dos aparatos equipados con chips idénticos protegían al ciento por ciento a ese pequeño comando de una detección de los servicios de escucha de la NSA. En efecto, estos últimos habían creado una técnica especial, que además habían transmitido al Mossad israelí, lo que permitía a los helicópteros de Tsahal descubrir a los palestinos que había que derribar con una precisión diabólica. La técnica consistía en enviar una llamada al móvil de la persona elegida pero sin dejar que llegara a sonar. El teléfono al que se llamaba acusaba el recibo sin que su propietario lo supiera. Bastaba con repetir la llamada desde otro punto geográfico para obtener, por triangulación, la localización exacta de la persona buscada, sin que ésta sospechara.

Pero tal vez los servicios de escucha de la NSA pudieran servirse de esa breve comunicación con Beirut para intentar localizarlos mediante una operación de triangulación. Los tres terroristas eran conscientes del peligro que corrían.

—Hay que deshacerse del móvil —dijo Omar.

Unos minutos más tarde, camino de su hotel, el de más edad del comando vio un contenedor de basura. ¡Lástima de los cincuenta minutos de crédito que quedaban en el aparato! Y con un gesto

rápido de su mano útil arrojó su pequeña joya de tecnología finlandesa a la basura.

George W. Bush no ocultaba su cansancio. Apagó el televisor y soltó el mando.

—Nada de béisbol esta noche... —suspiró, dirigiéndose a su esposa Laura y a su consejera Condoleezza Rice, que se había unido a la pareja presidencial para una cena íntima en las estancias privadas de la Casa Blanca—. ¡Ah, qué día! —continuó—, el peor después del 11 de setiembre.

—Sin duda —asintió Condoleezza—, de repente uno se pregunta cómo podrían ir peor las cosas.

—¡Oh, podrán! —exclamó el presidente. Pero de pronto cambió de opinión—: Aunque hoy también hubo un momento alentador, me refiero a su conversación con el doctor Ahmad.

—Parecía menos agresivo al final, ¿no es cierto? —reconoció ella, visiblemente halagada por el cumplido.

—Gracias a usted, Condi, gracias a esa relación humana que supo establecer —recalcó el presidente y, como impulsado por un resorte, Bush se irguió en su sillón—. ¿Qué diría de un encuentro cara a cara? Si Musharraf me da luz verde, ¿estaría dispuesta a ir a Karachi para tratar de convencer al doctor Ahmad, mirándolo a los ojos, de ayudarnos a resolver esta crisis? Tal vez sea nuestra única posibilidad de salir de este atolladero —concluyó, con una sonrisa cómplice.

—Si Musharraf está de acuerdo y usted piensa que sería buena idea, estoy dispuesta a subirme al primer avión a Karachi. Si sirve de algo, estoy dispuesta a ir hasta el mismísimo infierno, señor presidente.

—Yo me ocupo de Musharraf. No creo que ponga dificultades, hasta ahora se ha mostrado deseoso de ayudarnos. Le pediré en seguida a Andrew Card que mande preparar el *Air Forcé One* para llevarla a Karachi. ¡Por favor, Condi, parta lo antes posible!

George W. Bush había pronunciado estas últimas palabras como una súplica.

—Cuenta conmigo, señor presidente. Pero me gustaría llevar un vídeo que muestre un resumen de las imágenes más conmovedoras filmadas después de los atentados del 11 de setiembre. No las de los aviones impactando contra las Torres, ni las de su derrumbe; los extremistas islámicos adoran esas imágenes. No, me refiero a

escenas de neoyorquinos anonadados, cubiertos de sangre, imágenes de mujeres y niños cuyos rostros aterrorizados y sus lágrimas tal vez puedan ayudarme a llegar al corazón de quien ha sido uno de los principales arquitectos de la bomba atómica pakistani.

6

**Nueva York, Washington,
Jerusalén, Karachi**

Día D menos tres

El Chevrolet de T. F. O'Neill y de Olivia Philips circulaba a toda velocidad con la sirena puesta hacia la parte baja de la metrópoli. Tomaron la Octava Avenida y luego la calle Hudson y llegaron a la calle Bethune, donde se encontraba el único garaje neoyorquino que alquilaba utilitarios con el nombre de Easy Rent. Charles Birbaki, el comerciante de productos exóticos que en la víspera había recibido la visita de una furgoneta de la firma, había acudido a la cita de los policías.

—¿Era una furgoneta cómo ésta? —le preguntó O'Neill, señalando una Toyota que estaba aparcada en el patio.

El comerciante asintió y los dos policías avanzaron con él hacia el despacho del garaje.

—¡Policía Federal! —exclamó Olivia, poniendo su placa del FBI bajo la nariz del empleado que estaba detrás del mostrador.

El inspector y ella habían decidido que «Policía Federal» causaba más impacto que «Policía de Nueva York». La joven federal estaba muy atractiva con su jersey de mohair color ciruela y sus vaqueros Calvin Klein, conjunto que no dejaba insensible al inspector, poco acostumbrado a esa elegancia en las agentes del FBI.

—Queremos saber quién alquiló sus furgonetas en los últimos dos días —dijo O'Neill al empleado, pasmado por esa repentina irrupción de la policía.

Se apresuró a sacar un fichero.

—Aquí encontrarán todos nuestros contratos de alquiler de este mes —explicó, tendiéndole el archivo.

Olivia empezó a escudriñar el montón de papeles. En cada contrato había la fotocopia de un permiso de conducir con una foto de

identidad. De pronto, la joven federal se detuvo ante un rostro de mujer; era el único retrato femenino de todos los papeles. El examen del contrato le permitió comprobar que la fecha y las horas de ida y de vuelta de la furgoneta coincidían con las que el vehículo se había presentado en el almacén de Oriental Food.

—¡Mire bien esta foto, señor Birbaki! —ordenó Olivia—, y díganos si se trata de la persona que fue a su tienda ayer por la mañana a buscar la caja que llegó con los sacos de arroz. Pero cuidado —continuó en voz baja—, si nos miente lo mandaremos a la cárcel para que cuiden de usted.

Birbaki hizo girar varias veces el documento entre los dedos para examinar el rostro desde distintos ángulos. Gruesas gotas de sudor le rodaban por la frente.

—La edad corresponde —respondió finalmente—, pero recuerdo a una mujer rubia. Aquí lleva un pañuelo.

—Vamos, señor Birbaki, haga un esfuerzo —pidió O'Neill—. Compare los dos rostros: el de su memoria y el de la foto.

El comerciante sudaba profusamente; le temblaban las manos. Dio vueltas a la foto en todos los sentidos y terminó por colocar el índice sobre la nariz de la mujer con pañuelo.

—Esta nariz me recuerda algo... Tenía una nariz muy aguileña. Como ésta.

—Entonces, ¿es ella?

—Podría ser.

Olivia mostró la foto al empleado.

—Y a usted, ¿le dice algo esta foto?

El empleado examinó a su vez el documento con cuidado.

—Se parece mucho a la señora que vino ayer por la mañana —dijo al fin—. Me acuerdo de ella porque no suelen venir muchas mujeres por aquí a alquilar furgonetas, y menos aún que dejen propinas de veinte dólares.

—¿Le dijo para qué necesitaba el vehículo?

—No. Me indicó que tenía que hacer unas compras y que estaría de vuelta a primera hora de la tarde.

—¿Iba sola? —preguntó Olivia.

El empleado manoseó su bigote durante largo rato antes de contestar.

—Creo que iba acompañada de un muchacho, un muchacho algo mayor que ella.

—¿Podría describirnoslo? ¿Observó algo especial en ese hombre?
—preguntó O'Neill.

—Oigan, ¿es esto un interrogatorio o qué? —se rebeló de pronto el empleado—. Si siguen así, tendré que llamar a mi abogado.

—Calma, amigo, esto no va con usted —lo tranquilizó O'Neill—. Sólo queremos saber quién alquiló la furgoneta. Le preguntaba si había observado algo especial en el muchacho que acompañaba a la mujer.

El empleado volvió a retorcer su bigote.

—¡Ah, sí! Recuerdo un detalle: me pidió que le encendiera el cigarrillo que llevaba en la boca.

—¿No podía hacerlo él mismo?

—No: era manco.

Los dos policías intercambiaron una mirada de complicidad.

—¿Árabes?

—No sé. Extranjeros, seguro; tenían mucho acento.

O'Neill examinó una vez más el permiso de conducir y preguntó:

—Sally Wonder, ¿le dice algo este nombre?

El empleado negó con la cabeza.

Olivia ya había abierto su móvil para llamar a información. La respuesta fue casi instantánea: «Lo lamento, señora. No hay nadie llamada Sally Wonder en Hackensack. En cuanto al número 1428 de la avenida Carrolton, es un templo presbiteriano.»

La joven federal colgó, decepcionada.

—El permiso es falso —dijo.

O'Neill volvió a examinar el contrato de alquiler. Éste indicaba que entre las nueve y cuarenta y cinco de la mañana y su regreso a las catorce y treinta, la furgoneta había recorrido cincuenta kilómetros. El garaje había facturado siete litros de gasolina, lo que correspondía exactamente al consumo para el kilometraje que señalaba el cuentakilómetros.

O'Neill se volvió hacia el plano de Nueva York que había colgado en el despacho.

—Señor Birbaki, ¿cuál es la distancia entre su almacén y este garaje?

—Alrededor de trece kilómetros —respondió.

—Perfecto —dijo O'Neill—. Y ahora, si consideramos los kilómetros recorridos, o sea, cincuenta, puede delimitarse un círculo...

En unos segundos, con la ayuda de un trozo de cuerda y un alfiler clavado en la dirección de Easy Rent, O'Neill trazó en el plano un

círculo de un radio de unos veinte kilómetros. El espacio englobaba los barrios de Flatbush y Brownsville en Brooklyn, de Ridgewood, Maspeth y Woodside en Queens, toda la isla de Manhattan hasta la calle Ciento Seis y, por último, una ancha zona de Nueva Jersey.

—¡No cabe ninguna duda! —exclamó Olivia, maravillada por los cálculos de su compañero—, el barril que buscamos se encuentra necesariamente en alguna parte dentro de este círculo.

O'Neill se contuvo para no abrazarla.

—¡Eres genial, querida! A tu lado, el viejo Hoover era un cabeza cuadrada (1). Vamos al puesto de mando para mostrarles a los agentes la zona que deben rastrear y la foto de esta mujer.

En el momento en que subían al Chevrolet vieron que llegaban tres coches llenos de investigadores y de material especializado. La brigada de explosivos, un equipo del laboratorio criminal del FBI con espectrómetros y otro del NEST con detectores de rayos gamma iban a someter a la furgoneta sospechosa a implacables exámenes, tomas de muestras y análisis susceptibles de confirmar la pista que O'Neill y Olivia habían descubierto. Sus trabajos llevarían varias horas.

La presencia de especialistas en investigación nuclear pertenecientes al NEST asombró a la joven federal.

—Dime, señor inspector ¿desde cuándo se busca un barril de cloro con contadores Geiger?

En unas horas, la enérgica intervención de Paul Anscom y la movilización militar de Ray Kelly, el ex coronel de los *marines*, ahora jefe de la policía de Nueva York, habían transformado el cuartel general de crisis instalado bajo el puente de Brooklyn en una colmena zumbante. Deseosos de hacer olvidar sus fallos anteriores al 11 de setiembre, los miembros del FBI se afanaban con especial dedicación. Cincuenta agentes se mantenían en contacto permanente con el nuevo centro de control terrorista de Washington que, desde diciembre de 2003, centralizaba todas las informaciones que aportaban el FBI, la CÍA, los agentes de seguridad de los transportes, el Departamento de Estado y el Centro Nacional de Actividades Criminales. En todo momento, esos agentes podían consultar la lista de individuos a los que les estaba prohibido volar en aviones comer-

(1) J. Edgar Hoover, fundador del FBI, que dirigió desde 1924 hasta su muerte.

ciales, o la de aquellos a quienes se les había negado el visado de entrada en Estados Unidos, así como la de todos los sospechosos fichados por sus actividades criminales o la de los que se suponía que mantenían vinculaciones con organizaciones terroristas internacionales como Al Qaeda y Hezbolá. Sus nombres y direcciones se transmitían por radio a los coches del FBI distribuidos por toda la región neoyorquina.

Otros agentes estaban en contacto permanente con el Servicio de Inmigración en Washington, así como con los funcionarios que analizaban las huellas digitales y las fotos de los extranjeros que desembarcaban en los aeropuertos. Cualquier pasajero de origen árabe que no se considerara inocente por el motivo que fuera era fichado, y a su expediente se añadía la etiqueta «Prioridad especial».

Campaban en el corazón de este dispositivo los principales responsables de la seguridad neoyorquina, empezando por el alcalde Michael Bloomberg que, apenas había vuelto de Washington, había tomado posesión de su puesto de mando en el estrado central. Con alivio comprobó la ausencia de cualquier coche de prensa y de televisión alrededor del viejo almacén donde se encontraba su cuartel general. El jefe de policía Kelly lo invitó a seguir la coordinación de las investigaciones en los muelles de Port Elizabeth / Port Newark. Los mapas que mostraban las treinta y ocho dársenas y los ciento veinticuatro kilómetros de muelles de la más vasta instalación portuaria estadounidense estaban pegados en inmensos paneles. Cada uno de los doscientos cuarenta muelles estaban catalogados en cuadros. Había listas con los nombres de los barcos que habían descargado mercancías procedentes de Oriente Medio o de otras regiones sensibles, así como su fecha de llegada. Equipos mixtos de policías y agentes del FBI, como el de O'Neill y Olivia, habían partido de inmediato tras las huellas de todos los contenedores considerados sospechosos.

El alcalde iba de una unidad a otra, alentando a los hombres y las mujeres involucrados en esa monumental batida. Una batería de altavoces transmitía sin interrupción el ruido confuso de las órdenes y de los informes de las diferentes operaciones.

—Romero 19 acaba de verificar las doce balas de pieles provenientes de Lattaquié que *Grace 3* descargó en el muelle 8 de Port Elizabeth. Ningún indicio de envío sospechoso oculto en la mercancía.

—¡Escáner 4! —Escáner era el nombre en código de los agentes de

aduanas—. Examine los dos contenedores de bidones de aceite de oliva llegados de Beirut para Exotic Supply, 1148 Washington Avenue, Brooklyn.

Al final de la mañana, esta titánica operación de búsqueda cambió súbitamente de dirección. Gracias al sensacional trabajo del inspector O'Neill y de su compañera, ya se conocían las señas exactas de dos individuos sospechosos de haber ocultado la bomba en Nueva York: un hombre con una mano amputada y una mujer de la que disponían de su fotografía. Era mucho más de lo que tenían al comienzo de otras investigaciones. De inmediato se hicieron miles de copias de las fichas con sus señas y la foto de la mujer, que se repartieron por todas las comisarías de la ciudad. Los agentes recibieron la misma consigna: «Olvídense de los atracadores, los carteristas, las infracciones de tráfico, los borrachos, los drogadictos, los proxenetas... y concéntrense en una única misión: encontrar a estas dos personas.»

Se trataba sobre todo de mostrar la foto de la joven a los vendedores de periódicos, a los empleados de los drugstores, a los camareros de los bares, a todas las cajeras de los autoservicios, las pizzerías, las hamburgueserías, a los vendedores de sandwiches y patatas fritas, a los encargados de los bares, a los camareros de los restaurantes, a los cuidadores de lavabos, a las muchachas de los vestuarios, a los dueños, empleados, vendedores, responsables de almacén y cajeros de todas las tiendas de alimentación, desde el colmado más modesto de Brooklyn hasta el supermercado más grande de Queens. Lo mismo debía hacerse con los vendedores ambulantes de perritos calientes y gaseosas, los cuidadores de los baños públicos y los encargados de los baños turcos.

Se les pidió a los policías de moral y costumbres que fueran a mostrar las señas a las prostitutas del West Side, a los salones de masaje de la Octava Avenida, a los sex-shops, a las casas de citas; mandaron a los hombres de Estupefacientes a ver a los drogadictos, aunque O'Neill dudaba de que terroristas de ese calibre fueran susceptibles de sucumbir a tentaciones tan alienantes. Colocaron policías en los peajes, a la entrada y la salida de puentes y túneles con la consigna de examinar a los pasajeros de cada vehículo. Se movilizó a los tres mil agentes de policía del metro con la foto de Nahed en las manos, ante cada torniquete.

La organización de todo este dispositivo provocó una áspera discusión, ya que el jefe Kelly y sus adjuntos se preguntaron si no sería conveniente informar a los medios de comunicación. Si la

prensa difundía la foto y las señas de los dos individuos, quizá ganaran un tiempo precioso. Para preservar el secreto y evitar cualquier riesgo de pánico y de evacuación masiva susceptible de anticipar la explosión de la bomba, el jefe Kelly tuvo la idea de presentar a los individuos buscados como los asesinos de dos motoristas de la policía de Chicago; sabía que los policías desplegaban su mayor celo en encontrar a los asesinos de sus compañeros.

Pero, a través de Andrew Card, la Casa Blanca impuso un veto formal a la idea de involucrar a la prensa en la búsqueda de los terroristas. El presidente estaba seguro de que Osama Bin Laden e Imad Mugnieh habían enviado a Nueva York a unos camicaces dispuestos a saltar por los aires con la bomba, y en ningún caso quería correr el riesgo de que, al verse en la primera página de los periódicos, desencadenaran la explosión prematura de su artefacto mortal.

—¡Han hecho un trabajo fantástico! —se maravilló Bloomberg ante el jefe Kelly.

El jefe de policía se creyó en la obligación de atemperar el entusiasmo del alcalde de Nueva York.

—Todas nuestras grandes investigaciones parten de una base como la operación que hemos puesto en marcha, señor alcalde y, con un poco de suerte, terminan por converger en un punto preciso. Pero con la condición de disponer de un poco de tiempo. ¡Y el tiempo es precisamente lo que nos niegan esos malditos terroristas!

El alcalde sacudió la cabeza.

—¡Conservemos la moral, Ray! Terminaremos por encontrar algún dato que nos conduzca hasta la bomba. —Sin embargo, cambió de opinión bruscamente—: Aunque sería una estupidez por nuestra parte confiar ciegamente en esa posibilidad. Tenemos que prepararnos para evacuar Nueva York con urgencia.

Desde el comienzo de la crisis, Michael Bloomberg no podía quitarse esa idea de la cabeza. A pesar de la amenaza de los terroristas de hacer explotar la bomba al primer signo de evacuación, no se resignaba a dejar condenados a muerte a sus ciudadanos sin darles, al menos a algunos de ellos, una posibilidad de escapar. Era un terrible dilema moral.

—Ray, ¿cuánto tiempo se necesitaría para evacuar Nueva York? —preguntó.

El jefe de policía titubeó.

—Veinticuatro horas por lo menos.

—El plazo fijado por los terroristas expira el viernes. Si mañana por la noche no hemos encontrado la bomba, habrá que iniciar la evacuación el jueves a primera hora —declaró el alcalde—. Existe un plan de evacuación de la ciudad, ¿no?

—Por supuesto —contestó Kelly—. Tiene el pomposo nombre de «Plan operacional de supervivencia para la zona blanco de Nueva York» y consta de más de doscientas páginas. Data de los tiempos de la guerra fría, cuando se temía un ataque termonuclear soviético. Nunca lo leí, y la mayoría de mis colegas no lo consideran viable. Voy a llamar al tipo que lo redactó, a ver qué puede decirnos.

Unos minutos más tarde apareció el funcionario en cuestión, que había llegado de Washington la noche anterior. Charles Morningside, de cincuenta y ocho años, tenía el aspecto bonachón y las mejillas sonrosadas de quien siente una especial inclinación hacia la ginebra. Responsable de Protección Civil en el Departamento de Seguridad Interior, su especialidad eran las formas de evacuación de las poblaciones en caso de amenaza nuclear. Había consagrado treinta años de su vida a su trabajo. La culminación de su carrera había sido la publicación, hacía unos veinte años, de un mamotreto de cuatrocientas veinticinco páginas titulado *Condiciones de reorganización de las poblaciones urbanas del corredor noreste de Estados Unidos*. El final de la guerra fría y la desaparición de la Unión Soviética no lo habían desanimado y había continuado con sus trabajos. Como presentía futuros peligros del terrorismo nuclear, se había convertido en el experto por excelencia en la evacuación de las principales ciudades estadounidenses, empezando por la gigantesca metrópoli neoyorquina.

El jefe Kelly condujo al alcalde, al experto en evacuaciones y a varios responsables hacia el estrado donde estaban desplegados los mapas a gran escala de Nueva York y su región.

—Señor Morningside, lo escuchamos —anunció, tendiendo un puntero al funcionario.

—Es inútil decirles que la evacuación de Nueva York representaría una empresa colosal —empezó el enviado de Washington—. El tiempo mínimo que hemos conseguido en nuestros simuladores para vaciar a toda la población es de tres días.

—¿Tres días? —exclamó Michael Bloomberg, volviéndose hacia el jefe de policía—. Pero yo creía que en veinticuatro horas...

—¿Veinticuatro horas? Ni lo sueñe, señor alcalde. Manhattan es una isla alargada. También debemos considerar la evacuación de varios suburbios que alcanzará la nube tóxica. Se trata de unos once millones de habitantes.

—¡Once millones! —repitió el alcalde, despavorido.

—La primera medida que hay que tomar —continuó el experto— es cerrar todas las vías de acceso y ponerlas en sentido único hacia el exterior. El problema es que sólo el veintisiete por ciento de los habitantes de Manhattan poseen coche. —Estadísticas, cifras, datos, Morningside se encontraba en su elemento—. El setenta y tres restante deberá huir por otros medios. Habrá que requisar los autobuses y los camiones. Por suerte, disponemos de metro. Habrá que atiborrar los vagones y lanzarlos por las vías exprés, ordenar a los conductores que vayan a toda velocidad. Habrá que enviar el máximo de personas posible en dirección al Bronx. La gente irá hasta la terminal y continuará a pie.

Desde hacía mucho tiempo, el experto lo tenía todo pensado y perfectamente calculado, incluido el hecho de que doscientos cincuenta mil habitantes podían negarse a partir sin llevarse sus perros, sus gatos, sus canarios y peces de colores y que medio millón de neoyorquinos no tenían maleta. Pero el plan estaba calculado para tres días, tres días de un éxodo planificado y ordenado, no de una carrera enloquecida hacia los puentes como la que el ultimátum de los terroristas podía imponer en menos de cuarenta y ocho horas.

—¿Y cómo piensa advertir a la población? —preguntó el alcalde.

—Por radio y televisión —respondió Morningside con calma—. Nuestros mensajes tienen que ser lo más concisos posible. La gente debe comprender que aplicamos un plan metódico, que nada se ha dejado al azar, que nos ocuparemos de ellos a la llegada, que se ha hecho todo lo posible para evitar el pánico.

El experto había llevado una serie de gráficos consigo. Les mostró uno en el que se leía: «LLÉVENSE.»

—Podemos mostrar este cuadro por la televisión para que la gente sepa qué tienen que llevar —explicó.

Los ojos del alcalde se abrían cada vez más a medida que el experto avanzaba en su demostración. El cuadro enumeraba una decena de artículos de primera necesidad que iban desde una caja de Tampax hasta un teléfono móvil, desde una botella de agua hasta unos calcetines. Luego Morningside le dio la vuelta el cuadro. En el reverso se leía «NO LLEVEN» y había una lista de tres artículos: armas

de fuego, estupefacientes y alcohol.

«¡Este tipo es genial! —pensó el jefe de policía, que conocía la realidad neoyorquina—. Ha anotado exactamente las tres cosas sin las cuales ningún habitante de esta ciudad pensaría irse en caso de urgencia.»

—¡Un momento, señor experto! —intervino entonces Michael Bloomberg—. Me parece que su plan de evacuación no tiene en cuenta un elemento esencial. Nueva York posee uno de los mejores sistemas de refugios antiaéreos del mundo. En lugar de evacuar a toda esta gente, ¿no se podría instalar por lo menos a una parte de la población en esos refugios?

Morningside sonrió. ¡Qué le iban a alabar el interés de los refugios neoyorquinos a un perro viejo de la protección civil como él! A lo largo de los años, los especialistas del ejército y del Departamento Municipal de Trabajos Públicos habían listado dieciséis mil sótanos y locales subterráneos capaces de acoger a seis millones y medio de personas. El presupuesto municipal y la ayuda federal habían tragado millones de dólares para equipar estos refugios con víveres y materiales aptos para asegurar la supervivencia de sus ocupantes durante catorce días. Incluso estaban provistos con contadores Geiger para que, al subir a la superficie, los supervivientes pudieran medir el nivel de radiactividad de las ruinas que hubiera por encima de sus cabezas.

—Por supuesto, señor alcalde —se apresuró a contestar Morningside, esos refugios constituyen un factor esencial del plan de supervivencia de la población neoyorquina.

—En ese caso, propongo que nos encontremos mañana por la mañana para examinar las modalidades de evacuación de ejecución inmediata —señaló Bloomberg.

Morningside asintió con la cabeza y salió con sus gráficos bajo el brazo. El jefe de policía se volvió hacia el alcalde. Aunque sólo habían trabajado juntos los últimos tres años, se tenían una estima mutua que en los momentos de crisis los autorizaba a tratarse con cierta familiaridad.

—¿Qué piensas de todo esto, Michael? —preguntó Kelly.

—Si quieres saber la verdad, Ray, he dejado de pensar... Más bien trato de rezar. Y me doy cuenta de que no estoy muy dotado para hacerlo.

Sin duda era el viaje de su vida, aunque bien es cierto que ya había volado con anterioridad a bordo de esa maravilla de la tecnología que era el *Air Forcé One*, el avión azul y blanco de los presidentes de Estados Unidos, un Boeing 747 especialmente acondicionado al que llamaban «la Casa Blanca volante». Pero siempre lo había hecho en compañía del jefe del Estado, del Ejército, de sus consejeros y de un enjambre de periodistas. Esa vez, Condoleezza Rice volaba sola a bordo para un viaje sin escala de quince horas entre la base militar de Andrews, cerca de Washington, y Karachi, la ciudad más grande de Pakistán. Mimada por la tripulación, que tenía mil delicadezas con ella, acostumbrada como estaba a servir al más alto personaje del país, pensó por un momento en el célebre programa «Reina por un día», que le encantaba cuando era joven. Pero su sentido de la historia la devolvió en seguida a acontecimientos más graves. ¿Acaso no había sido a bordo del *Air Forcé One* que los distintos presidentes de Estados Unidos habían recorrido el mundo entero para arreglar los problemas del mundo, como en el caso de Ronald Reagan, que había ido a Islandia para iniciar con Gorbachov el proceso histórico que desembocaría en el final de la guerra fría? ¿No había sido también en un habitáculo semejante, en la parte delantera de la cabina, que habían devuelto a Washington los despojos de John Kennedy después de la tragedia de Dallas? Aunque su padre le había repetido a menudo en su infancia que todo puede conseguirse a fuerza de valor y voluntad, «qué asombroso destino —pensó— para la descendiente de un esclavo de los campos de algodón de Alabama».

Cuando notó que el avión iniciaba el descenso se inclinó hacia la ventanilla y descubrió la inmensa ciudad pakistaní que se aglutinaba al borde del mar de Omán. Por supuesto, ignoraba que, por orden del presidente Musharraf, la base militar donde aterrizaría el *Air Forcé One* estaba en estado de alerta máxima. Se había colocado un cordón de seguridad alrededor de las pistas. Musharraf sabía que cientos de misiles Stringers y Sam-7 rusos habían desaparecido de Iraq antes de la invasión norteamericana. ¡Menuda tragedia si uno de ellos surgiera de repente en el cielo para alcanzar al avión del presidente de Estados Unidos en el momento en que aterrizaba en suelo pakistaní!

Apenas el aparato estuvo inmóvil apareció en la pista una limusina Rolls—Royce negra. Regalo de despedida de los colonizadores británicos al fundador de Pakistán Ali Jinnah, el augusto coche transportaba en la actualidad a los huéspedes importantes del País

de los Puros.

Enfundado en su impecable uniforme de oficial de la guardia, el coronel Lufti Gibran, ayudante de campo del presidente Musharraf, subió a la pasarela del avión para recibir oficialmente a la viajera. Llevaba un maletín en la mano.

Después de pronunciar las habituales frases de bienvenida y transmitir los saludos de su presidente, el oficial abrió el maletín no sin cierta turbación. De él sacó un chador negro, el largo velo con el que deben cubrirse las mujeres en los países de estricta obediencia musulmana. Para la seguridad de su insigne huésped, explicó, el presidente Musharraf consideraba esencial que su presencia en Pakistán se mantuviera en secreto. Y ninguna mujer entraba de su residencia de Karachi como no fuera vestida con el austero velo islámico. ¿La señora consejera del presidente de Estados Unidos aceptaría ponerse el chador que le había traído?, le preguntó.

Para alivio del coronel, Condoleezza Rice aceptó en seguida su petición.

—Por supuesto —asintió expresivamente, recordando que siempre había aceptado las costumbres de sus anfitriones.

El coronel apartó un momento la cabeza mientras ella se ponía el pañuelo y se lo anudaba en la nuca. Al ver que se le escapaban algunos cabellos, la invitó a ocultarlos, como prescribía la tradición islámica. Luego, retrocedió para admirar su metamorfosis.

—Felicidades, señora Rice —dijo—, podría pasar por una princesa mongola.

Nada en el mundo podría haber impedido que T. F. O'Neill hiciera los honores de su querida comisaría neoyorquina a su compañera. Pero fue una pérdida de tiempo. El vetusto lugar sorprendió a la joven federal, acostumbrada a las modernas instalaciones del FBI en Dallas. Le recordaba los puestos de policía del suburbio de México que había visitado durante sus clases en la Seguridad Federal.

—¡Oye, este lugar es tercermundista! —ironizó, señalando la pintura descascarada de las paredes, los viejos armarios metálicos, las máquinas de escribir antiguas y la vieja cafetera de la pobre cantina forrada con las fotos de los criminales más buscados de la zona.

O'Neill se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—¿Qué esperabas? —dijo—, el gobierno mueve miles de millones en Iraq pero, en la época de la informática, nuestros muchachos siguen redactando sus informes en máquinas de escribir de los

tiempos de Matusalén.

En ese momento, al fondo de su bolsillo, su móvil empezó a tocar los primeros compases de *Aída*. Todos sus inspectores estaban en misión en el exterior y la telefonista le había pasado la llamada a él.

—¿La comisaría de Manhattan Sur? —preguntó una voz de hombre—. Aquí la recepción del hotel New Yorker. Uno de nuestros empleados acaba de decirnos que vio en la habitación de un cliente todo tipo de aparatos extraños unidos por cables a una antena colocada en el borde de la ventana. Pedimos a un agente de seguridad que lo verificara y confirmó lo dicho. El cliente ha desaparecido desde hace dos días, pero dejó aquí todas sus cosas. Tal vez sería necesario que enviaran a alguien...

—¡No toquen nada, ahora mismo vamos!

O'Neill se volvió hacia Olivia Philips con el rostro transfigurado.

—¡El hotel New Yorker, en la calle Treinta y Cuatro y la Séptima Avenida, está en el centro de nuestro círculo! —se entusiasmó mientras aplastaba su índice sobre el mapa que cubría una pared de su despacho.

Olivia intentó calmar la excitación de su compañero.

—¿Han hablado de un barril?

—No. Pero eso no quiere decir nada. Tal vez hayan ocultado el barril en otra parte. Podrían hacerlo explotar a distancia mediante el envío de una señal desde esa habitación. Una antena en una ventana es para enviar señales, ¿no?

Olivia asintió.

Mientras hablaba, O'Neill marcó el número de la Brigada de Explosivos.

—Muchachos, hay una antena y aparatos sospechosos en una habitación del hotel New Yorker —se desgañitó—. Tendrían que ir con urgencia. Prevengan al NEST por si hubiera algo nuclear allí.

Con sus mil quinientas habitaciones, el New Yorker era uno de los hoteles más grandes del centro de Manhattan. Primero propiedad de la organización coreana del doctor Moon, en la actualidad pertenecía a la cadena Marriot. Sus precios moderados y su emplazamiento privilegiado atraían a una vasta clientela de turistas estadounidenses y extranjeros.

Excitado como un joven policía ante su primer gran golpe, O'Neill se puso la chaqueta y arrastró a Olivia a la escalera.

—¡Está a dos pasos de aquí!

El director del hotel esperaba a los policías a la entrada. En la

mano llevaba la ficha que había rellenado el cliente de la habitación.

—Es alemán —dijo—. Llegó el pasado viernes y reservó la habitación hasta el próximo viernes. Según su tarjeta de crédito, trabaja para una empresa de Hamburgo.

O'Neill se apoderó de la hoja en manos del director.

—¿Cuándo lo vio por última vez su personal? —preguntó.

—Anteayer por la mañana, según el equipo de recepción. Antes de desaparecer, colgó del pomo de su puerta el cartel de «No molestar». Nuestros empleados tienen orden de indicar las habitaciones en las que ese cartel está más de veinticuatro horas, por lo que la camarera del piso avisó al jefe de recepción, quien ayer por la mañana llamó al cliente para asegurarse de que no necesitara algo. Nadie contestó. Esta mañana el encargado del piso entró en la habitación. —El director habló de pronto con un tono molesto—: Sobre todo desde el 11 de setiembre la gente se inquieta por nada. Bastaría cualquier nimiedad para que se desencadenara el pánico en el hotel.

En ese momento el furgón de la Brigada de Explosivos llegó con un aullido de sirenas, seguido de una camioneta camuflada del NEST, el equipo de búsqueda de artefactos nucleares.

El director palideció a la vista de ese despliegue. La gente empezaba a amontonarse alrededor del establecimiento.

—¡Vamos, muchachos! —dijo en seguida O'Neill, arrastrando detrás de él a una media docena de policías de civil cargados con bolsas que contenían sus monos protectores y sus aparatos de detección. Uno de ellos llevaba un perro grande atado con una correa. El director escoltó al grupo hasta el piso 24. Los especialistas en explosivos se pusieron sus monos y el director utilizó su llave para abrir la puerta 2408 con precaución.

El espectáculo que ofrecía la habitación era realmente inquietante. Sobre un cojín, cerca de la ventana, había una caja metálica dos veces más grande que un magnetoscopio, capaz de contener un artefacto explosivo; varios cables la conectaban a una antena herciana fijada en el alféizar de la ventana. Otros aparatos, que parecían ordenadores portátiles, estaban diseminados por la habitación.

Los especialistas en explosivos avanzaron con extrema prudencia detrás del perro policía, que olisqueaba, uno tras otro, los diferentes elementos de la instalación sin manifestar la menor reacción que pudiera hacer suponer la presencia de explosivos. Los dos agentes del NEST entraron entonces en acción con sus contadores Geiger y

sus detectores de rayos gamma, que pasaron metódicamente alrededor de la caja central, de la antena y de los aparatos satélites. Ambos esperaban, con el corazón en un puño, las fatídicas palabras de «Rayos gamma, alarma 4», que indicaban la detección de radiaciones atómicas. Como ninguna señal sonó en sus auriculares, hicieron señas a O'Neill y a su compañera de que entraran en la estancia.

El inspector se arrodilló sobre la moqueta para examinar mejor la caja metálica de la que salían los cables unidos a la antena y vio una pequeña placa sobre la tapa.

—«Universal Time Code Generator», ¿saben qué quiere decir? —preguntó—. ¿Podría tratarse de un temporizador capaz de hacer explotar un artefacto oculto en las cercanías?

—¿O un temporizador capaz de sincronizar la explosión de varios artefactos a la vez? —aventuró un oficial de la Brigada de Explosivos.

Todos estuvieron de acuerdo en que la caja era lo suficientemente ancha y honda como para contener una masa explosiva de gran tamaño.

—¿Incluso una bomba atómica? —preguntó O'Neill.

—El hecho de que no hayamos percibido radiaciones no excluye esta posibilidad —indicó uno de los expertos del NEST—. Es suficiente con que la bomba esté envuelta en una funda de plomo para que nuestros detectores permanezcan mudos.

O'Neill hizo una mueca de disgusto y tendió a su compañera la ficha que había rellenado el cliente de la habitación.

—Baja a recepción y busca en internet si hay algo sobre la empresa de Hamburgo donde trabaja ese tipo. Nunca se sabe...

La joven federal volvió de su misión en menos de diez minutos. Su aspecto victorioso intrigó a sus colegas.

—Encontré la página web de esa empresa de Hamburgo —anunció—. ¡Es una fábrica de relojería! Parece que su modelo estrella es un reloj que se adapta automáticamente a los cambios de los husos horarios. Al parecer, el de Nueva York y el de la costa Este de Estados Unidos todavía no está integrado en el mecanismo de sus fabricaciones. Al parecer, el alemán vino a Nueva York para cubrir esa laguna. Instaló una antena en su ventana para captar el huso horario de la ciudad y registrarlo en su generador de tiempo universal.

Los policías se miraron, petrificados. Una viva decepción se reflejaba en sus rostros. No obstante, esa falsa alarma no debería haberlos sorprendido. Desde el 11 de setiembre, los teléfonos de las

comisarías de policía de Nueva York no dejaban de sonar. Paranoicos por los atentados y las amenazas de nuevas acciones terroristas que las autoridades anunciaban de manera constante, muchos neoyorquinos cedían con facilidad al pánico. Como sus colegas de otras comisarías de la ciudad, los doce inspectores de la brigada de O'Neill se agotaban a lo largo del día corriendo de una falsa alarma a otra. Pero las órdenes eran claras: había que verificar cada llamada.

En el campanario bizantino del monasterio de la Cruz de Jerusalén sonaban las campanas de las doce del mediodía cuando apareció el Mercedes blindado negro erizado de antenas del primer ministro israelí. El coche y sus dos vehículos de escolta dieron la vuelta al Knesset, el Parlamento hebreo, y se situaron en fila delante del triste edificio de estilo vivienda de protección oficial que albergaba a la Presidencia del Consejo en la capital de Israel. Un enjambre de periodistas y cámaras de televisión se precipitó hacia el coche. «¿Cuál es la razón de esta reunión extraordinaria del gobierno?», preguntó una voz, a la que en seguida se unieron otras.

Ariel Sharon hizo como que no entendía y se sumergió en medio de sus cuatro gorilas en el interior del edificio. Su gobierno al completo lo esperaba en el primer piso alrededor de la larga mesa con los extremos redondeados de la sala del Consejo. Por su semblante serio y su atuendo —traje azul oscuro, camisa blanca y corbata gris—, todos comprendieron que su primer ministro tenía algo importante que comunicarles.

El pequeño hombre rechoncho con papada paseó una mirada severa por los asistentes a la reunión. Luego, después de rozar con la mano la estrella de David que llevaba en el ojal, hizo pasar a sus colegas una copia del documento que le había dirigido el presidente de Estados Unidos. Esperó a que todos los presentes leyesen el resumen estadounidense de la crisis y el texto del ultimátum de los Guerreros de la Yihad, luego cruzó las manos sobre su carpeta verde y, eligiendo cuidadosamente sus palabras y ayudándose con algunas notas, expuso los principales puntos de su conversación con George W. Bush.

Como había anticipado, sus revelaciones provocaron una reacción de estupor absoluto. El primero en hablar fue el ministro de cejas enmarañadas que ocupaba la cartera de Defensa.

—Arik, has estado muy acertado al decirle a Bush que, si esa

bomba explota, no vacilaremos en transformar en polvo nuclear las poblaciones de la frontera noreste de Pakistán y de Baluchistán — declaró Shaul Mofaz con su voz estentórea—. Esas provincias son el vivero de los fundamentalistas islámicos más encarnizados del planeta. En las últimas elecciones todos votaron a los más fanáticos. Bin Laden y sus comandos asesinos, los talibanes y sus campos de entrenamiento, las madrazas que existen gracias al dinero saudí, las escuelas de odio wahabitas... Todo está allí y puedes estar seguro de que todos, allí, están detrás de este chantaje.

—Shaul, nuestros cohetes y nuestras bombas también pueden matar a millones de inocentes —protestó el ministro de Educación Ehud Levy, miembro del pequeño partido moderado Shinui—, y si eso ocurriera, todos los musulmanes de la Tierra nos maldecirían durante generaciones.

—¡Eso ya sucede ahora, mi pobre Ehud! —bromeó Mofaz.

No era muy frecuente que Ariel Sharon tuviera ocasión de ver a sus ministros enzarzarse de esa manera.

Se volvió hacia el responsable de Defensa y preguntó con gravedad:

—Shaul, ¿cuáles son los últimos datos que tenemos sobre los cohetes Shaheen II que los pakistaníes probaron hace un año? ¿Podrían alcanzar nuestro territorio en caso de un ataque pakistaní? ¿Tres o cuatro ojivas podrían...?

—Sin la menor duda —contestó Mofaz sin esperar a que Sharon terminara la pregunta—. Nuestras últimas informaciones indican un alcance de dos mil kilómetros, lo que les permite atacar Tel Aviv tranquilamente. Por nuestros contactos indios sabemos que los pakistaníes tienen unas cincuenta cabezas nucleares y es probable que otros tantos cohetes para transportarlas.

—Pero nuestro escudo antimisiles impediría que pasaran, ¿no es cierto?

—Teóricamente, ¡sí! —aseguró el ministro—. Los cohetes Patriot de intercepción que utilizamos durante la guerra del Golfo han sido modernizados. Como sabes, en la actualidad disponemos del sistema antimisil Arrow que hemos puesto a punto con los estadounidenses, las pruebas del cual han demostrado su eficacia. Pero, en realidad, nada es seguro. Nada puede garantizarnos al ciento por ciento que uno o dos Shaheen pakistaníes no alcancen Israel en caso de conflicto.

El rostro de Sharon se había ensombrecido de pronto.

—Shaul —masculló—, tenemos que prepararnos: Israel nunca debe correr ese riesgo.

Acto seguido, en la estancia resonó la voz bien conocida del hombre que estaba sentado debajo del retrato del padre del sionismo, Theodor Herzl. Ex primer ministro de Israel, rival político encarnizado de Sharon, halcón entre los halcones, Benjamin Netanyahu ocupaba el puesto poco envidiable en el marasmo económico del momento de ministro de Economía y Finanzas.

—Este abominable chantaje terrorista debe incitarnos a formar una piña y dejar de lado nuestras diferencias —exhortó—. No hay duda alguna: pone en peligro la existencia de nuestra nación. Si obedecemos a ese ultimátum asestaremos un golpe fatal a nuestra voluntad de existir.

—¡Benjamin, por favor! —protestó el moderado Ehud Levy—. Sabes tan bien como yo que la mayoría de este país se ha opuesto desde siempre a la existencia de esas colonias.

—En este caso no hablamos de esas colonias —replicó con viveza Netanyahu—, sino de la abdicación de Israel ante un chantaje terrorista.

—Benji, no es Israel lo que está amenazado, sino un millón de neoyorquinos —observó alguien.

—¡Pero es a nosotros a quienes piden que paguemos el precio de ese chantaje!

Entonces tomó la palabra un rabino ortodoxo que encarnaba la tendencia más extremista del gabinete. Avigdor Beibelman pertenecía a un pequeño partido ultrarreligioso que hacía mucho escándalo aunque tuviera un solo representante en el Knesset. Era ministro de Integración de los nuevos inmigrantes.

—Voy a decirles cómo resolver esta crisis —dijo, blandiendo delante de su barba de profeta bíblico el documento que reproducía el ultimátum de los Guerreros de la Yihad—. Convocamos a todos los medios y anunciamos que, si esa bomba estalla, meteremos a todos los palestinos de los territorios de Gaza en camiones y los deportaremos en masa a Jordania.

—¿Eso no nos pondría definitivamente al margen de las naciones, no nos dejaría sin nuestros últimos aliados? —se inquietó en seguida la segunda voz moderada del gabinete, la del ministro de Comercio.

—No tenemos aliados —repuso el rabino—. Nunca los hemos tenido. Desde los tiempos de los faraones hasta Hitler, nuestro pueblo siempre ha estado condenado por la historia a vivir solo.

Además, gracias a esos Guerreros de la Yihad habremos resuelto de una vez por todas el problema de Judea y Samaría.

Sharon aprovechó el murmullo de aprobación que provocaron las palabras del rabino para alzar la voz:

—Cualquiera que sea la intransigencia de nuestra posición — declaró con una firmeza que todos notaron—, debo recordarles que prometí solemnemente al presidente de Estados Unidos que mantendría este asunto en riguroso secreto debido a la amenaza con la que los terroristas han acompañado el chantaje. Espero de todos ustedes que me permitan respetar ese compromiso.

Paseó su mirada severa por los asistentes, que de pronto se habían quedado en silencio, pero un silencio que duró poco. Esta vez fue Netanyahu quien explotó:

—¡Arik! Los norteamericanos no merecen nuestra confianza — tronó—. Nos traicionarán. Al igual que Eisenhower nos traicionó en 1957, después de la guerra de Suez, cuando nos obligó a abandonar el Sinaí.

—Probablemente tengas razón, Benji —suspiró Sharon—. Veremos. Por el momento he ordenado al Mossad y al Shinbeth que colaboren con todas sus fuerzas con los responsables estadounidenses para ayudarlos a descubrir la bomba.

—¿Y qué vamos a decirles a los periodistas que se abalanzarán sobre nosotros para conocer las razones de este consejo excepcional? —se inquietó entonces uno de los ministros.

Sharon acarició lentamente su papada. Todos esperaban una aguda respuesta.

—Oh, díganles que hemos discutido un programa de salvación pública para resucitar nuestra industria turística, que está en quiebra —respondió con un guiño que hizo sonreír a todo el mundo. Luego, retomando la seriedad, concluyó en tono solemne—: Amigos, el objeto de esta reunión era informarles de la grave crisis a la que nos enfrentamos. Estamos todos de acuerdo en la manera de hacerle frente. Por tanto, voy a llamar al presidente de Estados Unidos para transmitirle nuestro pesar y decirle que está fuera de discusión que Israel acepte desmantelar las colonias de Cisjordania.

Condoleezza Rice esperaba la llegada del físico nuclear pakistaní con impaciencia, aprensión y a la vez curiosidad. ¿Qué tipo de hombre sería ese Oppenheimer islámico, ese sabio que sentía

debilidad por las rosas y la poesía y que, al mismo tiempo, había consagrado su vida a dotar a su pueblo del arma más terrorífica que se hubiera inventado? ¿Podría encontrar un campo de entendimiento, un medio de conjurar el horror que amenazaba a Nueva York? Había doblado cuidadosamente el chador negro y se había puesto un discreto traje chaqueta gris realzado con un hilo de perlas. Sabía que Abdul Sharif Ahmad no llevaba la barba de los islamistas y no era un estricto practicante de las tradiciones del islam. También sabía que vivía en esa misma casa de los huéspedes oficiales, donde el general Musharraf había hecho que le asignaran una habitación a su regreso de Corea, esperando que se encontrara una solución a la crisis que había provocado el robo de la bomba atómica pakistaní, un asunto en el que su responsabilidad estaba gravemente comprometida.

Para su gran alivio, Condoleezza vio entrar en la estancia a un hombre sonriente, de aspecto más bien cálido. Sus mejillas redondas y su espesa cabellera apenas grisácea lo hacían parecer más joven de lo que imaginaba. Intercambiaron algunas amabilidades en torno a una taza de té verde y un plato de bizcochos. Condoleezza felicitó al sabio por haber sido uno de los más eminentes colaboradores de Abdul Qadeer Kan, al que llamaban el «Oppenheimer pakistaní».

—¿Está familiarizado con la vida del padre de la bomba atómica?
—le preguntó.

—¡Por supuesto! —se apresuró a responder Ahmad—. He estudiado la historia del Proyecto Manhattan y la de sus principales arquitectos. Oppenheimer, naturalmente, pero también Fermi, Groves, Teller, Szilard...

Ésa era la entrada en materia que la consejera del presidente de Estados Unidos esperaba.

—¿Sabe que Oppenheimer era partidario de emplear la bomba A contra Japón? —le dijo.

Ahmad asintió con la cabeza.

—Pero cuando viajó a Japón y descubrió el infierno que había provocado, quedó horrorizado. Lamentó profundamente haber aconsejado su empleo. Fue una decisión que lo torturó y lo persiguió durante el resto de su vida...

—Y que hizo de él un adversario encarnizado de la bomba H —señaló Ahmad.

—¡Es cierto!

La calidez de este primer encuentro alentó a Condoleezza Rice a entrar de inmediato en el meollo de la cuestión.

—He traído un vídeo —dijo—. Si me permite, me gustaría mostrárselo. —La consejera estadounidense de Seguridad Nacional había pedido que instalaran en el salón de su suite un televisor de pantalla grande y un reproductor de vídeo.

—Por supuesto —aceptó el científico, que no dudaba de que durante cerca de media hora iba a ser agredido por una sucesión de imágenes insoportables de niños mutilados aullando de dolor, madres estrechando el cadáver de sus hijos o sus maridos, hombres que se habían vuelto locos en ese infierno. Ese documento filmado el 11 de setiembre de 2001 en Nueva York no mostraba los aviones estrellándose en sus blancos, ni las Torres derrumbándose, ni el montón de ruinas humeantes que cubrían la zona; en las imágenes sólo se veían las agonías individuales de seres humanos que habían sido víctimas de un acto terrorista. Ahmad parecía turbado.

—Este filme muestra los sufrimientos infligidos a miles de inocentes —observó la consejera de Bush—, pero si su bomba atómica estalla en la ciudad habrá que hablar de un millón de víctimas, doctor Ahmad.

El científico pakistaní movió tristemente la cabeza.

—Sí —reconoció.

—Este holocausto, doctor Ahmad, será el fruto de sus trabajos científicos —agregó en seguida Condoleezza—. ¿No cree que se verá invadido hasta el final de sus días, como Oppenheimer, por las visiones de horror que producirá?

—Sin duda —suspiró el físico pakistaní—. Esas imágenes son conmovedoras, pero sólo describen una cara de la tragedia, señora Rice. Existe otra cara del horror que me ha mostrado; una cara que ustedes, los estadounidenses, se han negado obstinadamente a ver. Nunca su CNN, o su Fox News, o ninguna otra de sus cadenas de televisión muestran a sus compatriotas la otra cara del horror. Porque se trata del martirio de un pueblo que no les interesa. Existen imágenes tomadas en Jenine, en Rafat, en Gaza, en Hebrón, por todas partes de la Palestina ocupada por los soldados judíos, que muestran casas aplastadas por tanques, niños masacrados por ametralladoras, mujeres y viejos mutilados por disparos hechos desde helicópteros, granjas y pueblos enteros destruidos por los cañones... Tómese el tiempo de sentarse un día para meditar con calma sobre esas visiones de pesadilla, señora Rice; la ayudarán a comprender cómo años y años de sufrimientos y humillaciones han podido desembocar en esta amenaza a la que hoy tiene que hacer frente.

—Doctor Ahmad —replicó la mujer, a quien el discurso del científico no había dejado insensible—, yo he visitado Palestina, me he entrevistado con los dirigentes del país...

—¡Por favor, señora Rice! —se enervó de pronto el pakistaní—. Estoy perfectamente informado. Algunas de mis fuentes se encuentran en el seno de su gobierno. Conozco la poca simpatía que usted, su vicepresidente y su colega Donald Rumsfeld, entre otros, sienten hacia los palestinos. Ustedes no son más que marionetas en manos de Ariel Sharon y su *lobby* judío. En julio de 2000, mucho antes del 11 de setiembre, usted intentó desacreditar a Arafat tratándolo de mentiroso e incapaz, y proclamó que Estados Unidos nunca lo consideraría un interlocutor válido.

—Arafat, en efecto, es un mentiroso —se defendió Condoleezza Rice. Constituye un terrible handicap a la vez para los estadounidenses y para los israelíes, pero sobre todo para el pueblo palestino.

Ahmad refunfuñó.

—¿Y la famosa hoja de ruta de su presidente para Oriente Medio? —replicó—. ¿Acaso no era la mayor de las mentiras? Ha bastado que el señor Sharon mostrara los dientes para que su presidente, y discúlpeme por la expresión, señora Rice, se bajara los pantalones de inmediato.

Condoleezza sentía que la conversación se desviaba en inútiles y estériles polémicas. Si no andaba con cuidado, corría el riesgo de que el científico pakistaní se levantara de su sillón en un acceso de cólera y saliera por la puerta. Había que intentar otra táctica, más peligrosa sin duda, pero tal vez susceptible de sacudir al interlocutor súbitamente huraño con el que se enfrentaba desde hacía unos minutos.

—Doctor Ahmad —dijo con suavidad—, según usted, ¿cuáles serían las consecuencias de la explosión de esa bomba en Nueva York? Imagino que los terroristas la harán estallar a la hora de la oración del viernes en Jerusalén.

—Como usted ha dicho, señora Rice, las consecuencias serán espantosas. Por eso debe conseguir que sus amigos israelíes proclamen públicamente su voluntad de abandonar la ocupación de los territorios palestinos.

—No hablo de las consecuencias en Nueva York —rectificó la mujer—, hablo de las consecuencias aquí, en Pakistán.

El científico pareció sorprendido.

—¿Conoce la expresión «represalias masivas»? —explicó ella—. ¿Qué cree que van a aconsejar al presidente Bush los que usted odia tanto, como el secretario Rumsfeld y el vicepresidente Cheney? ¡Borremos a Pakistán del mapa! Eso es lo que van a decirle.

Al ver crisparse el rostro de su interlocutor comprendió que había dado en el blanco.

—Déjeme agregar algo, doctor Ahmad. Sé cuál fue la reacción del primer ministro Sharon cuando le informamos del chantaje de los Guerreros de la Yihad. Oí su cólera, y el presidente también. Exclamó que la explosión de esta bomba en Nueva York provocaría por lo menos trescientas mil víctimas judías y que no dejarían ese crimen impune. Declaró que, si el presidente de Estados Unidos no aplicaba represalias atómicas inmediatas sobre Pakistán, él mismo se encargaría de hacerlo con las armas de Israel. Treinta, tal vez cuarenta millones de sus hermanos pakistaníes, a los que ha proporcionado el orgullo de entrar en el grupo de las grandes potencias por la posesión del arma nuclear, serán reducidos a polvo. ¿Es ése el final que desea para toda una vida de logros ejemplares?

El científico se hundió en su sillón con la cabeza entre las manos. ¿Cómo habían descubierto los norteamericanos que la bomba era pakistaní? Ese chantaje anónimo justamente debía impedirles saber contra quién ejercer represalias.

—¡Ayúdeme, doctor Ahmad! —repitió la consejera de George W. Bush—. Ayúdeme a salvar la vida de tantos inocentes, ya sean norteamericanos o pakistaníes. Ha visto en este vídeo las espantosas imágenes de esas madres desesperadas, de esos niños mutilados, de esos cuerpos despedazados. Imagine esas mismas escenas de horror filmadas en las ruinas de Karachi, de Rawalpindi, de Peshawar, en los campos devastados del Punjab, en los pueblos reducidos a cenizas de Baluchistán.

Condoleezza Rice se percató de que había conseguido conmover al científico. Estaba llegando a la meta.

—Como le dije por teléfono, señora Rice, ignoro dónde está escondida esa bomba —suspiró el pakistaní—. Tampoco conozco la identidad de los hermanos que la han introducido en su país. Lo único que puedo revelarles es que instalé un teléfono móvil sobre el detonador para poder desencadenar la explosión mediante una simple llamada telefónica. Conozco ese número de teléfono.

—¿Quién más lo conoce?

—El jeque Bin Laden... y tal vez también un jefe del Hezbolá

libanes llamado Imad Mugnieh.

—¿Bin Laden? ¿Mugnieh? —repitió la mujer sin mostrar su sorpresa. Era la primera vez que le confirmaban oficialmente la identidad de los instigadores del chantaje.

Condoleezza Rice trató de captar la mirada de su interlocutor. Quería arrancarle una última esperanza para Nueva York.

—Doctor Ahmad, ¿podría usted ponerse en contacto con Bin Laden para que habláramos con él? Aunque sólo exista una posibilidad sobre mil de convencerlo de que no desencadene esa tragedia, nunca nos perdonaríamos no haberlo intentado.

—No será fácil, señora Rice —suspiró Ahmad—. En principio, es complicado localizarlo, y luego hacerlo razonar. —Miró a la mujer a los ojos. Su mirada brillaba con una absoluta sinceridad—. Pero le prometo que lo intentaré —agregó.

El científico garrapateó varias cifras en un trozo de papel.

—Mientras espera, éste es el número de teléfono que permite hacer detonar la bomba a distancia —dijo—. Tal vez sus especialistas puedan impedir que Osama Bin Laden marque este número. ¡Pero, por el amor de Dios, señora Rice, nunca le diga a nadie lo que acabo de hacer! No solamente está en juego mi honor. ¡Se trata de mi vida! ¡Hasta pronto! *Inch Allah!*

—¡El presidente de Estados Unidos!

Ante el anuncio del oficial de *marines* encargado del protocolo, los hombres y las mujeres que se hallaban reunidos en la sala del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca se pusieron en pie. En contraste con la fatiga que se observaba en la mayoría de los rostros, George W. Bush se veía fresco y dispuesto. Los más cercanos a él sabían que con frecuencia tomaba una ducha fría durante el día, una costumbre que servía para despejarlo de inmediato. Pero esa tarde la amplia sonrisa del jefe del Estado se debía a otra razón.

—Señoras y señores —anunció—, Condoleezza Rice acaba de llamarme por la línea protegida del *Air Forcé One* después de despegar de Karachi. Su conversación con el doctor Ahmad ha sido un rotundo éxito. Después de algunas reticencias, su interlocutor terminó por mostrarse sensible a los argumentos que le había presentado. —El presidente sacó de su bolsillo una hoja de papel que desplegó delante de él con visible satisfacción—. En efecto, después de una hora de intercambios a veces intensos, parece que Condi lo

persuadió de que no puede asociar su prestigio internacional de sabio con un holocausto nuclear que produciría cientos de miles de víctimas inocentes. Sobre todo creo que se impresionó por una amenaza velada de represalias atómicas contra su país.

Ante estas palabras, una voz se alzó desde el extremo de la mesa. El protocolo indicaba que no debía interrumpirse la exposición del jefe del Estado, pero Milt Anderson, el jefe de la CÍA, no pudo contenerse:

—Señor presidente, sería un grave error interpretar con optimismo la actitud del doctor Abdul Sharif Ahmad —señaló—. Confíe en mi experiencia en el contacto con ese tipo de gente: si ha puesto esa bomba en manos de Osama Bin Laden es porque está convencido de actuar por la causa del islam. Créame cuando le digo que lo que podría hacer cambiar en unos minutos la opinión de un hombre como él no son las imágenes de los sufrimientos que los neoyorquinos padecieron el 11 de setiembre, ni el espectro de un castigo atómico contra sus compatriotas. A pesar del respeto que siento por la señora Rice, creo que se ha dejado engatusar por ese pakistaní retorcido.

La reputación de experto en el mundo islámico de que gozaba el jefe de la CÍA hacía que siempre su parecer fuera recibido con respeto. La mayoría de los participantes se quedaron helados con su intervención. Sólo George W. Bush conservó su amplia sonrisa; saboreaba la sorpresa que iba a darle a Anderson.

Cogió la hoja de papel que se encontraba delante de él y anunció:

—Señoras y señores, creo que podemos considerar resuelta esta terrible crisis. El doctor Ahmad ha aceptado ayudarnos a salvar Nueva York. Ha revelado a Condi que ha conectado un teléfono móvil en el sistema de encendido de la bomba. Él mismo le comunicó el número del aparato, al que basta llamar para desencadenar la explosión. Condi logró convencer al doctor Ahmad para que le diera ese número. Es éste —el presidente blandió la hoja de papel en la que todos pudieron ver, con trazos gruesos, las ocho cifras: 42 63 97 54—. Aparte del doctor Ahmad, sólo dos personas conocen este número: Osama Bin Laden y, tal vez, el jefe terrorista de Hezbolá Imad Mugnieh. Éste es el número de teléfono que debe marcar Osama Bin Laden el viernes en el caso de que los israelíes se nieguen a desmantelar todas sus colonias.

Una oleada de alivio casi palpable invadió de pronto la sala del Consejo de Seguridad. En plena euforia, el presidente se volvió hacia el joven representante con gafas de la Agencia de Seguridad Nacional, que se encargaba de interceptar llamadas telefónicas.

—Putnam —ordenó—, comuníqueme con urgencia este número a su director. Quiero que sea neutralizado de inmediato para que no pueda recibir ninguna llamada. Espero que su director me envíe dentro de diez minutos un informe al respecto.

Mientras el joven Putnam salía precipitadamente de la sala, el presidente retomó la palabra.

—Hemos tenido la suerte de poder resolver esta crisis —declaró con aspecto radiante—, pero habrá otras. Quisiera que aprendiéramos de ésta para prepararnos mejor en el futuro. —Se volvió hacia el vicepresidente—: Dick, ¿qué tiene que decirnos al respecto?

Dick Cheney reflexionó unos instantes antes de ponerse las gafas y mirar a los presentes. Luego empezó a hablar, pero en ese momento el joven Putnam irrumpió en la habitación. Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Señor presidente, nuestros servicios son categóricos —anunció, bajando la vista hacia la hoja de papel que tenía en la mano—. Por desgracia, no existe ningún método técnico de la NSA ni de ninguna otra de nuestras organizaciones capaz de impedir que una llamada telefónica llegue al teléfono móvil colocado en la bomba.

Con el paso de las horas, en el cuartel general de crisis instalado en Brooklyn la efervescencia se convertía en frenesí. Desde la llegada de la noticia de que el inspector O'Neill y su compañera habían encontrado la furgoneta usada para transportar la bomba, el jefe Kelly había hecho transformar la comisaría del inspector en puesto de mando de avanzada. Si los cálculos de O'Neill eran exactos, los terroristas habrían ocultado su artefacto mortal en la zona comprendida entre el East River y el Hudson y entre Central Park y Greenwich Village. Los federales que habían invadido la agencia de alquiler de vehículos Easy Rent después de que se hubieron marchado O'Neill y Olivia se empeñaron en examinar la furgoneta con la esperanza de encontrar indicios que permitieran reconstruir su recorrido desde el almacén de Charles Birbaki hasta su destino final. Desmontaron cientos de piezas y marcaron con rotulador rojo cada uno de los treinta y siete defectos de la carrocería —rozaduras, desconchados, abolladuras...—, algunos apenas visibles. Un equipo de análisis espectrográfico enviado desde Washington por avión examinó hasta la más mínima rayada. Los federales estudiaron los contratos de alquiler, encontraron a todos los que habían usado la furgoneta durante las últimas dos semanas y reconstruyeron con ellos sus itinerarios. Llamaron a la joven pareja que la había alquilado el

día anterior por la tarde, para saber si habían encontrado algo —una caja de cerillas, una servilleta de papel de un restaurante, un mapa, etc.— que pudiera aportar alguna pista sobre los lugares donde habían ido los terroristas. Analizaron la goma de los neumáticos con el microscopio para descubrir cualquier partícula que revelara el tipo de suelo por el que habían circulado o estacionado. Examinaron asimismo las alfombrillas en busca de fibras, polvo, restos procedentes de las suelas de los terroristas que pudieran orientar geográficamente la investigación... Nada se descuidó. Al saber que el día anterior se habían hecho trabajos de pintura en el puente de Brooklyn, los federales examinaron con lupa cada centímetro cuadrado de la carrocería, ya que algún rastro de esa pintura probaría que los terroristas habían transportado la bomba a Manhattan.

Por su parte, los equipos de búsqueda de explosivos nucleares pasearon minuciosamente sus contadores Geiger y sus detectores de rayos gamma por cada centímetro cuadrado de la carrocería.

Sin embargo, la exhaustiva investigación no consiguió aportar ninguna pista capaz de orientar las investigaciones en otra parte que no fuera el círculo que habían propuesto el inspector O'Neill y su compañera. El jefe Kelly decidió, pues, lanzar el grueso de sus fuerzas al corazón de esa zona, que englobaba la mayoría de los lugares importantes de negocios, turismo, deporte y ocio, como el Empire State y el Chrysler Building, el Rockefeller Center, Madison Square Garden, Times Square, Penn Station, y otros tantos sitios susceptibles de ser atacados prioritariamente por terroristas fanáticos.

Para los cientos de inspectores y de federales que ya se desplegaban hacia ese alucinante puzzle de torres y construcciones, el desafío era colosal. Aunque no lo era menos para el inspector O'Neill, que había convencido al jefe de policía de que dejara que él y sus hombres peinaran el territorio que mejor conocían, las calles y las avenidas del Medio Manhattan, escenario habitual de la mayoría de sus casos criminales. En esa zona, en multitud de aquellos edificios de aspecto respetable se ocultaban talleres de falsificación de artículos de lujo y pirateo de DVD y vídeos, escondites de obreros clandestinos, hoteles miserables y tiendas de mercancías robadas. O'Neill y sus hombres sabían mejor que nadie que encontrar allí un cuarto, un estudio, una buhardilla o un sótano para ocultar un artefacto mortal era un juego de niños.

En medio de los incesantes timbres de los teléfonos y los berridos de los responsables que gritaban órdenes, nadie oía el altavoz que estaba colocado en la mesa de conferencias del cuartel general de Brooklyn. Horrorizado, Michael Bloomberg supo en seguida que quien estaba al aparato era el presidente, que llamaba desde Washington. De inmediato hizo que le pasaran la comunicación a su despacho.

—Señor presidente, aquí estamos todos en un estado próximo a la histeria —se disculpó—. Creemos haber delimitado la zona donde podría encontrarse la bomba.

Todavía bajo el *shock* de saber que su país, el más avanzado del mundo desde un punto de vista tecnológico, no podía impedir el paso de una simple comunicación telefónica, George W. Bush veía que la única posibilidad de salir de aquella situación era que todo el mundo trabajara a marchas forzadas.

—Michael, debemos encontrar esa bomba lo antes posible —conminó—. Nuestra única esperanza de impedir su explosión acaba de desvanecerse.

David Graham, jefe de las brigadas del NEST, estaba sentado junto al alcalde de Nueva York. Con un gesto le indicó que quería responder al jefe del Estado.

—Perdóneme que intervenga, señor presidente, pero creo que se equivoca. Sí es posible impedir que una llamada llegue al teléfono que está conectado a la bomba. Basta con encerrar ese teléfono en una jaula de Faraday. Se trata de un estuche común de cobre cuya propiedad es la de impedir el paso de todas las ondas electromagnéticas.

—Pero para utilizar esa jaula de...

—... Faraday, señor presidente.

—... primero hay que encontrar la bomba, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Pero cuando la descubramos, por lo menos podremos intentar neutralizar el aparato telefónico destinado a dar la orden de encendido. Llamaré de inmediato al laboratorio de Livermore. Durante la noche deberíamos recibir varios escudos de cobre capaces de envolver un teléfono móvil en una jaula de Faraday. Con la condición, claro está, de que hayamos podido acceder a la bomba, señor presidente. El acercamiento a semejante artefacto explosivo será una operación extremadamente delicada y peligrosa, porque es de suponer que los terroristas estarán dispuestos a todo para defender su bomba, incluso a accionar ellos mismos el detonador para hacerla estallar si sienten que van a ser descubiertos, aun a costa de su propia vida.

George W. Bush soltó un suspiro. Después de la esperanza que había suscitado la llamada de Condoleezza Rice desde el *Air Forcé One* y del posterior desengaño que supusieron las explicaciones de la NSA, esa difícil jornada, a pesar de todo, acababa con una nota reconfortante. Si encontraban la bomba, podrían impedir que Bin Laden ordenara por teléfono su detonación.

El presidente echó una ojeada a su reloj. Dentro de unos minutos, el *Air Forcé One* aterrizaría en la base de Andrews. Al menos, Condoleezza y él podrían relajarse unos instantes viendo la revancha de los Astros por televisión.

Una joven pareja se apresuraba bajo la lluvia que hacía brillar las aceras de la Sexta Avenida. Jimmy Burke, de veintiséis años, jefe del programa informático en Dell Computers, y su novia alemana, Ingrid, se dirigían al Carnegie Hall a escuchar el coro de la Filarmónica de Bremen, ciudad natal de la joven. Charlaban alegremente mientras comían las galletas de la caja que llevaban para calmar el hambre antes del concierto. Pasaron bajo una luz que iluminaba violentamente un contenedor de basura en la esquina de la calle Treinta y Ocho.

—¡Cariño, espera! —exclamó de pronto Jimmy, arrojando por encima de su cabeza la caja vacía de galletas en dirección al contenedor como un jugador de baloncesto lanza la pelota a la canasta.

La caja atravesó la calle pero cayó fuera del contenedor.

—¡Fallaste! Todavía no eres digno de los Harlem Globe Trotters —exclamó Ingrid, riendo.

La joven cruzó la calle para recoger la caja y tirarla al contenedor. Al inclinarse por encima del recipiente atrajo su mirada algo que brillaba en medio de un montón de periódicos viejos. Llamó a su novio. Jimmy hundió la mano y sacó un teléfono móvil. Examinó el aparato: era un Nokia último modelo.

—Parece nuevo pero no tiene batería —comprobó—. Mañana compraremos una y tal vez pueda servirnos para llamar a tu madre a Alemania.

7

Washington, Nueva York, Jerusalén

Día D menos dos

El presidente de Estados Unidos empezó esa cuarta jornada de crisis con la inevitable lectura del informe que la CÍA había preparado durante la noche. Pero esa mañana nada podía retener su atención en el legajo azul que le había dejado en su mesa el fiel secretario general de la Casa Blanca, Andrew Card. Con los cabellos todavía húmedos por la ducha helada que acababa de tomar para despejarse, George W. Bush parecía dispuesto. Sin embargo, no era ése el caso de su vicepresidente Dick Cheney, del secretario de Estado Colin Powell, de su colega de Defensa Donald Rumsfeld, ni del jefe de la CÍA Milt Anderson, que entraron en el Despacho Oval con el rostro deshecho a causa de la inquietud y la falta de sueño.

Condoleezza Rice llegó muy predispuesta. La media vuelta al mundo a doce mil metros de altura y las veinte horas de diferencia horaria en menos de tres días no habían alterado lo más mínimo su habitual frescura. Con una blusa de seda negra adornada con un hilo de perlas y un elegante traje pantalón de color beige que solía llevar en ocasiones, parecía más una redactora de *Vogue* que la funcionaria más influyente del gobierno de Estados Unidos.

—Como saben, Condoleezza no dudó en ir a Pakistán a discutir con el diablo para buscar un medio de salir de esta crisis —declaró enseguida George W. Bush—. Como también saben, consiguió que el científico nuclear le revelara el número del teléfono que él mismo había conectado a la bomba que los Guerreros de la Yihad habían escondido en Nueva York. Por desgracia, a pesar de los miles de millones de dólares que hemos invertido en estos últimos años en las actividades de la Agencia de Seguridad Nacional, ésta es

técnicamente incapaz de impedir que una llamada llegue a ese aparato. Esta lamentable realidad en nada disminuye la hazaña que ha realizado Condi, ni el hecho de que su viaje pueda generar otros resultados positivos. Condi, le cedo la palabra.

Con su voz más bien suave y reservada, la mujer relató detalladamente a sus colegas su sorprendente encuentro con el científico que había puesto una bomba atómica en manos de los Guerreros de la Yihad. Por supuesto, no dudaba de que la presión del presidente Musharraf había contribuido a suavizar la posición de su interlocutor, como también la amenaza velada de las terribles represalias que corría el riesgo de sufrir Pakistán si la bomba estallaba en Nueva York.

—Para mí, lo más importante es mi convicción de que el doctor Ahmad tiene la posibilidad de ponerse en contacto con Osama Bin Laden —declaró—. Lo hice prometer que utilizaría esa posibilidad para permitir que nos comuniquemos con él. Creo que sería un paso decisivo hacia una solución pacífica de la crisis.

—Bravo, Condi —aprobó calurosamente el presidente—. La idea de negociar con Bin Laden tal vez sólo sea una ínfima luz de esperanza, pero, al menos, existe. Y es la única luz de esperanza que entreveo esta mañana.

—En efecto, es la única, señor presidente —reconoció la consejera de Seguridad Nacional—. En el momento en que el doctor Ahmad nos haga saber que Osama Bin Laden se muestra dispuesto a entrevistarse con nosotros, sepa que estoy preparada, si usted así lo decide, a tomar inmediatamente el avión para...

Mientras ella hablaba, Milt Anderson percibió las vibraciones de su móvil en el bolsillo de la chaqueta y lo abrió; era su adjunto, que lo llamaba desde Langley, el cuartel general de la CÍA. Lo que le anunció era tan grave que Anderson no dudó en alzar la mano para pedir la palabra.

—Señor presidente, nuestra estación de Islamabad acaba de informarnos de que el físico nuclear Abdul Sharif Ahmad ha muerto esta noche en un accidente de tráfico cerca de Waziristán, en la provincia fronteriza del noroeste —dijo—. Según nuestros agentes, las circunstancias del accidente son altamente sospechosas. Están inspeccionando el lugar.

—¡Es un asesinato! —afirmó en seguida Condoleezza, trastornada.

—¡Adiós a nuestra luz de esperanza! —exclamó Bush, agobiado.

Un pesado silencio cayó sobre los presentes. Cada uno medía la

tragedia que representaba la muerte del único mediador que, tal vez, podría haber impedido lo inevitable.

—Llaman a Paul Anscorn a Nueva York —ordenó al fin el presidente, ansioso por saber si la búsqueda para descubrir la bomba había progresado desde la noche anterior.

Unos segundos más tarde, el rostro cansado del responsable de la Seguridad Interior apareció en la pantalla de videoconferencia del Despacho Oval.

Anscorn explicó las diferentes operaciones en curso, pero todos percibieron que el tono de su exposición no denotaba un optimismo excesivo. Hasta esa mañana, los miles de fotos y de datos de los presuntos terroristas distribuidos por la ciudad sólo habían conducido a los investigadores a una docena de pistas falsas.

—Tenga confianza, señor presidente —pidió, sin embargo, Anscorn—. Todas nuestras fuerzas participan en la batalla. ¡Encontraremos esa bomba!

—¡Encontrar la bomba! —Bush consultó su reloj—. Apenas quedan cuarenta y ocho horas para que expire el ultimátum —se impacientó—, y seguimos en el punto de partida. Nadie con quien negociar; ninguna pista verdadera de la bomba... ¡Hay que hacer algo! ¡Dios mío, hay que hacer algo! Pero ¿qué?

Nahed Jihari se volvió discretamente para asegurarse de que nadie la observaba mientras descolgaba uno de los teléfonos públicos instalados en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Treinta y Dos. La joven palestina ignoraba que miles de copias de su fotografía circulaban en ese momento por la ciudad. Puso una moneda de veinticinco centavos en la ranura y marcó el número que le había dado Imad Mugnieh antes de su partida de Beirut. No tenía la menor idea de la identidad de la persona a la que llamaba, ni tampoco sabía por qué la llamaba. Todo lo que tenía, aparte de ese número, era una contraseña que también le había proporcionado Mugnieh, la misma que había utilizado para hacerse reconocer, disfrazado de mujer, a su llegada a Karachi.

El teléfono sonó mucho tiempo antes de que respondiera una voz de hombre.

—*Seif* («sable») —dijo Nahed.

—*Al Islam* («del islam») —respondió el hombre.

—Puede empezar su operación —agregó ella antes de colgar.

El palestino con el rostro picado de viruela que había contestado era un miembro de la red de apoyo que Al Qaeda había creado en Nueva York después de los atentados del 11 de setiembre. Después de recibir la llamada se dirigió inmediatamente a un colmado libanés de Atlantic Avenida en Brooklyn y entró en la trastienda. Otros dos palestinos lo esperaban. Ninguno sabía quién había telefoneado ni de dónde procedía la llamada. Sólo les habían dicho que esperaran junto al teléfono todos los días a mediodía la orden que acababan de recibir.

El hombre con el rostro picado de viruela abrió el horno de una vieja cocina, sacó un recipiente de plomo del tamaño de un maletín, cortó metódicamente las cuerdas que lo cerraban y lo abrió. El interior estaba dividido en dos partes. En una de ellas había una colección de anillos de plástico del tamaño de una alianza. El otro contenía varias hileras de cápsulas oscuras del tamaño de un comprimido de aspirina. Los tres hombres empezaron a colocar con cuidado una cápsula en cada anillo. Luego abrieron el primero de los tres cestos apilados en un rincón de la habitación y sacaron una paloma; no una paloma mensajera, sino un ave gris muy común como las muchas que se pueden ver en Nueva York, París o Viena. Le fijaron un anillo en la pata, volvieron a meter al animal en su jaula y repitieron la operación con cada una de las sesenta palomas que estaban encerradas en los tres cestos.

Apenas todas tuvieron su anillo, el palestino del rostro marcado de viruela estrechó a sus dos compañeros entre los brazos, y emocionado y orgulloso, ordenó:

—Id a pasear por toda la ciudad y soltad una paloma cada cinco minutos. ¡Los policías se volverán locos! *Ma Salameh!* ¡Muy pronto en Jerusalén! *Inch Allah!*

El registro del centro de Manhattan, donde durante el día trabajaban más de un millón de personas, empezó con un montón de incidentes. En la esquina de la Décima Avenida y la calle Treinta y Cuatro, un sector conocido por la policía porque ocultaba numerosos talleres clandestinos, el jefe de inspectores O'Neill y su compañera

Olivia irrumpieron en una reunión de drogadictos. Una decena de ellos, tumbados en colchones, planeaban ya en su nirvana, mientras que los otros, armados con jeringuillas, se disponían a unírseles. El inspector y la joven federal atravesaron rápidamente la habitación, aplastaron las jeringuillas con los pies, confiscaron las papelinas de heroína y las piedras de crack y desaparecieron dando un portazo ante la atónita mirada de los yonquis. En otros lugares los policías se encontraron con multitudinarias orgías sado-masoquistas. Los protagonistas, casi todos ejecutivos y empleados que trabajaban en los despachos de los alrededores, enloquecidos ante la idea del escándalo, huyeron semidesnudos por las ventanas y las escaleras de incendio.

Otros equipos interrumpieron encuentros más románticos, escenas conyugales, peleas o atracadores en plena faena que quedaron asombrados al oír que sólo les pedían que desaparecieran a todo correr.

O'Neill había ordenado a varios policías de su brigada que se dirigieran hacia los numerosos y sórdidos hoteles del barrio que frecuentaban una fauna de inmigrantes sin papeles que quizá podrían ayudar a los terroristas. Uno de esos hoteles, el Culver, en la calle Cuarenta y Tres, era propiedad de unos pakistaníes. La irrupción de O'Neill y de Olivia en el establecimiento hizo que cundiera el pánico entre los clientes. Como por arte de magia, el suelo se cubrió de los objetos más variados: revólveres, navajas, móviles, hachís, tarjetas de crédito... O'Neill y Olivia confiscaron las armas y los móviles, tiraron la droga a los retretes y se dirigieron a registrar las distintas plantas del edificio.

Como muchos apartamentos del barrio estaban vacíos porque sus ocupantes estaban trabajando, llamaron a los «arietes» de la policía municipal, grandes tubos de acero llenos de hormigón capaces de derribar las puertas más resistentes.

A pesar de la psicosis que existía en la ciudad por el miedo a sufrir nuevos atentados, algunos inquilinos apelaban a sus derechos civiles para negarse a cualquier inspección, aunque los agentes tuvieran una orden de registro. Telefoneaban a sus abogados, amotinaban a los vecinos y provocaban aglomeraciones.

—En esta ciudad siempre hay que hacerlo todo con guantes — explicó O'Neill a la joven federal, asombrada de que algunos neoyorquinos pudieran temer más las incursiones de la policía que las amenazas terroristas.

Era el dilema más patético al que Michael Bloomberg, el alcalde de Nueva York, había tenido que enfrentarse en toda su vida. Tenía que abandonar momentáneamente el cuartel general de crisis de Brooklyn para efectuar un reconocimiento aéreo de las vías de evacuación de Nueva York en compañía del jefe Kelly y de Charles Morningside, el experto de Protección Civil. Pero antes de sobrevolar su ciudad debía encontrarse en su despacho con una de las dos personas que más le importaban en el mundo.

Emma Bloomberg, de veinticinco años, era su hija mayor. Tenía los mismos ojos azules ligeramente almendrados que él, el cuello largo y unos miembros tan finos como las mujeres de los retratos de Modigliani. Diplomada como él en la Business School de Harvard, había desestimado tentadoras proposiciones en el mundo de las finanzas para trabajar junto a su padre en el City Hall. Si la policía no encontraba la bomba antes de que expirara el ultimátum de los terroristas, estaba destinada a morir con él y con otros cientos de miles de neoyorquinos.

Michael Bloomberg había elegido libremente quedarse en la ciudad y seguir la suerte de sus conciudadanos. Sin embargo, ¿acaso su decisión no le daba el privilegio de salvaguardar a su hija? Pero ¿cómo? ¿Tenía derecho a compartir con ella el terrible secreto del que era depositario debido a su cargo? Durante toda la noche, había estado dando vueltas en la cama, torturado por esta insoportable pregunta. Debía encontrar un pretexto para que ella abandonara la ciudad sin verse obligado a revelar la aplastante responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

—Emma —le dijo después de besarla tiernamente—, tienes ojeras y aspecto de agotada. ¿No estarás jugando con tu salud al salir todas las noches hasta horas imposibles?

La joven miró a su padre, asombrada. ¿A qué venían esos reproches cuando precisamente se sentía en forma y más bien guapa esa mañana? En los últimos tiempos se había acostado mucho antes de medianoche. Y nunca antes en su vida su padre le había hecho esa clase de observaciones.

—Querida, necesitas cambiar de aires, hacer deporte, tomar el sol. ¿Por qué no vas a relajarte a Florida, a casa de tu madre, hasta que vuelvas a tener buena cara?

—¿A casa de mamá? —se asombró Emma, que sabía hasta qué punto su padre reprobaba la vida desordenada que llevaba su ex esposa.

Se levantó y rodeó el escritorio para ir junto a él.

—Papá, ¿qué pasa? —murmuró, acariciando tiernamente sus cabellos ondulados—. ¿Por qué quieres que deje Nueva York?

Sacó un pañuelo de papel y le secó las gotas de sudor que le perlaban las sienes. Luego le preguntó:

—Papá, dime, ¿vuelve a empezar? ¿Un nuevo 11 de setiembre?

Un largo silencio siguió a la pregunta.

—Emma, querida, hay cosas que no se pueden revelar sin faltar al código de honor —terminó por reconocer Bloomberg—. Pero lo que puedo decirte es que me sentiría muy aliviado si aceptaras marcharte unos días de la ciudad.

Sus cabezas se volvieron al mismo tiempo hacia una foto que había en un marco de plata en una punta del escritorio. En ella se veía a Georgina, la hermana menor de Emma, montada en su caballo *Romeo*, con el que debía participar durante toda la semana en un concurso hípico en Bridgehampton, en Long Island, a ochenta kilómetros de Nueva York.

—Y tú, papá, ¿qué vas a hacer?

—No tengo elección. Debo quedarme aquí, con los neoyorquinos.

—En ese caso, yo también. He aceptado esta misión en el City Hall para servir a Nueva York a tu lado. Papá, me quedo contigo —declaró Emma.

Más de un centenar de furgonetas del NEST con las insignias de las sociedades Hertz y Avis patrullaban en ese momento Manhattan y los barrios de Brooklyn y Queens. Aunque nada pudiera distinguirlos de los auténticos vehículos de reparto, esas furgonetas en realidad eran verdaderos laboratorios científicos con los más modernos aparatos de detección que había logrado la ciencia nuclear. Cuatro minúsculos discos metálicos y una antena fijados en el techo permitían detectar la más mínima emisión de rayos gamma producida por plutonio o uranio altamente enriquecido. Pero, sobre todo, en cada vehículo había un ordenador capaz de determinar el tipo de isótopos detectados y eliminar las decenas de radiaciones inocuas que suele haber en una vasta aglomeración.

Helicópteros pertenecientes a la organización y con el logo de sociedades imaginarias daban vueltas por encima de la ciudad en busca de radiaciones que emanaran del techo de los edificios.

David Graham, el director del NEST, dirigía la operación desde su puesto de mando, instalado en una de las dependencias del cuartel general de crisis de Brooklyn. Fumando un cigarrillo tras otro, el

científico sabía que se encontraba en la situación de quien busca una aguja en un pajar. Con el material de tecnología punta del que disponía estaba seguro de que sus equipos terminarían por descubrir la bomba de los Guerreros de la Yihad. Para él, como para miles de policías y agentes del FBI dedicados a esta búsqueda monumental, todo era una cuestión de tiempo.

De pronto, una voz crepitó en el altavoz por encima de su cabeza:

—Señor Graham, uno de sus helicópteros está captando radiaciones.

Graham agarró rápidamente el micrófono que lo conectaba con ese helicóptero.

—¿Qué registran? —preguntó al técnico a bordo del aparato.

—¡Noventa mil millones!

El físico soltó un silbido de admiración. Se trataba de una emisión considerable, tanto más cuanto había atravesado varios pisos antes de llegar al techo del edificio y que el helicóptero la captara.

—¿Dónde está?

—Por encima de un grupo de viviendas de protección oficial en la esquina de la Avenida Once y la calle Veintiocho, a una manzana del Hudson.

Graham encontró en seguida el lugar en el mapa.

—Márchese cuanto antes de ahí para que no lo descubran —ordenó al piloto—. Mandaré de inmediato a varias de nuestras furgonetas al lugar.

Después de haber dado sus instrucciones, se precipitó hacia el coche camuflado que lo esperaba en el patio. El policía neoyorquino que le servía de chófer arrancó a toda prisa en dirección a Manhattan.

—Ese edificio lo construyó el ayuntamiento, ¿no? —le preguntó.

Antes de que el policía tuviera tiempo de responder, Graham agarró el micro y llamó a su puesto de mando.

—Vayan en seguida al ayuntamiento a buscar los planos de los edificios construidos en la esquina de la Avenida Once y la calle Veintiocho —ordenó—. Llévenmelos allí.

Graham reconoció sin dificultad a la muchacha bronceada que salía de la primera furgoneta que había llegado al lugar.

Gladys Simpson, especialista en rayos gamma, doctora en física nuclear, trabajaba en el laboratorio californiano de Livermore. Estaba

casada, tenía dos hijos pequeños y su piel brillante —Graham lo sabía— se debía a la práctica intensiva de la escalada en las pendientes de sierra Morena.

—Debe de venir de arriba —declaró, levantando los ojos hacia la masa compacta que se recortaba contra el cielo—. De los últimos cinco o seis pisos.

—Es posible —asintió Graham.

Por lo que había podido deducir de los planos del ayuntamiento, en el grupo de edificios había ochocientos apartamentos, en los que vivían más de cinco mil personas.

—¡Registrar este grupo sin provocar una revolución va a ser complicado! —protestó la joven californiana.

—Sólo registraremos los últimos seis pisos de cada edificio —indicó Graham—. No hay posibilidad de que las radiaciones captadas por el helicóptero hayan podido llegar de más abajo.

Gladys se ajustó la mochila que contenía el detector de radiaciones. Bajo el bronceado, parecía haber palidecido.

—¿Nerviosa? —se inquietó su jefe.

La joven asintió con la cabeza. Graham le dio una palmadita en el hombro.

—No te preocupes, encontraremos esa maldita bomba. ¡Nuestra primera bomba!

—¿La bomba? ¡No tengo miedo de la bomba! Mi miedo es que ahí arriba un tipo saque un cuchillo y me salte encima.

Los policías de la división nuclear no iban armados. Graham llamó a un agente del FBI de civil.

—Él te acompañará —la tranquilizó.

El jefe de las brigadas del NEST designó equipos para los seis últimos pisos de los otros tres edificios y la joven californiana se puso en camino.

Fue la primera en terminar la inspección de su inmueble. Su detector no había captado la menor radiación, ni siquiera la emanación común de las agujas fosforescentes de un despertador. Los otros equipos no tardaron en volver, también con las manos vacías.

—¡No lo entiendo! —tronó Graham—. Hace un momento había aquí un festival de fuegos artificiales, y ahora no encontramos ni una chispa... ¡Que vuelva el helicóptero! —ordenó.

Unos minutos más tarde percibió el zumbido del aparato que se acercaba.

—Póngase exactamente encima del lugar donde captó las radiaciones —le indicó al piloto—. ¡Dígame qué registra!

—David, las radiaciones han desaparecido —exclamó el técnico a bordo del aparato—. ¡Es increíble! No registro nada. Ni una milésima.

—¿Está seguro de que su detector funciona bien?

—¡Afirmativo! Lo hice revisar antes de partir de Los Álamos.

Graham estaba completamente desconcertado. Se volvió hacia Gladys.

La joven hizo una mueca.

—¡Los ascensores no funcionan!

—¿Y? Puedes subir a pie. Eres la reina de la escalada, ¿no?

Instantes más tarde, la joven aparecía en el tejado. Delante de ella tenía la extensión verdosa de las aguas del Hudson y, a sus pies, una capa de excrementos de pájaros sobre el alquitrán del tejado. Su detector seguía mudo. Encendió su walkie—talkie.

—David —anunció—, aquí arriba no hay absolutamente nada. Nada, salvo una bonita vista del Hudson y de cacas de paloma.

Enclaustrados en la siniestra habitación de un hotel en la calle Treinta y Ocho, Omar Tahiri, el mayor de los seis terroristas, y Khalid Bin Amr, el benjamín, mantenían los ojos clavados en la pantalla del televisor. Dentro de una hora, Khalid iría a relevar a su camarada Nahed Jihari, de guardia junto a la bomba escondida unas calles más allá, en el destartalado apartamento situado enfrente del comerciante de alfombras afgano. Los tres se turnaban.

Habían recibido de Mugnieh la orden de no dejar jamás la bomba sin vigilancia para poder hacerla estallar en caso de necesidad.

Su impaciencia iba en aumento.

—Nada, siempre nada, ni el menor signo de evacuación de las colonias judías —protestó Khalid, que no se había afeitado desde el día anterior. Con los dedos de su única mano crispados sobre el mando, hacía zapping de una cadena a otra. La única novedad significativa que esa mañana difundía la televisión estadounidense era el problema intestinal de George W. Bush, que lo obligaría a permanecer en cama todo el día.

—¡Un problema intestinal! —rió Khalid—. Buena coartada para disimular el pánico que debe de reinar en Washington. Bush tiene cuarenta y ocho horas para forzar al demonio de Sharon a marcharse.

—Nunca podrá forzar a Sharon a evacuar las colonias —suspiró Omar, que sentía que la duda lo había invadido hacía tiempo—. ¿Realmente crees que el chantaje que ideó nuestro hermano Mugnieh podrá hacer que ese bruto se mueva de allí? Mucho me temo que ha tomado sus deseos por realidades.

Se levantó y se acercó a la ventana. De pronto, volvió a su memoria la mujer y el niño que había visto el día anterior detrás de la ventana, justo enfrente del edificio donde habían ocultado la bomba. En la calle, la gente entraba y salía de las tiendas, esperaba para cruzar, se apresuraba hacia su trabajo.

Los campos de entrenamiento del Líbano habían canalizado hacia una acción violenta la rebelión de Omar contra Israel. Pero ¿qué hombre, aun el más endurecido, no corre el riesgo de que su caparazón se agriete al contacto con realidades que no imaginaba? Varios días compartiendo la vida cotidiana de una población evidentemente ajena a la tragedia palestina habían modificado paulatinamente su visión de la situación. «¿Es absolutamente necesario matar a cientos de miles de hombres, mujeres y niños para que volvamos a encontrar nuestra patria?» Esta pregunta no dejaba de atormentarlo.

Su joven compañero se unió a él junto a la ventana. A su vez, contempló la multitud en la calle.

—Sin duda, tienes razón, Omar —dijo—. Sharon no dejará las colonias. ¡Estos transeúntes, como todos los habitantes de la ciudad, tendrán que pagar por la intransigencia de ese monstruo! Te aseguro una cosa: esa bomba explotará, se vayan o no los colonos judíos; yo me encargaré de ello. Si Bin Laden no logra hacer su llamada al detonador, yo estaré allí para apretar el botón de encendido.

Omar miró largamente a su joven compañero. Aunque le tenía afecto, sabía que el entrenamiento físico y psicológico de los campamentos palestinos lo había deshumanizado hasta el punto de poder cumplir esa promesa. «Ya no había nada en su corazón excepto odio», pensó con tristeza. Observó fijamente la oleada de transeúntes. ¿Debía dejar que Khalid exterminara a esos inocentes?

El rabino con barba de profeta que había propuesto al gobierno de Israel deportar a todos los árabes de Palestina a Jordania acababa de dejar Jerusalén para una misión secreta. Ministro de Integración de los nuevos inmigrantes en el gabinete de Ariel Sharon, Avigdor

Beibelman era un defensor encarnizado de *Eretz Israel*, el gran Israel, un territorio que englobaría también el Líbano, Siria y Jordania, que en otra época conquistaron Josué y David. Por eso era uno de los partidarios más fanáticos de la colonización judía de las tierras árabes de Judea y de Samaría. Beibelman, antes de instalarse con su mujer, de origen norteamericano, y sus ocho hijos en Kedumin, una colonia implantada a unos kilómetros de la ciudad árabe de Naplouse, cuna de las aspiraciones nacionalistas palestinas, había lanzado espectaculares operaciones de implantación judía en los territorios árabes ocupados.

En la actualidad vivían en Kedumin setecientas familias judías, la mayoría en coquetas casas individuales construidas en tres círculos concéntricos alrededor de una colina en la cima de la cual habían plantado hacía diez años la bandera de Israel. El lugar se encontraba en el corazón de un paisaje rocoso con olivares centenarios que pertenecían a los habitantes de los cuatro pueblos árabes vecinos. Las familias palestinas de esos pueblos los explotaban desde hacía generaciones, aunque el impetuoso rabino no dejaba de proclamar que la tierra donde crecían la había dado Dios al pueblo judío dos mil años antes.

Alrededor de la colonia vivían también un centenar de familias judías en caravanas y casas rodantes, a la espera de que una nueva anexión de tierras árabes les permitiera una instalación definitiva. Precisamente para anunciar esta anexión el rabino Beibelman había contestado a la llamada de Yaacov Weiss, el alcalde de Kedumin. Este último había reunido a los habitantes de las caravanas en el refectorio de la colonia. Hizo subir al ministro a una mesa para que todos pudieran verlo y escucharlo con claridad.

—¡Amigos! —empezó el rabino—. Por desgracia, tengo que anunciarles malas noticias. No puedo decirles por qué, pero grandes peligros amenazan hoy en día nuestro derecho a instalarnos en la tierra sagrada de Yeshua —utilizó a propósito la palabra hebrea que designaba a Judea y Samaría.

La consternación se reflejó en los rostros de todos los presentes.

—Pero resistiremos a esa amenaza, venga de nuestros enemigos árabes, de la comunidad internacional, de nuestros propios gobernantes, o incluso de nuestros amigos más cercanos. Porque esta tierra es nuestra. Los derechos que tenemos sobre ella no pueden depender de un llamado plan de paz, de cualquier hoja de ruta, ni de un pretendido consenso internacional. Nos la ha dado

Dios, y aquí nos quedaremos por las generaciones futuras, aquí seremos los testigos de la alianza eterna entre Dios y su pueblo elegido.

Los asistentes, de pronto tranquilizados, se pusieron en pie para ovacionar al orador. El rostro de Beibelman irradiaba felicidad.

—Ustedes, que son la esperanza y el futuro de Israel, tienen derecho a poseer por ustedes y sus familias una parcela de nuestra patria histórica —continuó—. He venido a anunciarles que ha llegado el momento de tomar posesión de su tierra. No dentro de una semana, ni de un mes, ni de un año, sino hoy mismo.

Levantó el brazo en dirección a la inmensa fotografía aérea de la colonia y los pueblos árabes vecinos que cubrían el fondo del refectorio. Con la ayuda de un puntero, trazó una nueva serie de círculos que englobaban los olivares que se extendían alrededor de la colina.

—Ésta es su tierra —exclamó—. Mañana llevarán ahí sus tractores y sus caravanas para apropiarse de ella en nombre de Sión y de sus derechos a colonizar Yeshua.

No podía hablarle a un auditorio más sensible. La mayoría de esos hombres y mujeres reclamaban desde hacía meses el derecho a realizar ese gesto que, por fin, se lo otorgaba de manera solemne un ministro del gobierno de Israel.

—Mañana por la tarde, a la puesta del sol —concluyó Beibelman, embriagado por el entusiasmo y los vivas de los colonos—, habrán instalado decenas, cientos de caravanas en estas tierras para hacer saber al mundo que ustedes, los hijos y las hijas de Sión, han ejercido sus derechos históricos en su patria.

Ante estas palabras, una joven madre colocó simbólicamente a su bebé en los brazos del rabino antes de volverse a los presentes para entonar: «*Kol od bálevav anima nefesh yehudi hosnia*» («Durante tanto tiempo, en lo más profundo de nuestros corazones palpita el alma judía»). Coreado a plena voz por todos los colonos sobreexcitados, la *Hatikvah*, el eterno canto de esperanza de los judíos, se elevó entonces como un himno triunfal.

Mientras las voces hacían vibrar los cristales, el rabino reflexionaba sobre su plan de acción. Al día siguiente por la mañana convocaría a los medios de comunicación de Kadumin para que testimoniaran la inquebrantable voluntad de esos nuevos colonizadores de la tierra de Israel y dijeran al mundo que ningún chantaje obligaría jamás a los hijos de Sión a abandonar un centímetro cuadrado de su patria.

«Pocos padres han tenido la felicidad de recibir semejante prueba de amor», pensó Michael Bloomberg al ir a subir al helicóptero de la policía en el que sobrevolaría Nueva York. La determinación de su hija Emma de quedarse a su lado había afirmado aún más su voluntad. Debía intentar evacuar la ciudad a cualquier precio. Pero ¿cómo? Ese reconocimiento aéreo en compañía del jefe Kelly y del responsable de Protección Civil, Charles Morningside, se lo diría.

Mientras los rotores catapultaban la burbuja de plexiglás hacia el cielo azul, Bloomberg sintió que su corazón se aceleraba. Al cabo de unos segundos, Nueva York estaba a sus pies, Babel centelleante bajo el sol de otoño, vibrante, tan viva que casi podía oírse subir del suelo el rumor de su prodigiosa vitalidad. ¿Era concebible que tanta energía pudiera barrerse en unos segundos de la faz de la tierra? Durante los últimos días había descubierto varios álbumes consagrados a las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, las visiones del apocalipsis que en ese momento amenazaban su ciudad.

—¿Sería posible iniciar la evacuación sin decirles a la gente por qué deben marcharse? —preguntó ingenuamente al jefe de policía.

—¡Ni lo sueñe! —se ahogó Kelly—. Sabe muy bien que en esta ciudad no se puede hacer nada sin decirles a los habitantes por qué se hace. El 11 de setiembre no ha cambiado nada, querido Michael. Nueva York sigue siendo Nueva York, y los neoyorquinos serán siempre neoyorquinos.

Unos instantes más tarde sobrevolaban la punta sur de Manhattan, en donde vieron a los niños que jugaban al fútbol en Battery Park.

—El metro debería permitirnos evacuar bastante gente —declaró con satisfacción Morningside—. Pero no diría lo mismo con respecto al tránsito rodado. Los túneles y los puentes sólo tienen dos carriles. Incluso poniendo sentido único y amontonando cinco personas por coche, serán... —El experto sacó su calculadora—: siete mil quinientas personas por hora.

—¿Y cómo piensa obtener un flujo regular de la oleada de coches que se precipitarán a esos puentes y túneles? —se inquietó Bloomberg, que percibía con espanto los gigantescos atascos de un día común que envolvían el Bajo Manhattan.

No había pregunta que pudiera desarmar al burócrata. Su voz potente cubría el estruendo de los rotores.

—Hay varias maneras de lograrlo —contestó—. Ya sea escalando las salidas por orden alfabético con la difusión por radio y televisión de las instrucciones correspondientes. Por ejemplo, los

vehículos pertenecientes a los habitantes cuyos apellidos empiecen por la letra A serán los primeros en ponerse en camino, o a partir de los números pares e impares de las matrículas.

—Señor experto —interrumpió con viveza el jefe de policía—, no estoy seguro de que usted sepa muy bien cómo se hacen las cosas en Nueva York. ¿Habla de evacuar por orden alfabético? ¿Decirle al señor Abalone que suba a su coche y se vaya el primero? ¿Y piensa que el señor Zarkin de Brooklyn va a quedarse sentado viendo que el señor Abalone se va? ¡Ni lo sueñe, señor Morningside! Voy a decirle lo que hará el señor Zarkin: se apostará en el primer cruce con su revólver y le dirá al señor Abalone que salga de su coche y que continúe a pie. Y él escapará en su lugar.

Morningside protestó, indignado:

—Pero la policía estará allí para impedir ese tipo de incidentes. Los policías deben estar listos para disparar sus armas sobre la gente que trate de colarse.

—En ese caso —ironizó el jefe de policía—, deberán prepararse para matar a nueve de cada diez habitantes.

El helicóptero había virado hacia el norte y sobrevolaba el Hudson a lo largo del lado oeste de Manhattan.

—Aquí será más fácil —gritó Morningside por encima del ruido del motor—, podrá ponerse sentido único a los seis carriles del Lincoln Tunnel.

Aturdido, Bloomberg había dejado de escuchar la letanía de cifras y estadísticas almacenada durante toda una vida por un burócrata empeñado en descubrir en gráficos y ordenadores las soluciones a un problema sin solución. Se volvió hacia el jefe de policía.

—Ray, es imposible evacuar esta ciudad de prisa, ¿es eso, no? —preguntó.

—Es eso, Michael.

—¿Y los refugios antiaéreos? —preguntó entonces el alcalde, que quería encontrar a cualquier precio algo en lo que confiar—. ¿Se podría salvar por lo menos a algunos miles de habitantes?

—Temo, querido Michael, que están abandonados desde el final de la guerra fría, temo que sólo sean vestigios de una época desaparecida. Justo debajo de nosotros se encuentra el edificio administrativo del estado de Nueva York. En otra época, la Rolls—Royce tenía refugios antiaéreos. Podríamos bajar a ver si éste todavía existe.

El piloto inclinó el aparato en dirección al suelo y lo posó en el

pequeño helipuerto situado detrás del edificio. Los tres pasajeros se sumergieron en seguida en el inmenso vestíbulo, al fondo del cual vieron con satisfacción el tradicional cartel amarillo y negro que señalaba la existencia de un refugio atómico.

—Al menos aquí la gente sabrá adonde ir en caso de alerta —observó el experto de Washington.

Los visitantes se dirigieron hacia la cabina de vidrio del conserje, que ocupaba un negro vestido de uniforme. Kelly le mostró su placa de policía.

—Venimos a verificar el estado del refugio antiaéreo —anunció.

—¿Refugio antiaéreo? —balbuceó el empleado, estupefacto—, pero si hace años que nadie ha bajado ahí. Tendría que buscar la llave.

Kelly insistió y el conserje terminó por mostrar al pequeño grupo un tablero cubierto de llaves.

—Debe de ser una de éstas —declaró.

Examinó una llave tras otra durante unos largos cinco minutos sin resultado.

—¡Esperen! Llamaré a un colega que trabaja aquí desde hace más tiempo que yo.

Poco después vieron aparecer a una especie de gnomo, con una gorra del equipo de béisbol de los Mets puesta al revés. Llevaba una cazadora cubierta de insignias y chapas que proclamaban «Llega el Redentor», «Jesús es nuestro salvador», «El camino de Cristo es el mejor». Pasó un rato revolviendo entre las llaves colgadas antes de sacar cuatro. Una de ellas era la que servía. Abrió una pesada puerta y el grupo entró agachando la cabeza por una escalera débilmente iluminada con la bóveda cubierta de mangas de calefacción envueltas en telas de araña. Los tres hombres y su guía desembocaron por fin en una gran sala húmeda en la que flotaba un sofocante olor a moho. Su intrusión provocó un concierto de crujidos y chirridos agudos.

—¿Qué es esto? —se alarmó Bloomberg.

—¡Ratas! —indicó el guarda.

Luego dirigió su linterna a un antiguo cartel de la Defensa Civil que databa de la década de los sesenta: «Consejos que se deben respetar en caso de ataque termonuclear.» Luego había una media docena de recomendaciones como «Abran la ventana, aflójense la corbata, desátense los zapatos»... El último «consejo» prescribía sentarse en posición fetal, con la cabeza entre las piernas, en cuanto apareciera el destello de la explosión nuclear. Un bromista había agregado una última recomendación: «¡Y no olviden darle un beso de despedida a su culo!»

El suelo del refugio estaba cubierto de desechos acumulados a lo largo de los años. En un rincón se amontonaban bidones que habían contenido agua. Los restos de un centenar de equipos de socorro estaban desperdigados un poco más lejos.

—Ha sido saqueado por los yonquis del barrio —comentó con tristeza Kelly—. Han descubierto que había morfina en estos equipos. —Después de una pausa, el jefe de policía terminó por preguntar—: Dígame, señor alcalde, ¿no cree que ya ha visto suficiente?

—Lo suficiente para saber que estos refugios son inutilizables —suspiró Bloomberg, visiblemente descorazonado.

Mientras regresaban, el guía sacó de su cartera un paquete de octavillas que repartió entre los visitantes. Bloomberg valoró en especial la suya, que proclamaba «Jesús es nuestro salvador, confíele sus problemas».

Acababan de ocupar sus lugares en el helicóptero cuando empezó a sonar el móvil del alcalde. Era una llamada de la Casa Blanca. El presidente estaba al otro lado de la línea.

—Michael, no estamos en una línea protegida y seré breve. Lo necesitamos con urgencia. Vayan de inmediato a la base de McGuire; un jet de las Fuerzas Aéreas lo está esperando. Estará aquí dentro de menos de una hora.

La operación «Sable del islam», ordenada por la terrorista Nahed Jihari, empezaba a mostrar su eficacia. Las palomas con anillas de partículas radiactivas estaban volviendo locos a los aparatos de detección del NEST. David Graham, el flemático jefe de la organización de búsqueda de explosivos nucleares, se preguntó si no estaría volviéndose loco. Seis veces en menos de una hora los helicópteros que sobrevolaban Nueva York habían señalado la presencia de importantes emanaciones radiactivas. Y, cada vez, esas emanaciones habían desaparecido misteriosamente cuando llegaban las furgonetas enviadas para registrar los lugares donde se habían detectado.

—¿Qué pasa? ¡Por Dios! —exclamaba Graham mientras recorría nerviosamente el cuartel general de crisis de Brooklyn, donde había instalado su puesto de mando. De pronto, la llamada del piloto de otro helicóptero interrumpió su impaciente deambular.

—¡Aquí, Plume 3! Estoy sobrevolando la calle Veintitrés, casi esquina con la Avenida Madison, y capto algo.

Graham estaba a punto de decirle al piloto que confirmara su

posición cuando oyó gritar:

—¡Mierda! Las radiaciones han desaparecido.

El jefe del NEST soltó una andanada de juramentos.

—¡Eh, espere un minuto! —llamó el piloto—. He vuelto a encontrarlas. No habían desaparecido. Sólo se han desplazado. Suben por la Sexta Avenida.

«¡Panda de cabrones! —se dijo Graham—. Apuesto a que han metido la bomba en un camión y la transportan de un lado a otro.»

Alertó de su contacto al FBI e hizo enviar unas diez furgonetas al sector con la esperanza de que por lo menos una de ellas lograra encontrar el camión y darle alcance. El helicóptero continuaba siguiendo la emisión de las radiaciones que subieron por la Sexta Avenida hasta entrar en Central Park y doblar de pronto hacia el oeste.

—No registro nada —anunció de repente el piloto.

—¿Dónde se encuentra?

—En el cruce de Broadway y la avenida Columbus.

Graham envió en seguida a sus vehículos al sector. De pronto, entre sus escuchas reconoció la voz de Gladys Simpson.

—David, registro muchas radiaciones —anunció triunfalmente la joven californiana.

—¿Dónde estás?

—Justo frente al Lincoln Center.

Gladys bajó de su furgoneta Avis roja provista de su detector de rayos gamma. Observó la vasta explanada del Lincoln Center, alrededor de la cual se desplegaban las imponentes fachadas del teatro, la ópera y la sala de conciertos. Su detector registraba una emisión constante de treinta y cuatro mil millones, pero en las proximidades no había estacionado ningún vehículo. Delante de ella sólo estaba la monumental fuente de mármol negro en el centro de la plaza y la multitud habitual del mediodía, estudiantes que comían perritos calientes en los escalones de la fuente, vendedores de las tiendas cercanas que fumaban un cigarrillo, turistas y algún habitante del barrio que paseaba a su perro. «¿De dónde pueden venir esas malditas radiaciones?», se lamentó.

David Graham llegó al lugar en su furgoneta Hertz amarilla. Su detector registraba el mismo número de radiaciones. Encendió un cigarrillo y examinó el panorama. ¿Podría ser que un camión hubiera

entrado en la explanada y hubiera ocultado el artefacto en uno de los edificios situados alrededor de la plaza antes de la llegada de Gladys? Era poco probable. ¿Acaso las radiaciones captadas provenían de un paciente al que se le acababa de administrar radioterapia para tratar un cáncer y que había bajado en la parada de autobús frente al Lincoln Center? Imposible. Sin embargo, Graham no quería descartar ninguna eventualidad. Ordenó a todos los equipos que convergieran en la explanada para registrar uno a uno todos los edificios de los alrededores.

—Creo que las radiaciones proceden de los bordes de la fuente —aventuró finalmente la joven californiana.

Se dirigieron lentamente hacia la gente que comía en los escalones y de pronto percibieron que el flujo de las radiaciones se desplazaba hacia la izquierda. Una anciana con un abrigo negro raído acababa de levantarse y se alejaba despacio del lugar. Graham la siguió. Dos manchas rojas coloreaban sus mejillas, maquillaje inhábil de alguna belleza pasada. Apretaba en la mano las asas de una bolsa de plástico de los grandes almacenes Macy's. Apenas Graham le presentó su placa del NEST, ella balbuceó, espantada:

—Le pido perdón, señor oficial, no sabía que estaba prohibido.

«¿Prohibido?», ¿de qué habla?», se preguntó Graham. Su detector acababa de dar un salto de varios miles de millones.

—Es una época dura —gimió la desdichada—. Cobro una pensión muy baja, y apenas me alcanza para comer. No pensé que estuviera haciendo nada malo. Sólo quería llevarla a casa y cocinarla para la cena.

—Discúlpeme, señora, pero ¿qué quiere cocinar para cenar? —preguntó Graham, desconcertado.

Ella abrió tímidamente la bolsa. Graham vio un bulto gris. Hundió la mano y sacó el cuerpo todavía caliente de una paloma. Bruscamente, su detector de radiaciones saltó a cuatrocientos mil millones. En la pata del pájaro muerto vio un anillo alrededor de una cápsula que sin ninguna duda era la fuente de las radiaciones. De pronto todo estaba muy claro: las radiaciones que aparecían y se evaporaban, que cambiaban de dirección... Eran las palomas, palomas bomba con el único fin de volverlo loco a él y a sus hombres.

Los terroristas a los que buscaban no sólo eran fanáticos peligrosos. También eran diabólicos bromistas.

Cuando Michael Bloomberg entró en el Despacho Oval percibió de inmediato el abatimiento que pesaba en el ambiente. El presidente sólo había reunido a sus colaboradores más próximos: Condoleezza Rice, Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Colin Powell y Milt Anderson, de la CÍA, así como al secretario general de la Casa Blanca, Andrew Card. Sus rostros afectados expresaban el profundo desamparo en el que se encontraba el gobierno de Estados Unidos.

El presidente le indicó a Bloomberg que se sentara al lado de su consejera de Seguridad Nacional. Luego, con un tono de oración fúnebre, explicó:

—Estamos contra las cuerdas, Michael. El ultimátum expirará dentro de menos de cuarenta y ocho horas y seguimos en el punto cero de nuestros esfuerzos para solucionar esta crisis. Por un momento, esperábamos poder ponernos en contacto con Osama Bin Laden y los instigadores de este chantaje, pero hemos fracasado. Usted sabe tan bien como yo el enorme esfuerzo que están realizando la policía, el FBI y el NEST para encontrar la bomba y apresar a los que la ocultan en Nueva York. Hasta ahora todo ha sido en vano; no tenemos ninguna pista.

El presidente subrayó esta amarga comprobación encogiéndose de hombros. Luego fijó en el alcalde esa mirada severa que ponía a veces cuando deseaba dramatizar una situación.

—Sin embargo, pensamos que nos queda por jugar una última carta, Michael. Usted conoce a Ariel Sharon por su apoyo a numerosas causas israelíes, culturales y de otro tipo. Como alcalde de Nueva York, representa a aquellos cuya vida está amenazada por la crisis. De hecho, usted es el único que puede influir en ese hombre, convencerlo de que se una a nosotros para permitirnos anunciar solemnemente al mundo nuestro acuerdo para una evacuación inmediata de las colonias. ¿Aceptaría hablar con él por teléfono para intentar doblegar su intransigencia?

Bloomberg miró a su interlocutor con una mezcla de respeto y espanto.

—Por supuesto, señor presidente, pero no soy demasiado optimista al respecto. Los hombres que están detrás de este chantaje son terroristas puros y duros. Su mentalidad es la de los fanáticos que provocaron la tragedia del 11 de setiembre, camicaces que hicieron saltar la discoteca de Bali, el cuartel general de la ONU en Bagdad, las sinagogas, el consulado británico y el banco de Estambul. Están más allá de cualquier llamamiento a la razón. Y conozco

bastante a Sharon para saber hasta qué punto es inflexible cuando piensa que la seguridad de Israel está en juego. De cualquier manera, estoy dispuesto a intentar convencerlo, señor presidente.

Unos instantes más tarde, el alcalde de Nueva York tenía al primer ministro de Israel al otro lado de la línea. Al igual que había hecho dos días antes, cuando el presidente lo había llamado, Sharon atendió la llamada en el comedor de su residencia de la calle Balfour, en Jeru—salén, donde acababa de cenar. Ningún cuadro de valor, ninguna obra de arte decoraba esa habitación amueblada con sencillez, con excepción de un fragmento de los manuscritos del mar Muerto colocado en un marco de vidrio encima de la chimenea, regalo de Yigal Yadin, el arqueólogo que los había descubierto, a uno de los predecesores de Sharon. En esos momentos de crisis aguda, la llamada del alcalde de Nueva York no sorprendió al jefe del gobierno israelí, y aceptó de buena gana que el presidente de Estados Unidos y sus colaboradores escucharan su conversación por los altavoces del Despacho Oval. Después de los acostumbrados saludos, Bloomberg tomó la palabra.

—General Sharon —declaró con una voz firme que trataba de disimular su emoción—, me dirijo a usted en mi calidad de alcalde de la ciudad judía más grande del mundo. Pero no lo llamo sólo en nombre de mis tres millones de correligionarios; lo hago también en nombre de todos los ciudadanos de Nueva York, ya sean judíos, cristianos, musulmanes, hindúes, budistas, ateos; ya sean blancos, negros o amarillos. ¿Por qué la vida de toda esa gente está hoy en peligro? Porque esta ciudad simboliza el poderío de nuestro país, así como los valores de libertad y democracia que encarnamos a los ojos del mundo. Sí, es debido a esos valores que tantos inocentes están amenazados hoy en día de exterminio. Porque no hay duda alguna de que, si esa bomba estalla, provocará un millón de muertos. He pasado la mañana sobrevolando la ciudad en helicóptero para tratar de encontrar una manera de arrancar a los terroristas una parte de sus rehenes, pero he vuelto con las manos vacías. La ciudad ha caído en una trampa. Por supuesto, mi deber es quedarme aquí, con mis conciudadanos. Esta mañana, uno de los seres que más quiero en el mundo, mi hija Emma, ha venido a verme a mi despacho. ¿Cómo podría haber violado el secreto del que soy depositario para advertirle del peligro y obligarla a abandonar la ciudad, cuando no tengo

derecho a hacerles la misma advertencia a la población? Si la bomba explota, es probable que mi hija muera a mi lado. Usted tiene hijos, general Sharon, comprenderá entonces que se trata del drama más terrible que pueda vivir un padre. —Conmovido por la situación trágica que acababa de evocar, el alcalde sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos—. Tiene la suerte, general Sharon, de estar en una situación excepcional —continuó—. Tiene el poder de terminar con esta crisis y salvar la vida de cientos de miles de personas. Le basta con anunciar públicamente que está dispuesto a evacuar a esas decenas de miles de israelíes que colonizan tierras que ya no pertenecen al pueblo judío desde hace dos mil años...

—¡Estimado señor Bloomberg! —interrumpió con firmeza el líder israelí—, como le dije anteayer a su presidente, el problema no son las colonias. Lo que me pide, a mí y a mis compatriotas, es capitular ante el chantaje de un grupo de fanáticos. Después del 11 de setiembre, su presidente no ha cesado de pregonar su determinación de no ceder jamás a la amenaza del terrorismo. Entonces, ¿qué nos está pidiendo ahora? ¿Que hagamos lo que ha jurado que nunca hará él, ceder al terrorismo?

—¡General, por favor! —lo interrumpió Bloomberg—. Israel no tiene ningún derecho legítimo a ocupar esos territorios. Nunca lo ha tenido...

—¿Cómo puede decir eso, señor alcalde? Usted, como todo judío, ha sido educado según los preceptos de la Tora. Por tanto, sabe tan bien como yo que Dios legó esos territorios a Moisés y al pueblo judío por la eternidad de los tiempos.

—¡General Sharon! —protestó Bloomberg—. No podemos gobernar el mundo del siglo XXI, el mundo de la era termonuclear, basándonos en un mito religioso de hace cuatro mil años. Si desea invocar los principios de nuestra fe, piense entonces en ese mandamiento de la Tora que dice que, cuando la vida de un solo hombre está en peligro, toda la comunidad debe correr en su auxilio. La vida de un millón de individuos está amenazada, general Sharon. No en Israel, sino aquí, en Nueva York. ¡Y sólo usted puede contribuir a salvarla!

El primer ministro israelí se pellizcó la papada con nerviosismo y respiró hondo.

—Señor alcalde, voy a decirle cuál es la única manera de resolver esta crisis —declaró—. Que su presidente aparezca de inmediato en todas las cadenas de televisión del mundo para revelar los detalles de este chantaje terrorista contra Nueva York y anunciar que, si la

bomba estalla, las provincias islámicas extremistas de Pakistán, de donde son originarios la mayoría de los asesinos, serán borradas del mapa. ¡Es así de simple!

—Lo que agregará la muerte de cuarenta millones de inocentes a la del millón de neoyorquinos —replicó en seguida Bloomberg—. ¿Ésa es la solución que propone?

—Es la única que los locos instigadores de este chantaje comprenderán. Por dolorosas que puedan ser las consecuencias, sepa, señor alcalde, que no evacuaremos nuestras colonias bajo la presión de un chantaje criminal. Lo siento. Rezaré por usted y por su hija. *Shalom!*

Se oyó un clic. Sharon había colgado.

Michael Bloomberg le dirigió una mirada desamparada al presidente Bush. La conversación con el general israelí había ido peor de lo esperado. Conmovida, Condoleezza Rice se secó discretamente los ojos, mientras sus colegas y el presidente permanecían mudos. Milt Anderson, el jefe de la CÍA, rompió el pesado silencio que envolvía el despacho.

—Señor presidente, no puede dejar que masacren a un millón de estadounidenses porque el primer ministro de Israel se empeña en llevar adelante una política que no tiene fundamento legítimo ni histórico. Si Sharon y los israelíes se niegan a desalojar a sus colonos de los Territorios Ocupados, usted deberá encargarse de hacerlo.

—¿De qué manera? —preguntó Bush, sorprendido por lo brutal de la sugerencia.

—No sé, señor presidente. Podría convocar a los jefes del Estado Mayor para preguntárselo.

El presidente sacudió varias veces la cabeza antes de volverse hacia el secretario de Defensa.

—Donald, Milt tiene razón. Haga venir de inmediato a los jefes del Estado Mayor.

—¡Ah! —ironizó Olivia Philips—, otro de esos «mejores cappuccino» de Nueva York.

T. F. O'Neill acababa de colocar una taza con mucha crema sobre el escritorio de su compañera del FBI.

—Querida, espérame aquí en la comisaría, tengo que hacer una escapada a Queens. Volveré dentro de una hora. Aprovecha para echar una ojeada a estos informes; tal vez encuentres alguna idea sobre los lugares que deberíamos inspeccionar juntos.

Veinte minutos más tarde, O'Neill detenía su Chevrolet delante del portal de la institución Notre-Dame-de-la-Passion para niños dismuidos de Glendale, un coqueto suburbio neoyorquino. La hermana Mary Francis Auchelle lo recibió en la puerta.

—Espero que no sea nada grave, señor inspector —se inquietó.

—No, no, hermana, en absoluto. Sólo que me gustaría llevarme a mi hija dos o tres días a casa de mis padres en Connecticut.

—¡Oh! —suspiró la religiosa—, temo que eso va en contra de las normas. Tendré que hablar con la madre superiora...

—Mire —insistió O'Neill turbado—, la hermana de mi mujer ha venido de California para una corta visita. Nunca ha visto a Katy y queremos que la conozca. —Consultó su reloj—. Tengo mucha prisa, hermana. ¿Sería tan amable de ir a buscar a la pequeña?

—¿No podría volver por la tarde y así yo tendría tiempo de hablar con la madre superiora?

—Temo que no, hermana. Como le he dicho, estoy apremiado por asuntos urgentes.

—Bueno —aceptó finalmente la religiosa—. Espere aquí mientras voy a buscar a Katy y a preparar su bolsa...

Condujo al policía hacia un ventanal que daba a la sala de juegos de la institución. Era semejante a la de todas las escuelas, con un tiiovivo, un guiñol, un tobogán, cubos, muñecas... Como cada vez que iba a allí, O'Neill sintió que la emoción le anudaba la garganta. Buscó a su hija en el grupo de niñas y vio a la religiosa que la agarraba delicadamente de la mano para apartarla de sus compañeras. Se le encogió el corazón al contemplar a todas aquellas pequeñas inocentes de ojos oblicuos y gestos inhábiles con las miradas desbordantes de amor y confianza.

«¿Y ellas? —se preguntó—. Quiero salvar a mi hija, pero ¿y todas las demás?»

Cinco minutos más tarde la religiosa volvió con la niña y su bolsa, pero el papá de Katy ya no estaba. La monja salió a la calle: su coche había desaparecido.

Eran las 14.30, hora de Washington, cuando el general Malcolm MacIntyre, comandante en jefe del cuerpo de *marines*, hizo su entrada en la sala del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca. Menos de una

hora le había bastado al Pentágono para prepararle al presidente de Estados Unidos un plan de acción para una eventual operación militar contra el Estado de Israel. El general, con la cabeza rapada y la parte delantera de su guerrera constelada con cinco hileras de condecoraciones, se sentó detrás del pupitre en el pequeño estrado del fondo de la habitación.

—Señor presidente, señoras, señores, antes de nada debo subrayar que las proposiciones militares que voy a desarrollar ante ustedes han recibido la aprobación de nuestros colegas del Departamento de Estado —empezó—. Se trata de una estrategia que elaboraron conjuntamente el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado, que tienden a responder de manera global a la petición que les presentó el presidente hace una hora.

Sus palabras causaron cierta sorpresa entre los asistentes, ya que, en el seno del gobierno estadounidense, la unanimidad de acción entre la defensa y la diplomacia no era habitual.

—Le proponemos, señor presidente, iniciar una acción militar y política a la vez, con la esperanza de que el éxito de la primera permita la realización de la segunda.

El general se volvió entonces hacia el mapa a gran escala de Israel y de su región que había sido colocado a su derecha. Con un puntero, continuó, señalando en el mapa.

—Nuestra VI Flota está desplegada aquí, en el Mediterráneo oriental, a cinco horas de las costas israelíes. Esencialmente está compuesta por dos de los grupos de los portaaviones *Abraham Lincoln* y *George Washington*, dos potentes y modernas unidades de nuestra Marina. Cualesquiera que sean las capacidades de las Fuerzas Aéreas israelíes, estamos convencidos de que esos dos portaaviones ofrecerán una cobertura aérea adecuada a nuestras fuerzas terrestres de desembarco. Sin embargo, si resultara necesario, podemos apelar a los escuadrones de las Fuerzas Aéreas estadounidenses estacionados en la base aérea de Incirlik, en Turquía. Teniendo en cuenta las tensiones que reinan en la zona, son dos batallones reforzados de *marines*, y no uno solo, los que se encuentran a bordo de nuestras unidades; o sea, unos ocho mil hombres. Proponemos hacer desembarcar a estos dos batallones aquí, en el norte de la franja de Gaza. Avanzarán de inmediato en dirección a las colonias de Alai Sinaí, luego ocuparán el cruce estratégico de Erez que domina el acceso al resto de Cisjordania. En ese lugar, la costa es poco profunda, lo que proporcionará excelentes condiciones de acercamiento a nuestros

equipos de desembarco. Los batallones de *marines* disponen de transportes de tropa blindados, jeeps Humvees y carros Abrams que entrarán de inmediato en el perímetro de Netzarim. Los hombres reunirán entonces a los colonos para trasladarlos hacia el norte, a la zona de Ashkelon, situada en el interior de las fronteras de Israel antes de 1967.

—¿Y los quince mil soldados israelíes que están desplegados alrededor de la colonia para protegerla de los ataques de los palestinos? —preguntó Condoleezza Rice—. ¿Cree que se quedarán de brazos cruzados mirando cómo nuestras fuerzas embarcan a los colonos?

El general MacIntyre se volvió hacia el funcionario de civil que estaba sentado a su izquierda.

—Como he dicho, esta operación es una acción que concibieron conjuntamente el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado. Señora, voy a dejar, pues, al subsecretario de Estado para los Asuntos de Oriente Próximo la tarea de responder a esa pregunta.

El hombre de gafas se puso en pie.

—Nuestro plan prevé que unos instantes antes de que los batallones de *marines* embarquen en sus botes el jefe del Estado se dirija por radio a la nación, alocución que de inmediato será transmitida a todo el mundo —declaró—. El presidente revelará los detalles del chantaje de los terroristas contra la ciudad de Nueva York y cómo la intransigencia del primer ministro israelí nos ha obligado a recurrir a esta acción militar con el fin de salvar la vida de cientos de miles de neoyorquinos. Fijamos la hora H de esta alocución y del comienzo de las operaciones militares tres horas antes de que expire el ultimátum de los terroristas el viernes; o sea, dentro de poco menos de treinta y seis horas. El presidente deberá indicar que, si es necesario, extenderemos la operación de Gaza al conjunto de Cisjordania. Sin embargo, tenemos muchas esperanzas de que esta alocución y el primer desembarco inciten a los terroristas a renunciar a su amenaza contra Nueva York y a revelarnos el lugar donde está escondida la bomba. No obstante, señora Rice, usted sabe mejor que nadie que no hemos podido establecer contacto con los instigadores de esta amenaza contra Nueva York y que, en consecuencia, no tenemos garantía alguna de que respondan a la iniciativa del presidente.

—¿Y los colonos? —presionó Condoleezza Rice—. Están todos armados. ¿Piensa que van a subir a nuestros camiones como si

fueran autocares escolares? ¿Qué pasará si abren fuego?

—Nuestros hombres son *marines*, señora Rice. Replicarán a cualquier ataque como han aprendido a hacerlo.

—¿Y usted cree realmente que la artillería israelí dejará que sus botes lleguen hasta la orilla sin lanzarles un solo obús?

—Si los cañones israelíes abren fuego, la artillería de nuestros barcos los reducirá en seguida al silencio.

—En otros términos, para llamar a las cosas por su nombre, nos proponemos iniciar una guerra contra Israel.

El diplomático hizo una mueca.

—Esperamos no tener que llegar a eso, señora Rice, y que en el último momento se imponga la razón.

La voz de Condoleezza Rice de pronto se volvió chirriante.

—No creo que pueda contemplar sus deseos como realidades —dijo.

El presidente había seguido la conversación sin intervenir, pero su rostro crispado expresaba que compartía los temores de su consejera.

—General MacIntyre —dijo—, ¿cuál es la segunda parte de su plan?

El militar volvió a ocupar su lugar detrás del pupitre, tranquilo y seguro de sí mismo como sólo puede estarlo un oficial del Estado Mayor al margen de la realidad.

—Si nuestro desembarco no pone fin a la crisis, mandaremos desde Iraq a la 101 División Aerotransportada, así como a la división blindada, para proceder a una evacuación completa de los asentamientos, con excepción de la importante colonia de Ariel, al norte de Ramallah, que todo el mundo parece estar dispuesto a conceder a Israel a cambio de la compensación para los palestinos de un territorio israelí equivalente —explicó.

—Señores, les doy las gracias —declaró con calma el presidente—. Mis colaboradores y yo vamos a estudiar en detalle sus proposiciones. Serán informados de mi decisión en las próximas horas. Entretanto, les ruego que preparen esta operación como si fuera a llevarse a cabo.

Mientras el general y el diplomático se retiraban, Bush sintió la necesidad de dar rienda suelta a su cólera delante de sus colaboradores.

—El mundo se ha vuelto loco, completamente loco —vociferó—. Este asunto es monstruoso. Aquí estamos, a punto de iniciar una

guerra contra nuestro único aliado en Oriente Próximo y aún estamos muy lejos de saber dónde se encuentra esa bomba. ¿Qué debemos hacer? ¿Invadir Israel? ¿Correr el riesgo de ordenar mañana por la mañana una desbandada general de los neoyorquinos?

Se volvió hacia los presentes.

—Condi, Dick, Donald, Colin, reúnanse conmigo en el Despacho Oval. Necesito que me reconforten con sus consejos.

No habían pasado ni cinco minutos desde el final de la reunión cuando una llamada telefónica resonó en el despacho de la delegación del Mossad, el servicio secreto israelí, instalado en pleno centro de Washington. Daniel Olmert, el jefe, reconoció la voz de quien hablaba aun antes de que éste le revelara su código. Se trataba de un alto cargo del Departamento de Defensa.

—¡Pon en marcha la grabadora! —le ordenó.

Estados Unidos prácticamente no tenía secretos para el gobierno israelí. Con algunas frases cortas y precisas, el norteamericano transmitió al espía israelí un resumen de la reunión que acababa de celebrarse en la Casa Blanca.

Codificado de inmediato, el informe voló por radio hacia Jerusalén.

Sin duda era la instalación más secreta de que disponía el gobierno de Estados Unidos. A doscientos ochenta kilómetros de Londres, en las verdes colinas de Yorkshire, el centro de Menwith Hill dependía teóricamente del mando de informaciones de la Seguridad Militar. En realidad, la instalación era una avanzada civil de la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional, cuya misión consistía en registrar en los bancos de datos de sus ordenadores todas las formas de comunicación procedentes del espacio, ya se tratara de transmisiones por satélite de comunicaciones telefónicas y de faxes, de llamadas desde teléfonos móviles, de giros codificados de miles de millones de dólares procedentes del tráfico internacional de armas, de droga, de prostitución, del negocio de la pornografía, etc.

Menwith Hill era una base tan secreta que jamás se había autorizado a visitarla a ningún parlamentario de su graciosa majestad. Era un trozo de Estados Unidos en territorio británico, heredado de un acuerdo de extraterritorialidad que Harry Truman negoció con Winston Churchill en 1951. Su actividad más secreta era

la que tenía como escenario el SBI, el centro de almacenamiento de informaciones sensibles. Entre otras, este centro conservaba todas las informaciones interceptadas en el espacio por otra instalación altamente confidencial de la NSA, *the Big Ear* («la Gran Oreja»), instalada en Bad Ebling, en Alemania. Ésta estaba especializada en la interceptación tanto de las comunicaciones electrónicas con destino a las zonas sensibles de Oriente Próximo y Oriente Medio como de las que procedían de allí.

Al llamar a Beirut desde su móvil para informar a Imad Mugnieh del logro de la misión, los tres terroristas de Nueva York se percataron de que corrían ese riesgo, por lo que enseguida arrojaron su pequeño Nokia nuevo a un contenedor de basura.

Por su destino «sensible», su breve comunicación fue automáticamente detectada por «la Gran Oreja» de Bad Ebling, que la registró y almacenó en el ordenador. La identidad del destinatario de la llamada no pudo ser verificada porque el número de Beirut correspondía a una cabina telefónica. Pero el número de matrícula del Nokia utilizado sí se registró, en previsión de nuevas llamadas realizadas desde ese mismo aparato.

Unos minutos después de las 20.00, hora de Londres, ese miércoles, una señal de alerta roja empezó a parpadear en la consola del oficial de guardia en Menwith Hill. Una rápida verificación reveló que se estaba utilizando de nuevo el teléfono con el que se había llamado a Beirut dos días antes, esta vez para llamar a Bremen, en Alemania. Contactada enseguida, la Deutsche Telecom indicó que había recibido la llamada una tal señora Hildegard Helbling, que vivía en el número 23 de la Wilhemstrasse en Bremen.

El oficial advirtió de inmediato a la delegación de la CÍA en Berlín y le pidió que enviara de urgencia alguien a esa dirección de Bremen para saber quién había llamado desde Nueva York a través de ese móvil.

Media hora más tarde, Frau Helbling vio llegar a su casa a dos señores que se presentaron en nombre de la central de informaciones estadounidense. Se apresuró a ofrecer su cooperación. Por supuesto que sabía quién la había llamado desde Nueva York. Era su hija Ingrid, que vivía con su novio, un muchacho llamado Jimmy Burke, en la calle Treinta y Siete, cerca de la Sexta Avenida.

Con el rostro abotargado por la fatiga y el estrés, tamborileando nerviosamente con los dedos en el borde de la mesa, Ariel Sharon se disponía a dirigirse a sus ministros. Había convocado ese consejo extraordinario minutos después de recibir el mensaje del Mossad que revelaba que el gobierno estadounidense había decidido desembarcar a los *marines* en territorio israelí para evacuar por la fuerza nuestras colonias de Judea y Samaría.

—Siento mucho haber tenido que interrumpir de pronto la velada —se excusó—, pero creo que nos enfrentamos a la peor crisis que probablemente haya vivido nuestro país. Una crisis tan grave como a la que ya me había enfrentado a comienzos de febrero de 2004.

Se volvió de pronto hacia el jefe del Servicio de Informaciones Militares.

Nahum Milcham leyó a los ministros el texto del informe secreto recibido de Washington.

—No podemos alimentar duda alguna sobre las intenciones de los norteamericanos —declaró el coronel, que había cruzado el canal de Suez con los blindados de Sharon durante la guerra de 1973—. Los radares que vigilan la VI Flota estadounidense comprobaron hace media hora que sus navios habían cambiado de rumbo y que se dirigen hacia nuestras costas.

Esta revelación provocó una reacción de estupor y cólera entre los asistentes al consejo.

—¡Hay que alertar de inmediato a la prensa internacional! —exclamó Jacob Levine, el ministro de la Construcción—. Eso detendrá a los norteamericanos. Bush se verá obligado a dirigirse contra Pakistán.

—¡Has perdido la razón, Jacob! —explotó el viceprimer ministro Schlomo Avriel—. Si los estadounidenses informan de que una bomba atómica está a punto de destruir Nueva York por culpa de nuestras colonias, no habrá nadie que se oponga a una intervención militar contra nosotros.

La voz de Ehud Levy, el ministro del pequeño partido Shinui, conocido por sus opiniones moderadas, intentó calmar los ánimos.

—¿No podríamos reconocer nuestros errores por una vez? —dijo—. ¿Por qué no evacuamos nosotros mismos esas colonias? Inmovilizan nuestro ejército, cuestan millones de dólares a nuestros conciudadanos, y nos granjean la antipatía del mundo entero. —Se volvió hacia el jefe del Estado Mayor de las fuerzas de la defensa, un coloso con la cabeza rapada que llevaba el birrete doblado debajo de

la charretera—. ¿El Ejército aceptaría desalojar a los colonos? —le preguntó.

No era el tipo de pregunta que al general Benny Dan le gustaba responder.

—Nuestros hombres están en los Territorios para proteger a los colonos, no para echarlos por la fuerza —declaró—. Abrir fuego sobre ellos indudablemente abocaría a nuestro país a una guerra civil. De todas formas, ya han escuchado lo que dice el informe del Mossad. El desalojo de las colonias de Gaza es sólo la primera parte del plan estadounidense.

Sentado como siempre en su lugar favorito debajo del retrato de Theodor Herzl, el fundador del sionismo, el ex primer ministro Benjamín Netanyahu intervino a su vez:

—No he dejado de repetir, desde el comienzo de esta crisis, que cualquier capitulación ante el chantaje de esos islamistas fanáticos marcaría el final de Israel como nación.

—¡Benji tiene razón! —aprobó vivamente Sharon—. Cuando me vi forzado a evacuar nuestras colonias del Sinaí debido al acuerdo de paz con Egipto, me juré que nunca más obligaría a nuestro Ejército a utilizar la fuerza para echar a judíos de la tierra de *Eretz Israel*. Y tengo la intención de mantener ese juramento.

Entonces estalló la voz hasta entonces silenciosa del rabino extremista Avigdor Beibelman. Ninguno de los presentes sabía que el fanático ministro había montado una operación destinada a desafiar abiertamente las exigencias de los terroristas.

—Arik, que los *marines* desembarquen en nuestras playas es un acto de guerra, ¿no? —preguntó al primer ministro—. Entonces, considerarías ordenar a nuestras tropas que abrieran fuego contra los estadounidenses, ¿no es así?

Durante varios segundos sólo se oyó en la sala el aliento sordo de las respiraciones.

—Tu pregunta es una de las más difíciles a las que un gobernante puede enfrentarse —contestó finalmente Sharon—. Ordenar a tus soldados que disparen contra los soldados de un país amigo es un acto desgarrador. Conozco un solo precedente en la historia, cuando al comienzo de la segunda guerra mundial Winston Churchill ordenó a la Royal Navy que abriera fuego contra la flota francesa de Mers el-Kébir, después de la capitulación de Francia para impedir que sus barcos cayeran en manos de los alemanes. Esa decisión lo persiguió durante el resto de su vida. Por eso deseo que la respuesta a tu

pregunta sea objeto de una votación colectiva del gobierno. Que levanten la mano los que sean partidarios de rechazar por la fuerza a los estadounidenses si intentan desembarcar en suelo nacional.

Sharon dedicó a los asistentes una mirada solemne y empezó a contar las manos que se levantaban una tras otra y, después, levantó la suya. Luego pidió que alzaran la mano los que deseaban oponerse a la moción o abstenerse. Terminado el recuento, se volvió hacia el secretario del gobierno, que estaba sentado detrás de él.

—Llama de inmediato al presidente Bush —ordenó.

Se necesitó menos de un minuto para encontrar al presidente en el Despacho Oval, donde seguía reunido con Condoleezza Rice, Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Colin Powell.

—Señor presidente —empezó Sharon con el tono de un médico que anuncia a su paciente que sufre un cáncer terminal—, me encuentro en la obligación de informarle de que el gobierno de Israel, después de una larga y dolorosa deliberación, ha decidido, por veintinueve votos contra siete y tres abstenciones, ordenar a Tshal que se rechace por la fuerza cualquier tentativa de los *marines* de desembarcar en suelo israelí. Es una decisión cruel y terrible, tal vez la más desgarradora que el gobierno de este país se haya visto obligado a tomar jamás. Señor presidente, tengo la esperanza de que usted y sus consejeros midan como nosotros su extrema gravedad y, en consecuencia, decida anular su proyecto de invadir Gaza. Cualesquiera que sean los peligros que ese odioso chantaje terrorista hace pesar sobre tan gran número de sus compatriotas, espero que comprenda que la historia nunca nos perdonaría que hiciéramos correr al mismo tiempo la sangre de soldados norteamericanos e israelíes en la tierra sagrada de Moisés y Jesús. Rezo, señor Bush, para que Dios le confiera sabiduría en esta hora trágica.

El presidente de Estados Unidos respiró hondo antes de responder. Su voz no mostraba titubeo alguno, sino una implacable resolución.

—Querido Arik —dijo, utilizando esta vez el sobrenombre familiar de Ariel Sharon—, como prueba el debate apasionado que en este momento está teniendo lugar en mi despacho, también nosotros estamos tan consternados como ustedes ante la perspectiva de un conflicto armado entre Estados Unidos e Israel. Pero cualesquiera que sean las terribles consecuencias, no podemos aceptar que cientos de miles de norteamericanos mueran porque su gobierno se niega a evacuar territorios sobre los que ni la historia, ni ningún tratado internacional, ni tampoco ninguna consideración geopolítica

moderna les confiere el menor derecho. Mi gobierno y yo hemos decidido que, si esta situación no se soluciona antes de las nueve de la mañana del viernes, hora de Washington, no tendré otra elección que dirigirme a la nación y al mundo entero para revelar los detalles de esta espantosa crisis y mi decisión de hacer desembarcar a los *marines* en Israel con la esperanza de terminar con el chantaje de los terroristas. Ruego a Dios que no deba verme obligado a llegar a eso. Se produjo un pesado silencio del otro lado de la línea.

—Yo también —murmuró finalmente el primer ministro israelí—. *Shalom*, George.

—Amén, Arik.

Nueva York, Washington, Waziristán

Día D menos uno

«Están viendo CNN. Son las siete de la mañana. Éstos son los titulares de la mañana: El presidente sigue guardando cama en sus estancias privadas de la Casa Blanca como consecuencia de la afección intestinal que le impide, desde el pasado domingo, continuar la campaña para la reelección en varios estados del Medio Oeste. El presidente francés, Jacques Chirac, y el primer ministro británico, Tony Blair, reanudaron a mediodía sus negociaciones en Londres sobre la entrada de Gran Bretaña en la Zona Euro. Acabamos de recibir una información de última hora desde Jerusalén: cerca de mil colonos israelíes, dirigidos por el ministro de Integración de los nuevos inmigrantes, avanzan en estos momentos hacia varios pueblos árabes cercanos a la colonia de Kedumin, a unos veinte kilómetros de la ciudad palestina de Naplouse, para implantar allí una nueva colonia. A las nueve les ofreceremos más información sobre esta incursión de colonos israelíes en tierras palestinas.»

En el hotel Madison, calle Treinta y Ocho, habitación 312, dos hombres saltaron de sus camas como resortes.

—Te lo dije, Khalid —exclamó Omar Tahiri—, ese indeseable de Sharon nunca expulsará a los colonos judíos. ¡Nunca! Al contrario, ¡refuerza su presencia! Y la amenaza de reducir a cenizas a un millón de neoyorquinos no lo hará cambiar de parecer. La idea de Mugnieh era completamente utópica.

Khalid escuchaba a su compañero con los dientes apretados. Sus ojos ardían de cólera, de odio, de sed de venganza, de matar aun a costa de perder su propia vida.

—Escucha, hermano —trató de hacerlo razonar Omar—, cientos de

miles de muertos inocentes no nos harán recuperar nuestra patria. He tenido que venir hasta aquí para comprenderlo. Has visto a esa gente de la calle, chinos, hispanos, italianos, negros... No son nuestros enemigos. Nuestros enemigos son los israelíes que matan en Palestina a nuestros niños, que destruyen nuestras casas, que roban nuestras tierras, que talan nuestros olivos... Hacer estallar una bomba atómica aquí sólo servirá para que el mundo entero nos odie aún más, y nunca más encontraremos a alguien que nos apoye. Te lo aseguro: sería una locura y un gesto completamente inútil hacer explotar esa bomba.

—¡Omar, quieras o no, esa bomba estallará!

—No, si yo puedo impedirlo.

—¡Eres un traidor! —gritó Khalid, fuera de sí—. ¿Por qué aceptaste esta misión si ibas a rajarte a la primera de cambio?

Su mano salió disparada como un hacha hacia la mejilla de Omar. El golpe lo hizo trastabillar y se desplomó en el suelo, entre las dos camas. Khalid se abalanzó sobre él y lo agarró por la garganta.

Con la boca abierta y los ojos en blanco, Omar trataba de respirar. Consiguió ponerse de costado y alargó el brazo para alcanzar, en el bolsillo de su chaqueta, el pequeño revólver 6.35 que le habían dado a su llegada a Montreal. Sujetó el arma con dedos temblorosos y logró apretar el gatillo. La bala rozó la oreja de su agresor y se incrustó en el techo. Entonces los pulgares del joven palestino apretaron la garganta de su compañero, justo por encima de la nuez. Se oyó un ruido seco. Un espasmo sacudió a Omar y de su boca abierta salió un hilo de baba. Khalid mantuvo la presión durante largos segundos y luego la aflojó. La cabeza de Omar cayó hacia atrás. Estaba muerto.

—Te juro que esa bomba explotará —aseguró con rabia Khalid, dirigiéndose al cuerpo sin vida de Omar—. ¡Te lo juro! Si es necesario, la haré estallar yo mismo. ¡Has perdido, traidor!

Se puso su cazadora de cuero, se arregló un poco el pelo, arrancó el revólver de la mano de su compañero muerto y salió precipitadamente de la habitación.

La idea partió del jefe de policía Ray Kelly. Cada inspector y cada agente del FBI que participaba en la ingente operación policial que se llevaba a cabo en Nueva York recibió en su móvil la orden de presentarse a las ocho en punto en la comisaría más cercana para

asistir a una videoconferencia. La iniciativa no tenía precedentes en la historia de la policía neoyorquina, pero su justificación no planteaba ninguna duda al jefe, que veía con angustia que se acercaba la hora del ultimátum fijado por los terroristas.

T. F. O'Neill había hecho instalar la pantalla de televisión en la cantina de su comisaría, la única habitación lo suficientemente grande como para recibir al mismo tiempo a todos sus inspectores y a los agentes del FBI con los que formaban equipo. Con orgullo, le indicó a Olivia que se sentara a su lado. Los rostros de los hombres mostraban la fatiga de la agotadora búsqueda de las últimas horas, pero en cambio la joven federal parecía salida de un anuncio de l'Oreal.

«¡Qué mujer! —pensó O'Neill—. A buen seguro que podría haber encontrado un pretexto para abandonar la ciudad. Pero no, está donde el deber la llama, dispuesta a morir en el campo de batalla del terrorismo.»

La aparición del rostro de Ray Kelly en la pantalla interrumpió sus reflexiones.

—Señoras y señores —empezó el jefe de policía—, seré breve porque tenemos las horas contadas. Debo revelarles un hecho que hasta ahora habíamos mantenido en secreto. Los terroristas que han escondido un barril de cloro en Nueva York nos han lanzado un ultimátum: si el gobierno de Estados Unidos no accede a sus exigencias antes de mañana al mediodía, hora de Nueva York, expandirán las sustancias mortales que contiene. Ese acto provocará una tragedia en el barrio donde se encuentre el barril y también en los alrededores. Les hago, pues, un llamamiento apremiante. Todo nuestro tiempo y toda nuestra energía deben concentrarse en un solo objetivo: encontrar ese barril. Cuento con cada uno de ustedes para explorar hasta la más mínima información, para no descuidar ninguna pista, para dar prueba de imaginación. En ello va la vida de miles de neoyorquinos. ¡Buena suerte!

O'Neill se levantó y se volvió hacia los presentes.

—Ya han oído al jefe —dijo—. Todos conocen nuestros objetivos. ¡No hay un segundo que perder!

En ese momento sonó el móvil de Olivia. Al ver la expresión de su compañera, O'Neill comprendió que la llamada era importante.

—Era del cuartel general—susurró después de cerrar su aparato—. La NSA ha localizado a un individuo que llamó a Beirut anteayer desde un móvil no identificado. Se trata de un tal James Burke, que

trabaja en la empresa de ordenadores Dell y que vive en el barrio, en la calle Treinta y Ocho, cerca de la Sexta Avenida. Quieren que vayamos en seguida a interrogarlo.

Tres golpes secos, una pausa, otros dos golpes secos, otra pausa y un golpe final era la contraseña que los terroristas habían acordado para identificarse. Nahed entreabrió la puerta y Khalid se deslizó al interior del apartamento. Por su aspecto sobreexcitado, la joven comprendió al instante que había pasado algo grave.

Khalid se sentó en una punta de la caja en que había sido expedida la bomba de Bombay y se llevó las manos a la cabeza.

—He matado a Omar —murmuró—. Quería traicionarnos. Quería impedirme que hiciera estallar la bomba.

Nahed se sobresaltó.

—Enciende la radio —le ordenó Khalid—. La CNN ha anunciado que cientos de colonos judíos se disponen a apoderarse de nuevas tierras cerca de Naplouse. Los Guerreros de la Yihad han perdido la primera manga del combate, pero yo los vengaré, pase lo que pase.

Se levantó, apoyó las manos sobre los hombros de la joven y la miró directamente a los ojos.

—Nahed —murmuró con una voz de pronto dulcificada—, tu presencia aquí ya no es necesaria. Omar está muerto, pero yo me quedaré en esta habitación hasta que expire el ultimátum mañana al mediodía. Si ninguna llamada telefónica hace explotar la bomba, lo haré yo mismo, pulsando este botón —le indicó con la cabeza el detonador que habían fijado al artefacto a petición de Mugnieh—. Los enemigos de nuestro pueblo recibirán el castigo que merecen. Ve a buscarme provisiones y agua para que no tenga que salir antes de mañana al mediodía. —Sacó un fajo de billetes de su bolsillo y se lo dio—: ¡Toma! Tienes tu pasaporte canadiense. ¡Vete a Canadá! Palestina todavía te necesita.

Nahed se puso la peluca rubia y el abrigo. Diez minutos más tarde estaba de vuelta con una bolsa repleta de víveres y botellas de agua. Con los ojos llenos de lágrimas, acarició la mejilla de Khalid. Quería decirle algo, pero las palabras no lograban salir de su boca. Al final consiguió murmurar:

—¡Que Alá te acoja en su paraíso como el héroe y el mártir que eres!

Lo besó, abrió la puerta sin hacer ruido y bajó la escalera de prisa.

El conserje pakistaní estaba barriendo el vestíbulo de la planta baja. Pasó delante de él como una exhalación y desapareció entre la multitud de paseantes.

—Fue aquí mismo —declaró Jimmy Burke mostrándoles a T. F. O'Neill y a Olivia Philips el contenedor en la esquina de la calle Treinta y Ocho y la Sexta Avenida donde había encontrado el teléfono móvil.

—Sí —confirmó su novia Ingrid—, estaba encima de un montón de periódicos viejos.

—No tenía batería —explicó el muchacho—, pero pensé que, si le ponía una nueva, nos serviría para llamar a la madre de Ingrid a Alemania. Y funcionó. Es la única vez que lo he utilizado.

—¿Recuerdan a qué hora lo encontraron? —preguntó Olivia.

—Íbamos a un concierto en el Carnegie Hall. Empezaba a las ocho y media. Por tanto, debían de ser un poco más de las ocho.

—¡Eureka, señor inspector! —exclamó Olivia—. La NSA interceptó una llamada a Beirut a las 19.24. O sea, que los individuos que buscamos no debían de estar a más de media hora de aquí andando.

—Es decir, en el sector que estamos registrando a fondo —murmuró O'Neill, haciéndole un guiño de complicidad a su compañera.

—Inspector, creo que podemos dejar en libertad a nuestros amigos los Burke —sugirió Olivia.

O'Neill se apresuró a asentir. Luego abrió su móvil para dar cuenta al cuartel general de Brooklyn.

Luego cogió a Olivia por el brazo y la arrastró hacia la Quinta Avenida.

—Todo este lugar es el que hay que rastrear a fondo —declaró con un amplio gesto circular del brazo—. Pero, antes de continuar, me gustaría que hiciéramos un alto en alguna parte.

El presidente entró en la sala del consejo de la Casa Blanca con la impetuosidad de un toro de lidia que sale al ruedo. Sus ojos despedían relámpagos. Estaba tan encolerizado que olvidó la invocación religiosa con la que tradicionalmente empezaba las reuniones con sus colaboradores.

—Señoras y señores —exclamó, blandiendo la carpeta de cartón azul que contenía el informe diario de la CIA—. Me acabo de enterar por este informe de que trescientos colonos israelíes están a punto de

ocupar una treintena de hectáreas de tierras palestinas del sector de Naplouse, con sus caravanas y sus casas rodantes, para implantar allí una nueva colonia. El jefe es el rabino Avigdor Beibelman, un ministro del gobierno israelí. Ha invitado a la prensa nacional e internacional a cubrir el acontecimiento. La CNN ya ha difundido las primeras imágenes de este golpe de fuerza. Se trata de la peor provocación que pueda imaginarse para reducir a la nada todas nuestras posibilidades de llegar a una solución pacífica.

Temblando de rabia, Bush dejó el legajo azul sobre la mesa. Recorrió a los presentes con la mirada, deteniéndose en cada rostro para descubrir sus reacciones.

—¿Sharon no puede impedirles pasar? —se indignó alguien al fondo de la sala.

—Nada hace pensar que tenga intención de hacerlo —replicó el jefe de la CÍA, Milt Anderson.

Como sucedía a menudo, fue Condoleezza Rice quien, con voz plácida pero firme, ofreció una sugerencia:

—Señor presidente, debería llamar de inmediato a Jerusalén y decirle al primer ministro que, si no detiene a esos colonos, considerará su actitud como... bueno, como un *casus belli*.

Los asistentes manifestaron ruidosamente su aprobación.

—Condi tiene razón —declaró el presidente después de una breve reflexión, y pidió al oficial de transmisiones que estableciera comunicación con la capital de Israel.

Después de dos minutos de angustiosa espera, la voz del primer ministro israelí se dejó oír por los ocho altavoces empotrados en la mesa del consejo.

—Lo escucho, George —dijo Ariel Sharon, omitiendo los saludos habituales—. Espero que me llame para decirme que su policía ha encontrado la bomba que está escondida en Nueva York.

—No, Arik —respondió secamente el presidente estadounidense, esforzándose por controlar su cólera—. Lo llamo para decirle que su ministro Beibelman está a punto de firmar la sentencia de muerte de un millón de neoyorquinos. Lo insto a que ordene a su Ejército que detenga de inmediato esta loca empresa que corre el riesgo de precipitar la tragedia hacia un desenlace fatal.

—Señor presidente, lamento decirle que eso está fuera de discusión —replicó Sharon con calma—. Usted nos ha amenazado con hacer desembarcar a sus *marines* en Gaza para expulsar a nuestros compatriotas de tierras que ocupan legítimamente. Si cumple su

amenaza, me veré obligado a ordenar a nuestro Ejército que rechace su invasión. Ahora me pide que emplee la fuerza contra hombres y mujeres cuyo único error es querer recuperar la tierra que Dios les dio hace cuatro mil años. La misión del Ejército de Israel es proteger la vida y los bienes de los judíos y no dispararles cuando ejercen sus derechos históricos. Si doy a nuestro Ejército la orden de detener a los colonos a la vez que rechazan el desembarco de los *marines*, ¿sabe qué ocurrirá? Pues que estallará una guerra civil que podría desembocar en la destrucción de mi país. Ruegue a Dios, señor presidente, para que su policía neoyorquina encuentre esa bomba antes de que sea demasiado tarde. Pero no me pida que sacrifique a mi país si, por desgracia, no lo logran. *Shalom!*

Se oyó un clic brusco. Sharon había colgado. Un murmullo de estupor recorrió la sala. A pesar de la afrenta, Bush trataba de poner buena cara.

—Bien, creo que no tenemos más remedio que acelerar nuestros preparativos —declaró, y se volvió hacia el presidente del comité de jefes del Estado Mayor—. General, ¿cuánto tiempo necesita la VI Flota para desembarcar a los *marines* en el norte de Gaza?

—Ocho horas, señor presidente.

El jefe del Estado cerró los ojos para realizar un breve cálculo mental.

—Si hoy a medianoche no se ha encontrado la bomba, ordenaré a la VI Flota que se ponga en movimiento. Ocho horas más tarde, o sea, mañana a las ocho de la mañana, hora de Washington, los *marines* empezarán a desembarcar. Quedarán cuatro horas antes de que expire el ultimátum. Apenas comience el desembarco, me dirigiré por radio y televisión al país y al mundo entero para explicar el objeto de nuestra intervención y por qué la hemos considerado necesaria. Le pediré a Michael Bloomberg que esté a mi lado. Cuando termine de hablar, él deberá tomar la palabra para ordenar la evacuación inmediata de Nueva York.

—¿Aun a riesgo de que los terroristas provoquen la explosión prematura de la bomba al oír pronunciar la palabra «evacuación»? — se inquietó Condoleezza Rice.

—Tengo la intención de hacer comprender con toda claridad en mi alocución que nuestra operación de desembarco es sólo el preludio de una evacuación de todas las colonias israelíes implantadas en los Territorios árabes conquistados en 1967. Entonces sólo nos quedará rezar para que nuestro gesto retenga el brazo de los asesinos que

amenazan con destruir la ciudad de Nueva York y matar así a cientos de miles de nuestros compatriotas.

El presidente guardó silencio y miró a los asistentes con los ojos empañados por la emoción.

—¿Alguien tiene una idea mejor que pueda sacarnos de este horrible atolladero?

Un sordo rumor expresó la impotencia general que sentían todos los presentes.

—Así pues, roguemos a Dios que nuestro desembarco en Israel satisfaga a los monstruos que nos amenazan, salve a Nueva York y acabe con esta crisis —concluyó George W. Bush al tiempo que se ponía en pie.

Olivia Philips contempló con admiración las altas bóvedas de la inmensa nave gótica. El inspector había querido detenerse en la majestuosa catedral de San Patricio, en la Quinta Avenida, frente al Rockefeller Center. «Después de todo, con la poca suerte que hemos tenido hasta el momento, quizá nos venga bien rezar un poco», pensó.

O'Neill metió los dedos en la pila de agua bendita situada a la entrada de la catedral, se santiguó y se dirigió hacia el coro en compañía de la joven federal. Conocía cada rincón del prestigioso santuario. El día de su boda lo había cruzado del brazo de su esposa bajo una lluvia de pétalos y confetis. Allí había seguido la procesión de los féretros de su padre y de su madre. ¿Acaso ese templo no era la parroquia de los irlandeses de Nueva York, y san Patricio el patrón de todos los católicos neoyorquinos?

Cuando llegó al pie del altar mayor, el inspector giró a la derecha hacia la capilla lateral dedicada a san Patricio, donde una multitud de fieles arrodillados rezaban delante de su imagen. Ricos, pobres, negros, blancos, amarillos, estadounidenses, extranjeros, todos estaban reunidos para implorar a su santo patrón que conjurara alguna desgracia personal. Después de una genuflexión, O'Neill fue a colocar una vela en la bandeja ya iluminada por decenas de pequeñas llamas, luego se arrodilló.

—Bienaventurado san Patricio —murmuró con ardor—, protege a mi pequeña Katy y apórtanos tu ayuda y tu luz en estas horas de sufrimiento y desamparo.

Apenas abandonaron la catedral, el inspector oyó la marcha de *Aida*, que resonaba al fondo de su bolsillo. El sargento de guardia de la sexta comisaría lo llamaba al móvil.

—¡Jefe!, hemos tenido noticias de un homicidio en el hotel Madison —anunció—, en la esquina de la calle Treinta y Ocho con la Sexta Avenida.

—¿Un homicidio? —dijo O'Neill, furioso—. Sargento, ahora tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

—Sí, jefe, pero parece ser que a la víctima le falta la mano izquierda.

Al cabo de pocos minutos, O'Neill y Olivia llegaron al hotel Madison. Un inspector de civil de la sexta comisaría y dos policías los esperaban en compañía del propietario del establecimiento, un iraquí con bigote.

—Es un hombre. Habitación 312. Parece que ha sido estrangulado —indicó el inspector—. Hay un impacto de bala en el techo, pero nadie oyó el disparo. La empleada de la limpieza encontró el cuerpo cuando fue a arreglar la habitación.

—Llamé de inmediato al 911 (1) —aseguró el propietario, preocupado por mostrarse respetuoso con la ley.

—Echemos un vistazo —decidió O'Neill, dirigiéndose al ascensor.

—Nunca he visto un fiambre, ¿sabes? —le murmuró tímidamente Olivia al oído.

—No te inquietes —la tranquilizó—, los delincuentes a menudo dan menos miedo muertos que vivos.

Entraron en la habitación. El cuerpo de Omar Tahiri yacía entre las dos camas, con la boca abierta y los ojos en blanco.

—Saque en seguida una polaroid de este tipo —ordenó O'Neill al inspector.

Evaluó el desorden de la habitación. Sobre una de las camas había esparcida ropa interior femenina.

—¿Aquí se alojaba una pareja? —preguntó al propietario.

—La habitación la alquilaban tres, dos hombres y una mujer —respondió el iraquí.

(1) Número de teléfono de la policía de Nueva York.

—¿Aquí dormían dos? —preguntó Olivia, señalando una de las camas.

—En realidad, nunca estaban los tres juntos en la habitación —explicó el propietario—. A veces la mujer pasaba la noche aquí con uno de los muchachos. A veces ellos se quedaban solos. No me interesa la vida privada de los clientes, ¿sabe? Los veo pasar, entran, salen, lo que hacen no es cosa mía.

Olivia le mostró al iraquí la foto del permiso de conducir que habían encontrado en Easy Rent.

—Por casualidad, ¿no sería ésta la mujer? —preguntó.

El propietario se puso las gafas y examinó la foto.

—Podría ser, pero nunca la vi con pañuelo.

—¿Qué documentos de identidad le entregaron cuando alquilaron la habitación? —quiso saber O'Neill.

—Pasaportes canadienses. Tengo sus fichas abajo, en el despacho. O'Neill le hizo un guiño a Olivia.

—Pasaportes sin duda tan falsos como su permiso de conducir —ironizó—. ¿Cómo pagaban? ¿Con tarjeta de crédito?

—No, pagaron por adelantado, en efectivo, una semana.

O'Neill y la federal registraron el armario empotrado, los cajones de la cómoda, los ceniceros y la papelera.

—¡Mira! —exclamó de pronto Olivia, sacando delicadamente una caja de cartón del cesto. «Pizzería Mimosa», 314, Quinta Avenida. Tal vez fue la última cena de nuestro camarada.

—Con toda seguridad —se rió O'Neill—. Conozco el lugar. Está en la esquina de la calle Treinta y Dos, a seis manzanas de aquí. Tal vez también hayan pedido comida desde el lugar donde ocultan el maldito barril. Hay que ir a comprobarlo. —Se volvió hacia el inspector de la sexta comisaría—: Haga que los forenses examinen el cuerpo, tomen las huellas... lo habitual. ¡Y manténgame al corriente!

Cuando abandonaban el hotel, a lo lejos oyeron aullidos de sirenas.

—¿Qué es ese escándalo? —preguntó O'Neill al policía que estaba apostado a la puerta.

—Han llamado a la brigada de explosivos —respondió.

—Corra a decirles que paren la música y aparquen sus vehículos a dos o tres manzanas de aquí. No queremos aglomeraciones, y sobre todo, no queremos periodistas.

O'Neill tomó del brazo a su compañera.

—¡Vamos! A propósito, ¿cómo te gustan las pizzas? ¿Con queso o con salami?

Unos instantes más tarde, casi sin aliento, el inspector y la federal entraron en el establecimiento, que olía al ajo y al pimiento de las pizzas que se cocían en el horno de leña. El patrón italiano los recibió blandiendo la lista de sus especialidades. A la vista de la placa de policía que le presentó O'Neill, duplicó las amabilidades.

—¿Conoce a esta gente? —le preguntó el inspector, mostrándole la foto del permiso de conducir y la del cadáver del hotel Madison.

—*María Santissima* —exclamó el italiano al ver el rostro tumefacto de Omar—. ¿Qué le ha pasado?

—Un ligero desacuerdo con uno de sus socios, supongo. ¿Reconoce a alguno de estos individuos?

—¡Por supuesto! La señora ha venido varias veces. Siempre ha pedido una pizza de cinco quesos para tres personas.

—¿Nunca le pidieron que la llevara?

—No. Nos dijo que vivía aquí al lado. ¿Pero no irán a marcharse sin probar una de mis pizzas, ¿no?

—Quizá la próxima vez. ¡Mil gracias por la información!

Los dos policías se encontraron en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Treinta y Dos en medio de un atasco de camiones de reparto. O'Neill señaló el edificio en la esquina de las dos arterias. La fachada se ocultaba bajo una profusión de carteles en coreano, japonés, inglés e incluso en árabe. Oficialmente, la dirección del inmueble era Quinta Avenida, número 316, pero la entrada estaba en la calle Treinta y Dos.

—Tiempo atrás hubo un altercado en este edificio —explicó O'Neill—. El conserje es un pakistaní que alquila los apartamentos sin papeles ni contratos de alquiler; una ganga para los piratas de discos, vídeos o falsificadores de artículos de lujo, que instalan aquí sus talleres clandestinos. Hace dos años, dos bandas rivales de africanos y afroestadounidenses empezaron a discutir por el negocio y se liaron a tiros. Un tipo salió disparado por la ventana. Otro recibió una bala en el corazón. En el cuarto piso, enfrente del taller de un afgano que vende y restaura alfombras, se encontraron veinte mil DVD piratas.

Los ojos de Olivia estaban desorbitados.

—¿Crees que nuestros terroristas podrían ocultarse en un edificio como éste? —preguntó con ingenuidad.

—Perfectamente, jovencita. Mira al final de la calle: el Empire State Building. Desde la desaparición de las Torres Gemelas, ¿conoces un blanco más tentador que ése?

O'Neill señaló la entrada del 316. «Se alquilan despachos» rezaba un cartel. Justo al lado, un letrero anunciaba, en inglés y en coreano: «Alta peluquería coreana.»

—Cógeme del brazo como si fueras mi novia —sugirió—. Mientras tú estás en la peluquería, yo iré a saludar a mi amigo el conserje pakistaní. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor inspector —asintió Olivia tomando el brazo de su compañero.

Según lo previsto, O'Neill dejó a su «novia» en manos de una peluquera coreana y se fue a ver al conserje. Este último reconoció de inmediato al policía que lo había puesto firme dos años antes, cuando el asunto de los piratas africanos.

—Inspector, hoy estoy limpio —protestó—. ¡No hay un solo pirata en el inmueble!

—Está bien, pero en este edificio y en algún otro de por aquí no son muy cuidadosos con los inquilinos, ¿no?

—Inspector, le repito que aquí no hay un solo pirata.

—Me importan un bledo los piratas —replicó enérgicamente O'Neill, sacando las fotos de Nahed y de Omar—. Estos tipos son los que me interesan. ¿Te dicen algo estas fotos? ¿Tal vez les alquilaste uno de tus cuartuchos?

El conserje dejó escapar unos ruidos incomprensibles.

—Vamos, amigo, tranquilízate —dijo O'Neill—, no soy inspector de sanidad, ni de hacienda. Lo único que me interesa es saber si has alquilado una de tus habitaciones a estas dos personas.

—Sí —respondió finalmente el conserje sin manifestar la menor incomodidad—. Y tienen un compañero; un tipo un poco más joven, que lleva siempre una cazadora de cuero. Además, creo que en este momento está arriba. Alquilaron el pequeño estudio del cuarto piso, enfrente del comerciante de alfombras afgano. La mujer salió hace unas dos horas.

—¿Qué hacen ahí arriba?

El conserje se encogió de hombros.

—No sé. Entran, salen, no molestan a nadie. No es asunto mío.

—¿Reciben correspondencia?

—¡Nunca! Pero cuando llegaron, hace una semana más o menos, transportaban una caja, una caja grande y muy pesada, la maldita. Tuve que ayudarlos a entrarla en el ascensor, porque el tipo de la mejilla aplastada de la foto tenía una sola mano.

—¡Oye, amigo! Dentro de un momento volveré con mis compañeros. ¡Hasta entonces, manten la boca cerrada! No digas a nadie que he venido a verte. ¡A nadie! ¿Entiendes? Y menos aún al tipo de la cazadora de cuero del cuarto. Subo a saludar a su vecino, el comerciante de alfombras.

El afgano reconoció en seguida a O'Neill, a quien había ayudado dos años antes en el asunto de los DVD piratas.

—Saludos, inspector —exclamó alegremente—. ¿Le apetece tomar un café de mi país?

—Con mucho gusto, amigo —contestó O'Neill, hablando en voz baja para no llamar la atención—. Pero sobre todo me gustaría que me hablastes de los tipos que viven ahí enfrente.

—No hay mucho que decir —deploró el afgano con una mueca—. Desde el día que llegaron, están enclaustrados en ese cuarto casi todo el tiempo, día y noche.

—¿Sabes de dónde son?

El afgano se encogió de hombros.

—No. No son conversadores. Ni buenos días ni buenas tardes. Van siempre por la escalera, nunca por el ascensor. Creo que son árabes.

—¿Por qué lo dices?

—Soy musulmán, ¿no? Cada tanto voy a la mezquita, durante el ramadán, para el Aid el-Kébir. El *mullah* de Brooklyn predica en árabe. No entiendo qué dice, pero sé que es árabe. Lo mismo pasa con los de enfrente.

O'Neill bebió un sorbo del café amargo del afgano.

—Gracias. No digas a nadie que he venido a verte, ¿de acuerdo?

—Ningún problema, señor inspector.

O'Neill bajó la escalera sin hacer ruido, cruzó el vestíbulo y entró en la peluquería coreana. El peinado de Olivia estaba casi terminado, y el inspector le indicó que se reuniera con él lo antes posible.

—Esta vez creo que tenemos algo importante —le reveló, muy excitado, apenas se encontraron fuera—. ¡Necesito un teléfono seguro, rápido!

—¿Y el de tu coche?

—¿Mi coche? Los periodistas escuchan todas nuestras conversaciones. ¡Mejor vayamos a la comisaría!

Un cuarto de hora más tarde, a petición del inspector O'Neill, el jefe Kelly organizó una videoconferencia protegida con Paul Anscorn y David Graham, que se encontraban en el cuartel general de crisis de Brooklyn, y con Lisa Holingren, la experta de la Agencia de Seguridad Nacional para el terrorismo nuclear, que se hallaba en Washington.

—Creemos que hemos localizado la caja que llegó en el contenedor de arroz basmati enviada al comerciante de Brooklyn —declaró O'Neill—. Se encuentra en un apartamento del cuarto piso del número 316 de la Quinta Avenida, un edificio al que se accede por la calle Treinta y Dos. —El inspector explicó que el escondite lo había alquilado unos días antes el conserje del inmueble y que éste había cobrado en efectivo, sin papeles—. Y lo más importante —continuó—: el tipo con la mano izquierda amputada que mencionamos en nuestro último informe fue descubierto esta mañana en la habitación de un hotel situado a seis manzanas del edificio en cuestión... Estrangulado.

—Perfecto —dijo Kelly—, pero ¿cómo está seguro de que esa caja contiene el barril de cloro que buscamos y no la droga que recibe de manera regular el comerciante de Brooklyn?

Esa nueva alusión al barril de cloro exasperó a O'Neill.

—Señor —replicó con sequedad—, antes de responderle permítame decirle que mis hombres y yo, como todos los que trabajan en este caso, no queremos que nos cuenten más embustes. Sabemos que no se trata de un barril de cloro, sino de una bomba atómica, y nadie ha abandonado su puesto, así que confíe en nosotros, señor. En cuanto a la droga que podría contener la caja, tenemos los testimonios del comerciante y del conserje que ayudaron a transportarla. Afirman que pesaba más de cien kilos. ¡No hay alijo que pese eso!

—O'Neill, puede estar seguro de que confiamos en usted —aseguró calurosamente el jefe, preocupado por aplacar el malhumor del inspector—. ¿Ha dicho que el edificio en cuestión se encuentra en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Treinta y Dos?

—Así es.

—¡Santo Dios! —exclamó Kelly, para quien el subsuelo de Nueva York no tenía secretos—. Está exactamente encima de dos líneas de

metro y del ferrocarril de Long Island. Por no hablar de que por esos túneles pasan todos los conductos de gas, electricidad y agua que alimentan el norte de Manhattan. Una explosión en ese lugar provocaría miles de muertos. Aun antes de ser reducidos a polvo por las radiaciones, la gente se ahogaría en los túneles.

—Hay que felicitar al inspector O'Neill y a la agente federal Olivia Philips por su magnífico trabajo —intervino Paul Anscom, deseoso de conjurar las visiones de horror evocadas por el jefe de policía—. Los de operaciones especiales no tienen más que hacer saltar la puerta del apartamento y atrapar a sus ocupantes. Por fin sabremos qué contiene esa famosa caja.

—¡Sobre todo, eso no!

Las cuatro palabras resonaron como un grito salvaje en el altavoz del videófono. Desde su puesto de mando en Washington, Lisa Holingren, la experta en terrorismo nuclear, había reaccionado con violencia.

—¡No! ¡No! —repitió—. Por amor de Dios, por el momento, que nadie intervenga. Si se trata de un artefacto nuclear, los terroristas se apresurarán a hacerla estallar apenas oigan: «¡Policía! ¡Abran!» Hay que proceder con suavidad, de puntillas, con la prudencia de los sioux, para sorprender a los terroristas y neutralizarlos antes de que tengan tiempo de accionar el detonador.

El jefe de policía asintió vivamente con la cabeza.

—La señora Holingren tiene razón —declaró—. ¡Velocidad, suavidad y silencio! ¡Éstas son las órdenes! Nada de coches de policía ni de sirenas en el lugar. O'Neill, vaya allí y encargúese de la operación. ¡Que todos sus hombres se vistan de civil! Le mandaré a los muchachos de operaciones especiales. Encuentre un garaje subterráneo donde puedan estacionar su vehículo al amparo de miradas indiscretas.

—Y yo le mandaré en seguida una furgoneta del NEST —agregó Graham—. Si ese artefacto es de tipo nuclear, nuestra gente deberá neutralizarlo.

—Quizás haya una ventana en el edificio de enfrente desde la que podrían hacerse fotos del interior del escondrijo —sugirió Kelly.

—Es posible —confirmó O'Neill—. En el mismo piso trabaja un comerciante de alfombras afgano; nos dejará instalar nuestra base en su taller.

—¡Muy bien, en marcha! —concluyó el jefe de policía—. Y no lo olviden: velocidad, agilidad y silencio.

El rostro del jefe Kelly acababa de desaparecer de la pantalla de videoconferencia cuando sonó el teléfono en un antiguo fuerte militar de Brooklyn. Fort Totten albergaba la unidad puntera de toda la policía neoyorquina, la División de Operaciones Especiales. Entrenada en todas las acciones de comandos, esta unidad estaba equipada con material extremadamente sofisticado que le permitía intervenir en los casos más difíciles. Su jefe, el capitán Jack Walton, un ex *marine*, reconoció de inmediato la voz del jefe de policía del otro lado del hilo telefónico.

—Envíe de urgencia uno de sus equipos al 316 de la Quinta Avenida —le ordenó Kelly—. Misión: descubrir quién ocupa el apartamento del cuarto piso enfrente del comerciante de alfombras afgano y proporcionar un informe completo del lugar. Pero, atención, nadie en el edificio debe sospechar de su presencia ni del objeto de la operación.

Este imperativo de secreto no era una sorpresa para el capitán Walton. Sus hombres casi siempre intervenían vestidos de civil y sólo se desplazaban con vehículos camuflados.

—¿Cuánto tiempo me da? —preguntó.

—¡Ni el de freír un huevo! —bromeó Kelly—. Pero bajo ningún concepto quiero que intervengan hasta que yo les haya dado la orden expresa.

«¿Un comerciante de alfombras afgano?», pensó Walton después de colgar. Entre sus numerosos contactos se encontraba un sastre que confeccionaba el vestuario para la mayoría de las obras de teatro que se representaban en Broadway. De inmediato le mandó a los miembros del comando que había designado para que los convirtiera en perfectos comerciantes orientales con turbantes y fez, como los de los bazares de Estambul; así, su visita a un edificio en el que había un comerciante de alfombras afgano no despertaría sospechas. En cuanto al material de detección y a los fusiles de cañón recortado con silenciador, no podrían ocultarse mejor en ninguna otra parte que en el interior de alfombras de oración cuidadosamente enrolladas.

Después de estacionar el coche camuflado en un parking cercano al lugar donde se sospechaba que estaba la bomba, el equipo se encontró a pie de obra en menos de una hora. Mientras tanto, O'Neill y Olivia habían ido a observar el interior del apartamento desde una ventana del cuarto piso del edificio de enfrente; los acompañaba un fotógrafo de la policía con un potente teleobjetivo. En el apartamento de los presuntos terroristas vieron a un hombre sentado sobre una

caja, con la cabeza inclinada hacia algo que parecía un transistor. Por la puerta abierta que daba a la segunda habitación distinguieron el contorno de una masa voluminosa. Aunque el teleobjetivo estuviera equipado con un sistema infrarrojo, la oscuridad casi total les impidió precisar su naturaleza.

—¡Haz zoom sobre la caja! —pidió O'Neill al fotógrafo—. Trata de encontrar alguna inscripción.

El fotógrafo paseó metódicamente el teleobjetivo.

—La caja se encuentra en un estado lamentable —comprobó—. Tiene planchas arrancadas. —Pero de pronto exclamó—: ¡Miren! Hay varias letras justo debajo de la pantorrilla del muchacho. Tal vez, parte de una palabra.

O'Neill primero y Olivia después miraron por el visor.

—¡Bravo! —exclamó Olivia—. Hay tres letras: O... R... I...

—Orí... Orí... —repitió O'Neill, perplejo.

De pronto Olivia cogió al inspector por el brazo.

—¡Orí... ental Foods!

—¡Sí! ¡Es la caja de Birbaki!

O'Neill palmeó el hombro del fotógrafo.

—No te muevas de aquí —le ordenó—. Mantén el zoom sobre ese individuo. Si se levanta y va hacia la puerta del apartamento, llama a este número de busca.

El busca pertenecía a un policía armado con un fusil de percusión que O'Neill había tenido la precaución de introducir en el taller del comerciante de alfombras afgano antes de la llegada del comando de operaciones especiales.

—Si asoma la nariz, el muchacho tiene orden de matarlo.

El inspector y su compañera bajaron a la calle para buscar entre los atascos la llegada de la furgoneta de las brigadas del NEST. Apenas vio la leyenda «Avis» en un vehículo, O'Neill le indicó por señas al chófer que aparcara en doble fila, casi delante de la entrada del número 316. En el interior de la furgoneta reconoció de inmediato el rostro bronceado de Gladys Simpson.

—Llevamos material de detección ultrasensible ahí atrás —advirtió la joven californiana, indicando la parte trasera del vehículo—. Es necesario que podamos estacionar lo más cerca posible del objetivo.

—¡Aquí están perfectamente bien! —bromeó O'Neill, señalando la calle llena de vehículos aparcados en doble fila—. Y si algún policía

les pone una multa, se la llevaré en persona a Bush para que se la quite.

Le indicó a Gladys que lo siguiera y entraron en el vestíbulo del número 316. El conserje no estaba.

—Quítese los zapatos —dijo O'Neill en voz baja—, y suba de puntillas hasta el apartamento.

La puerta del afgano estaba entreabierta y Gladys pudo deslizarse sigilosamente en el taller con su detector de radiaciones en el fondo de su mochila. En seguida dirigió el aparato hacia el apartamento de los terroristas, pero no registró ninguna emisión de rayos gamma.

«Si la bomba está ahí, probablemente la hayan envuelto en una funda de plomo para que sea indetectable», pensó.

En ese momento llegaron los cuatro policías de operaciones especiales con turbante, disfrazados por el sastre de Broadway. O'Neill los hizo subir sin hacer ruido hasta el cuarto piso. Apenas estuvieron en el taller del comerciante afgano, desenrollaron las alfombras de oración ante la mirada atónita de su huésped. Entre las joyas de su material de detección visual y de escucha había una cámara y un micrófono del tamaño de la cabeza de un alfiler que podía introducirse en un apartamento ocultándolo en un simple cable eléctrico. También disponían de un taladro de alta velocidad totalmente silencioso, capaz de practicar agujeros en paredes de cualquier grosor para instalar en ellos cámaras en miniatura cuyos objetivos proporcionaban imágenes panorámicas a ciento ochenta grados.

—¡Los delincuentes no tienen secretos para nosotros! —confesó, riendo, el jefe del comando a O'Neill—. Sus animales, tampoco.

En efecto, una de las hazañas más insólitas de la unidad había sido la captura de un tigre de gran tamaño que gemía al lado del cuerpo sin vida de su dueño, que había muerto mientras dormía. Después de atraer al animal hasta la puerta vaporizando aromas de carne, los hombres de la unidad habían logrado clavarle, a través del ojo de la cerradura, una jeringa hipodérmica que lo durmió en menos de treinta segundos.

—¿Sabe cuántos tipos hay ahí dentro? —preguntó el jefe, señalando discretamente la puerta del apartamento.

—Por lo que hemos podido ver desde la casa de enfrente, en el apartamento hay un solo muchacho —respondió O'Neill—. Pero tal

vez haya otra persona, una mujer, en la segunda habitación.

Un miembro del comando se deslizó hasta la puerta de enfrente para aplicar sobre ella una ventosa térmica, un artefacto que registraba las emanaciones de calor provenientes de un ser vivo. Sus observaciones, transmitidas a distancia en una pantalla de ordenador, permitieron saber de inmediato que el escondite estaba ocupado por una sola persona y que ésta siempre se encontraba sentada sobre la caja, en el centro de la primera habitación.

Otro miembro del comando avanzó a su vez para introducir un micrófono cabeza de alfiler en el ojo de la cerradura, que captó una emisión de radio en lengua árabe. Por todo ello, O'Neill llegó a la conclusión de que el ocupante era el terrorista árabe que buscaban.

El jefe del comando decidió entonces que había llegado el momento de usar el artefacto más espectacular de los que disponían. Designó a uno de sus hombres para que deslizara por debajo de la puerta una cámara de fibra óptica y zoom casi tan plana como una hoja de papel de fumar. Esa joya suprema del espionaje electrónico permitió a Gladys, a O'Neill y a Olivia, y gracias a una conexión de vídeo, a Kelly, a Anscom y a Graham, en su cuartel general de Brooklyn, ver con sorprendente claridad al hombre y hasta los más mínimos detalles de su refugio. De pronto fue como si todos se encontraran en el interior del apartamento de los terroristas.

El policía que dirigía los movimientos de la cámara desde el taller del comerciante afgano exploró metódicamente la primera habitación, donde se encontraba Khalid. Luego sus imágenes mostraron el interior de la segunda.

—¡Alto! —exclamó de pronto Gladys, a la vista de lo que revelaba la cámara.

Se trataba de un grueso tubo de color gris que tenía la forma de una ojiva, como las que, en su calidad de especialista en armamentos nucleares, había estudiado en los talleres atómicos de Livermore y Los Álamos. Sobre el artefacto, y conectada a él por cables, había una caja negra que se parecía mucho a los detonadores que conocía. Justo al lado de ella se encontraba un pequeño aparato que tenía el aspecto de un teléfono móvil.

La joven californiana sintió de pronto que un sudor helado le cubría la espalda. Ahogó un grito que el sistema de comunicación hizo repercutir hasta el cuartel general de Brooklyn.

—¡Ahí está! Es la bomba que buscamos. ¡Es una bomba atómica!

El grito de Gladys Simpson hizo que un clamor de alegría recorriera el cuartel general de Brooklyn de un extremo a otro. Para esos hombres y mujeres sometidos desde hacía cuatro días a una situación límite, la pesadilla había terminado: habían encontrado la bomba. Paul Anscom no pudo contener su entusiasmo.

—Hay que comunicar la noticia de inmediato al presidente — anunció, al tiempo que descolgaba el teléfono directo con la Casa Blanca. David Graham se precipitó a sujetarle la mano.

—No, Paul. ¡No tan de prisa! Mientras no hayamos desactivado el artefacto seguimos corriendo peligro. Dondequiera que estén, Imad Mugnieh y Osama Bin Laden pueden marcar el número del teléfono conectado a la bomba y hacerla estallar. Si se siente amenazado, el muchacho que se encuentra en ese apartamento puede decidir apretar el detonador, o un cómplice que pase por la calle puede activar un busca y desencadenar el encendido, como los camicaces con sus coches bomba.

Anscom pareció decepcionado. Se volvió hacia el jefe de policía.

—¿Cómo se neutraliza la bomba, ahora que ya sabemos dónde está? —preguntó con impaciencia.

—Tranquilícese, Paul. Los mejores hombres en este tipo de actuaciones son los de la División de Operaciones Especiales de la policía. Ya están en el lugar con una especie de cañón de aire comprimido capaz de pulverizar la puerta del escondite en una centésima de segundo.

Dichos especialistas ya estaban en acción. Liberados de sus disfraces orientales, se habían puesto cazadoras con la palabra «POLICÍA» escrita en gruesas letras blancas. Dos de ellos hicieron deslizar silenciosamente el cañón de aire hasta la puerta del apartamento de Khalid.

—Esperamos sus órdenes, señor —anunció por radio el jefe del comando.

Kelly se volvió hacia Anscom en busca de su aprobación.

—¡Adelante! —ordenó el jefe de policía.

A partir de ahí, todo se sucedió a gran velocidad. El jefe del comando pulsó un botón y desencadenó una potente descarga neumática que arrancó la puerta de sus goznes antes de reducirla a añicos. Cuatro policías con fusiles de doble cañón recortado irrumpieron en el apartamento, gritando:

—¡Arriba las manos, policía!

En lugar de obedecer, Khalid adelantó el brazo hacia el detonador. Sin embargo, no tuvo tiempo de terminar su gesto. Cuatro descargas de metralla lo habían derribado y embadurnaron las paredes de sangre y sesos.

Gladys Simpson se precipitó de inmediato a la habitación.

—No toquen nada —les ordenó a los policías. Y, señalando el botón de encendido que Khalid no había tenido tiempo de activar, dijo—: Que nadie se acerque a ese botón. Una vibración, o incluso un soplido de aire podría activarlo.

La representante del NEST había tomado el mando. Era normal; quedaba por hacer lo más difícil y peligroso: desactivar la bomba.

Su formación en los laboratorios nucleares había entrenado a la joven californiana para hacer frente a ese tipo de situaciones, pero permanecer tranquila delante de una bomba atómica de doce kilotonos lista para desencadenar un holocausto exigía un valor y un autocontrol fuera de lo común. De pronto Gladys vio que el rostro de sus tres hijos se superponían a la horrible visión de la bomba. Oyó la voz de su marido suplicándole que renunciara a arriesgar su vida en las filas de los policías de la división nuclear. «Es probable que sea una bomba trampa —se dijo—. ¿Cuánto tiempo tenemos?» Esos pensamientos se agolpaban en su cabeza mientras que, sudando y con las piernas temblorosas, examinaba minuciosamente la ojiva.

De inmediato vio el teléfono móvil, y llamó a Graham.

—¡David, envíeme rápidamente una jaula de Faraday!

—Está en camino. La tendrás ahí dentro de dos minutos. ¿Ves sobre qué está instalado ese teléfono?

—Sobre una especie de bola envuelta en plástico negro, un poco más grande que una pelota de béisbol, directamente colocada sobre el cuerpo de la ojiva.

—Con toda probabilidad, se trata del «fulminante» —la interrumpió Graham, haciendo alusión al dispositivo que, en una bomba atómica, provee la descarga eléctrica masiva necesaria para desencadenar la reacción en cadena del combustible nuclear.

En ese momento llegaron los dos agentes del NEST con una especie de estuche de cobre; se trataba de la jaula de Faraday que el laboratorio de Livermore había enviado para aislar el teléfono móvil. También traían varias planchas de cobre, que colocaron alrededor del

artefacto a modo de escudos. Luego, con meticulosidad de orfebres, para el caso de que se tratara de una bomba trampa, empezaron a meter el móvil en el estuche de cobre.

Todos los que contenían el aliento en el taller del afgano y en el cuartel general de Brooklyn oyeron el suspiro de alivio de Gladys Simpson. El receptor telefónico y la bomba estaban aislados. Ninguna llamada ni tampoco ningún impulso eléctrico del exterior podrían desencadenar ya la explosión.

Mientras una salva de ¡Hurras! saludaba esta hazaña, la voz grave de Graham resonó en el auricular de la joven.

—Te queda hacer que ese artefacto sea inofensivo —declaró—, porque todavía puede explotar. Tal vez sea una trampa. Tal vez lleve un temporizador oculto en alguna parte, o cualquier otra cosa... Déjame pensar unos minutos sobre ello y volveré a llamarte enseguida.

En el taller del afgano y en el cuartel general de Brooklyn, la inquietud sucedió a la euforia. Gladys sabía que desactivar el artefacto era la parte más peligrosa e imprevisible de las operaciones de neutralización de una bomba atómica. En Livermore y en Los Álamos había repetido cien veces los procedimientos más eficaces y más rápidos; pero las situaciones nunca eran las mismas. Esperó anhelante las instrucciones de su jefe.

—Gladys, escucha —dijo por fin este último—. No nos vamos a complicar la vida, porque además hay que actuar rápidamente. Te mando a los bomberos con una manguera de ruptura de fuego.

—¿Un qué?

—Es una manguera a presión capaz de destruir cualquier fuente de energía. Neutralizará la carga eléctrica contenida en el interior del fulminante y ahogará todos los mecanismos susceptibles de producir una chispa de encendido. Entonces, ningún impulso podrá llegar ya al detonador para hacer estallar la bomba.

Gladys imaginó el apartamento convertido en un acuario.

Diez minutos más tarde llegaron los bomberos. Su manguera de agua se parecía a un lanzamisiles.

—Dígales que apunten directamente a la bola negra —recomendó Graham.

Gladys transmitió las órdenes y retrocedió al pasillo con sus dos colegas del NEST. La fuerza del chorro de agua fue tal que el

fulminante, el teléfono móvil y la jaula de Faraday volaron en pedazos en un relámpago azulado y se estrellaron contra el techo, el suelo y las paredes.

La joven no pudo reprimir una exclamación de alegría.

—¡Gladys! ¡No cantes victoria tan de prisa —aconsejó Graham—. La operación no ha terminado aún. Examina el detonador al que está conectada la bola negra. Tienes que ver tres cables, uno rojo, uno verde y uno azul, que salen del cuerpo de la bomba. ¿Los ves?

—Sí.

—Bien. Coge unos alicates y corta primero el cable rojo.

—¡David, sabes perfectamente que no distingo los colores! —exclamó Gladys, fuera de sí.

—¡Mierda! —soltó Graham, que de pronto recordó que su colaboradora era daltónica—. ¡Esos hilos deben cortarse necesariamente en orden!

La federal Olivia Philips decidió saltar entonces desde el taller del afgano con unos alicates en la mano y unirse a Gladys.

—¡Toma! —le dijo pasándole la herramienta—. Yo te indicaré los hilos que debes cortar.

—Estoy lista —anunció Gladys.

—Bien. Corta primero el hilo rojo.

Gladys lo hizo con mano temblorosa.

—¡Cable rojo, cortado! —anunció.

—Bien. Ahora, el cable verde.

Cuando el dedo de Olivia identificó el otro cable, Gladys lo cortó con un golpe seco.

—¡Cable verde, cortado!

—Corta el azul.

—¡Cable azul, cortado!

Las dos jóvenes soltaron un grito de alegría y se abrazaron la una a la otra.

—¡Enhorabuena! —exclamó Graham, que había advertido la ayuda de la federal—. Acabáis de desactivar esa bomba atómica. ¡Ya no puede explotar!

La felicitación de Graham había resonado por todo el cuartel general de Brooklyn. Curiosamente no hubo ninguna manifestación de alegría, ni ninguna ovación, sino sólo una expresión ferviente de reconocimiento y respeto por la hazaña que acababa de realizarse.

—¡Una vez más, bravo! —repitió Graham, erigiéndose en portavoz de todos. Sabía que lo lograríais. Toda la gran familia del NEST está orgullosa de vosotros.

Se dirigió a Paul Anscorn, que estaba sentado a su mesa.

—Ahora, Paul, puede llamar al presidente y darle la buena noticia.

El secretario general de la Casa Blanca interceptó al jefe de Estado cuando salía de sus estancias privadas para acudir a la sala donde se reunía el gabinete de crisis.

—Señor presidente, la pesadilla ha terminado —anunció Andrew Card—. Han encontrado y desactivado la bomba.

George W. Bush sintió que de pronto su corazón enloquecía. Se apoyó en la baranda de la escalera para coger aire. «¡Gracias, Dios mío!», repitió varias veces, visiblemente conmovido.

Los miembros del comité de crisis, que también acababan de conocer la noticia, procuraron no hacer ninguna manifestación de alegría. Se contentaron con aplaudir con discreción cuando el jefe del Estado hizo su entrada en la sala. El presidente agradeció el gesto saludando con la cabeza y acto seguido fue a sentarse en su sitio. Con las manos entrelazadas, las gafas sobre la punta de la nariz, observó a los presentes durante unos segundos.

—Creo que sería oportuno que guardásemos un momento de silencio —dijo finalmente— para expresar, cada uno a su manera, nuestro reconocimiento al Señor por el extraordinario milagro que acaba de realizar en nuestro favor.

Inclinó la cabeza y permaneció rezando unos instantes.

Apenas se irguió de nuevo, se volvió hacia el presidente del comité de jefes del Estado Mayor.

—General, adopte de inmediato las disposiciones necesarias para hacer que la VI Flota dé media vuelta —declaró—. La operación de desembarco de los *marines* en Gaza queda suspendida.

—A sus órdenes, señor presidente.

El general se levantó, se cuadró, saludó y salió.

El jefe del Estado se volvió entonces hacia Andrew Card.

—Le ruego que haga llegar mis más calurosas felicitaciones a todos los que, en Nueva York, me han ayudado a resolver esta espantosa crisis. —Se interrumpió un momento, y luego continuó—: Le pido también que cree una comisión de reflexión que se dedique a estudiar todos los aspectos de la operación que no han funcionado.

Debemos recoger todas las enseñanzas posibles con el fin de sacar provecho de ellas en el futuro y, sobre todo, para impedir que esta crisis se repita. Hablaré de esto con Michael Bloomberg, pero, por el momento, con quien deseo hablar es con el primer ministro israelí.

Se volvió hacia el oficial encargado de las transmisiones.

—Mayor, llame al general Sharon a Jerusalén.

—¡Arik! —exclamó familiarmente el presidente apenas oyó la voz de Sharon—. Esta vez tengo una buena noticia que comunicarle. Nuestras fuerzas policiales han encontrado la bomba de los terroristas y han podido desactivarla. Dos de los tres miembros del comando terrorista han muerto. La tercera, una mujer con pasaporte canadiense falso, fue detenida por la Policía Montada en el aeropuerto de Montreal.

—¡Enhorabuena, George! ¡Qué alegría que esta pesadilla haya quedado atrás! —se apresuró a decir Ariel Sharon, que parecía sinceramente aliviado.

—¡Desde luego, Arik! Pero esto debe incitarnos a ambos a sacar conclusiones de estos terribles acontecimientos para que jamás vuelvan a repetirse.

—Estoy de acuerdo con usted, George, pero ¿en qué está pensando concretamente? —inquirió Sharon, de pronto a la defensiva.

—Arik, debemos reactivar con todas nuestras fuerzas los procesos de paz y encontrar una solución justa y equitativa para el problema palestino.

—Sabe bien que tratamos de hacerlo, George.

—¡Eso no es cierto! —se irritó de pronto Bush—. Ni yo, con mi frágil hoja de ruta, ni tampoco usted, con la construcción ilegal de su muro a través de Cisjordania y su incapacidad para llevar a cabo una política de desmantelamiento de las colonias, no buscamos realmente establecer las condiciones de una paz verdadera. Este suceso ha estado a punto de costarle la vida a un millón de neoyorquinos. Evidentemente, no soy tan ingenuo como para creer que, si encontramos una solución justa al problema árabe-israelí, pondremos fin a la amenaza del terrorismo islámico, pero será un paso de gigante hacia ese objetivo. Arik, se lo pido con toda mi alma: usted y yo en adelante tenemos que consagrar todas nuestras energías a la conquista de este objetivo. No mañana, ni dentro de un mes, sino en

seguida, Arik, desde este mismo instante. No es necesario ser Nostradamus para encontrar las grandes líneas de una solución, las que figuran en las proposiciones de Bill Clinton de diciembre de 2000, en las negociaciones palestinoisraelíes de Taba y en el plan de paz árabe-israelí presentado en Ginebra. —El presidente se interrumpió momentáneamente para tomar aliento. Luego, con voz solemne, declaró—: A pesar de toda la simpatía que le tengo a usted y al Estado de Israel, me veo obligado a decirle que nunca más aceptaré que una ciudad estadounidense sea tomada como rehén porque nosotros no somos capaces de resolver este problema.

—Lo he comprendido perfectamente, George —respondió Sharon, al cabo de unos instantes—. Vamos a hacerlo lo mejor que podamos. Pero será difícil. *Shalom*, George.

—¡Difícil, sin duda, Arik! Sí, *Shalom!* Pero es necesario que la paz se instale al fin y para siempre en esa tierra tres veces santa. Ella la merece y el mundo la necesita. *Shalom*, *Salam* y paz.

Una actividad inusual agitaba desde hacía varios días la gruta donde se ocultaba el hombre más buscado del planeta. A través de las pistas abiertas a través de las montañas de Waziristán, los jefes de la tribu pashtu que lo habían tomado bajo su protección acudían a hablar con Osama Bin Laden para suplicarle que cambiara de escondite. Las noticias que le traían eran alarmantes: el presidente Musharraf había terminado por ceder a las presiones estadounidenses, y el ejército pakistaní había invadido las zonas tribales de la provincia fronteriza del noroeste para capturar a las bandas de talibanes y militantes de Al Qaeda refugiados allí. Se hablaba de centenares de arrestos. Bin Laden corría el riesgo de caer en una trampa. Unos minutos les bastarían a los helicópteros de las fuerzas especiales estadounidenses apostados del otro lado de la frontera para lanzarse sobre su escondite nada más conocer su paradero. La promesa de George W. Bush de capturar al enemigo número uno de Estados Unidos tenía todas las posibilidades de cumplirse desde que Pakistán colaboraba en el acoso.

Sin embargo, antes de aceptar una fuga desesperada hacia otra montaña, Osama Bin Laden había decidido respetar su última cita con el noticiario televisivo que había seguido todas las tardes, a las ocho en punto, durante toda la semana anterior. Las imágenes del noticiero que aparecieron en la pantalla no eran las de las cadenas árabes

Al Yazira o Al Arabia, sino las de «Your World Today» (1) de la CNN. A unas horas de que expirase su ultimátum nuclear contra Estados Unidos, estaba impaciente por ver esa noche la emisión estrella de la cadena de noticias. Bin Laden alzó la mano para pedir silencio, y en seguida sus fieles interrumpieron sus discusiones. El líder de Al Qaeda conectó la batería de coche que alimentaba su aparato de televisión. Para ocultarlo de las localizaciones electrónicas estadounidenses, la antena estaba colocada en la cima de un árbol que crecía en la ladera de una montaña, a varios centenares de metros de allí. Pero ninguno de los corresponsales de la CNN en Washington ni en Jerusalén había anunciado todavía lo único que podía impedir la explosión de la bomba escondida en Nueva York: la evacuación de las colonias judías de Cisjordania.

Ese 30 de setiembre, la CNN abrió su noticiario de la noche con las últimas informaciones concernientes a «la indisposición gástrica» que sufría el presidente de Estados Unidos, lo que hizo bromear a Ayman al Zawahiri, el fiel médico egipcio del jefe de Al Qaeda:

¡Intentar negociar con Sharon enfermaría a cualquiera, hasta al mismísimo Bush! —rió este último.

«Segundo gran titular de actualidad esta noche —anunció el presentador—: Una seria prueba de fuerza en los Territorios árabes ocupados. Éstas son las primeras imágenes que recibimos de nuestro corresponsal en Israel, Ben Weideman.»

De inmediato la pantalla se llenó de una multitud que enarbolaba la bandera israelí, que portaban pancartas en hebreo y gritaban eslóganes. Luego la cámara mostró un impresionante conjunto de caravanas y casas rodantes que un grupo de colonos se dedicaban a proteger con un grueso cerco de rollos de alambre de espino y bloques de cemento.

«Nos encontramos aquí, en las laderas del asentamiento judío de Kedumin, a unos veinte kilómetros de la ciudad palestina de Naplouse —explicaba el periodista—. Conducidos por el ministro del gobierno de Sharon, Avigdor Beibelman, unos trescientos colonos acaban de tomar posesión de unas treinta hectáreas que pertenecen a cuatro pueblos árabes próximos a la colonia de Kedumin. Procediendo según un plan meticulosamente preparado, ya han comenzado a delimitar las parcelas atribuidas a cada familia para que puedan instalarse en ellas de inmediato con sus caravanas.»

(1) «Su mundo hoy».

La cámara mostró luego a un hombre provisto de un megáfono que había trepado al capó de un jeep. Una joven se hallaba a su lado.

«¡Hermanas y hermanos de Israel! —exclamó mientras por la parte inferior de la pantalla se leía una traducción de su discurso—. Soy Jacob Levine, el jefe de Elon Sichem, nuestra nueva colonia en la tierra de Judea y Samaría. Esta ocupación nos permite cumplir una de las obligaciones más sagradas de nuestra fe. Después de mil años de ausencia, por fin hemos vuelto a la tierra santa que Dios entregó a nuestros antepasados.»

Mientras la muchedumbre aclamaba al orador, la cámara se desplazó hacia una mujer con chador negro que lanzaba gritos desesperados en medio de una multitud de campesinos palestinos: «¡Nuestros olivos, nuestros olivos! —exclamaba—. Están talando nuestros olivos. ¿Cómo vamos a alimentar a nuestros hijos?»

—¡Hijos de perra! —chilló Osama Bin Laden—. Ese Satán de Bush prefiere sacrificar a cientos de miles de sus compatriotas antes que oponerse a Sharon. La idea de Mugnieh de someterlo a chantaje para conseguir justicia para nuestros hermanos de Palestina era un sueño completamente utópico. Lo único que comprenden los infieles es el terror. Y puesto que lo único que entienden en eso, les daremos terror.

Bin Laden se levantó y, ayudándose con un bastón, dio algunos pasos hacia una pequeña caja metálica colocada en el extremo de la alfombra que le servía de cama. De su interior sacó un teléfono móvil que deslizó en el bolsillo de su chilaba y se dirigió muy de prisa hacia la salida de la cueva.

Allí siempre había una muía atada para el caso de que el jefe de Al Qaeda tuviera que huir sin correr el riesgo de que el ruido de un motor alertara a los sensores de los aviones estadounidenses. Por un sendero de montaña, el animal lo llevó hasta el fondo del valle, donde lo esperaba un jeep y una escolta de guerreros pashtunes. Una vez allí, Bin Laden ordenó al chófer que lo condujera al pequeño pueblo de Udja, a unos quince kilómetros.

Apenas vio el alminar de la mezquita, le indicó al chófer que detuviera el vehículo en el arcén y apagara el motor. Lo que estaba a punto de hacer era extremadamente peligroso, tanto para él como para sus compañeros, en caso de que los satélites de escucha

estadounidenses lograran localizar el lugar desde donde iba a realizar la llamada telefónica. No obstante, con visible regocijo, se sacó el teléfono móvil del bolsillo y acarició cada una de las teclas como si fueran las cuentas de un rosario. Luego, con sus largos dedos, marcó con fervor los números que había repetido mentalmente cientos de veces desde que el físico nuclear Abdul Sharif Ahmad se los había comunicado.

Cuando terminó de marcar, se llevó el aparato a la oreja y de inmediato oyó un timbre de llamada. Ninguna música celestial podría haberle proporcionado mayor felicidad que el sonido de ese timbre que, en unas fracciones de segundo, desencadenaría el apocalipsis en el país del Gran Satán.

El tono de marcado se prolongó durante unos instantes, pero en lugar del clic que indicaría que la comunicación se había establecido, finalmente Osama Bin Laden oyó con estupefacción una voz que anunciaba en inglés: «El número marcado se encuentra provisionalmente fuera de servicio. Si lo desea, puede dejar un mensaje después de oír la señal.»

FIN

Post Scriptum

Cuatro semanas después de haber descubierto y desactivado la bomba terrorista, el jefe de inspectores T. F. O'Neill, la agente del FBI Olivia Philips y Gladys Simpson, del NEST, fueron invitados a una ceremonia privada que se celebró en su honor en la Casa Blanca. Andrew Card los recibió en la entrada oeste y los condujo a un pequeño salón próximo al Despacho Oval. Sólo otra persona había sido invitada, una fotógrafa de la agencia United Press perteneciente al grupo de corresponsales acreditados en la Casa Blanca.

El presidente hizo su entrada unos minutos más tarde. Con frases cuidadosamente elegidas, agradeció en nombre del país a los tres visitantes la acción que habían realizado en Nueva York. Tomó las condecoraciones que Andrew Card le presentó en una bandeja y pasó alrededor del cuello de cada uno de ellos la medalla de la Libertad, la orden honorífica civil más importante de Estados Unidos. Estrechó luego calurosamente la mano de cada uno de los beneficiarios, besó a las mujeres y abandonó la sala.

Muy emocionado. T. F. O'Neill se volvió hacia su compañera.

—Dime, princesita —le susurró al oído—, ¿te apetece que cuando volvamos a Nueva York por fin vayamos a comer nuestros espaguetis a la carbonara?

—¡Buena idea! —asintió vivamente Olivia—. Por fin probaremos ese famoso Chianti que me prometiste.

Andrew Card volvió a acompañar a los visitantes a la puerta oeste, donde un coche los estaba esperando para llevarlos al aeropuerto Nacional Reagan. Al salir, la fotógrafa de United Press se dirigió a Gladys:

—¿De dónde es usted?

—De Livermore, en California.

—¡Pero eso está muy lejos de Nueva York! ¿A qué se dedica?

—Soy física nuclear.

La fotógrafa se sobresaltó. «¡Santo Dios! —pensó mientras miraba a los tres visitantes con sus medallas que subían al coche—, apostaría que ha pasado algo en Nueva York de lo que no se informó a la prensa.»

Agradecimientos

En primer lugar deseamos expresar una inmensa gratitud a nuestras esposas Dominique y Nadia, que compartieron todos los momentos de esta larga y difícil investigación y se revelaron como unas colaboradoras irremplazables durante la preparación de esta obra.

Queremos expresar nuestro reconocimiento a Colette Modiano, Manuela Andreota, Marie-Benoîte Conchon y Antoine Caro, que pasaron largas horas corrigiendo nuestro manuscrito y nos ayudaron con su aliento.

Nunca podríamos haber escrito este libro sin la confianza que han depositado en nosotros nuestros amigos editores. Nuestro más caluroso agradecimiento para Leonello Brandolini y Nicole Lattés, en París; Gianni Ferrari, Massimo Turchetta y Joy Terekiev, en Milán, y Carlos Revés y Berta Noy, en Barcelona.

El lector comprenderá que la naturaleza especialmente sensible de las informaciones contenidas en este libro no nos permite citar los nombres de todos los que han contribuido a alimentar los aspectos más secretos de nuestra investigación. Pero deseamos expresar nuestro agradecimiento, en Gran Bretaña, al doctor Frank N. Barnaby, un eminente especialista en armamento nuclear que en la actualidad se dedica a una acción tendente a impedir la proliferación nuclear. También queremos dar las gracias, en Nueva York, al doctor Ralph James, director adjunto del Laboratorio Nacional Atómico de Brookhaven; al senador Christopher Shays, presidente de la subcomisión del Senado para la seguridad nacional, responsable de una importante investigación parlamentaria sobre la prevención del terrorismo nuclear, así como a su asistente Larry Hallonan, que

generosamente enriquecieron nuestro trabajo. Igualmente agradecemos a Brian Wilkes, Rick Arkin y Deborah Wilbur, los tres miembros del Comité de Urgencias del Departamento de Energía que, en la realidad, serían los encargados de la crisis imaginada en nuestro libro, sus preciosas informaciones.

También deseamos expresar nuestra gratitud a la doctora Lisa Gordon Hagerty, ex directora del NEST y, durante numerosos años, experta del Consejo Nacional de Seguridad para los asuntos de terrorismo nuclear, por su generosa colaboración.

Nuestro reconocimiento también para Milton Beardon, que participó durante cinco años en la guerra contra la Unión Soviética en Afganistán, así como para los numerosos responsables de la «Nuclear Threat Initiative» y de la fundación Carnegie para la paz internacional, cuyos archivos y testimonios han guiado nuestras búsquedas en el curso de esta larga y, a menudo, difícil tarea.

Y finalmente gracias a nuestro amigo Frank A. Bolz Jr., que fue el pilar de nuestra investigación ante los responsables de los servicios de policía estadounidenses.

D. L. y L. C.

Índice

| | |
|---|--|
| 1. Bagdad, Iraq Enero de 2003 | |
| 2. Waziristán, Pakistán Diez meses después | |
| 3. Port Elizabeth, Nueva Jersey Un contenedor de arroz basmati | |
| 4. Washington, D. C. Una carta firmada por los «Guerreros de la Yihad».. | |
| 5. Nueva York Día D menos cuatro | |
| 6. Nueva York, Washington, Jerusalén, Karachi Día D menos tres | |
| 7. Washington, Nueva York, Jerusalén Día D menos dos | |
| 8. Nueva York, Washington, Jerusalén Día D menos uno | |
| <i>Post Scriptum</i> | |
| <i>Agradecimientos</i> | |

